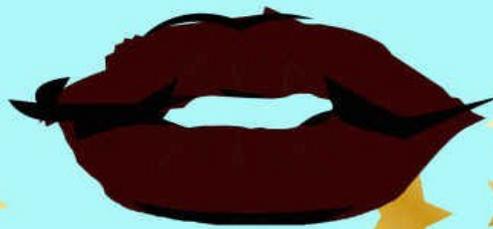
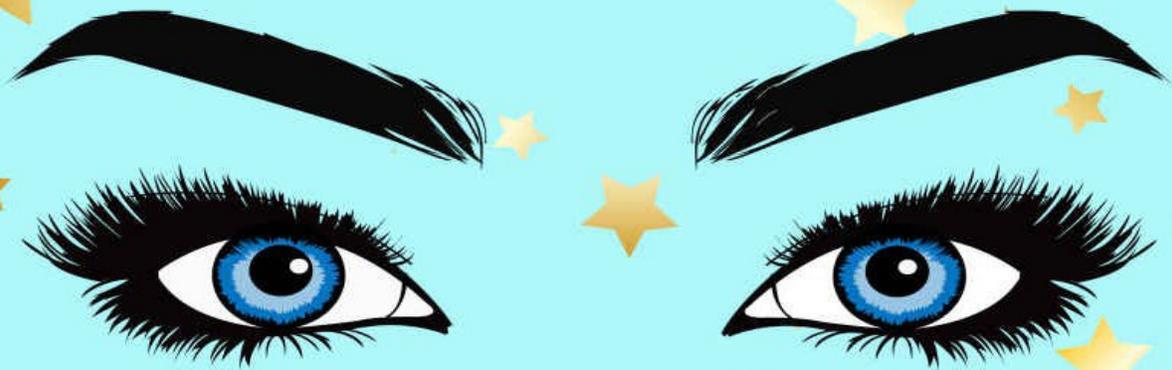


ESTRELLA CORREA

La Estrella de



Nereea

© 2018 ESTRELLA CORREA

©2018 de la presente edición en castellano para todo el mundo: EDICIONES  
CORAL ROMÁNTICA (Group Edition World)

Dirección: [www.edicionescoral.com](http://www.edicionescoral.com)/[www.groupeditionworld.com](http://www.groupeditionworld.com)

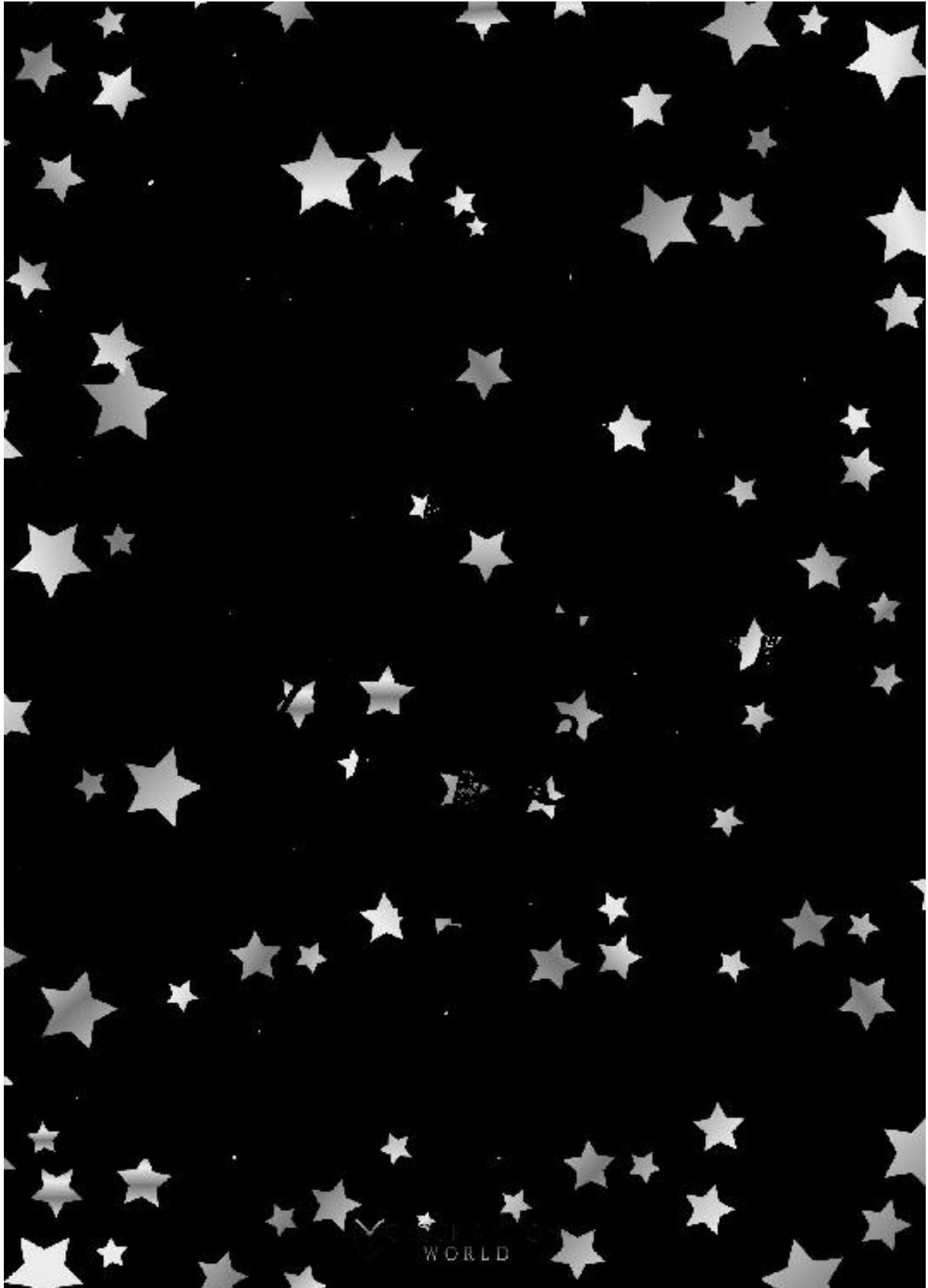
Primera edición: Noviembre 2018

Diseño portada e ilustraciones: Ediciones K

Conversion epub: Group Edition World

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro-incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes





WORLD

## SINOPSIS

Nerea intenta ser feliz al lado de lo que conoce, pero nada la llena.

Nerea se siente sola, pero cree que, poco a poco, encontrará su camino.

Nerea lucha, vive y sueña, pero ni el tiempo sana las heridas de su corazón roto.

Cuando el amor suena tan fuerte y tan alto que traspasa el firmamento, es difícil hacer borrón y cuenta nueva.

¿Podrá la música crear la más bella de las melodías?

¿Podrán las estrellas hacer desaparecer sus miedos convertidos en fronteras?

*A Nerea y Pablo, por regalarme las estrellas*

# ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1: LA NOTICIA

CAPÍTULO 2: ESA MALDITA CANCIÓN

CAPÍTULO 3: LAS IDEAS DE CRISTINA

CAPÍTULO 4: CIUDAD DEL PECADO

CAPÍTULO 5: INCREÍBLE

CAPÍTULO 6: REALIDAD

CAPÍTULO 7: TORMENTAS DE PRIMAVERA

CAPÍTULO 8: SALIÓ MAL

CAPÍTULO 9: DUELE

CAPÍTULO 10: MUY MAL, KARMA

CAPÍTULO 11: OTRA DESPEDIDA

CAPÍTULO 12: PREFIERO BAILAR

CAPÍTULO 13: EL DÍA D

CAPÍTULO 14: DE PÚBLICO

CAPÍTULO 15: LO ENCONTRÉ

CAPÍTULO 16: REINAS DEL DRAMA

CAPÍTULO 17: VIEJOS AMIGOS

CAPÍTULO 18: HELP

CAPÍTULO 19: CON CALMA

CAPÍTULO 20: COMIÉNDOTE A BESOS

CAPÍTULO 21: AYUDARNOS

CAPÍTULO 22: DOS CAFÉS. DOS REGALOS

CAPÍTULO 23: CUANDO OCURRE

CAPÍTULO 24: DECISIONES

CAPÍTULO 25: SEGUIR

CAPÍTULO 26: ME DESESPERAS

CAPÍTULO 27: CINCO O SEIS CANCIONES DESPUÉS

CAPÍTULO 28: BUSCARTE

CAPÍTULO 29: NO ME SUELTES

CAPÍTULO 30: APUESTAS PERDIDAS

CAPÍTULO 31: ESTO VA A SER DIVERTIDO

CAPÍTULO 32: VAMOS A SENTIRNOS

CAPÍTULO 33: NUESTRAS ESTRELLAS

CAPÍTULO 34: MERECE LA PENA LUCHAR

CAPÍTULO 35: NO MIENTAS A OTRA QUEEN

CAPÍTULO 36: SIN ELLA

CAPÍTULO 37: CUANDO TIENES MIEDO

CAPÍTULO 38: CERRANDO ETAPAS

CAPÍTULO 39: AÚN NO HE TERMINADO CONTIGO

CAPÍTULO 40: ESTRELLAS

EPÍLOGO

## DEDICATORIA SR. CORREA

Padre de Estrella Correa, me precio de haber sido además su maestro en los primeros compases de estudio, lugar y momento apropiados donde se echan las bases de un futuro prometedor. Por tales motivos, nos hemos acompañado a lo largo de nuestras existencias en permanente ayuda mutua, complementada la consistencia de la madurez con la impulsividad de la juventud.

Como alumna fue adelantada. Como hija, una lata en la toma y daga del cariño y de las demandas y respuestas familiares. Como escritora, el primero su padre en aprender, admirar y disfrutar de su arte.

Esta adorada hija y encantadora mujer ha optado por escribir sobre el más bello y noble de los sentimientos humanos, el Amor, agitación interior de importancia psicológica capital, tema “estrella” de las artes creativas tanto de la literatura como de la pintura, la escultura o el cine.

Y lo trabaja en cualquiera de sus vertientes, volcadas en sus obras anteriores (trilogía de Un gin-tonic, por favor) y actuales (bilogía de Nerea y las estrellas y La estrella de Nerea): amor propio, compasivo, incondicional, de la amistad, universal..., cargando las tintas en el romántico con un fuerte componente sexual como corresponde a la mocedad, etapa en la que centra a los protagonistas, cabalmente escoltados por personajes secundarios investidos de sabiduría y prudencia, cuando no de humor y desparpajo.

Nerea se instala en la mente y en el corazón de Pablo desde niño. Ella lo descubrirá en su madurez en la figura de un rockero todo lo pagado de sí mismo que da la fama. Del reencuentro inesperado surge un incendio voraz que no hay extintor que lo apague. No obstante, no hay Amor sin lucha ni sufrimiento. La rutina, a trechos náufragos en un universo de aparentes olvidos, con intervalos de satisfacción de las urgentes necesidades de la plena lozanía, las ausencias creando un silencio y un vacío que corroe el alma... Y

la fuerza del Amor logrando superar los obstáculos que se interponen retorna pujante, igual que el sol vence las tinieblas de cada noche.

El cielo estrellado, un telescopio, una frase y unas notas musicales, una perla que la naturaleza tardó años en fabricar, se convierten en símbolos que unen vidas para la eternidad finita que alcanzamos. El sólo encuentro de sus miradas hace sonar al unísono todos los instrumentos de percusión de los cinco continentes, el roce de la piel hace brotar llamas que salen disparadas por los poros cual pujanza de un dragón en celo.

Estrella Correa sabe ahondar en los sentimientos, los describe con pericia a través del dinamismo y soltura que imprime a las descripciones y diálogos, hábil en hilvanar la rutina del acontecer cotidiano con las sacudidas de los momentos cumbres.

La trama la recorren fuertes tensiones de lucha por la felicidad. La inmersión por los adentros de la historia engancha al lector tanto por el calado en los entresijos de la compleja naturaleza humana como por la contaminación de turbulencias perfiladas mediante pinceladas bien dosificadas. Estilo y sentimientos, tonifican, templan, hacen disfrutar y transportan al mundo del ansiado bienestar y paz interior, mundo al que es de agradecer que nos conduzcan las lecturas.

Y de colofón un mensaje de esperanza, un soplo de optimismo sincero para quienes pierden un amor largamente sentido y gozado. El amor despierta una y otra vez. Desenamorar, desaparecer o extinguirse, da la oportunidad de encarar la alegría de enamorarse con fuerza y pasión renovadas. Así lo ejemplifican la perla menuda de Nerea y el apuesto roquero Pablo a través de una hermosa y amena novela romántica creada por la diestra pluma de Estrella Correa.

*Antonio Correa.*

Nerea Pablo

N Sebastian Dayana P

N Rutinas del hogar Artista famoso P

N Gestión Eventos Banda de rock P

N Cielo de estrellas Ritmo y mucho sexo P

N Cristina Lucas Robbie Allan Chase Peter P

N Refugio Amor Pasión Entrega total P

N Nunca serán demasiados besos P

N Carol Rocío Hugo Samantha P

N Sin ti mi música no suena P

N Mi lugar preferido P

N eres tú P

NP

## PRÓLOGO.

Si le preguntas a alguien cuáles son los mejores recuerdos de su infancia, con casi total seguridad se decantaría por los momentos en los que jugar era su única preocupación. Disfrutar columpiándose en el parque, patinar, montar en bici y notar el viento en la cara, los primeros sentimientos de libertad... Yo atesoro con cariño los ratos que pasaba escuchando a mi padre, sentados junto a la chimenea durante los lluviosos días de invierno. Sus palabras siempre han penetrado en mí de una forma especial y mágica, sabía qué tenía que decirme y en qué momento, para enseñarme, animarme e, incluso, soltarme una buena regañina e iluminarme con su infinita sabiduría. Nunca le agradeceré lo suficiente las lecciones que me ha dado, tanto o más que la vida por sí sola. Una vez me dijo, cuando ya era adolescente y mi primer novio me dejó por alguna razón que ni siquiera recuerdo, que el amor es un sentimiento tan grande y maravilloso que, una vez creado, nunca desaparece; muta, cambia, se transforma o se guarda en lugares tan recónditos que, en algunas ocasiones, puede parecer que se ha esfumado, que ha desaparecido por completo, tanto que no lo sentimos por más que intentemos saber de él. Sin embargo, si es verdadero, seguirá estando ahí, agazapado, escondido, esperando el momento adecuado para salir de nuevo al mundo y explotar. Nunca entendí muy bien lo que quiso decir, quizás era demasiado joven, tal vez no había vivido (y sentido) lo suficiente para captar el significado íntegro de tan reales palabras... Hasta ahora. Hasta hace dos meses, tiempo exacto transcurrido desde que decidí echar a Pablo de mi vida y dejar que viviera la suya. No volví con Sebastian después de aquella difícil conversación que me dejó, como él había vaticinado, destrozada. Tardé varios días en coger las maletas, que seguían en el salón, y mudarme con mi marido. Fueron días complicados en los que traté de organizar las ideas que se agolpaban en mi mente y las fui colocando a mi alrededor, sacándolas de mí y esforzándome por mirarlas con perspectiva. El piso estaba llena de ellas, casi sin dejar

espacio para nada más, ni oxígeno para respirar. Traté de no ahogarme y salir a flote recordando todo lo que ese niño engreído me hizo sentir durante los últimos meses, pero a veces esto solo servía para hundirme un poco más y para darme cuenta de que sería muy difícil seguir adelante sin él; y que el amor no desaparece, no, el mío estaba cambiando a rabia y dolor. Volví con Sebas al concluir que coger un avión y viajar a Múnich, donde Pablo daba el próximo concierto, no era una de las mejores decisiones que podía tomar. Si decidí dejar volar a Pablo y luchar por mi matrimonio, no iba a retractarme ahora que el daño (no sabía cuánto) ya estaba hecho.

Nunca creí que fuera tan difícil seguir adelante sin él y mucho menos viendo con mis ojos, a través de revistas y programas de televisión, lo que estaba y está haciendo con su vida. Fiestas, borracheras, peleas, chicas e, incluso, comentan que se codea con las drogas. Cuando escucho algo así me parece que no hablan de él, ese no es el chico del que yo me enamoré. A Cristina no le pregunto, intentamos no romper el pacto que hemos hecho de una manera tácita. No hablamos de él, hacemos como si nada hubiera ocurrido y como si su mejor amigo no estuviera perdiendo las riendas de la situación por mi culpa. Maldita culpa que a veces no me deja respirar. No me arrepiento de la decisión que tomé, aunque a veces me despierte por las noches con la sensación de haber perdido lo mejor que me ha ocurrido desde que tengo uso de razón; pero veo cómo le ha afectado a Pablo y se me parte el alma. Después, cuando el golpeteo en el corazón se tranquiliza y la oscuridad de la madrugada desaparece, lo pienso mejor y soy consciente de que hice lo correcto. Pablo tiene aún mucho que aprender y necesita estar solo para asimilar las lecciones que solo te enseña el tiempo. Tiene que crecer y asimilar que esconderse y desaparecer no soluciona nada, los problemas seguirán estando ahí a la vuelta.

A vosotros no os voy a mentir, hace tres semanas lo vi. Me llamó una tarde, justo después de que me atreviera a ver en Youtube el vídeo de la gala de los Brit Awards y, más concretamente, el momento en que subía a recoger uno de los premios y me lo dedicaba a mí. Malditas casualidades del destino. Le dio las gracias a sus padres por el apoyo que ha recibido siempre de ellos y terminó el discurso así:

«Y a mi estrella, Nerea, que cayó del cielo para hacerme infinitamente feliz. Ella no lo sabe, pero me enamoré de su larga melena rubia una tarde de verano, hace tantos años que parece que fue en mi anterior vida. Intenté

olvidarla, pero fue en vano, cuando volví a verla, supe que jamás lo había logrado. Para ti, Nena. Sin ti mi música no suena».

Como podréis adivinar, tras este varapalo emocional que casi me deja sin sentido, no pude decirle que no cuando me suplicó que nos viéramos por última vez. Me extrañó mucho su llamada, Pablo es de ideas fijas y cuando todo se hunde, él se pierde, no se pone en contacto conmigo. Sin embargo, en seguida noté que no estaba en sus cabales, había bebido y sus palabras se pegaban al paladar de su boca dejándolas salir pastosas y sin sentido. Lo situaba en Hamburgo y me sorprendí al saber que estaba en Madrid. Me convenció de que ir a su casa era buena idea, o tal vez he de admitir que las ganas de verlo y oler su perfume me superaron, así que acepté y me presenté en su apartamento una tarde de finales de mayo, con un vestido corto color rosa palo y unas sandalias de tacón negras. No estaba preparada para lo que me encontré. Un hombre cansado, borracho y muy muy enfadado. Había bebido tanto que casi no se mantenía en pie. Nos gritamos, mucho y en las dos direcciones. Él me echó en cara que su vida era una mierda desde que lo dejé, me acusó de haberlo convertido en un desgraciado, que no había podido escribir ni una mala canción y que era la peor persona que había conocido. He de admitir que me sorprendió todo lo que dijo, supongo que esperaba que al encontrarnos sucederían muchas otras cosas y nada de lo que aconteció. Traté de convencerlo y hacerle ver que tenía que seguir adelante y me fui dando un portazo. No estuve allí dentro más de diez minutos, me dolió verlo tan abatido, me desgarraba pensar que yo era la culpable de su lamentable estado. Pero me reafirmé en la idea de que a Pablo aún le quedaba y le queda mucho por aprender y que lo nuestro jamás funcionaría. A la vista de cualquier persona que quisiera verlo estaba.

—*Queen*, acaban de llegar las fotos de la boda del cabronazo —así llama Joel a Michelle Jackson— y Elena Márquez—. Entra en mi despacho, me devuelve al mundo actual y me salva de morir ahogada en un montón de recuerdos no muy lejanos.

Hace dos semanas tuve el placer y la suerte (nótese la ironía y la mala leche) de asistir a la boda del año en este país, solo eclipsada por el enlace de un actor muy famoso y una de sus fans, que tendrá lugar a mediados del mes que viene, acto que tengo el honor de preparar. Ver a Michelle recitar sus votos después de lo que había pasado entre nosotros (nada importante porque yo no quise), solo me verificó que las personas podemos llegar a ser tan

cínicas y mentirosas que el ser humano algún día terminará con destrozar el mundo. Vale, tal vez mis vaticinios son tan dramáticos porque la vida se me ha hecho muy cuesta arriba últimamente, pero creedme cuando os digo que la humanidad se va a la mierda cada día un poco más y, si no hacemos algo al respecto, nos va a estallar la porquería en la cara a todos. Países que comienzan guerras y bombardean “en pro de la paz” (ahí lo dejo, que me lo explique quien lo entienda) a otros países por el simple hecho de que pueden hacerlo porque tienen poder para tomar esas decisiones e inmunidad para que nadie les pueda reprochar nada. Personas que matan a otras personas porque “las aman demasiado”. Mentiras, engaños, traiciones... Y yo sigo sin entender nada, es más, cada día entiendo menos.

Saco las fotos del sobre y observo unas cuentas. Elena es preciosa y no se merece a un hombre tan sinvergüenza a su lado, pero, ¿quién soy yo para meterme en una relación que, por otro lado, ignoro? Tal vez tengan otras normas diferentes a las que yo puedo concebir dentro de una pareja. Puede que esté equivocada y sean de los que se permiten mantener otras relaciones.

—Perfectas. Mándaselas, que elijan la que se enviará a los medios y transfiere esta cantidad a la cuenta del fotógrafo.

—¿Estás bien?

—Claro que sí. Deja de preguntármelo —le pido. Lo hace cada día desde que todo esto empezó; y me refiero desde que dejé a Pablo y creí que mi vida cambiaría. Y no lo ha hecho. Bueno, ahora soy un poco menos feliz, pero espero que eso cambie con el tiempo. Y, por cierto, me lo guardo para mí; que quede entre nosotros. Nunca creí que volver a sonreír de verdad me iba a costar tanto, aunque siempre tuve claro que no sería coser y cantar. Para todos «dientes, dientes que es lo que les jode» y, si necesito algo más: saco la MasterCard.

—¿Reservo mesa para comer en Manolitos?

—Vale, pero pago yo. Te has portado muy bien durante estos últimos meses, te lo debo. —Podría decir que le debo la vida. A él, a Carol, a Rocío y a Cristina.

—Reina Mora, si quieres agradecerme algo, páganos unas vacaciones en alguna isla desierta a mí y a Toni. Me encantaría caminar por la arena todo el día con el badajo al aire.

—Créeme. Es muy molesto sentarte y que se te meta la arena por el culo.

—Sonrío, recordando aquella vez que Sebas y yo viajamos a la Rivera Maya

y en una playa donde no había ni un alma le propuse que nos bañáramos desnudos. Es curioso cómo mi mente logra recordar momentos de acontecimientos pasados a los que antes, no solo no les había prestado atención, sino que los rememoraba como algo no muy reseñable. Mi subconsciente, de alguna manera ha aceptado nuestro destino, y se esfuerza porque salga bien.

—Toni y yo desnudos. No es arena lo que entraría en mi culito. —Se toca el pelo y mira hacia otro lado.

—Qué asco.

—Venga, no vayas a decirme que tú no abres la puerta de atrás. —Suelta esa risita que tanto le caracteriza.

—No es eso. No quiero saber tus intimidades. Imaginarte así es como... buag... Ahora tendré pesadillas durante días. —Me pongo la mano en la frente y me doy toquecitos con la palma para que la imagen de Toni sodomizándolo en medio de una playa desaparezca de mi mente.

Cuando llego a casa a media tarde, Sebas ya está allí. Desde que decidimos darnos otra oportunidad, los dos nos esforzamos para que esto funcione. Ambos resolvimos que, si queríamos que nuestra relación mejorara, teníamos que antepoñernos a nuestros trabajos. No hemos dejado de lado nuestra vida profesional, pero tratamos de dedicar tiempo y ganas a la personal y, poco a poco, está dando sus frutos.

A Sebas no le sorprendió que volviera a nuestra casa, sabía que mi forma de ser, mi afán por no abandonar un proyecto y mi alma luchadora, no me permitirían tirar por la borda los últimos diez años de mi vida. Aceptó que me había enamorado de otra persona, solo me preguntó si aún lo quería.

—Claro que te quiero.

—Pues es lo único que necesito saber.

Me está dando mi tiempo y mi espacio y tengo que agradecerse. Casi no hemos mantenido relaciones sexuales, los dos preferimos que surja de una manera natural, cuando nos apetezca de verdad y sin sentirla forzada.

Entro en la cocina y lo veo sirviendo dos copas de vino. Al notar mi presencia, levanta la mirada, sonrío y se acerca a darme un beso en la mejilla justo antes de preguntarme qué tal el día. Parecerá una tontería, pero echaba

de menos tener a alguien esperándome al final de la jornada y que se preocupara por mi bienestar. Y lo llevo echando de menos años, que conste. A Sebas se le olvidó hacerlo mucho antes de nuestra fugaz separación.

Levanta la copa en mi dirección y me invita a que brinde con él. Frunzo el ceño, pensando que tal vez se me ha olvidado algo. No sé... un aniversario, un cumpleaños... Llevo unos meses bastante desorientada aunque trate de centrarme, y no descartaría la posibilidad de no acordarme de cualquier cosa, por muy importante que parezca.

—¿Qué celebramos? —pregunto, no encontrando ninguna explicación.

—¿Acaso necesito un motivo especial? Solo quiero brindar con mi mujer, decirle cuánto la amo y agradecerle que haya decidido pasar su vida a mi lado.

Chocamos las copas y nos besamos. No puedo decir que el beso despierte sensaciones inexplicables en mí, sobre todo porque las reconozco y las advierto como parte de lo que somos. Nada explota en mi interior, pero me gusta el hecho de no volverme loca intentando desgranarme los sesos por averiguar mis enigmáticas reacciones. Sebastian me regala algo que he echado de menos y no voy a negar por muy fría y práctica que me haga parecer: estabilidad y tranquilidad. Nada de altibajos, de vaivenes sin sentido, de desapariciones misteriosas, de levantarme por la mañana sin saber qué me esperaba ese día a su lado. Sin contar lo que conllevaba ser la novia de un cantante de rock muy conocido. Prensa, fotos, preguntas incómodas, sorpresas desagradables, aguantar que digan y publiquen todo lo que se les ocurra... No. Esa no es mi vida. Jamás podría ser feliz así.

Esta noche es la primera vez que siento a Sebas cerca de mí, poco a poco, mi corazón y mi cuerpo le hacen hueco y se habitúan de nuevo a él, a su forma de ser, de pensar y de actuar. Me posa sobre la cama sin dejar de besarme y, cuando ve que le quito la blusa del traje, me pregunta si realmente estoy preparada para darle todo lo que necesita de mí.

—Sí —musito entre suspiros.

Hacemos el amor o, al menos, lo intentamos. Llegamos al orgasmo una media hora después y, aunque él trata de abrazarme, yo me levanto con la excusa de que necesito ir al baño y me escondo. Intento tragarme un par de lágrimas que combaten por salir y alejo de mis pensamientos la imagen de Pablo empujando dentro de mí, corriéndose y diciéndome que yo soy su música, la melodía que suena dentro de él.

«Poco a poco, Nerea». Repito mirándome al espejo.

No sabría decir a qué hora suena el teléfono y me despierta haciéndome saltar el corazón. Solo estoy segura de que aún no ha amanecido. Me incorporo de repente y alargo la mano hasta mi móvil esperando que no haya pasado nada. Mi madre está mucho mejor desde que se enteró que no iba a divorciarme, pero su corazón sigue débil, tanto que en los próximos meses va a someterse a una operación bastante complicada. La mano empieza a temblarme cuando leo su nombre en la pantalla. Son más de las tres de la madrugada.

—¿Quién está llamando a estas horas? ¿Ha pasado algo? —pregunta, con voz ronca y preocupada, Sebastian.

—Eh... No. Es Cristina —miento—. Es tarde, vuelve a dormirte. Voy a ver qué quiere.

Cruzo el piso con el corazón en el pecho y me encierro en la habitación de la colada, que se ubica en la zona más alejada de nuestro dormitorio. Tardo tanto en recorrer todas las estancias que se agotan las llamadas, sin embargo, antes de pararme a pensar en la posibilidad de llamarle yo, vuelve a sonar. Me siento sobre una banqueta que, por norma, la ocupa una pila de ropa, y respiro profundamente para enfrentarme a él.

—Pablo, ¿ocurre algo? —musito, por dos cosas: primero, para que mi marido, que retoza tranquilo y confiado en nuestra cama, no me oiga; y, segundo, no quiero que note la angustia y el deseo, que sigue vivo, en mi voz.

Al otro lado solo escucho su profunda respiración.

—Pablo...

—Me he bebido una botella de whisky para olvidarte —habla a trompicones, alargando algunas palabras y parándose en otras. Suspiro y me resigno. Vuelve a estar borracho. O... drogado, vete tú a saber. Escucho vidrio romperse al caer sobre lo que me parece un suelo empedrado—. Joder —farfulla entre dientes.

—¿Estás bien? —pregunto, preocupada y... enfadada; me gustaría darle dos buenos guantazos y gritarle que no puede hacerse eso a sí mismo.

—No ha servido de nada, ¿sabes? ¡No me puedo olvidar de tu jodida cara! —sisea, con una rabia que le desconocía.

—Si llamas para insultarme —suspiro—, no tengo por qué escucharte —me dispongo a colgar, cuando sigue y me detiene.

—Lo... lo siento —parece sincero—. Yo no... no estoy acostumbrado a esto. —Supongo que nunca nadie antes lo había rechazado, ¿qué chica va a rechazar a Pablo? Y no me refiero a la estrella de rock; me refiero a ese chico guapo, atento, cariñoso y cañón en el que se ha convertido.

No voy a decir nada, decido que lo mejor es tragarme mis palabras y ahogarme con ellas, pero escucho el claxon de un coche y me alerto.

—¿Dónde estás? ¿Estás en la calle? —Si alguien lo ve en esas condiciones y lo graba, puede meterse en un lío. Ya he aprendido los pocos escrúpulos que tiene la prensa. Y dudo mucho que no lo haya seguido algún fotógrafo con intención de ganarse el sueldo del mes haciéndole una foto borracho y perdiendo los papeles, cosa que últimamente sucede muy a menudo.

—Estoy bien... no tienes que preocuparte por mí. Ya no... —balbucea.

—Escucha, idiota. Dime dónde estás o...

—¿O qué? ¿Vas a dejarme? Eso ya lo has hecho —escupe.

—Eres un niño.

—Lo sé, por eso decidiste volver con tu marido ¿no? Porque yo soy un niño que no puede darte la estabilidad que necesitas. ¿Te folla él mejor que yo? —Cuelgo harta de sus faltas de respeto y me limpio una lágrima que rueda por mi mejilla. Me dispongo a volver a dormir y olvidarme de lo que acaba de ocurrir, pero algo que no controlo, esa parte de mí que me sigue llamando tonta de remate cada segundo por la decisión que tomé, me empuja hasta el armario y me obliga a vestirme con rapidez y salir del piso, de puntillas, para buscarlo a donde quiera que esté.

Bajo en el ascensor hasta el garaje y llamo a Arthur mientras conduzco. Como sospechaba, hasta hace media hora bebía junto a la banda en el Bogga, así que circulo bajo las luces de Madrid y aparco en la puerta del club. Me cuesta como media hora convencer al portero de que me deje entrar, lo consigo después de que un grupo de chicas me reconozcan y me cataloguen como la novia de Pablo Aragón. (Gracias, fans empedernidas). Aprovecho la confusión y, sin sacarlas de su error, me recorro la sala a grandes zancadas (a pesar de lo cortitas que son mis piernas). Me encuentro con Allan en uno de los reservados y le pregunto por Pablo. No le extraña que me halle en una discoteca un día entre semana a las cuatro de la mañana buscando a su amigo, después de todo lo que ha pasado. Juraría que le interesa más agarrarles el culo a las dos chicas que tiene a cada lado. (Específico: culo y tetas). Lo veo desorientado.

—Ha salido a tomar un poco el aire —contesta casi sin mirarme. Giro sobre mis pies y su voz me detiene un breve momento—. Déjalo en paz, Nerea. —Ignoro su advertencia y abandono el local casi corriendo.

Ya en la calle lo busco en ambas direcciones sin encontrarlo. Le pregunto a las personas que fuman sobre la acera y nadie lo ha visto salir. Me dedico a conducir en círculos por el sofisticado barrio y casi me doy por vencida cuando veo una silueta caminando, dando tumbos como un barco a la deriva en medio de la tormenta perfecta. Me pongo a su lado y bajo la ventanilla. Lo llamo varias veces por su nombre, pero no capto su atención. Paro en medio de la carretera, de cualquier manera, y me bajo y lo agarro de los hombros, poniéndolo frente a mí. Tiene la mirada perdida, no consigo conectarlas.

—Pablo, ¿qué haces? —Levanta el mentón y su pupila se agranda, tratando de centrarse en un punto fijo—. Vamos, te llevaré a casa. Alguien puede verte así.

—Déjame, no quiero irme a casa. Lo estoy pasando bien. —Trata de alejarme, pero su lamentable estado de embriaguez no le permite maniobrar con destreza. Lo empujo hasta el coche como puedo y lo hago subir. Si alguien se pregunta cómo logro meter ese cuerpo enorme y musculado en el asiento del copiloto, que deje de hacerlo porque ha sido algún expediente X de esos que no tienen explicación. Mantiene los ojos cerrados y solo lo escucho farfullar cosas sin sentido. Me incorporo sobre su cuerpo y le pongo el cinturón de seguridad. Lo tengo tan cerca que puedo olerlo desde aquí e imaginarme muchos de los momentos que me regaló. Tardo unos segundos en apartarme, tiempo que aprovecha para agarrarme de la cintura y apretarme contra él, aunque no podría asegurar que lo haga muy conscientemente.

—Nena... —Roza mi cuello con su nariz—. Eres tú... —musita, con la voz perdida entre el sueño y la esperanza. Toda mi piel se eriza y se me corta la respiración. Durante unos segundos me permito ser débil y me dejo sentirlo cerca por última vez.

Me retiro cuando recuerdo quién me espera en la cama, mi marido, Sebastian, y toda una vida juntos por delante. Conduzco hasta su casa y le pido al karma y a la suerte que se unan en la lucha por hacerle a Nerea la noche más fácil. «Por favor, por favor, por favor», musito. Parece que ambos escuchan mis silenciosas plegarias y encuentro un aparcamiento justo frente al portal. Le pido que se agarre a mis hombros y que camine a mi lado. Me cuesta despertarlo, pero una vez logrado, me hace caso y, no sin problemas,

conseguimos llegar a su habitación. Lo siento sobre la cama y le quito los zapatos. En una maniobra inesperada, me agarra de la cintura y me pega a él. Lleva su boca hasta mi oído y comienza a tararear una melodía. La música despierta cada rincón de mi cuerpo que creía dormido y trago con dificultad. Cojo fuerzas de la reserva y lo empujo hacia atrás, obligándolo a tumbarse sobre el colchón. Él se queja y suelta exabruptos ininteligibles a la vez que intenta quitarse la camiseta con torpeza. Mi instinto y lo que me queda de sentido común, (muy poco si analizamos el hecho de que he dejado a mi marido en la cama de madrugada para venir a rescatar al hombre del que aún estoy enamorada), me aconsejan que no me acerque demasiado y, muchísimo menos, si es para desnudarlo; pero verlo ahí, tirando de la tela, me da tanta lastimilla (excusa que me pongo para volver a tocarlo) que me pongo de rodillas junto a él y se la quito. Me quedo mirando su perfecto torso dibujado con incontables tatuajes y tengo que aguantarme las ganas de alargar la mano y acariciarlo como me gustaría.

Ganas.

Con Pablo siempre me dan ganas de todo.

Y acepto, en este momento, que eso no va a cambiar jamás.

—No puedo sacarte de dentro. Te odio por eso —susurra con los ojos cerrados y los brazos lánguidos a cada lado de su regazo, en sueños.

Me levanto y trato de obviar lo que ha dicho, sin embargo, todos mis intentos de salir de allí entera son en vano. Pablo ya me odia, su amor hacia mí no ha desaparecido, se ha transformado. Y yo me he ganado a pulso que lo haga en esa dirección.

Allí dejo mi *Corazón Partío*.

Aparco en el garaje y le escribo un mensaje antes de bajar. Me prometo que será la última vez que tendré algún tipo de contacto con él.

«Vive, Pablo. Vive tan rápido y con tantas ganas que te deje marca sobre la piel. Pero no mueras en el intento por ser feliz. Busca el equilibrio, la estabilidad, encuentra aquello que te ayude a mejorar, a crecer, a seguir adelante pisando sobre seguro. Aprende que correr en dirección contraria a los problemas no soluciona nada y que esconderse solo sirve para sentirnos decepcionados con nosotros mismos. Verás este mensaje cuando te despiertes y el dolor de cabeza no te deje ni pensar. Tómate un analgésico y respira

hondo. Medita. Razona. Que no te supere la situación. Hazlo por ti y por nadie más. Yo seré feliz viendo tus triunfos desde la distancia. Lo nuestro se acabó, Pablo. No me llames más. Algún día tu música sonará y mis estrellas volverán a brillar».

## LA NOTICIA

*Tres años después...*

Salgo de la oficina con lo puesto, sin móvil, sin bolso, sin cartera, sin abrigo y... con un cabreo enorme que no me deja ni pensar. Me pondría a dar patadas y puñetazos a un saco de boxeo, o ... a esta farola, pero no quiero partirme el pie, así que rechino los dientes y sigo caminando. Acabo de tener la madre de todas las broncas con uno de nuestros clientes más importantes. Lo explico. Quiere rescindir el contrato que tiene firmado por cinco años desde hace dos porque en una de sus fiestas (que nosotros organizamos) se hicieron unas fotos a algunos de los famosos que asistían a ella en una actitud... un tanto cariñosa (dejémoslo así). Allí no entró ningún fotógrafo ni ningún periodista, estoy segura de esto porque me encargué yo misma de vigilar la lista de asistentes que, por otro lado, no era demasiado larga. Pronto me di cuenta que ese evento era especial y que ponerse de coca hasta el culo y acostarse unos con otros, la atracción principal. No es una queja, que cada cual haga lo que le dé la gana, siempre y cuando no afecte a mi trabajo. Pues parece que algún listillo o listilla se dedicó a hacer fotos con el móvil y se ha debido forrar con ellas, porque sale en casi todas las portadas de las revistas de la prensa del corazón. Hasta algún periódico se ha hecho eco de la noticia. Me preocupa cómo puede salir parado el nombre de nuestra empresa.

Yo voy arañándome por la calle, pero a Joel lo he dejado en su despacho con un ataque de ansiedad tan grande que el pelo le ha cambiado de color unas cuatro veces en dos minutos. Y eso que no se lo tiñe, pero debe ser que el cabello retiene en su memoria las barbaridades a las que lo ha sometido durante años y, claro, ahora se cae como venganza. Sí, señores y señoras, en primicia os diré que Joel ya no tiene pelazo, más bien unas entradas que se podían comparar con dos pistas de aterrizajes de los más grandes e impresionantes aviones. De más está decir que viaja a Turquía en unas semanas a hacerse un implante capilar que le va a costar un ojo de la cara,

coloquialmente hablando, pagará en euros y Santas Pascuas. Ya imaginaréis el dramón que montó cuando se dio cuenta de que quedarse calvo era un hecho y que nada detenía el proceso. Durante un año probó todo tipo de mejunjes que llegaban a la oficina desde todas partes del mundo y que aseguraban tener el remedio definitivo para la calvicie. Nada frenó la caída de su «magnífico, maravilloso y adorado» pelo, así lo definió el día que se despidió de su melena en un acto de resignada aceptación, (maquinilla de afeitar en una mano y paño de lágrimas en otra).

Camino casi sin levantar la cabeza hasta tomar asiento en mi mesa preferida de Magdalenas de Colores, una cafetería muy coqueta y acogedora que abrieron hace algunos meses y que visitamos a menudo desde entonces por una sencilla razón: sus muffins de zanahoria y crema. Tiene las paredes cubiertas de madera en tonos pasteles, enredaderas verdes por el techo, lámparas y mobiliario *vintage* de un montón de colores y formas diferentes y una barra de caoba que me tiene enamorada. Lo mejor: el servicio. Un chico y una chica de unos *veintilargos* años más *salaos* que las galletitas que sirven de regalo en una cestita en forma de corazón. Alexa, la camarera, me pone un café y uno de sus manjares sin tener que tomar nota de mi pedido; ella se acuerda de todo lo que toman sus clientes habituales. Se acerca a mí con una sonrisa muy dulce y me da los buenos días.

—Ya huele a primavera. —Deja el café sobre la mesa—. Toma, es una receta nueva. —Me da una galletita de color verde para que la pruebe—. Nada de almendras.

—Mmm, está muy buena. ¿La has hecho tú? —Asiente con la cabeza, ilusionada, y el pelo rojizo se le mueve con vida.

Alexa trabaja aquí desde que abrió el local, y nosotros la conocimos poco tiempo después. Alguna vez se ha sentado con Joel y conmigo al terminar el turno y nos hemos tomado un café. Su pasión es pintar, pero mientras encuentra la forma de ganarse la vida vendiendo su arte, se dedica a algo que también se le da fenomenal: la repostería. Oficio que le paga las facturas, el alquiler y la universidad. Ella sigue formándose para llegar a ser una gran pintora. He visto muy poco de su trabajo, lo poco que me ha enseñado está colgado en estas paredes, y puedo decir que su forma de plasmar el mundo en un lienzo es exquisita y especial. Triunfará, estoy segura.

Un cliente la reclama y se despide de mí, prometiéndome que me dará una

cajita antes de irme. El café, por mucha cafeína que tenga, a mí me tranquiliza y, después de diez minutos, estoy mucho más serena; el muffins y la galleta ayudan a que eso ocurra. Aún tengo ganas de cargar contra un saco de boxeo, pero las ansias de ahogarme en un pozo han desaparecido. No se acaba el mundo, todo se arreglará. Me recuerdo llamar a Andrés y tratar el tema de posibles difamaciones hacia nosotros.

Llego a la oficina con la caja de galletas en una mano y con mucha energía renovada en la otra. Mía me informa de que Joel ha salido a reunirse con un cliente y que mi móvil (que dejé aquí cuando salí como un toro de miura) no ha parado de sonar en la hora que he pasado fuera. Dos llamadas de Sebastian, una de Rocío, otra de Carol y dos de Cristina. Esta última me pilla de sorpresa, no porque no tenga relación con ella, sino más bien porque la (de repente) loca de mi hermana pequeña y su novio Lucas pidieron una excedencia hace seis meses y decidieron darse un homenaje recorriendo el mundo sin rumbo ni destino y solo con una mochila.

—¿Adónde vas a ir, Cris? —le pregunté cuando me puso al tanto de su locura.

—Adonde me lleve el viento —me contestó con una sonrisa.

Total, que el viento la ha llevado a un montón de países y lugares preciosos, recónditos y desconocidos, al menos para mí, porque cada vez que me dice dónde se encuentra, tengo que buscarlo en Google Maps y, además traducirlo a un español que yo pueda entender. Olé por ella y por su buena decisión. Dicen que esos viajes te cambian la forma de ver la vida, ¿le habrá pasado a Cristina? Últimamente hablo con ella por skype y solo cuando encuentra cobertura y un ordenador que tenga menos de diez años y, por lo menos, encienda. Así que le devuelvo la llamada sin pensármelo dos veces. No sé cuándo podremos volver a hablar. Recuerdo que hace dos meses estuve una semana sin saber de ellos, los descerebrados se habían perdido en una selva porque se alejaron de un grupo con el que iban. Para haberlos matado yo con mis propias manos.

—¡Nerea! —grita al otro lado, demasiado cerca y nítida.

—¡Cris! ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

—Sí sí. Estamos en un pueblecito de Francia. Volvemos a casa en unos días.

—¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo? —Me preocupo al instante. Hasta donde yo sé, tenían planeado seguir viajando durante seis meses más.

—Está todo bien, tranquila. Pero... sí. Tengo que daros una noticia.

¡Ay, dios! Que la niña se nos ha convertido a alguna religión rara en las que se comen a sus propios hijos, o se ha metido en una de esas sectas que te secan el cerebro y la cuenta corriente. Cristina siempre ha estado casi más centrada que yo, (y digo casi porque algunas veces monta unos cirios por nada que te dejan helada), hasta que conoció a Lucas y se volvió loca de amor. Desde entonces sus reacciones son de una persona enamorada: la mayor parte del tiempo vuela entre nubes de colores, pero cuando el cielo se torna gris y llegan las tormentas, llora y suelta exabruptos por la boca, terminando cada frase con un «pero ¿por qué, señor? ¿Por qué todo me tiene que pasar a mí?».

—¿Qué has hecho? —pregunto, con demasiada efusividad y preocupación en la voz, tapándome la cara con la mano, gesto que ella no ve pero intuye, las dos nos conocemos a la perfección.

—Nada, Ne. No te preocupes. Te alegrarás por mí. ¡Escucha! ¿Puedes enviar a alguien a mi casa para que la limpie? Llegaré el domingo por la tarde.

—Sí, claro. Le diré a Concha que vaya a tu casa el viernes. —Así se llama la mujer que trabaja para mí casi todos los días de la semana a excepción de sábados y domingos, aunque viene en fin de semana cuando me hace falta y ella no tiene nada mejor que hacer. Yo le digo que salga y se busque un grupo de amigas, que aún tiene edad de pasarlo bien; sin embargo, ella se sonroja y me responde que a sus cincuenta y cinco años prefiere quedarse en casa o trabajar y ahorrar para pagarle las carreras a sus tres hijos.

—¿A qué hora llega el vuelo? Iré a recogeros.

—No hace falta. Hugo irá a por nosotros. —Así se llama el hermano mayor de Lucas. A cuadros me quedé cuando lo conocí. Un año mayor que yo, alto, moreno, guapo, ojazos negros, pestañas largas, hombros anchos... No es que Lucas sea un troll, pero su hermano... su hermano juega en otra división. Siento decirlo que está casado, chicas y chicos a los que les mola el sexo masculino; no se puede tocar aunque mirar es otra historia, así que Carol, Rocío y yo nos recreamos observándolo cuando coincidimos con él. Vamos, que se mira pero no se toca.

—Vale. ¿Cuándo te veo?

—¿Quedamos para cenar el lunes por la noche? En tu casa, no me apetece meterme en la cocina.

Tendrá cara. Dirá que no le apetece a Lucas. En él no solo encontró a un compañero de viaje (nunca mejor dicho, aunque yo en este momento me refiera a la vida), sino que descubrió a un magnífico cocinero que la atiborra de comida casera de la buena. Nada de congelados ni precocinados.

—Vale.

—¿Puedes hacer tortilla de patatas? ¿Y croquetas? Y... muchas patatas fritas. Y... albóndigas. Y... lomo adobado. Y un cocido. Y todo con mucho aceite de oliva. Y... jamón.

—Claro que sí, mi niña. Tú pide por esa boquita.

Me río de sus ocurrencias y le prometo que tendrá de todo. Se ve que ha echado mucho de menos la comida española. Me la imagino pareciéndose a la Novia Cadáver. Le diré que engorde unos kilitos antes de ir a visitar a mamá y provocarle un parraque que termine con su vida (o con la tranquilidad de la mía con sus sermones interminables. Qué cansina).

Llamo también a Sebastian sin conseguir contactar con él. Vuelvo a marcar, pero al teléfono de su (nueva) secretaria, y esta me indica que estará reunido hasta mediodía. Hace tres años, cuando decidimos volver a empezar (o continuar) nuestra vida juntos, no me hizo falta sugerirle que cambiara a su tetona secretaria por otra. Me daba igual que tuviera tetas o no, no fue por eso por lo que prescindí de ella, más bien fue el hecho de haberse acostado con la chica, (cuando nos separamos, puntualizo), lo que lo empujó a tomar la decisión. Yo se lo agradecí en el momento que me enteré, y me contestó que iba a hacer todo lo humanamente posible porque nuestro matrimonio funcionara; y, claro, era humano alejarse de la tentación.

Yo: «¿Qué pasa, chicas? Me habéis llamado las dos» 10:21 →→

Ro: «Necesito un rato de amigas, pero de esas que no te juzgan por tus malas decisiones. Creo que he metido la pata. Me gustaría saber hasta dónde» 10:23

Carol: «Te he llamado porque Marisa te ha buscado un hueco y puede verte mañana a las once y cuarto. ¿Lo confirmas?»  
«¿Qué has hecho, Rocío de mis entrañas?» 10:27

Ro: «Mejor os lo cuento en persona.  
¿Cenamos mañana?» 10:27

Yo: «Vale, Carol. Confirmado.  
Ro, por mí perfecto. ¿A las nueve en La Cuca?» 10:30 →→

Ro: «Vale. Os dejo que estoy en medio del rodaje».

Carol: «Vale. A las dos» 10:34

Joel llama a la puerta antes de entrar, desde que me pilló haciendo una felación a Pablo y tuvo que avisarme de que tenía líquido preseminal junto a la boca, dice que mejor «prevenir que curar». No me imagino yo chupándole el miembro a Sebas a pleno día en un arrebató de pasión. No nos va mal en lo que a sexo se refiere, pero él no es de los que pierde la cabeza por meterla en caliente. Sabe esperar, o prefiere llegar a casa y hacerlo sobre la cama, como mucho sobre el sofá.

—*Queen*, ¿has visto lo que El País dice de nosotros?

Ay, madre. Seguro que nos ponen a caldo tras lo sucedido. No quiero saberlo, pero acepto que eso no va a hacer desaparecer el artículo, así que le pido que lo lea en voz alta.

—Es bueno, no me mires con esa cara. Nos nombra como la mejor empresa de preparación de eventos de todo el país. —Me enseña la página donde aparecemos y veo una foto de nosotros dos brindando en la fiesta anual de una marca de ropa interior muy conocida—. Mira qué monísimas salimos las dos. Este vestido te queda de muerte. Por cierto, te recuerdo que mañana por la mañana tenemos reunión con Chris.

—¿Qué Chris?

—Christopher Baker, Reina Mora.

—Hablas de él como si fuerais íntimos. —Bromeo y sonrío.

—Qué más quisiera yo. He conocido muy pocos hombres más guapos que él. Pero para mi desgracia, a ese portento de *man* le gustan mucho las mujeres.

—¿Has dicho mañana? No puedo, tengo cita con mi ginecóloga.

—¿Estás bien?

—Espero que sí. Me tienen que dar los resultados.

—Ok, no te preocupes. Voy a intentar cambiar la cita a por la tarde. Pero ya sabes que su agenda está siempre tan apretada como ese paquete dentro de sus pantalones de traje de marca. —Sonríe con picardía.

—Eres un salido.

—Solo tengo ojos en la cara. —Camina hacia la puerta.

—¿Podrías decirle a Mía que limpie mi agenda durante toda la mañana? Aprovecharé y visitaré a mis padres.

—Claro. Ve firmando esto y ahora vuelvo a recogerlo.

Entro en casa pasadas las siete de la tarde y despido a Concha hasta mañana. Le riño al verla todavía aquí, debería terminar a las cinco, sin embargo, casi todos los días echa horas de más. No es por no pagárselas, lo haría, pero ella prefiere días libres que acumula y se escapa a Galicia a ver a su familia; es porque creo que no debería trabajar tanto y dedicarse más tiempo a ella misma. Ha dejado sopa de marisco y puré de verduras para cenar, así que aprovecho que la cena está preparada y me doy un baño con sales antes de que Sebastian llegue de la oficina. Enciendo un par de velas, pongo algo de música y me sumerjo en el agua templada. Pierdo la noción del tiempo e intento no pensar demasiado en todos los problemas que se me acumulan. De momento parece que los daños ocasionados por las fotos filtradas en aquel evento no están siendo tan horribles como pensaba y tengo fe en que Marisa, mi ginecóloga, amiga de Carol, no me dé malas noticias. Creo que hasta me quedo dormida y me despierta la mano de Sebas sobre mi hombro.

—Hola, cariño. Te vas a resfriar, el agua está helada. —Se arrodilla a mi lado y sonrío

—No me he dado cuenta —musito.

—Estás muy guapa. —Me da un beso en los labios y me acaricia la mejilla. Sonrío yo también y voy a pedirle que se meta conmigo y hagamos guarradas.

—Venga, sal de ahí. He puesto la mesa, la cena se enfría. —Se levanta, sale y cierra la puerta.

Menos mal que ni se lo he sugerido. ¿Qué habría ocurrido si echamos un polvo en la bañera? ¿La cena se habría enfriado? Venga, ¡por favor! Dudo que se enfríe más que nuestra vida sexual durante los últimos meses. Sé que no han sido fáciles para ninguno de los dos, diría que yo lo he pasado muchísimo peor que él, sin embargo, me apetece que mi marido me empotre alguna vez, no creo ser mala persona por pedir eso después de todo.

—Mañana tengo cita con la ginecóloga —le informo, mientras me llevo un poco de puré a la boca.

—¿Quieres que te acompañe?

—Te lo agradecería. —«Todo un detalle por tu parte, Sebastian». Nótese la ironía.

—¿A qué hora es?

—A las once y cuarto.

—Te recojo a las diez y nos tomamos un café juntos, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza y sigo comiendo. Mi marido me agarra de la mano, la aprieta y me mira.

—Todo saldrá bien. Estoy seguro.

Vuelvo a asentir y no digo nada. Entiendo que trate de tranquilizarme, no obstante, no puede asegurarme que esté todo bien. Aún así, no le reprocho nada, él tiene el mismo miedo que yo.



## ESA MALDITA CANCIÓN

Recibo una llamada de mi marido a las nueve y media de la mañana diciéndome que no puede abandonar una reunión en la que se están debatiendo cuestiones muy importantes. Me callo el contestarle que si mi vida y mi salud no le parecen de vital importancia y le cuelgo el teléfono dejándome llevar por la desidia que me caracteriza últimamente. Estoy en plan «a mí todo me da igual», aunque no sea cierto porque mi forma de ser no me lo permita. Puedo pasar de algunos temas durante unos días, pero mi desgana tiene fecha de caducidad, y estoy a nada de mandar a la mierda a Sebastian. ¿Dónde quedó eso que nos prometimos de antepoernos al trabajo? Pues se quedó donde todo lo demás, por el camino de la costumbre y de que «tarde o temprano todo vuelve a la normalidad». Y la nuestra se basa en currar y currar, y después... ya se verá.

Entrar en esa clínica me pone los vellos de punta, no lo voy a negar. Mis últimas pesadillas siempre han tenido relación con ella. No es casualidad. Espero a Marisa en una silla muy fría y muy incómoda, nada apropiada para las perturbadoras situaciones que aquí se suelen pasar. Una enfermera se acerca a mí y me pide que la siga. Todos los recuerdos, malos en su mayoría, aparecen en mi mente como una película de esas antiguas que veías a través de un proyector sobre una sábana o una pared blanca. Hace un año, Sebas se levantó con la idea de que ya era hora de dar un paso más en nuestra relación y me propuso seriamente que nos planteáramos tener un bebé. En realidad llevaba varios meses haciendo comentarios que yo no tomaba en serio, tal vez por eso una mañana me sentó frente a él y me soltó una declaración de intenciones muy bien estudiada. Lo medité durante varios días, lo hablé con mis amigas y llegué a la conclusión de que era buena idea. A mí también se me despertó un sentimiento desconocido hasta ese momento y una nueva inquietud: quería ser madre. Me quedé embarazada unos meses después de

empezar a buscar, y la noticia nos llenó de dicha a los dos, tanto que llegué a creer que lo nuestro, realmente, podría parecerse a lo que un día fue. Cuatro meses más tarde tuve un accidente con el coche y perdí el bebé, venía de camino hacia aquí, en esa revisión, la doctora me diría si era niño o niña. Lo pasamos muy mal, hubo días en los que Sebas y yo ni siquiera hablamos. En vez de unirnos, nos separamos más, y ahora estamos tratando de superar aquello. A veces me da la sensación de que me culpa por lo ocurrido. Yo no me salté el semáforo en rojo, fue un tipo que había bebido demasiado y aún así cogió la furgoneta. Durante unos días yo también me culpé. «Tal vez yo iba demasiado rápido», «Quizás debería haber mirado en el cruce», «Si no hubiera cambiado la cita, no habría ocurrido nada»... Tuve que convencerme de que fue el destino el que decidió que nuestro hijo no llegara a nacer y no yo. O eso, o me volvía loca y yo misma me ingresaba en un centro psiquiátrico.

Ahora solo espero que todo esté bien y algún día pueda volverlo a intentar. No estoy muy segura de querer ponerme a ello muy pronto, tema que me enfrentará a Sebastian, pero lo pasé tan mal y me ha costado tanto superarlo, que necesito un poco de tiempo.

—Buenos días, Nerea. —La doctora entra en la habitación sonriendo. Supongo que es buena señal.

—Buenos días, Marisa. —Me levanto y le estrecho la mano.

Ella toma asiento al otro lado de la mesa y me mira.

—¿Cómo te encuentras?

—Nerviosa.

—No tienes porqué. —Mueve el ratón y echa un vistazo a la pantalla del ordenador—. Todo está bien. Los resultados son normales. No tienes de qué preocuparte.

—¿Estás segura?

—Sí. Solo tienes un poco de anemia. Tienes que alimentarte mejor.

Asiento con la cabeza y lleno los pulmones de aire. Suelto adrenalina por la nariz cuando expulso el oxígeno y, después de varios meses, me relajo.

—Ya puedes empezar a buscar bebé.

—Verás... No estoy segura de querer quedarme embarazada ahora.

—¿Va todo bien?

—Sí... —Agacho la cabeza y suspiro.

—Nerea, es normal que te sientas así. Perder a un bebé es muy traumático

y siempre deja alguna secuela. No es malo sentirse débil y perdida. Si necesitas ayuda, solo tienes que pedirla.

—Necesito un poco de tiempo. Solo es eso. ¿Podrías mandarme algún anticonceptivo?

—Si esto es algo temporal, te aconsejo que utilices condón.

—No quiero que Sebas se entere. Él quiere que me quede embarazada pronto.

Salgo de la clínica con la receta de las pastillas anticonceptivas en la mano. Las compro en la farmacia de la esquina antes de montarme en el coche y guardo la caja en un bolsillo del bolso, cerrado con cremallera. Escondidas, sí, como mis ganas de llorar.

Hablo con Sebas por teléfono y le informo de que todo está bien. Me llama él, faltaría más. Paso el resto del día en casa de mis padres. Voy a hacerles la compra, les doblo un poco de ropa y ayudo a mi padre a hacer la cena. Mi madre está bastante bien, pasa las revisiones médicas sin ningún contratiempo y sigue sacándome de quicio, como siempre. Agradezco la soledad que me regala el hecho de tener que conducir de vuelta en mi coche sola. Pongo la radio y me evado de la realidad durante lo que dura el trayecto. Miento. Hasta que su voz suena a través de los altavoces e inunda cada rincón del habitáculo y de mi corazón. Debería estar acostumbrada a escucharlo, pero nada te prepara para que sus melodías penetren tan a dentro que les cueste salir sin dejar una tremenda huella. Esta canción lleva persiguiéndome tres años. La primera vez que la escuché no pude parar de llorar. Durante un tiempo lo odié por hacerme sentir tan mal, después acepté que cada cual busca ayuda en lo que le hace sentirse bien, y Pablo escribe canciones desde lo más profundo del alma. En esta soltó todo lo que tenía dentro, estoy segura, debió quedarse a gusto cuando la terminó.

Comienza la melodía y poco después... la letra en inglés.

«Odio este pequeño trozo de papel  
porque es él y no tú quién está ahora entre mis manos.

Odio esta guitarra,  
porque es a ella y no a ti a quién puedo acariciar.

Odio al mundo  
porque él te tiene ahora y no yo...».

Basta, se acabó. Nunca he logrado escucharla entera. Cambio de frecuencia y *Himn for the weekend* de Coldplay llega hasta mis oídos. ¿En serio? ¿Es una broma? Karma, deja de reírte de mí, olvida que existo durante unos días y vete a la jodida mierda. Vuelo a darle al botón y encuentro a Madonna y su tema *La isla bonita*. Tarareo la canción mientras intento olvidar que en otra cadena Pablo canta lo que escribió para torturarme. ¿Cómo sé que fue con esa intención y para mí si nunca la he escuchado entera? Muy fácil. Una tarde, caminando por los pasillos del Corte Inglés, no recuerdo cuál, la pusieron por el hilo musical. Traté de taparme los oídos con las palmas de las manos, pero iba cargada de bolsas y fue imposible. Me puse a hacer ruidos con la boca como si estuviera loca, sin embargo, una señora me paró para preguntarme por la sección de ropa interior masculina de una marca en concreto y, mientras me disculpaba por las prisas que llevaba y le indiqué la ubicación, escuché un párrafo que me dejó desconcertada durante mucho rato.

Decía así: «¿Recuerdas? Tú me enseñaste cuál es la Osa Mayor y la Osa Menor, aunque esta última jamás logré encontrarla. Tal vez porque estaba distraído observando la inmensa luz serena que desprendían tus maravillosos ojos mirando al infinito. Fue tal el miedo y la soledad al perderte, que hasta un piano tocado por mil almas verdaderas no me parecía una sinfonía sincera para dos corazones enamorados... Por qué será que sin ti mi música no suena...».

Me cago en ti, Pablo.

Sin ti mi música no suena. Así se llamó el disco que sacó a los pocos meses de que lo nuestro terminara y así tituló también esta canción, su single principal y éxito de ventas en muchos países. Primeros puestos durante semanas consecutivas y un tremendo dolor de cabeza para mí porque tuve que huir de ella más veces de las que me hubiese gustado. Creí que perdería la dignidad en alguna de las cafeterías, bares, pub o tiendas en las que sonaba.

Despido a Concha en la puerta de casa a eso de las siete de la tarde. Le obligo a llevarse la cena que ella misma ha preparado para nosotros, pero que no vamos a necesitar porque ni Sebas ni yo vamos a pasar la velada en casa. Tampoco juntos. Yo he quedado con las chicas y él tiene una reunión de negocios, así que las verduras al horno no se las va a comer nadie.

Me doy una ducha rápida y, antes de vestirme, me masajeo todo el cuerpo

con crema. Opto por un modelito *vintage* de Hermès: un vestido simulando un abrigo por encima de las rodillas de color beis, mangas largas y una tela muy fina, unas sandalias azules atadas a los tobillos con hebilla dorada y un bolso de rafia de mano. Me dejo el pelo suelto, rímel, pintalabios chocolate mate y un poco de colorete.

Entro en La Cuca pasadas las nueve, veo a Carol sentada en una de las mesas y camino hasta ella.

—Hola, súper nani. —Así la llamamos desde que su hijo Manel de cinco años se reveló hace unos meses y tuvo que mediar con mano dura. El niño es un *hijoputa* muy grande, solo se le ocurren trastadas de las gordas, en plan «quemar la casa», «electrocutar a los gatos del vecino», «atascar el inodoro con figuras de lego»... La de dinero que se ha gastado en arreglar tuberías del edificio por culpa del pequeño diablillo. Pero es que el hermano mayor lo apoya en las fechorías.

—Hola —dice con brusquedad, y bebe de su copa de vino.

—¿Qué han hecho tus hijos hoy? —pregunto, levantando la mano y llamando al camarero.

—Qué no han hecho, querrás decir. Han pintado toda la pared del pasillo con rotulador.

—Bah, no es tan malo.

—Es la cuarta vez este mes.

Sonrío y le aprieto la mano.

El camarero se acerca y le pido lo mismo que toma mi amiga.

—Venga. No es para tanto. Ves situaciones horribles en el hospital, tienes que sentirte feliz de que estén sanos.

—A veces yo misma los estrangularía. —Suspira y se toca las sienes.

No os asustéis. Es una forma de hablar. No sabéis cuánto quiere a esos niños y cómo los cuida. Sus ojos destilan amor cada vez que los mira.

—Hola, perras del desierto. —Ro llega como un ciclón y toma asiento a nuestro lado. Le quita la copa de vino a Carol y se la toma de un trago, luego la levanta en dirección a la barra y le pide al camarero que traiga una botella —. ¿Cómo os va la vida? A mí bien, gracias. El otro día se la chupé a mi compañero de reparto en su camerino y no he tenido coño de decírselo a Carlo. ¿Me muero ya o espero al verano?

Carol se lleva una mano a la cabeza, la gira de lado a lado y se muerde el labio inferior con los dientes. Yo abro los ojos y suelto una carcajada.

—Lo tuyo no es normal. —El camarero trae nuestras bebidas y las llena hasta la mitad.

—Lo que no es normal es estar tan bueno y tenerla tan grande.

—¿Y cuál es el problema? Carlo y tú sois... —lo piensa—, liberales.

—Somos una pareja abierta, pero no nos escondemos nada. Algunas veces nos damos tiempos muertos y otras... pues eso. Llevo guarreando con Alberto más de un mes, y no sé porqué, me lo he callado.

—¿Y por qué lo has hecho? Eres la persona más sincera que conozco —le regaño.

—Últimamente solo estamos él y yo... en nuestra cama, me refiero. Me da la sensación de que a Carlo ya no le interesan otras mujeres, solo yo.

—¿Y eso para ti es un problema? —Nuestra amiga frunce el ceño y le da un sorbo al vino.

—A mí me gusta jugar, no quiero dejar de hacerlo.

—Habla con él. A él también le gusta, te entenderá. Sois la pareja perfecta. Si vosotros no conseguís hacerlo funcionar, nadie en este mundo podrá —le aconseja.

—Está bien. En cuanto llegue a casa, lo hablo con él. ¿Y tú qué tal? ¿Qué te ha dicho el médico?

—Es verdad, lo siento, nena. —Se disculpa Carol por no haberme preguntado.

—Todo está bien. Cuando quiera puedo comenzar a buscar bebé. —Me llevo la copa a los labios.

—Tendrás que dejar de beber —aconseja la pediatra.

—Sí sí. Dame un par de semanas para despedirme. Después vida sana. —No les cuento que de momento voy a esperar. Me preguntarán por qué y no me apetece desgranar las razones por las que lo hago—. Cris vuelve el domingo. Acorta la vuelta al mundo y... tiene que decirme algo importante. —Desvió el centro de atención y cambio de tema.

—¡Esa está preñada! —Ro se tapa la boca con las manos.

—¿Qué? ¡No! A Cristina no le gustan los niños. Es más, los odia a muerte. —La miro achinando los ojos.

—Pues tú me dirás cuál es la razón por la que deja de darse la vidorra por el mundo. Yo no le encuentro otra explicación.

—Tal vez ha pillado una enfermedad tropical y viene a curarse a un hospital —Carol piensa como profesional de la medicina—. No es tan

extraño. Os sorprenderíais de las cosas que veo todos los días...

—No seas *malauguria* —le pide Rocío.

—Esa palabra no existe. —Sonrío.

—Da igual, me habéis entendido.

—Hemos quedado el lunes por la noche. Ya os contaré.

—¿Hugo va a la cena? —Levanta las cejas y se echa hacia delante.

—No.

—Pues podrías hacer una, invitarlo y llevarme a mí también. Tal vez lo convenza para hacer un trío.

—No creo que a la mujer le haga mucha gracia —comenta Carol.

—No contaba con ella. Pero a lo mejor también le va la marcha. —Se encoge de hombros y sonrío.

Me desnudo y desmaquillo en el cuarto de baño. Apago la luz y me tumbo en mi lado de la cama, junto a Sebastian. Este se despierta y me rodea con un brazo la cintura, pega la ingle a mis nalgas y noto que su miembro está duro y dispuesto. Me besa el cuello y ronronea junto a mi oído.

—Podemos empezar a buscar ahora...

—Estoy muy cansada. Mejor mañana.

—No tendrás ni que moverte. Yo haré todo el trabajo. —Se pone sobre mí y lo empujo hacia atrás, enfadada. Me levanto de la cama y bufo.

—¿Qué he dicho?

—A veces me tratas como si fuera una muñeca hinchable.

—Eso no es cierto. Solo quería jugar un poco.

—Hazte una paja.

—Pero... ¿por qué dices eso?

—No me acompañas al médico, no nos vemos en todo el día y ahora quieres que me abra de piernas y te deje empujar dentro de mí. Esto no funciona así, Sebas. Te equivocas mucho.

Salgo de la habitación y él lo hace detrás.

—Nerea, no tengo ganas de discutir.

—Pues no lo hagas. Déjame en paz.

—¿Se puede saber qué te pasa? Solo quiero hacer el amor con mi mujer. Hace semanas que casi no me dejas tocarte.

—¡Eso no es cierto! ¡Eres tú el que no se acerca a mí!

Se palpa el cabello y cambia el peso del pie.

—Me vuelves loco. A veces creo que después de tantos años aún no te conozco. ¿Es porque no te pude acompañar esta mañana?

No digo nada, me escondo en la cocina y lleno un vaso de agua.

—No huyas de mí. —Entra detrás.

—Estoy enfadada, Sebas. Deberías haber estado hoy conmigo, pero vuelves a anteponer tu trabajo a nuestro matrimonio. Estoy cansada.

—Hay cosas que no puedo aplazar. Ya eres mayorcita para entenderlo.

—Lo tengo bastante claro. Nunca seré lo más importante para ti. —Paso por su lado para salir de allí, pero él me para agarrándome por la cintura.

—Nerea, no te pongas así. Ha salido todo bien, eso es lo importante.

—Nada va bien. Si no lo ves, es porque no quieres. No puedes ser tan necio.

Me suelto y me acuesto. Él vuelve a la cama unos minutos después. Ninguno dice nada más. Nos dormimos como si lo hiciéramos en continentes diferentes y, otra vez, lo dejamos pasar.

Carol llega a casa más tranquila y el pecho se le hincha de felicidad al ver lo que sus hijos han dejado para ella sobre la encimera de la cocina. Una galleta muy grande que ellos mismos han horneado, y una nota en la que dice cuánto la quieren y lo importante que es para ellos. Mi amiga sonríe, se le escapa una lagrimita y va a arroparles a la habitación. Los besa en la frente y respira tranquila porque es cierto, están sanos y son felices. Sus hijos lo son todo para ella, sean demonios o no.

La noche de Rocío no es tan apacible. Espera a que Carlo llegue del restaurante tomándose otro vino, hasta se fuma un par de cigarrillos, y se convence a sí misma de que la sinceridad es la mejor opción. El italiano no se toma muy bien la noticia de que su novia se la ha chupado al tal Alberto con el que trabaja.

—Siento no habértelo dicho antes.

—¿Te gusta? —le pregunta él, sentándose a su lado en el sofá.

—No se la suelo chupar a nadie que no me guste.

—Me refiero a... que si sientes algo por él. —Gira la cabeza y la mira.

—¡No! Yo solo te quiero a ti. Ha sido una tontería.

—¿Te gustaría volver a repetir con él?

—Si. Está bueno y parece que se le da bien.

—*Va bene*. Queda con él. Invítalo a casa a cenar, quiero conocerlo. Sin sorpresas, explícale lo que hay y, si quiere jugar, jugaremos los tres.

Rocío sonríe y se va a la cama pensando en todo lo bien que se lo puede pasar jugando con esos dos hombres de talla extra grande. No le sale mal la jugada, no.

## LAS IDEAS DE CRISTINA

—¿Se puede saber qué quiere Cristina? —me pregunta Sebas mientras ponemos los cubiertos sobre la mesa.

—Ni idea. —Me encojo de hombros y doblo las servilletas.

—Me da miedo lo que puede decir.

—No creo que sea para tanto. —Me muerdo el labio y lo pienso durante un instante.

Suena el timbre de la puerta y voy a abrir. Mi hermana se abalanza sobre mí y se engancha a mi cuerpo como si fuera un monito tití. Me río y la abrazo con fuerza.

—Holaaa, te he echado mucho de menos —grita junto a mi oído, y a punto está de dejarme sorda.

—Y yo a ti, loca. —Se pone de pie frente a mí y me doy cuenta de su extremada delgadez—. ¿Pero tú has comido en estos meses?

—Claro que sí, mami. Me ha cambiado el metabolismo. Hola, Sebastian —saluda a mi marido en un tono bastante menos amigable.

Cristina hace mucho años que no traga a Sebas y, cuando nos separamos, lo clasificó como persona non grata. He intentado, desde entonces, que se lleven bien, pero solo he conseguido que no se tiren los platos a la cabeza. Ella lo tolera porque no tiene más remedio y Sebas hace como que no se da cuenta para no tener problemas ni más discusiones conmigo.

—Hola, Cristina. ¿Qué tal todo?

Lucas y yo también nos saludamos y pasamos al comedor, donde la cena nos espera. Tiene que ser cierto que a la peque le ha cambiado el metabolismo porque devora casi todos los platos en pocos minutos. Le pregunto a Lucas desde cuándo no come y este se ríe sin contestarme realmente.

—El mundo es muy bonito, pero la comida una mierda —explica ella.

—Algo habrás encontrado que te guste —contesto.

—Es cierto. Hay cosas exquisitas, pero otras... otras dan cagaleras que duran un mes.

Sebas la mira con cara de reprimenda y luego se dirige a mí con una ceja levantada.

—Cris, estamos comiendo. No nos interesan tus aventuras estomacales — le riño.

Ella se encoje de hombros y sigue zampando.

—Y dínos, ¿qué es eso tan importante que tienes que decirnos?

Suelta el tenedor, se limpia la boca con la servilleta y sonrío.

—¡Nos casamos!

Abro los ojos de par en par.

—¿Qué?

—Lucas me ha pedido que me case con él.

—¿Cuándo?

—Hace un mes. En una isla preciosa, Bora Bora. ¿La conoces?

—Me suena... —Me acaricio el arco de la nariz—. Me refería a que cuándo os casáis.

—Dentro de seis semanas. Espero que te dé tiempo a organizarla y... de que me lleves de despedida de soltera.

—Enhorabuena a los dos. —Sebas se levanta y le da un apretón de manos a Lucas.

—Gracias, estamos muy ilusionados.

—Cris, ayúdame a traer el postre —le pido.

—No tengo ganas de levantarme, soy tu invitada. —Apoya los codos sobre la mesa.

—He dicho que me acompañes. —Le hago una señal con la cabeza.

Ella refunfuña, se levanta con desgana y me sigue.

—Trae también champán, vamos a celebrarlo —me dice mi marido.

Entramos las dos en la cocina y abro el frigorífico para sacar el vino espumoso. Al cerrarlo me encuentro a Cris abriendo una caja de galletas.

—He comprado helado —le informo.

—He echado de menos estas galletas.

—Cris, ¿estás segura de lo que haces?

—Tranquila, estas galletitas no me matarán. —Se lleva a la boca dos a la vez.

—Me refiero a la boda. —Pongo los ojos en blanco.

—Lucas es el hombre de mi vida. Tú te casaste con él cuando lo encontraste, ¿no? —Arquea una ceja—. ¿Por qué no puedo hacerlo yo? ¿Crees que dentro de unos años me enamoraré de una estrella de rock, me negaré a mí misma ser feliz y viviré una vida que no me llena?

Le quito la galleta que tiene en la mano y la engullo, imitando lo que hace ella.

—Eres idiota —balbuceo.

—Tú sí que lo eres —masculla también, y me llena de migajas de dulce.

—Te deseo lo mejor. —Me limpio el vestido.

—Lo sé. Yo a ti también, por eso no sé por qué no haces nada al respecto.

Brindamos por la buena nueva, nos bebemos la botella entera y despedimos a los tortolitos enamorados en la puerta, después de escuchar mil y una historias que han vivido durante estos meses cruzando fronteras. La envidia, y no solo por haber estado viajando alrededor del mundo. Que cada uno piense lo que quiera.

Sebastian se acerca a mí muy mimoso cuando nos quedamos solos. Dejo que me dé cariño y nos besamos. Al principio no me siento muy cómoda. Casi no hemos hablado de lo que ocurrió la otra noche, pero me resigno y me digo a mí misma que tengo que poner de mi parte para que nuestro matrimonio funcione. Tres años llevamos luchando, los dos, no me voy a llevar yo todo el mérito si al final lo conseguimos. Pero, ¿cuándo llegará el final? El feliz, me refiero. Suelto un gemidito al notar su mano por debajo de mi falda y acariciarme una nalga. Levanto las manos y le desabrocho la camisa botón a botón. Sebastian siempre ha tenido un cuerpo muy agradecido. Él me quita la blusa y me mordisquea los pezones por encima del encaje del sujetador negro.

—Vámonos a la cama —susurra.

—Aquí.

—No. Estaremos más cómodos en la habitación. —Mi marido siempre tan pragmático, tan metódico y... tan poco apasionado. Necesito un «Aquí te pillo, aquí te mato», ¡leñe!.

Nos tumbamos sobre la cama, yo debajo, él encima. Me quita las bragas mientras me besa los muslos. No se le da mal, pero un poco más de pasión no nos haría daño. Jadeo al sentir su lengua explorar el pliegue de mi sexo. Me acaricia la zona durante unos minutos, se arrodilla, se limpia la boca con el

brazo y se baja los pantalones.

—¿Estás lista?

—Sí.

Me penetra y, unos veinte empujones más tarde, nos corremos a la vez. Se llama *sincronización marital*. Vale, así lo llamo yo, no sé cómo se denominará, o si tendrá nombre.

El domingo recibo una llamada de Cristina para que pasemos el día juntas y recuperemos estos meses en los que casi no hemos hablado. En realidad quiere sonsacarme lo que ha ocurrido durante este tiempo en mi vida y, aparte de superar la pérdida de mi bebé, no tengo mucho más que contar, afortunadamente. Mi hermana se siente culpable por no haberme podido acompañar en esos momentos, y tuve que consolarla a ella en muchas ocasiones.

Despido a Lucas en la puerta del apartamento. Ha cocinado para nosotras, (qué mono), y nos deja solas para que podamos charlar sobre nuestras cosas. Lo que quiere decir que Cristina lo ha echado de casa.

—¿Pensáis seguir viviendo aquí? —Le doy un beso en la mejilla a mi hermanita.

—¿Por qué tendría que irme? —Me lo devuelve y se tumba en el sofá.

—No sé. Es un poco pequeño. —Cuelgo el bolso de una silla.

—A mí me parece perfecto. No necesito más. Si vieras dónde he dormido durante estos meses... ¡Y cagado! Una vez me limpié con una hoja de Palomero, en Guinea, creo. ¡No veas cómo picaba! Me hizo reacción...

Me tapo la cara con ambas manos y giro la cabeza de lado a lado.

—¿Crees que es información relevante?

—¿No quieres que te cuente cómo me ha ido? Pues me arañé todo el culo.

—En serio. Lo tuyo no es normal.

Se encoge de hombros y le da un sorbo a su Coca Cola.

—Trae la comida, *por fis*. Está emplatada ya y todo. Mi Lucas es un sol. —Tuerce la boca en una mueca fingida, ladea la cabeza y pestañea repetidamente.

—Ese chico tiene el cielo ganado contigo.

Cojo los platos de la encimera y los dejo sobre la mesa. Vuelvo a por los cubiertos y un refresco para mí.

—Tú no te muevas. —Me siento en el suelo con las piernas cruzadas—. A

veces me pregunto cómo has estado seis meses viajando con lo perra que te has vuelto.

—Me he vuelto perra por eso. Me he cansado. —Alarga la mano y se lleva un puñado a la boca—. ¿Sabes? Me he dado cuenta de una cosa.

—¿Tanto tiempo para aprender solo una?

—Déjame terminar —se queja—. No somos importantes, ¿sabes? Nosotros creemos que sí, que si estamos aquí es por algo, pero es casualidad, hemos tenido suerte..., no somos nadie. Hay tantas personas, tantos momentos, tantas circunstancias, tanto tiempo... No somos nada.

—Creí que pasar la tarde contigo sería mucho más divertido. Para deprimirme me quedo en casa y riego las macetas.

—Tú no tienes macetas.

—Por eso. —Me llevo un trozo de solomillo a la boca—. Lucas debería dedicarse a la cocina. Se le da muy bien —pienso en voz alta.

—Escucha. —Se incorpora y me corta—. Laura, Carmen y Rosana están esperando a que las llames. Tienes dos semanas para preparar mi despedida de soltera.

—Ya he reservado en un restaurante. —Doy un sorbo a mi Coca Cola.

—¡Qué pringada eres! Sabía que tenía que aclararlo. —Pone los ojos en blanco.

—¿El qué?

—Que no quiero una cenita en algún sitio de Madrid y unas copas en una discoteca. Eso lo hago siempre. ¿No habrás contratado a un boy? —Levanta sus cejitas.

—¡Noooo! Claro que no. —Pero, entre nosotros, pensaba hacerlo.

—Yo quiero ir a Las Vegas. —Levanta las palmas y abre mucho los ojos.

—¿Estás loca? ¿Aún te quedan ganas de viajar más?

—Claro que sí.

—¿Y por qué quieres ir allí?

—Ya lo sabes, a las dos nos hace ilusión visitarla desde pequeñas. Las luces... ¿recuerdas? —Hace una morisqueta.

—Pues ya podías haber aprovechado. Has tenido seis meses para pasarte —bromeo.

Cris no dice nada y me extraño por el repentino silencio. La miro y se está mordiendo el labio inferior.

—Verás... No es solo por eso. Hay otra razón.

—¿Cuál? ¿Quieres ir a un concierto de Ariana Grande? —me río. Es tan fanática de esa artista que se recorrería medio mundo para verla otra vez. Hace unos años le regalé unas entradas para Reyes y fue al “espectáculo más impresionante de todos los tiempos”, palabras textuales, con Pablo. Estuvo dándome la tabarra durante meses, y en casi todas las frases obviaba el nombre de su amigo. Lo habíamos dejado hacía poco y le pedí que no me hablara de él. Que era porque me moría por dentro, me lo callé.

—No. De Pablo —suelta sin más, y yo... como una inútil, me atraganto con la comida.

Cristina me da golpes en la espalda hasta que escupo sobre la alfombra una especie de masa blanca y logro respirar. Cojo mi bebida y me trago lo que queda.

—Se me ha ido por otro lado —me excuso.

—El hecho de nombrar a Pablo no ha tenido nada que ver —apunta ella.

Me levanto y voy al baño a enjuagarme la boca y lavarme la cara. Tengo comida hasta en el pelo. Cuando vuelvo, ha puesto algo de música. *Stand by me* de John Lennon me llega de repente hasta las venas. A veces me pregunto por qué sé inglés, después me acuerdo que hay canciones en español que también me queman por dentro y se me pasa.

—¿Qué tienes de postre? —Voy al frigorífico y lo abro.

—Hay helado en el congelador.

Veo que hay de sabor melón y lo cierro de un portazo. Ya no me gusta. Hay canciones que recuerdan a personas y sabores que evocan besos. Sus. Besos.

—Voy a bajar a comprar café. Solo tienes descafeinado. —Cojo el bolso y saco un cigarro. Me lo fumaré abajo, mientras me da un poco el aire.

—¿No vas a decir nada? —Cris se levanta y lleva los platos a la cocina.

—¿A qué te refieres?

—Ni siquiera me has preguntado si Pablo viene a la boda.

—Porque no me importa.

—Sí viene, Ne. Claro que viene. Es mi mejor amigo.

—Me parece perfecto. —En realidad quiero morirme y no tener que vivir ese momento.

—Hace mucho que no lo veo. Me apetece pasar un rato con él. Vosotros no tenéis que estar ni en el mismo hotel. El grupo tocará en Las Vegas dentro de dos semanas y es justo que cuente con él para mi despedida de soltera.

—No tienes que darme explicaciones.

—Además, lo vas a ver en la boda de todas formas. ¿Qué más te da?

—Ya te he dicho que me da igual. Si quieres ir a Las Vegas, pues vamos a Las Vegas. ¿Qué puede pasar?

Le cuento a mis amigas los planes de mi hermana para despedir su soltería y deciden que esa idea hay que desgranarla en persona, así que quedamos en casa de Carol unos días después. Manel, el niño demonio, tiene fiebre y no quiere dejarlo con la niñera. ¿Quién lo va a cuidar mejor que ella que, además de ser su madre, estudió medicina durante más años de los que duró la Guerra Fría?

—¡Raúl, por favor! ¡No pegues a tu hermano! —le grita al mayor, poniéndose de pie y llegando hasta donde los dos niños se están dando patadas.

—Ha empezado él. Casi me rompe el pie —le contesta su primogénito.

—¡Cada uno a su cuarto! ¡No quiero escucharos más! —Levanta la mano y señala el pasillo.

Manel se ríe y sale corriendo detrás de Raúl.

—¿Tú estás segura de que está enfermo? —pregunto, quitándome un caramelo que se me ha pegado al culo.

—No se cansan. Ninguno de los dos. Me tienen harta. —Suspira—. Bueno, sigue. Entonces, os vais a Las Vegas. Aquí al ladito... —ironiza.

—Qué envidia me das. ¿No puedo ir con vosotras? —Ro se cruza de brazos y se echa hacia atrás en el sofá—. Ojalá os roben el equipaje y tengáis que ir con las mismas bragas todo el viaje. —Achina los ojos.

—Podríamos comprar más. —Le doy un sorbo al café.

—No. Porque también os robarán los bolsos y tendréis que dormir en la calle. Y esos días lloverá.

—Allí apenas llueve.

—Eso es un mito, como que la prostitución es legal o que se puede fumar en los garitos.

—Algunas veces me sorprende todo lo que sabes.

—Soy una chica muy lista. —Levanta el mentón.

—Bueno, siento desbaratarte tu plan para que lo pasemos mal. Si nos quedáramos sin nada, Pablo nos acogería.

—¿Qué Pablo? —preguntan casi al unísono.

—Pues Pablo. —Me aparto el pelo del hombro, sin darle importancia a lo que acabo de decir.

—¿El del rabo largo? —habla Ro.

—¿Pablo Pablito Cara de Pito? —comenta Carol.

—Sí.

—¿Pero tú estás loca? —Esta última levanta el tono de voz a la vez que lo cambia a uno más brusco.

—Cristina quiere ir al concierto que da The Fox' Lair, y yo tengo que aceptar que tarde o temprano lo voy a ver. Es una especie de Dama de Honor de la boda. ¿Qué más dará que sea allí? Además, me da igual. Ha pasado mucho tiempo.

—Si tú lo dices... —sigue.

—¿Sebastian sabe que vas a ver a Pablo?

—Sabe que Cristina lo va a ver. Yo no creo ni que coincida con él. — Aunque con la suerte que tengo y lo bien que me trata el Karma, me quedo con él encerrada en un ascensor siete horas. Seguro.

Ayer mismo le comenté a mi marido que el grupo tocaría en Nevada y que Cristina iría al concierto. Lo cierto es que no se lo tomó muy mal, solo me dijo que lo pasara bien y que volviera de una pieza. Le prometí que lo haría y él colgó. Sí, se lo dije por teléfono, no fue premeditado, salió el tema y lo solté como si no tuviera importancia y fuera un trámite más que había que pasar.

—¡Mamááááá! Manel me ha cortado el pelo. —Raúl llega hasta nosotras con un manojo en la mano.

Ro suelta una carcajada, le doy una patada por debajo de la mesa y se tapa la boca. Le regaño con la mirada y le pido que salga conmigo a fumar un cigarro a la terraza.

—Dame uno —me pide.

—Si vas a fumar todos los días, deberías comprar.

—No seas rata. —Me quita la cajetilla y lo coge ella.

Desde donde estamos, escuchamos a Carol reñirle a sus hijos.

—Por eso no tendré hijos nunca. Si me quedara embarazada, me lo pensaría... —Se da cuenta de lo que ha dicho y se disculpa—. Lo siento, no quería decir eso.

—No pasa nada. Lo entiendo.

Le damos una calada a nuestro cigarro.

—¿Tienes ganas de ir a Las Vegas?

—Tengo ganas de pasarlo bien. Ojalá pudierais venir.

—Pues díselo a tu hermana o... llévame en tu maleta. Peso poquito.

Nos quedamos en silencio y miramos al final de la calle.

—¿Te da igual que Pablo esté allí?

Me encojo de hombros y me llevo el cigarro a los labios.

—Tíratelo si tienes oportunidad.

¿Qué? Abro los ojos de par en par. Pero, ¿a qué viene eso?

—Rocío, ¿qué me he perdido? —Me sale voz de pito.

—Por perderte... un montón de polvos con ese tío bueno que estaba enamorado de ti. Pero, oye, que no te ha salido tan mal. Eres feliz con Sebastian, ¿no? Sin embargo, eso no tiene nada que ver para que vuelvas a follar con él, el sexo sigue siendo sexo, y follar solo con la misma persona durante tanto tiempo no es sano. Ya sabes lo que opino. Claro que, si te vas a volver a enamorar de él, no lo hagas. Búscate un norteamericano que la tenga grande y gorda y pásalo bien. Lo que se hace en Las Vegas, se queda en Las Vegas, eso es así.

—Eso es otro topicazo.

—Lo que sea. Tú disfruta, tonta. Lo que se vayan a comer los gusanos, que lo disfruten los humanos.

—Como tú, que lo disfrutaban varios a la vez. —Nos reímos—. ¿Qué tal con Alberto? ¿Hablaste con Carlo?

—Sí. Lo invitamos a casa el domingo pasado. —Se hace la interesante, cosa rara en ella, suele soltar por esa boca sin ton ni son.

—¿Y?

—Fue espectacular. Me follaron los dos.

—¿Qué raro! Ro hablando de follar. —Carol sale a la terraza y nos interrumpe—. Dame un cigarro.

—Otra que debería empezar a comprar. —Se lo doy junto con el mechero.

—¿No tienes marihuana? —le pregunta a Ro.

—No fumo hierba desde la última verbena en mi pueblo. Me vendría bien para relajarme.

—Eres médico, reina. Recétate un *trankimazín*. —La andaluza apaga la colilla en una maceta y pregunta qué hace con ella.

—Tírala ahí. —Señala un cuenco de madera—. Después lo recogemos.





## CIUDAD DEL PECADO

Lucas nos deja a mí y a Cristina en el aeropuerto a eso de las cinco de la mañana. Él quiere aparcar y tomarse un café con su *amada*, pero ésta le contesta que es su despedida de soltera y no termine por *joder la marrana*, lo que viene a significar que deje de molestar y se vaya ya. Recuerdo que el muchacho no me cayó muy bien cuando le conocí, algo en él no me terminaba de dar la confianza que necesitaba para animar a mi hermana a que saliera con él. Estaba muy equivocada. A veces pasa. Nos obcecamos en creer en algo, cuando la realidad no tiene nada que ver. Me alegro haberme equivocado. Son almas gemelas. Bueno, son almas que se compenetran muy bien.

Anoche dormí en casa de Cris, con ella en la misma cama, y no recordaba lo que se mueve, parecía una lombriz. Por eso, y porque debe cambiar el colchón por uno más moderno, me duele todo el cuerpo. Le dije varias veces que pasáramos la noche en mi casa, pero tiene una manía malsana con el olor del perfume de Sebastian. De nada me sirvió decirle que mi marido hace tres días que no anda por casa y pasea por Roma en un viaje de negocios. Hablamos cada día por teléfono, será por eso que no le echo de menos. Nos sentamos en una cafetería y le escribo un mensaje avisándolo de que en breve subiré al avión.

Laura y Carmen llegan justo para pedir el café, que tomamos sobre unas incomodísimas sillas de diseño. Rosana aparece de milagro, corriendo por el pasillo que da a la puerta de embarque, gritando que no despeguemos sin ella o jura por la Virgen de Fátima que nos arranca las tetas con un serrucho. Todo esto ha dicho, sí, pero en portugués. Mi hermana la conoció en una sesión de fotos hace más de dos años y se hicieron muy buenas amigas. No. No es modelo. Youtubers de profesión, portuguesa de corazón y loca por donde quieras que la mires. La defino como simpática sin medida (a veces un problema) y muy desinhibida. Carmen y Laura no se comportan de una forma

muy normal y protocolaria, sin embargo, Rosana les gana por goleada. Tiene fotos en ropa interior, bañándose con un flotador de unicornio y mojito en mano en La Cibeles.

La cosa está así: tres descerebradas, una hermana con ganas de fiesta (y de joderme la vida), y yo, una mujer de treinta y siete años, deseando pasarlo bien y perder la cabeza por una vez, pero aterrada por existir la posibilidad de encontrarme con ÉL.

El viaje os lo resumo pronto: negro. No me acuerdo de nada. Me tomo una pastilla mágica y me tienen que despertar cuando llegamos al aeropuerto, diecisiete horas y cincuenta y cinco minutos después. De la escala en Londres tampoco tengo imágenes muy nítidas. Por cierto, me drogo porque no cabe la opción de un embarazo. La excusa de la boda de mi hermana me ha venido como anillo al dedo para retrasar mi maternidad. Vale, rectifico. Me ha venido de lujo para darle una razón a Sebas, porque la iba atrasar de todas maneras.

Un coche nos lleva al hotel Caesars Palace. Aunque no era el que más nos gustaba, tenía una oferta que no pudimos rechazar. El viaje nos ha costado un ojo de la cara, pero vamos a conservar el otro intacto, así que no nos quejamos. Las cinco nos pasamos el trayecto con la boca abierta ante lo impresionante de todo lo que vemos. Llegamos de día, pero aún así, la que llaman Ciudad del Pecado, nos deja alucinadas.

El chófer se despide de nosotras y nos da una tarjeta por si lo necesitamos en algún momento y lo queremos volver a llamar. Se lo agradezco y cojo la maleta con la mano izquierda mientras me pongo las gafas de sol con la derecha. Nos situamos una al lado de la otra, sin programarlo, y miramos hacia arriba. Observamos cinco torres entre las que se distribuyen las habitaciones: Forum, Centurion, Roman, Palace y Augustus. Sí, la temática es el Imperio Romano. Y sí, he hecho los deberes antes de venir. Nada más cruzar el vestíbulo, Carmen y Laura, proponen que apostemos algo en alguna mesa. Vale, en este aspecto no he investigado demasiado, pero ya que estamos aquí, «de perdidos al río». Saco un billete de doscientos euros y lo cambio por unas fichas. Todas hacen lo mismo y nos los jugamos. En cinco minutos hemos perdido hasta las bragas y subimos a la habitación. Lo normal sería enfadarnos porque nos han desplumado cuando todavía ni habíamos deshecho las maletas, pero ya he dicho que estas de corrientes no tienen nada, y por eso nos partimos de la risa en el ascensor.

—Tenías que haberte visto la cara —le dice Laura a Rosana—. Casi te pones a llorar.

—Aún tengo ganas de hacerlo, pero no quiero que se me corra el rímel.

Abrimos el mini apartamento y salimos corriendo hacia la ventana. La vista es asombrosa. Un salón, dos habitaciones y dos baños, aquí pasaremos los próximos días. Nos repartimos de la siguiente forma: Carmen, Laura y Rosana en una habitación; y Cristina y yo en otra. Compruebo que haya dos camas independientes porque la lombriz no me dejará dormir. ¡Sí! Dos camas muy grandes separadas por una lámpara de pie en forma de columna y una alfombra simulando un mosaico de piedrecitas muy pequeñas. Nos toca el baño más grande, con jacuzzi y televisión incluida. Nos damos una pequeña ducha antes de salir a darlo todo. Tacones, pintalabios y muchas ganas de pasarlo bien.

—Venga, chicas. Quememos la ciudad. —Cristina brinda, chupito en mano, en medio del salón. Todas bebemos y a mí... A mí casi se me olvida que Pablo está a pocos metros de aquí. En el Bellagio, en esta misma calle, conocida como The Strip.

Las luces nos impresionan a todas. Vamos mirando de un lado hacia otro con la boca y los ojos abiertos de par en par. Entramos en un pub a tomarnos unas copas y empezamos con una ronda de chupitos. Idea de Laura y secundada por todas, también yo aplaudo la moción. Bailamos durante más de dos horas, brindamos por la novia y hablamos sobre todas las cosas que se va a perder en cuanto se case. A mí me ponen un poco triste con el listado.

—¡Nunca más volverás a tener un primer beso! —grita Rosana.

—¡Jamás podrás volver a estar cuatro días sin ducharte! —chilla Carmen.

—¡Qué asco! ¡Eso no lo he hecho ni de soltera! ¿Tú sí? —Cristina se parte de la risa y tira la mitad de su bebida al suelo.

La apelada se encoge de hombros y se ríe.

—¡Jamás volverás a sentir esas mariposas por nadie! —comenta Laura, tocándose el estómago—. Ni follarás con nadie por primera vez.

Me dan ganas de decirle que eso no es del todo cierto, pero me callo y no les descubro todo lo que ocurrió y todo lo que sentí cuando me separé de mi marido y me encontré con Pablo.

—Me estáis quitando las ganas de casarme —dice Cris, justo antes de

tomarse un chupito.

—Que va, mujer. Si el matrimonio tiene más cosas buenas que malas. ¿Verdad, Ne? —Carmen me mira.

—Eh... —Trago con dificultad—. Claro que sí. Pasar cada día al lado de la persona que amas es maravilloso. Nunca más te sentirás sola —miento a gran escala.

Mi hermana me observa con el ceño fruncido, parece que va a decir algo, pero sonrío y se pone a dar vueltas sobre sí misma.

—Voy al baño. —Para y se agarra a mi brazo para no caerse—. Acompáñame. —Tira de mí y nos perdemos en un pasillo muy largo y muy oscuro.

—¿Estás segura de que es por aquí? —Achino los ojos, tratando de ver mejor.

—Lo pone ahí. —Señala un cartel con luces blancas.

Nos metemos en uno de los cinco habitáculos con inodoros y cierro la puerta. Cuando me giro, ella ya se ha levantado el vestido y bajado las bragas.

—Pero, ¿cómo eres tan rápida?

—Llámame rara, pero llevo treinta años meando. —Estira los labios y me enseña los dientes en una sonrisa forzada pero con mucha guasa.

Su móvil comienza a sonar dentro de su bolso y me pide que lo coja. Me agacho para desprenderlo de su hombro y casi la tiro al suelo cuando se engancha en la mano.

—¡Ne! ¡Ten más cuidado!

Saco el teléfono riendo, imaginándomela espatarrada por el suelo y llorando por nada. Sé que cuando llega a un nivel extremo de borrachera, llora sin razón alguna. La sonrisa se me corta en cuanto leo su nombre en la pantalla.

—Toma. —Se lo ofrezco como si me quemara la mano—. Es Pablo.

—Cógelo, idiota. ¿No ves que estoy ocupada? —Coge papel y lo envuelve en una mano.

Me quedo quieta como una piedra y sin saber qué hacer.

Cristina bufa, lo descuelga y le da al manos libres.

—¡Pétalo! —grita Pablo al otro lado por encima de un montón de barullo.

—Hola, *mierdoso*.

—¿Eso ha sido un insulto? No te escucho muy bien. Espera. —Parece que

se aleja de la multitud—. ¿Qué pasa?

—Eres un cerdo. Llevo aquí más de... —Se pone a pensar—. Yo qué sé, un montón de horas y aún no te he visto. Eres un mierda de mejor amigo.

—Perdona, Cris. Estamos muy liados preparando el concierto de pasado mañana. Dime dónde estás y me paso.

Se me corta la respiración y Cristina me mira esperando una respuesta por mi parte. No hago ni digo nada, pero mi hermana me lee el pensamiento a la perfección.

—Lo siento. Hoy es noche de chicas —le contesta resuelta.

—A ver si te aclaras. Me echas en cara que no nos vemos y, cuando te digo que quedemos, pasas de mí. Todas las mujeres sois iguales, me volvéis loco. —Este comentario no me gusta nada, sin embargo, no le doy importancia por razones obvias.

—A mí no me compares con las piradas con las que vas. —Se levanta y me quita el teléfono de la mano. Abrimos la puerta y lo deja sobre el lavabo de mármol marrón mientras se retoca el maquillaje.

—Venga, dime dónde estás y me paso aunque sea a darte un abrazo.

—Ahora mismo estoy en un baño con Nerea, no creo que te dejaran entrar. —Me doy un poco de colorete e ignoro que ha mencionado mi nombre—. Dile hola a Nerea, te está escuchando. —No me pasa desapercibido el brevísimo silencio que se hace tras la línea.

—Hola, Nerea —dice al fin.

Y a mí todos los vellos de la piel se me ponen de punta y un calor abrasador me sube hasta las mejillas. Cuando reacciono, miro a mi hermana con cara de «te voy a matar muy lentamente y después haré hamburguesas con los trocitos» y contesto.

—Hola, Pablo. ¿Qué tal?

—Bien... ¿Os apetece que os recoja y os venís conmigo y con los chicos a una fiesta?

Pongo cara de susto y niego con la cabeza repetidamente.

—No, Pablito. Te lo agradecemos, pero estamos bien.

—Vale. Supongo que preferís estar solas —habla en plural—. ¿Comemos mañana? ¿Sobre la una?

—¿Me lo estás preguntando a mí o a mi hermana? —Sonríe, perversa, la muy hija de puta.

Chasqueo la lengua y me lamento para mí. Al final la mato y me meten en

una cárcel de Estados Unidos. Y aquí las pistolas taser son legales.

—Ehhh... —No sabe qué decir.

—Venga, hombretón. Nos vemos mañana.

—Adiós, Pétalo. No me hagas esperar demasiado. —Y esto último me da la sensación de que me lo dice a mí. No sé por qué, no tengo razones para pensar eso, pero ese tono de voz se me agarra al estómago y me aprieta con fuerza, tirando hacia fuera.

—Ya veremos.

—Adiós, Nerea.

—Adiós, Pablo.

Cristina cuelga el teléfono y lo mete en el bolso como si no hubiera hecho nada malo. Sale del baño y la sigo de vuelta por el pasillo oscuro.

—¿Por qué has hecho eso? —le grito al oído, la música nos llega cada vez más alta.

—¿El qué? —Se detiene frente a mí y parpadea con inocencia.

—¡Eso! —Señalo la puerta del baño. No sé muy bien por qué.

—Solo era una broma. ¿Por qué te importa tanto? —Arquea una ceja y se cruza de brazos.

—Por... por... ¡Por nada! —Levanto las manos y suspiro.

Llegamos donde las chicas siguen bailando y pedimos un par de copas. Rosana habla en inglés con un tío muy alto y muy guapo. Viene a preguntarnos que si se lo puede llevar al hotel. A mí y a Cristina nos da igual, pero sus compañeras de habitación no piensan lo mismo. La portuguesa baraja la opción de irse con él al suyo; idea que le quitamos entre todas. Después de ese garito, visitamos unos cuantos más, hasta que Laura empieza a vomitar y decidimos dar la noche por finalizada.

Me despierto con un dolor de cabeza horrible, abro los ojos y veo a Cristina en ropa interior delante del espejo enorme que adorna una de las paredes de la habitación. Coge un pantalón de tela muy fina y con estampado de flores del armario y se lo pone.

—¿Adónde vas tan temprano? —balbuceo.

—Es más de mediodía. —Mete las manos por una camisa azul a juego con la otra prenda—. He quedado con Pablo, ¿recuerdas?

Su voz, anoche, al otro lado del teléfono, me golpea con ímpetu el pecho y me despierta del todo.

—¿Cuándo volverás? He reservado para cenar en un sitio especial.

—Envíame la dirección en un mensaje y Pablo me dejará allí. —Se agacha y me da un beso en la mejilla—. Nos vemos luego. Sigue durmiendo. Estas siguen sopa.

No puedo dormir de nuevo aunque lo intento, así que me levanto y aprovecho para contestar los mensajes que mis amigas y mi marido me enviaron ayer. A Sebastian le digo que estoy bien y que lo estamos pasando de maravilla. A Carol le hago un resumen de nuestras horas aquí; y a Rocío le juro y perjuro que no he visto a Pablo y que no tengo intenciones de acostarme con él. No espero a que los lean y me los devuelvan. Me levanto y me doy una ducha relajante en el jacuzzi de la habitación. Rosana entra para decirme que han pedido comida al bar y que la subirán en media hora. Aprovecho el tiempo y me relajo escuchando un poco de música. Tres canciones de The Beatles y resucito de entre las penumbras. Aparezco en el salón cual Ave Fénix y me encuentro con tres gallos despeinados. Me parto de la risa al ver a las chicas tiradas en los sofás soltando quejas por el dolor de cabeza. El servicio de habitaciones llama a la puerta y les hago pasar con la comida. Un chico muy joven deja el carrito donde le indico y no se va hasta que recibe propina.

—Venga, chicas. Comed y os sentiréis mejor.

—Yo paso, lo vomitaré todo en cuanto termine. —Carmen se levanta y se va a la habitación.

—Mmm... Qué bueno —balbucea Rosana con un trozo de comida en la boca.

—Algún día me contarás cuál es tu secreto para estar así de delgada con lo que comes —le pide Laura.

—Follar mucho. —Pincha unas zanahorias y las moja en puré de verduras—. Por cierto, ¿dónde está Cristina?

—Ha quedado con Pablo. Volverá para cenar —las informo.

—¡Qué suerte tiene! Si yo tuviera a ese tío como amigo, me lo tiraría más de una vez. Está claro. —Sentencia la portuguesa.

Veo a Laura mirar hacia otro lado con cara de circunstancia. Supongo que sabe lo que hubo entre él y yo. Ella y casi toda España, Inglaterra y la mitad del mundo occidental. Nuestra relación, aunque efímera, salió en todos los periódicos, y a las amigas de mi hermana no se les ha olvidado. Espero que al resto del mundo sí.

Rosana sigue alabando los atributos del cantante de The Fox' Lair. Lo guapo que es, lo bien que canta, lo bueno que está, lo bien que trata a Cristina, lo bien que se le da follar...

Yo hago como si nada y trato de comer, pero entiendo que tragar, mientras escucho hablar de lo maravilloso que es el hombre que dejé escapar, termina siendo una tarea complicada que se vuelve imposible cuando escucho lo siguiente:

—Sé que folla como un puto dios. No me lo estoy inventando... —Si ahora dice que se acostó con él, me hago el haraquiri con el cuchillo del jamón (york, aquí no hay del de pata negra)—. Mi amiga Selenia se acostó con él en una fiesta en Lisboa hace un año y todavía recuerda la de veces que se corrió. —No puedo aguantarlo más y me atraganto con el agua y escupo sobre su regazo como si fuera una venganza divina.

Escuchar hablar de Pablo y ahogarme con comida y/o algún tipo de líquido: un efecto dominó.

—Lo siento —me disculpo cuando consigo hablar.

—No pasa nada. ¿Estás bien? —La de Portugal se preocupa por mí mientras que yo barajo la opción de tirarla por la terraza y que se estampe contra el acerado de mármol del Caesars Palace.

—Sí, no es nada.

—Voy a cambiarme. —Rosana desaparece tras la puerta de su dormitorio.

—Lo siento mucho. —Laura se disculpa conmigo.

—No tienes por qué. —Me limpio la boca con una servilleta.

—Rosana no sabe nada. Estoy segura.

—Da igual, en serio. Hace mucho tiempo de eso.

—Tengo hambre. —Carmen aparece de la nada y como un zombi en busca de un humano al que pegar un bocado.

De camino al restaurante le envío a Cristina la dirección del sitio y le indico al taxista adónde tiene que llevarnos. El coche se detiene un minuto después y nos cobra una millonada por el cortísimo trayecto. Rosana lo insulta en portugués y yo le explico en inglés al indeseable que de tontas no tenemos un pelo, que seamos extranjeras no significa que seamos gilipollas. Esta última palabra no la traduzco, pero por su cara entiendo que ha pillado el significado al vuelo. No sé qué tienen las palabrotas que se reconocen rápido, supongo que suenan igual de mal en todos los idiomas.



## INCREÍBLE

Esperamos a mi hermana junto a la Torre Eiffel, en una especie de vestíbulo antes de subir al bar. Laura desaparece unos segundos y vuelve con cuatro copas de un combinado que desconocía, pero que nos bebemos de varios sorbos casi sin darnos cuenta. Un coche para junto a la carretera y veo cómo Cris baja por la puerta del copiloto y le habla a alguien a través de la ventana abierta. Atisbo la silueta de Pablo a lo lejos, el pelo sobre su frente y su eterna sonrisa. Parpadeo varias veces y llevo la vista hasta el fondo de mi copa.

—¡Ya estoy aquí! —Cristina llega dando saltitos hasta nosotros.

—¿Y ese vestido? —Carol la mira de arriba abajo y todas la imitamos.

—¿Os gusta? Es mi regalo de despedida de soltera. —Se tira del vuelo y gira sobre sí misma.

—¡Es precioso! —dice una.

—¡Me encanta! —comenta otra.

—Seguro que es de algún diseñador. A ver... —Rosana tira de la tela a la altura de la espalda y lo mira—. ¡Oh, *meu Deus!* —Se lleva la mano al pecho y suspira—. Dime que lo has elegido tú y que ese chico no ha tenido nada que ver o me enamoro.

—Lo ha comprado él. —Encoge los hombros y sonrío.

—Por favor, cuéntame algún fallo de ese hombre, no puede ser tan perfecto. ¿La tiene pequeña? No, eso sé que no. ¿Te aburres con él? ¿Es un cerdo misógino? ¿Un machista?

—Nada de eso. Pablo es... Pablo. —Cristina me mira de reojo y nos apremia a todas para que subamos ya. Está deseando ver la ciudad desde arriba.

Disfrutamos de la cocina, estilo francés y con toques de todas partes de Europa; y el servicio y las vistas no se podrían mejorar. Brindamos con champán y nos hacemos unas fotos junto a los cristales desde donde se

aprecia el Bellagio, hotel en el que se hospeda Pablo.

Pablo, Pablo, Pablo.

Pablo hasta en la sopa.

Y a mí me gusta la sopa. (Golpecito en la cabeza, golpecito en la cabeza).

Me digo que no pasa nada, que podría ser peor y que es amigo de mi hermana. Mucho se esfuerza ella, que no nos está obligando a ninguno de los dos a pasar un mal rato juntos. Me arrepiento de estos pensamientos unos minutos después.

—Chicas, tengo una sorpresa para vosotras —anuncia Cris, poniéndose de pie, ceremoniosa, con una diadema de gatita, que le acabamos de regalar (para putearla), en la cabeza. Saca algo del bolso y lo enseña levantando la mano—. Pablo me ha dado entradas súper vips para ver el concierto de mañana. Para todas, claro. —Las sacude y sonrío. Las chicas comienzan a coger una y yo me encojo sobre la silla. Cristina me mira por el rabillo del ojo y se guarda la suya y la, supuestamente, mía—. Eso es que sí, ¿no? Que venís —le dice a sus amigas, riéndose y tomando asiento de nuevo.

—¿Estás de coña? No me lo perdería por nada —responde Laura, tocando la entrada como si no creyera que fuese de verdad.

—Hasta huele a tío bueno. —Rosana se la lleva a la nariz.

—Voy a llamar a mi prima Eva para contárselo. Se va a morir de la envidia —comenta Carmen.

—¡Voy a hacer un vídeo para Youtube! —sigue la *influencer*.

—¿Ahora? Espera que me peine.

—Me voy a retocar los labios.

Yo, aprovechando la charla que se traen entre manos, alucinadas porque van a ver a The Fox' Lair y, además, desde una zona reservada solo para gente importante; me levanto sin decir nada y salgo a la calle a tomar un poco el aire. Saco la cajetilla de tabaco y me enciendo uno. No recuerdo muy bien cuándo comencé a fumar, después del aborto no me sentí muy bien conmigo misma y un día... ya no pude parar.

—Dame uno. —Cristina llega a mi lado.

—Tú no fumas. —Le doy una calada y echo el humo.

—Hoy sí. Es mi despedida de soltera. —Me quita el paquete y se lleva uno a la boca. Me resigno y le acerco el mechero encendido.

—¿Estás bien? —Expulsa el humo por la boca como si lo hiciera todos los días.

—Claro. Lo estamos pasando genial.

—No me refiero a eso. He visto la cara que has puesto cuando he sacado las entradas.

—Oh, pues... —Me encojo de hombros, fingiendo que no me importa—. Es que... No pasa nada, Cris, pero no voy a ir.

—¿Por qué? Ha pasado mucho tiempo.

—Porque no me apetece, de verdad. No es por nada especial, no saques punta donde no la hay.

—Odio que me mientas de esa manera —se queja.

Le doy una calada a mi cigarrillo y no digo nada. Con ella no puedo fingir, aunque a veces lo olvido.

—Déjalo, Cristina. No voy a ir.

—Esto es una tontería. Llevas tres años sin verlo y... de todas formas lo vas a ver dentro de un par de semanas en mi boda. Es mi dama de honor...

Me río por lo último que dice.

—No te rías —me regaña.

—Lo siento. Es que me lo imagino con un vestido de gasa rosa y me da la risa.

—Sí, sería divertido. No me des ideas... —Se carcajea. Cuando termina, bufanda y trata de ponerse seria—. ¿Por qué me cambias de tema? —Miro hacia otro lado y disimulo—. Ne, ¿qué más te da verlo mañana? En algún momento tendréis que coincidir.

Suspiro y ella sigue.

—Sé que fue duro para ti y, créeme, para él no fue mucho más fácil. No sabes lo mal que lo pasó, estuvo...

—No quiero saberlo —la corto.

—Vale, pero déjame decirte algo. No solo vosotros lo pasasteis mal, para mí ha sido muy duro estar en medio durante los últimos años. Celebrando mis cumpleaños por separado, mintiendo a los dos porque ninguno queréis escuchar hablar del otro y fingiendo que todo está bien y que no me importaba.

—Lo siento.

—No te lo digo para que te disculpes. Las cosas son así y ya está. Acepté lo que había, pero acepta tú también que no puedes alargar más el encontrarte con él y que ha pasado demasiado tiempo. Tienes que superarlo.

—Lo he superado, es solo que no me sentiré cómoda.

—Si tú no vienes, no vamos —dice a modo de ultimátum mientras apaga el cigarro de muy malas maneras en un cenicero que hay sobre una mesa alta.

—Tus amigas están muy ilusionadas. Además, me matarán si se enteran de que he sido yo quien les ha jodido el plan.

—Pues tú verás. O vienes al concierto o te cortarán el pelo y te depilarán con cera las cejas mientras duermes. Porque yo no me pienso callar.

—¡No puedes hacerme eso!

—Yo no lo haré. Lo harán ellas.

Al día siguiente la habitación se convierte en una fiesta incontrolada. Nos levantamos tarde porque la noche fue intensa y se alargó hasta el amanecer, así que desayunamos a la hora de comer y empezamos a arreglarnos para el concierto a primera hora de la tarde. Dos cuartos de baños para cinco chicas, aquello se convierte en la fase noventa y nueve del Tetris. Rosana me ondula el pelo y Laura me maquilla. No me puedo quejar. Me pongo una falda corta de vuelo negra, con chaqueta de cuero del mismo color y un top blanco que deja al descubierto mi ombligo. Medias también negras y zapatos de tacón rojos. Un look muy roquero, no deseo desentonar. Las chicas van más o menos del mismo estilo, pero solo Rosana lleva falda, Cristina, Laura y Carmen optan por pantalones, esta última de cuero.

—Tu marido. —Mi educada hermanita (gran ironía) me tira mi móvil sobre el pecho y no cae al suelo de purito milagro.

—Hola, Sebas.

—Hola, cariño. ¿Qué tal todo? Perdona que no te haya llamado antes, he tenido mucho trabajo.

Suspiro.

—No te preocupes, lo entiendo. —No entiendo una mierda, pero no le reprocho nada porque yo tampoco lo he llamado—. Lo estamos pasando estupendamente. Ya sabes... con Cristina es imposible aburrirse.

—Si, lo imagino. ¿Aún no la han llevado a prisión?

—No. Hasta ahora hemos tenido bastante suerte —bromeamos—. ¿Qué haces despierto? Allí deben ser como las cinco de la mañana.

—Me acabo de despertar. Cojo un avión dentro de dos horas, tengo una reunión en Barcelona hoy por la mañana.

—No me dijiste nada. Creí que volvías directo a Madrid.

—Ha sido un problema de última hora. Dime, ¿qué vais a hacer hoy?

—Aquí casi es la hora de cenar. Vamos al concierto.

—¿Es hoy? No lo recordaba. Pasadlo bien. Y... ten cuidado, no te vayan a echar algo en la bebida.

—A veces hablas como mi padre.

—Solo me preocupo por ti. Ten cuidado. Échame mucho de menos.

—Y tú a mí.

Un coche nos lleva hasta el MGM Grand Garden Arena, donde veinticinco mil personas veremos a The Fox' Lair dar su último concierto de la temporada. Todos los medios de comunicación vaticinan que será uno de los mayores espectáculos que se haya visto en mucho tiempo en la ciudad. Nada más llegar, nos acompañan hasta una sala vips y nos ofrecen comida y bebida. Miramos a nuestro alrededor y nos damos cuenta de que nos rodean famosos y gente conocida. Empezamos a cotillear sobre quién es quién, hasta que una chica perteneciente al *staff* se acerca a nosotras y nos interrumpe.

—Buenas noches. Disculpen, ¿la señorita González Baena? —le pregunta a Cris. Esta la mira de arriba abajo sin disimulo y arruga el entrecejo.

—Ella. —Me señala con el dedo sin pensarlo demasiado. Conociéndola, pondera que la buscan para acusarla de algo y sacarla a patadas de aquí, y, sin remordimientos, me echa la culpa a mí.

—¿Cristina González Baena? —se dirige a mí.

—Es ella. —Giro la cabeza hasta Cris y la miro, sonriendo con malicia.

—¿Puede acompañarme un momento, por favor?

—¿He hecho algo? ¿Puede venir mi hermana conmigo?

—El señor Aragón solo desea verla a usted.

Mi pequeña hermana cambia la cara al escuchar por qué la buscan. Me da un beso en la mejilla y me dice que nos veremos después.

Nos tomamos un par de copas a la espera de que nos lleven hasta otro sitio y charlamos sobre los modelitos de algunas de las que nos rodean. La mayor parte de la conversación no son críticas, todo lo contrario; alabamos el gusto tan exquisito (y la cartera tan abultada) que tienen para poder adquirir esas obras de arte.

—Decidme que ese no es William Levy. —Rosana se lleva la mano al pecho en un movimiento bastante brusco.

Todas giramos la cabeza y abrimos los ojos de par en par.

—¡Dios mío! —grita Laura.

—¡No puede ser! —suspira Carmen.

Nos cuesta convencer a Rosana de que ir, arrodillarse y agarrarse a sus piernas no es buena idea, pero al final nos hace caso y nos libra de hacer el ridículo a todas.

—¿Nerea? —una voz de chica para a mi lado—. ¿Eres tú? —sigue en español pero con acento inglés.

La miro y no me lo puedo creer.

—¿Brittany? —contesto asombrada. Solo nos vimos una vez, pero tiene una de esas caras que nunca se olvidan, además de ser una ex de Pablo, y eso se graba a fuego en nuestra mente.

—No esperaba encontrarte aquí.

—Mi hermana se casa. Es su despedida de soltera. ¿Qué tal estás?

—Embarasadísima. —Se acaricia la barriga. Le doy la enhorabuena y sigue—. Me casé hace un año con Scott. Cariño. —Lo llama—. Ven, quiero presentarte a una amiga.

Me despido de ella cuando la chica que se llevó a Cristina nos interrumpe y nos acompaña hasta una zona acotada justo delante del escenario. El bullicio de la sala impresiona, se ve gente por todos lados. Afortunadamente, donde nosotros estamos, hay mucho espacio libre y nos podemos mover con facilidad. Mi hermana llega unos minutos antes de dar comienzo el espectáculo. Viene saltando de alegría y con una sonrisa de oreja a oreja.

Luces... Sonido y... ¡Acción! Todo se vuelve negro y una solitaria guitarra eléctrica comienza a sonar. Varios rayos de luz enfocan a Allan en medio del escenario. Poco a poco todos los miembros del grupo se unen a la función. Chase en la batería al fondo, Robbie con el bajo a la derecha y Peter al teclado a la izquierda. Cuando la música se vuelve más cañera y a punto está de estallarme los tímpanos, sale ÉL, caminando sin prisa pero pisando fuerte el suelo, con la sonrisa más macarra que he visto en toda mi vida. Llega hasta el micrófono, lo agarra, lo quita del pie y comienza a cantar. Cuando termina la primera canción, agradece al público su asistencia y les dice cuánto les quiere. Esa voz... Su voz... se mete en mi corriente sanguínea, quemándome cada rincón y explotando en mis entrañas, deshaciéndome por dentro. No puedo respirar, me quedo ensimismada y no reacciono hasta que Rosana cae sobre mí, me mete un dedo en el ojo y tira su cerveza sobre mi camiseta blanca que ahora parece transparente. Ella se ríe sin parar a la vez que intenta hablar y pedirme disculpas. No pasa nada, tengo que agradecerle que me

despertara de ese insano sueño en el que me iba a ahogar. Lo paso bien. Tarareo algunas letras, muevo el cuerpo, giramos sobre nosotras mismas... Todo va genial hasta lo que estimo la mitad del espectáculo, cuando el público pide a gritos su single más famoso, que coincide (casualidades de la vida) con el que más daño me hace a mí. «Sin ti... Sin ti... Sin ti...», gritan a coro. Y se refieren a «Sin ti mi música no suena». El escenario vuelve a quedarse en penumbra y no se escucha nada. Todo el mundo enciende las linternas de sus teléfonos móviles y los levantan con los brazos. Pablo comienza a cantar y yo trago con dificultad porque ni me imagino lo que me voy a encontrar. Como ya he dicho, nunca he escuchado la letra entera.

«Vamos, Nerea, eres fuerte».

Los acordes de una guitarra española se escuchan por todo el recinto y un haz de luz enfoca al cantante del grupo con más éxito del momento. Comienza a cantar.

«Odio este pequeño trozo de papel  
porque es él y no tú quién está ahora entre mis manos.  
Odio esta guitarra  
porque es a ella y no a ti a quién puedo acariciar.  
Odio al mundo porque él te tiene ahora y no yo...».

Muriendo en tres...

«Era tal el miedo a perderte,  
que hasta un piano tocado por mil almas verdaderas  
no me parecía una sinfonía sincera  
para dos corazones enamorados.  
Por qué será que sin ti mi música no suena.  
Una estatua intentando ser modelada, confundida y desesperada  
por el solo motivo de la falta de tu ser.  
Siento que floto en una niebla que va a la deriva,  
que estoy solo y confundido, pido auxilio y nadie me escucha...  
Solo quiero volver a sentir tu piel».

Dos...

«Oír flotando el miedo, la desesperación,  
no poder decirle al mundo que te sigo amando...  
una impotencia indefinible al no besar más tus labios».

Uno...

«Ahora solo intento sobrevivir,  
conformarme con recordar que me fundía con tus besos;  
ojalá no existieran los recuerdos,  
sería más fácil olvidarse de ti».

Cero...

Me muero. Muerta y remuerta.

Pero claro, él sigue ajeno a mi improvisado funeral.

«Tal vez vuelva la locura que un día nos unió,  
tal vez se vaya la razón que un día, sin quererlo, nos separó».

Esta última frase se me clava como un puñal, y un sonido sordo se instala en mis tímpanos como una medida defensiva ante las últimas estrofas, evitando que escuche más. Lo nuestro fue una locura, él también lo piensa. Al resto no le voy a dar vueltas o me caigo redonda al suelo. Fue razonable separarnos. Parece que, al final, él también lo entendió.

Solo dura un segundo, pero lo miro y nuestras miradas conectan. Un eterno segundo en el que me da tiempo a sentirlo acariciando mi piel. Todo desaparece, las miles de personas, los focos, el escenario, los metros que nos separan. Solo estamos él y yo y el tiempo que todo lo ralentiza. Observo sus pestañas, el parpadeo de sus ojos, su lengua rozar el labio inferior...

El último acorde sale de la guitarra y el público se levanta y comienza a aplaudir. Ese lazo que nos unía desaparece y lo siento ya, de nuevo, muy lejos de mí.

El espectáculo termina con Pablo dando las gracias de nuevo por el cariño que recibe cada día de todos sus seguidores. Nos acompañan hasta la sala en la que estuvimos hace tres horas y nos invitan a la fiesta que se celebrará a

continuación en el hotel Wynn.

Salimos a la calle y me enciendo un cigarrillo.

—Ha sido increíble —comenta Laura.

—¿Estás de broma? Aún estoy alucinando. —Carmen le da un golpe en el hombro.

—Pues ahora viene lo mejor. ¡Fiesta! —Grita Rosana, y aplauden las cuatro.

—Pasadlo bien, chicas, pero yo me voy a retirar —anuncio, después de que dejen de saltar y tras darle un par de caladas al cigarrillo.

—¿Te vas? —me pregunta Cris.

—Estoy muy cansada. Creo que voy a utilizar ese jacuzzi que tenemos en la habitación. —No estoy mintiendo. Estoy a nada de pasarme por el hospital y que me corten los dedos de los pies. Lo he pasado mejor de lo que esperaba. A excepción de algunos momentos, (en los que me hubiera clavado un cuchillo en el corazón), lo he pasado genial.

## REALIDAD

Opto por una música mucho más relajante que la que hemos escuchado esta noche y enciendo unas velas aromáticas, cortesía del hotel. Me hundo en el agua caliente y dejo enrojecer mi piel con el burbujeo del agua. Suena *Everglow* de Coldplay, cierro los ojos y durante un rato me transporto a otro lugar. A ese donde los «Y si...» se convierten en «Lo hice y ¿qué?», «Viví como quise y no me arrepiento, aunque las cosas no salieran como planeé» y en «Fuimos valientes y lo intentamos».

Me despierta un gran barullo en el salón. Pongo los pies en el suelo y camino hasta allí bien entrada la madrugada. Veo a las chicas reír como gallinas, no pueden negar lo borrachas que van. Espera, cuento tres cabezas despeinadas; me falta una.

—¿Dónde está Cristina? —La preocupación de Sebas porque la metan entre rejas por alguna estúpida razón se hace presente y me preocupo. Me la imagino tirándose a las fuentes del Bellagio, gritando a lo tarzán y desnuda.

—Se ha quedado con Pablo —balbucea Laura.

—Yo también me hubiera quedado con ese maromo, pero había tías babeando por él como para llenar un estadio de fútbol.

—Voy a vomitar. —Carmen corre hasta el baño.

—El tal Chaise tampoco está nada mal —sigue la portuguesa.

—Chase —la corrige.

—Da igual. Creo que mañana no me acordaré de nada —parlotean.

Mi cuerpo se ha despertado del todo y volverme a dormir se convierte en una odisea. Doy vueltas en la cama hasta que decido levantarme y salir al balcón. La temperatura ha bajado bastante desde que el sol se escondió tras el horizonte, así que cojo la colcha de la cama y me la echo por los hombros. Tomo asiento en un banco de hierro y apoyo la espalda en la pared. Me maravillo con las increíbles vistas que se ven desde aquí. Cierro los ojos

antes de coger aire y permitirme mirar al cielo, después de tanto tiempo. Millones de estrellas alumbran el firmamento dándole ese aura de serenidad que tanto me ha gustado siempre. Unos golpes en el salón me sacan del estado de relajación en el que me encuentro. Entro en el dormitorio y me dirijo hacia allí; sin embargo, mis pies se clavan en el suelo al escuchar una segunda voz, su voz, esa que reconocería desde el otro lado del mundo.

—Vaya cogorza llevas, pétalo. Nunca te había visto tan borracha.

—Que tú vas muy sereno —le responde entre carcajadas—. Tienes carmín aquí.

—Venga, levanta. No puedo tirar de mi cuerpo y del tuyo.

No sabría decir si el corazón me late desbocado o se ha parado dentro de mi pecho; dejo de sentir y hasta me mareo. Siguen hablando entre risas que me llegan amortiguadas por la madera de la puerta cerrada. Dudo durante unos segundos si salir y ayudar a mi hermana, o acostarme y hacerme la dormida. Me tiro sobre la cama en plancha y cierro los ojos, (hoy que le den el título de heroína a otra mujer). Intento respirar con normalidad y esperar a que Pablo se vaya y Cristina entre; pero las cosas no siempre suceden como nos gustaría y el karma hoy (tampoco) me va a dar ni un poquito de tregua. La puerta se abre y... su olor... Ese olor no lo hace desaparecer ni todo el alcohol que han debido beberse entre los dos.

—Qué duro estás ¿Has estado haciendo ejercicio? Esto no es de tocar la guitarra.

—No te muevas o nos caemos.

Se vuelve a escuchar un fuerte estruendo que dura varios segundos y a los dos quejarse entre carcajadas.

—Pero ¿quieres matarme? Me has roto el culo.

Arrancan en una risa beoda de esas que no te puedes aguantar.

—Eso quisieras tú, que te petara el culo.

—¡Pablo! Me das asquito.

—Tranquila, yo tampoco te tocaría ni con un palo láser. Tú culo y tú podéis estar tranquilos.

—Eres gilipollas, lo digo en serio. Si no estuviera tan borracha, te daría una patada en los cojones.

—Me has hecho cosquillas. ¡Ha sido culpa tuya!

—Sshh. Vamos a despertar a Nerea —susurra (a buenas horas) mi querida hermana.

Durante unos segundos no escucho nada.

Unos pasos arrastrados llegan hasta la cama de al lado.

—Pétalo, espera a que me vaya para desnudarte —refunfuña Pablo.

—Me has visto con menos ropa, imbécil. Tira de ahí.

Abro un poco los ojos y los veo forcejear con el pantalón de mi hermanita. La habitación está oscura, pero ni aún así se me escapan los detalles de su morena piel.

—Creo que mañana no me acordaré de nada. —Cristina se echa sobre el colchón.

Pablo se agacha y la arropa con la sábana.

—Me voy o me quedo dormido de pie. —Se incorpora y se toca el cuello.

—Puedes dormir aquí.

—Aquí ¿dónde? —pregunta Pablo al mismo tiempo que lo pienso yo.

—Pues aquí, idiota. —Palmea fuerte sobre el colcha y la mueve—. ¿Dónde va a ser? Juntamos las camas y cabemos los tres. O puedes dormir en el suelo. Haz lo que te dé la gana.

—Dame un beso, anda. Mañana te llamo para comprobar que sigues viva.

—A Nerea no le importaría que durmieras aquí, lo tiene superado. Igual que tú —dice con cinismo, y tengo que contenerme para no levantarme y ahogarla con la almohada. Por suerte, Pablo, pasa de ella.

Un par de murmullos, algunos pasos, una respiración profunda y la puerta cerrarse. Eso es lo que escucho antes de abrir la boca, coger una bocanada de aire y respirar, por fin.

—Sé que estás despierta. —No digo nada—. Y entiendo que sigas enamorada de él —habla a trompicones—. Si tú no quieres ser feliz, Pablo merece serlo. Por favor, no te entrometas en su vida. Le costó mucho olvidarte. —Estas últimas palabras las dice como dormida, sumida ya en un sueño muy profundo. Yo no abro la boca ni para bien ni para mal. Decido callarme y seguir tragándome todo lo que siento. Total, llevo haciéndolo tres años, ¿qué más da otros tres, cuatro o cincuenta?

Pablo me olvidó.

Lo acaba de decir su mejor amiga.

Pasamos el último día relajándonos en un spa, haciéndonos masajes y mimándonos un poco. El viaje de vuelta lo hacemos bastante más relajadas que la ida. Se nota en el ambiente que lo hemos dado todo en estos últimos

días. Le pregunto a mi hermana si lo ha pasado bien justo antes de quedarme dormida y despertarme en Londres, donde hacemos escala. Cris me da las gracias por todo y apoya la cabeza en mi hombro, cayendo también en un profundo sueño con una sonrisa en la cara.

Lucas nos recoge en el aeropuerto a las dos. Bueno, va a buscarla a ella y me lleva a mí a casa de rebote, porque Sebas se ha tenido que quedar en Barcelona varios días más. Hablo con él por teléfono para informarle de que mi cuerpo yace casi inerte sobre nuestra cama y que no pienso levantarme hasta que los sapos bailen flamenco, (adoraba esa canción, me llevé media pubertad cantándola. Creo que lloré cuando «Ella baila sola» se separó). Cuelgo y comienzo a tararearla. «Con un adiós, con un te quiero, y con mis labios en tus dedos para no pronunciar las palabras que dan tanto miedo. Te vas y te pierdo».

Carol y Rocío no tardan en llamarme y organizar una reunión en la que desean que las ponga al día de todo lo ocurrido. Quedamos dos días después para comer en Picoroco, en la calle Orellana, un lugar bastante pijo, sugerencia de la pediatra, que necesita, y cito palabras textuales, «sentirse una mujer atractiva en un sitio refinado para personas adultas donde te traten como si fueras una diosa del Olimpo». Cuando entro, ya están allí, sin embargo, me cuesta llegar hasta ellas al final de la barra. Me abrazan con cariño y Rocío se queja porque no sabe cómo se les ha ocurrido venir sin reserva un domingo a mediodía. Brindamos con tres copas de vino mientras nos dan una mesa, hecho que sucede una media hora después.

—Entonces, cuenta. ¿Qué tal lo habéis pasado?

—Genial. Pero hacía mucho que no bebía tanto. Creo que aún me dura la resaca.

—Estupendo. —Rocío mueve la mano como si no le importara lo que digo. Y, si es así, ¿para qué pregunta?—. ¿Viste a Pablo? —Va al grano. A ella solo le gustan los detalles escabrosos.

—De lejos y mal. No es relevante.

—No lo será para ti. Nosotras nos morimos de curiosidad —se sincera.

Miro a Carol y frunzo el ceño.

—A mí no me mires. —Levanta las manos—. Le he dicho cientos de veces que no pasaría nada entre vosotros.

—Hablé con él por teléfono. Fue... raro.

Les hago un resumen de la llamada, del concierto y del viaje en general. Omito la parte en la que entró en mi habitación de madrugada para acostar a Cristina. Ro se queja porque no hay ninguna exclusiva morbosa que contar y se cruza de brazos como una niña pequeña que no escucha lo que espera.

—Y vosotras ¿qué? Vuestra vida es más interesante que la mía.

—Si, ya, interesantísima. Raúl y Manel se siguen peleando todas las horas del día. El pequeño demonio ha vuelto a atascar el bajante de la comunidad y el arreglo me va a costar lo equivalente al viaje a Nueva York que queríamos hacer este verano. ¡Ah! Sí. Y otra cosa. Andrés quiere que tengamos otro hijo porque siempre ha soñado con una familia numerosa y desea una niña; pero no os preocupéis, anoche de madrugada se la corté y lo dejé eunuco. Asunto solucionado. —Se lleva las manos a la cabeza y apoya los codos en la mesa.

—Bien por mi niña. —Ro le acaricia la espalda.

—¿Qué le dijiste?

—Que se buscara un vientre de alquiler, y le pregunté si los papeles del divorcio los preparaba él o me buscaba otro abogado. —Resopla.

—Dile que no quieres más hijos. Lo entenderá.

—No. No lo entiende. Ya hemos hablado mucho sobre el tema.

—No te agobies. Si no quieres más progenie, no la tengas. Es tu decisión.

—Explícaselo a él. Parece que no lo pilla.

—A los hombres, a veces, hay que hacerles un croquis —dice Rocío.

—No sé qué no se entiende de «No quiero tener más hijos. Prefiero que me tatúen un culo en la mejilla».

Sonreímos y charlamos sobre el trabajo mientras degustamos varias tapas. Dos copas de vino más y una tarta de crema y galleta antes de terminar.

—¿Y tú? —le pregunto a Rocío.

—Yo, nada.

—¿Sigues viéndote con Alberto?

—Claro. Todos los días en el set.

—No me refiero a eso.

—Lo sé.

—¿Y?

—Fuera también. Nos lo pasamos bien juntos.

—Sabes que nunca me he entrometido en tu vida sexual. Pero hacía mucho tiempo que no metáis a nadie en vuestra cama y tantas veces seguidas.

¿Estás segura de lo que haces?

—Claro que sí.

—Y Carlo, ¿lo tiene claro él?

Se encoge de hombros y esconde la cara detrás de su copa.

—Ro...

—Estamos bien, ¿vale? Nos os preocupéis.

Rocío y Carlo son una pareja peculiar, y jamás he opinado sobre lo que hacen en su vida íntima. Les gusta compartir juegos con otras personas, muy de vez en cuando, pero, si están de acuerdo, lo hacen y punto. Incluso se dan espacios en los que se permiten hacer lo que les dé la gana. Cuando vuelven, no se piden explicaciones y tan contentos. Rocío dice que se cogen con más ganas. Yo no lo entiendo, pero lo respeto. Jamás se me ocurriría criticarlos ni intentar hacerles cambiar de idea.

Nos tomamos unas copas en la terraza del Hotel Mercure, en Sunset Loockers, en la Plaza de Santo Domingo. Siempre me ha gustado el jardín vertical, le da un toque exótico y especial. Brindamos con tres cócteles mientras disfrutamos de las vistas del atardecer de un Madrid que se ha vestido de una luz especial con la llegada de la primavera. Hablamos sobre los modelitos que nos pondremos para la boda de Cristina y quedamos en pasar por chapa y pintura juntas. Rocío se encargará de coger cita en su estilista personal.

A las ocho damos la tarde por finalizada y, como hasta media noche no llega Sebas de su viaje de negocios, me paso por casa de mi hermanita a conversar un ratito. No hablamos desde que llegamos de Las Vegas y quedan cabos por atar antes del día de la boda.

Abre la puerta con una copa de vino en la mano y el teléfono aguantado entre la oreja y el cuello. Me siento en el sofá mientras ella termina con la llamada.

—Yo también te quiero, no seas pesado. —Cuelga, sale de la cocina con una copa para mí, me la da y se tira a mi lado.

—Viva el amor. —Levanto el vaso.

—Y el vino. —Ella hace lo mismo y los chocamos.

—¿Ya ha llegado tu maridito? —pregunta con un tonito que no me pasa desapercibido.

—Aterrizo dentro de... —Miro el reloj de pulsera de oro blanco con

brillantitos engarzados— ...dos horas. —Cojo aire—. Ha estado trabajando.  
—Utilizo el mismo tono.

—Tendrás muchas ganas de verlo...

—Sí. La verdad es que sí.

—¡Qué bien! Dale recuerdos de mi parte.

—Déjalo. Sé que no lo puedes ver.

—Qué va. Si es mi cuñado preferido.

—Mentira.

—Llevas razón. Es Hugo. —Suspira—. Además de estar que te cagas de bueno —qué vocabulario tan refinado ha tenido siempre mi hermanita—, es muy simpático. No sé qué le ve a la arpía que tiene como mujer.

—No hables así de la gente, Cris. Y menos si no la conoces. —Le regaño y le doy un sorbo al vino.

—Claro que la conozco. Es gilipollas. Punto. Ayer le faltó el respeto a la madre de Lucas delante de mí, y casi me levanto y le destrozo la cara con un cactus.

—¿Qué le dijo?

—Qué no le dijo. Es muy largo de contar. Es más tonta que Abundio y ya está.

—Oye, el jueves es la última prueba del vestido —le recuerdo—. Nos vemos antes y nos pasamos a mirar los zapatos.

—Vale.

—Y hay que ir a elegir las flores. El martes por la mañana te llamo y vamos. He buscado una floristería que te va a encantar.

—El martes he quedado con Pablo. Quiere que le ayude a comprar la camisa y la corbata.

Ahhh. ¿No tiene a alguien que le ayude con los estilismos? Estoy segura de que sí, pero no digo nada.

—¿Y por la tarde?

—No sé... —Hace una mueca con la boca—. Te llamo cuando terminemos y, si no es muy tarde, nos acercamos.

—Cris. Tengo mucho trabajo. No puedo estar pendiente de que a ti te dé por llamarme o no.

Pedimos comida japonesa para cenar y recojo la cocina antes de volver a casa y esperar a Sebastian. Intento quedarme en el sofá y no cerrar los ojos,

sin embargo, fracaso estrepitosamente y me quedo dormida. Me despiertan sus labios sobre los míos. Parpadeo varias veces y enfoco su cara a pocos centímetros de mi nariz.

—Hola, cariño —sonríe.

—Hola... —Hago lo mismo—. ¿Qué hora es? —musito.

—Más de las tres. El vuelo se retrasó. ¿Por qué no te has acostado?

—Quería esperarte despierta. Hace casi diez días que no nos vemos. —Lo agarro del cuello y lo atraigo hasta mí, haciendo el pequeño beso más húmedo y más largo.

—Nerea, estoy muy cansado. —Se separa de mí y se yergue—. Vamos a la cama. Me duele mucho la cabeza.

Le duele la cabeza. ¿Quién dice que esa es la excusa de las mujeres para no mantener sexo? Últimamente, Sebas, la utiliza muy a menudo, y puedo asegurar que es un rabo lo que le cuelga entre las piernas. Vale, el miembro viril no define el sexo de una persona, pero en este caso, sí. Os lo aseguro, lo conozco muy bien, llevamos juntos más de trece años.

Rocío me vuelve loca el lunes por la mañana. Anoche se acostó con el tal Alberto sin que Carlo supiera nada, (al menos alguien folló. Porque yo no). Se pasa por mi oficina antes de comer y salimos juntas a Manolitos. Joel ni pregunta si puede acompañarnos. En mi cara ve que estamos ante una emergencia sexual y/o emocional (vamos a tratar de averiguarlo) y me desea suerte con un guiño de ojos. Comienza a llover a medio camino y corremos por los adoquines tratando de no mojarnos demasiado. Entramos en el local entre risas, sin darnos cuenta del suelo mojado, y las dos resbalamos, cayendo sin remedio a cámara lenta, intentando aferrarnos a cualquier persona, mueble o ser cercano. Resultado final de la entrada menos triunfal y más bochornosa de todos los tiempos: dos culos amoratados y una muñeca lesionada. La mía, por cierto.



## TORMENTAS DE PRIMAVERA

El martes llueve más que el lunes, parece que el mal tiempo durará toda la semana. Entro en mi oficina con un café americano en la mano y el periódico en la otra. Hoy la muñeca me duele mucho más que ayer y me quejo cuando dejo el vaso sobre mi mesa.

—¿Qué ocurre, *queen*? —Joel se acerca a mí, cargado de documentos.

—Ayer me caí y me he hecho daño. —Intento moverla.

—A ver. —La agarra y le echa un vistazo—. No parece que esté rota.

—Dijo el doctor San Cristóbal —bromeo.

Me mira con cara de enfado y mueve, con cuidado, la articulación.

—¡Ay!

—Te recuerdo que vivo con un enfermero. Sé algunas cosas. Voy a ponerte una venda y, si no mejoras, te acompaño al hospital.

Pedimos comida a domicilio y almorzamos en la sala de reuniones; Mía, Joel y yo. Aprovechamos y repasamos los últimos detalles de la boda de mi hermana. Se casará en una finca a las afueras de Madrid. Al aire libre, así que este temporal nos tiene bastante preocupados.

—Deja de darle vueltas, *amore*. Ya he comprobado la predicción meteorológica. Todo saldrá bien.

—Llama a los de la carpa, por si acaso. Tal vez tengamos que utilizarla.

—Ya lo he hecho yo. Hay que avisarles con seguridad cuatro días antes. —Comenta Mía, antes de darle un bocado a su hamburguesa de tofu.

—Vale. El lunes vemos qué hacemos. ¿Cuántas personas han confirmado ya?

—La gran mayoría. Espera, voy a asegurarme. —Joel coge la Tablet y empieza a toquetear la pantalla—. Sí. Hasta ahora son ciento treinta invitados. Llamaré a los veintidós de los que no tenemos noticias y concretamos.

—Esta tarde vamos a elegir las flores y el jueves a la última prueba del vestido.

—El DJ necesita la lista de canciones para los momentos importantes. Le dije que se la mandaríamos antes de este viernes.

—Se lo recordaré a Cristina esta tarde.

En ese momento, el teléfono suena y leo su nombre en la pantalla.

—Hablando de Roma... —Lo levanto y lo muevo. Me lo llevo a la oreja y bebo un poco de agua para tragar el último bocado de ensalada—. ¿Qué pasa? Estamos ultimando los detalles de *tu* boda.

—Para eso te pago, hermanita.

—Pero ¡si no me pagas! ¡Tendrás cara!

—¿Serías capaz de cobrarle a tu hermana? —Imagino su sonrisa pícara a través de la línea.

—*Sip*. Tengo gustos muy caros. —Bromeo.

—Pues con mi dinero no te vas a comprar zapatos.

—Agarrada.

—Estirada.

—*Perroflauta*.

—Pija endemoniada.

—Nos podemos llevar así todo el día —le aviso.

—Lo sé.

—¿Para qué me llamas?

—Tengo que hacer unas fotos en un polígono industrial donde Cristo perdió el mechero y no sé a qué hora voy a terminar. Te aviso si no es muy tarde y vamos a lo de las flores.

—Vale. Pero recógeme tú. No he traído coche y no creo que pare de llover. Y coger un taxi hoy será muy difícil.

—Te llamo sobre las siete.

—No corras.

—Nunca lo hago.

—Cristina. Ese cacharro tiene el tamaño de una casa de muñecas y las ruedas de una bicicleta. Hazme caso y ve con cuidado.

—Que sííí, pesada. Hasta luego. Tengo que dejarte. Algunas trabajamos de verdad para poder vivir.

—Serás... —«Pi pi pi», escucho al otro lado. Miro la pantalla del teléfono, alucinada—. Me ha colgado —informo a los presentes.

A las cinco y media recibo un mensaje de WhatsApp de ella, en el que me pregunta si puedo estar lista a las seis. Le contesto que la espero en la puerta de la oficina a esa hora y que no tarde demasiado porque ya he hablado con la floristería para concertar cita a las seis y media. Me manda un montón de emoticonos de coches con humo detrás, simulando que va a gran velocidad. No cambiaré nunca, ni porque esté a punto de cumplir los treinta y un años. Esta niña no sentará la cabeza jamás.

Despido a Joel y a Mía en la puerta del edificio de Marqués de Cubas y me asomo a la calzada a esperar que mi hermanísima se digne a aparecer. La puntualidad nunca ha sido su fuerte, así que no me preocupo cuando diez minutos después aún no ha hecho acto de presencia. Empiezan a caer chuzos de punta y me resguardo dentro del portal hasta que veo su mini coche parar junto a la acera y poner los cuatro intermitentes. Espero unos minutos por si a Zeus se le ocurriera hacer desaparecer la tormenta y dar la bienvenida al sol; sin embargo, pronto me doy cuenta de que no va amainar por mucho que yo suplique.

Salgo a la calle y me pongo el bolso sobre la cabeza, tratando de no resbalar y morir ahogada en uno de los charcos que se han formado sobre la calzada. La tela del vestido rojo se me pega al cuerpo y con la mano que tengo libre me agarro la chaqueta negra y trato de cerrarla sobre el pecho. Abro la puerta con prisas y sin ver nada. El pelo mojado me tapa la cara. Caigo en el asiento del copiloto y cierro con un portazo rápido.

—Ya podías haber parado un poquito más cerca. Me he empapado entera. Voy a coger una pulmonía por tu culpa. —Me aparto el pelo de la frente.

—Lo siento —dice una voz masculina a mi lado. No una voz cualquiera, no. Esa voz. SU VOZ. Ruda y aterciopelada al mismo tiempo.

Se me corta la respiración y se me hiela la sangre. Miro hacia ese lado y me encuentro con Él. Con su pelo alborotado, su barba hipster, sus labios torcidos en una sonrisa culpable y sus ojos... Esos ojos que me han quitado el sueño durante tantas noches todos estos años siguen siendo igual de impresionantes. Tiene una mano sobre el volante y la otra en la palanca de cambios, demasiado cerca de mi pierna izquierda. Todo él está demasiado cerca de mí. Si el coche de mi hermanita, (a la que mataré muy lentamente en cuanto la vea), siempre me ha parecido extremadamente pequeño, en estos momentos se convierte en una bolsa hermética de la que han aspirado todo el

oxígeno. Es él, el mismo que me enamoró, sin embargo, algo me dice que ha cambiado. Sus rasgos, mucho más varoniles y menos aniñados, lo han convertido en un hombre todavía más atractivo.

Vaya por dios.

—Pablo —consigo decir, después de darle a mi cerebro repetidas órdenes para que reaccione.

—Hola, Nerea. Me alegra verte.

—Si... Yo también me alegro. ¿Dónde está Cristina? —Observo con disimulo lo bien que le siguen quedando las chaquetas de cuero.

Puto.

—La he dejado en la revista revisando fotos o algo así. Tenemos que volver a recogerla. —Mete la primera marcha y acelera.

Durante cinco minutos, ninguno dice nada. Él va concentrado en el caos en el que se ha convertido la ciudad con la tormenta, y yo miro por la ventana intentando acompasar mi respiración. Decir que el momento es raro, sería quedarme corta. Después de tres años, tres largos años, tengo a Pablo a mi lado y no soy capaz de decir una palabra. Comienzo a temblar y me abrazo a mí misma.

—¿Tienes frío? —pregunta, sin quitar la vista del tráfico.

—Un poco. Me he mojado bastante.

Toca el botón de la calefacción y regula la temperatura.

—¿Así está bien?

—Sí, gracias —musito, notando el calor en mi piel.

Mi móvil suena dentro del bolso y lo cojo. Tengo varios mensajes de Sebastian en el que me recuerda que esta noche cenamos con su socio y su mujer. Le respondo con un «Ok» y me quedo mirando la pantalla, no sabría explicar muy bien porqué.

—Parece que no va a parar de llover en toda la tarde.

—¿Mmm? —No tengo ni idea de lo que acaba de decir. Mi mente se ha quedado en blanco en cuanto he contestado a mi marido.

—La tormenta —especifica—. Hace mucho que no veo llover así en Madrid.

—Tormentas de primavera. —Vuelvo a abstraerme en las gotas de lluvia que ruedan por el cristal—. A ti te gustan los días lluviosos —digo sin pensarlo demasiado. Como he dicho, dejé de hacerlo en cuanto entré en este coche con él. Atisbo cómo sonrío de medio lado.

De repente, Pablo da un frenazo muy brusco y casi estampo la cabeza contra el cristal. Afortunadamente el cinturón detiene mi cuerpo. Me llevo las manos al pecho y doy un pequeño gritito. Escuchamos el claxon de un camión a nuestra derecha y mi acompañante suelta un exabrupto a la vez que golpea, enfadado, el volante. Se vuelve hacia mí, me agarra la pierna con suavidad y me pregunta si estoy bien. Sin poder remediarlo, mis ojos bajan en dirección donde su mano toca mi piel y me quedo inmóvil. Él se da cuenta y me suelta como si le quemara.

—Lo siento. —Vuelve a disculparse.

—Tú no tienes la culpa. El semáforo estaba en verde.

—No solo me disculpo por eso. Supongo que no esperabas que fuera yo quien viniera a recogerte.

—Doy por hecho que ha sido idea de Cristina. Lleva intentado que nos veamos desde la despedida de soltera. —Trato de hablar con normalidad.

—Bueno, sí. Pero yo no me negué a venir a buscarte.

—No pasa nada. Yo soy su hermana y tú su dama de honor. Era inevitable que sucediera.

—¿Lo estabas evitando? —Enarca una ceja.

—No. Claro que no. —Espero que no note mi clarísima mentira.

—Oye, ¿acabas de proclamarme dama de honor?

—¿No lo eres? —Lo miró abiertamente y sonrío de oreja a oreja.

—¿Te estás riendo de mí?

—Depende.

«¿De qué depende?», pienso.

Imágenes de la primera vez que nos besamos en el ascensor del edificio donde ambos vivíamos aparecen en mi mente (y juraría que también en la suya) y el ambiente se enrarece más de lo que me gustaría. Los pitidos de los coches para que reanudemos la marcha nos ayudan a no morir aplastados bajo tanto recuerdo inconfesable.

—No sé a ti, pero a mí me tiene loco con la boda. —Encauza el tema con maestría.

—Le agradecería que me hiciera más caso, pero ella suele pasar de los detalles. Y a mí me gusta hacer bien mi trabajo.

—¿Sigues preparando eventos?

—Sí. Me va bastante bien. No me puedo quejar. ¿Y tú? ¿Qué tal? — Pregunto, aún sabiendo que se han convertido en uno de los grupos con más

éxito del planeta.

—Bien. Tampoco me quejo.

Otra vez el silencio inunda el interior del coche.

—¿Cómo está Allan? ¿Y los chicos? —Vuelvo a intentar deshacerme de él.

—Bastante bien. Peter se casó con Marcella, y los demás... Chase y Robbie siguen tirándose a todo lo que pillan y Allan va bastante a su rollo. Ahora dice que tiene novia, pero nunca le duran demasiado.

Me dan ganas de preguntarle por su vida sentimental, pero deshecho la (mala malísima) idea.

—¿Y Edu y Pierre?

—Pierre ya no trabaja con nosotros, aunque nos vemos de vez en cuando. Edu está en Londres, viaja a Madrid la semana que viene. Dentro de unos meses sacamos nuevo disco. Estamos con los últimos arreglos.

Me gustaría hacerle mil preguntas, en realidad. ¿Cómo te ha ido la vida? ¿Qué has hecho durante todo este tiempo? ¿Dónde has estado? ¿Con quién? ¿Estás bien, de verdad? ¿Te has enamorado? ¿Tienes novia? ¿Me has echado de menos? ¿Cuánto tardaste en olvidarme?

Llegamos donde la revista tiene su sede y aparcamos junto a una nave muy grande. Pablo llama a Cristina por teléfono y la avisa de que estamos en el coche esperándola. Por suerte, para mí y para mi estabilidad emocional, no tarda en subirse a la parte de atrás del coche y darnos un beso a cada uno. Ella no hace alusión al hecho de que esté sola con Pablo en su Fiat 500. Lo ve normal, la chiquilla.

Llamo a la floristería para informarles de que llegaremos media hora tarde, pero que llegaremos, y regaño a Cristina por hacerme quedar tan mal.

—He estado trabajando, Ne.

—Lo sé. Pero si ves que no puedes ir, avísame y lo anulo. No mandes a Pablo a buscarme y volver a recogerte, porque sabías de sobra que llegaríamos tarde.

—Estás hecha una gruñona. Cada día te pareces más a mamá.

Sé que tengo una obsesión malsana con asesinarla, pero ¿la mato ya o la dejo viva unos minutos? Los justos para arrancarle la piel a tiras.

—Toma. —Le doy mi móvil—. Ve mirando algunas flores y te vas

haciendo a la idea. Ganaremos tiempo. —Lo coge y se deja de escuchar.

—Buena estrategia. —Pablo pone el intermitente y gira hacia la izquierda.

—¿A qué te refieres?

—A que le has dado el móvil para que se calle. Como a los niños pequeños.

—Sigue siendo una mocosa. —Tuerzo la cabeza hacia un lado.

Pablo me mira y sonrío. Clava sus ojos azul claro en los míos y noto que me llega muy adentro. Él siempre ha tenido ese poder, atravesarme el cuerpo con tan solo una mirada.

Entramos en la tienda diez minutos después. Y una hora más tarde aún no hemos salido. A punto estoy de matar a mi hermanita, estrangulándola con el tallo de una amapola. Tengo mucha paciencia, estoy acostumbrada a las indecisiones de mis clientes, sin embargo, ella me saca de quicio, sobre todo porque parece que lo hace a propósito.

—Estas. —Se decanta por unas rosas blancas.

—¿En serio, Cristina? ¿Llevamos aquí dos horas para que elijas unas simples rosas?

—Son las que me gustan. Y a ti te encantan también.

—¿No prefieres las orquídeas? —pregunta Pablo detrás de mí—. Son mucho más originales. Y, además, las blancas, representan el amor puro y verdadero.

—¿Y cómo sabes tú eso? —le increpa.

Se encoge de hombros y sonrío. «Por favor, Pablo. No sonrías más o me muero».

—¡Pues lo que diga la dama de honor! ¡No se hable más! —Mi hermanita se levanta, decidida, y da una palmadita. Yo miro a Pablo arqueando las cejas y musitando un «¿Ves?», refiriéndome a lo de dama. Pone los ojos en blanco, sonrío, se da la vuelta y camina hasta el fondo.

—Piénsatelo bien —le pido—. Te tiene que gustar a ti. ¿No lo vas a consultar con Lucas?

—No. Está decidido. Confío en su criterio. —Lo señala, y las dos miramos en su dirección. Está de pie, con las manos en los bolsillos, observando una especie de enredadera que cruza casi todo el local—. Míralo. Si parece que nunca antes había visto una flor y sabe hasta su significado.

—Te voy a matar —mascullo entre dientes.

—¿Por qué? —Se hace la tonta.

—¿Cómo se te ocurre enviar a Pablo a buscarme?

—Tenía que hacer algo.

—¿Para qué? ¿Para provocarme un infarto?

—Lo he hecho por ti, zopenca. Si lo ves el día de la boda con el traje que va a llevar, te desmayas delante de Sebastian. Te he hecho un favor. Ya me lo agradecerás.

Se aleja para atender una llamada de su futuro marido y yo entro en un pequeño despacho donde concreto con Susana los detalles en los que tiene que hacer hincapié con las orquídeas. Utilizará *paniculata* para darle al ramo un toque *vintage* y sorprender a la hippie de mi hermana. Salgo a la calle y me encuentro con Pablo, de pie, fumándose un cigarro. Ha dejado de llover y la luz de las farolas se reflejan en la calzada como si de un espejo se tratara. Le pregunto por Cris.

—Está en el coche —responde, expulsando el humo.

—¿Tienes uno? —Señalo el cigarrillo que aguanta entre dos de sus dedos.

—¿Fumas?

—Sí.

Saca uno de la cajetilla y me lo da.

—¿Desde cuándo?

—No sé. Desde hace un año más o menos. —Me lo llevo a la boca y él me acerca el mechero encendido— ¿Qué crees que le estará diciendo? —Señalo al coche antes de darle una calada.

—Ni idea, pero llevan peleando más de diez minutos.

Frunzo el ceño y bufo, alarmada e inquietada.

Alarga la mano y la posa sobre mi hombro.

Me estremezco ante su contacto.

—No te preocupes. Todo saldrá bien. Son los nervios pre boda. —Intenta tranquilizarme.

Suspiro y digo en voz alta:

—Te gustaba el olor a tierra mojada.

Pero, ¿por qué no me callo? ¿Por qué?

—Sí, y me sigue gustando. Entre otras muchas cosas... —Baja la palma de la mano por mi brazo sin dejar de mirarme, acariciándome. Cuando llega a mis dedos, se separa; sin embargo, una corriente eléctrica me recorre el cuerpo.

Escuchamos la puerta de un coche cerrarse con fuerza y unos pasos llegar

hasta nosotros.

—¡Anula el pedido de rosas que no me caso!

—Has elegido orquídeas —la corrijo.

—Lo que sea. Dile que no las quiero. El novio es un soplapollas.

—Eso te lo dije yo la primera vez que lo vi. ¿Hasta ahora no te has dado cuenta? —le dice Pablo, levantando ambas cejas.

—¿Y tú? ¿Te has dado cuenta de lo imbécil que eres o te lo tengo que volver a explicar? —lo increpa.

Al roquero le cambia la cara y me da la sensación de que algo se me escapa. Algo que solo saben ellos dos.

—Venga. No discutáis vosotros también. Vámonos. Tengo prisa.

—Llévame a tomar unas cervezas o no me caso. ¡No me caso! ¡Lo digo muy en serio!

## SALIÓ MAL

Dejo a Pablo a solas con mi queridísima hermana, a la que se le ha metido en la cabeza anular la boda. Le pido que la convenza de lo contrario o todos perderemos mucho tiempo y dinero, y me despido de ellos en la puerta de casa.

—Vente, no seas aguafiestas. Es temprano —me pide Cristina, cambiándose al asiento del copiloto saltando como un monito dentro del interior del coche.

—No es por eso. Hemos quedado para cenar con Simón y Cuca. Tengo que cambiarme.

—¿Prefieres la compañía de tu aburrido marido y de sus estirados amigos a la de dos jóvenes modernos y simpáticos? Además, él —señala a Pablo y se pone la mano en la boca como si estuviera contándome un secreto— es súper mega famoso y nos dejan entrar en los sitios gratis. Hasta nos invitan a todo lo que queramos.

El aludido pone los ojos en blanco y yo niego con la cabeza y me muerdo el labio inferior con los dientes.

—Nos vemos el jueves para la prueba del vestido. Tened cuidado. —Lo miro a él—. Adiós, Pablo. No corras.

Sonríe y me despide con un golpe de cabeza.

Llego a casa y Sebastian ya está allí, abotonándose la camisa en el vestidor de nuestro dormitorio. Le doy un beso en la mejilla y me quito los zapatos. Se queja de que tiene las manos de trapo y le es imposible meter los dichosos botoncitos por el ojal.

—Déjame a mí. —Me pongo frente a él y le ayudo.

—Has llegado muy tarde. ¿Dónde has estado?

—Con Cris. Ya te lo dije. Hemos ido a elegir las flores de la boda. —Abrocho el último y le arreglo el cuello. Me guardo que Pablo nos ha

acompañado—. Ya está. Voy a darme una ducha rápida y nos vamos. En media hora estoy lista.

Me desvisto en el cuarto de baño e intento no verme reflejada en el espejo. No me gusta mentir y, en todo caso, no lo he hecho, pero he omitido información y en mi cara se puede ver a leguas. Sebas no se percató porque no quiere hacerlo. Él deja pasar los días fingiendo que todo va bien, sin embargo, los dos sabemos que algo falla.

—¿Te queda mucho? No me gusta llegar tarde. —Levanta la voz desde el salón. Terminó de pintarme los labios y llego hasta él.

Me he puesto un vestido negro de corte clásico por encima de las rodillas y gran escote. Espero que se dé cuenta y me diga lo guapa que estoy. No necesito la aprobación de nadie para sentirme poderosa y sexi, pero a veces me gusta que mi marido me regale algún elogio. No lo hace y eso me enfada bastante. Aún así, trato de no darle más importancia de la que pueda tener y sonrío. Tengo ensayada una sonrisa perfecta para muchas ocasiones diferentes y, oye, me sale estupendamente.

—¿Has visto mi teléfono móvil? —Mira hacia todos lados.

—No. —Cojo el bolso y meto la barra de labios.

—Aquí está. —Lo pilló de una de las mesitas que adorna el salón y se lo mete en el bolsillo interior de la chaqueta del traje negro que lleva puesto—. ¿Nos vamos?

Bajamos hasta el garaje, él abre la puerta para que yo pase, subimos al coche y la radio salta con una pieza de música clásica que le encanta escuchar. Nuestra vida se ha convertido en una máquina sistematizada, un engranaje mecánico que se mueve por la inercia del impulso.

Simón y Cuca me caen bien, no son tan aburridos como parecen si los ves desde la mesa de al lado. Pueden dar apariencia de pijos, pero para nada los catalogo de estirados. Cenamos en un restaurante snobs, de esto no tenía ninguna duda; lo mantenemos en nuestra lista de favoritos y lo visitamos muy a menudo. Me gusta la comida asiática, así que el Kabuki Wellington me encanta. Este restaurante ofrece comida japonesa, pero realizada con productos españoles. Y la decoración minimalista y en colores claros lo convierte en un sitio agradable donde relajarte un martes noche después de un estresante día de trabajo. Aunque hoy, he de reconocer, lo que me ha puesto de los nervios ha sido encontrarme con Pablo, así sin aviso ni anestesia.

—Podemos conseguirlo por debajo del precio de mercado. Estoy seguro.  
—Sebas habla con Simón de negocios.

—¿Podéis dejar el trabajo para mañana? —pide Cuca, agarrada a su copa de vino.

—Llevas razón, cariño. Estamos siendo muy maleducados. —Sonríe, tierno—. ¿Habéis pensado ya adónde vais a ir de vacaciones? —nos pregunta.

—Aún no lo hemos decidido —responde mi marido.

—Tenemos poco tiempo, no sabemos si vamos a poder.

—Nena, las vacaciones son sagradas. Si no, ¿para qué trabajamos tanto el resto del año? —Cuca casi me regaña.

—Llevas razón, pero tengo muchos eventos y no puedo irme y dejarlo todo. Sebas también tiene la agenda muy apretada. —Reparto la culpa.

—Me apetece un cigarro. ¿A ti no? —Se levanta de repente y deja la servilleta de tela junto al plato—. Y algo más fuerte. —Señala la botella de vino—. Ahora volvemos. —No me da derecho a réplica, me disculpo y la sigo.

Paramos junto a la barra y pide dos gin-tonics Hendrick's con mucho hielo. El camarero nos lo pone a la velocidad del rayo y le damos un sorbo.

—Me encanta esta ginebra. ¿Sabes que lleva infusión de pétalos de rosa de Bulgaria y pepino de Holanda que potencian su sabor y la convierte en única en su especie?

Me quedo mirándola con los ojos abiertos de par en par.

—¿Te lo acabas de inventar?

—Para nada. Lo leí en un artículo de Vogue la semana pasada. Para que después digan que no se aprende nada con esas revistas.

Nos reímos.

—Vamos a fumar. Necesito un cigarrillo —informo.

Salimos a la calle y la noche nos recibe agradable. El viento de hace una hora ha desaparecido, convirtiéndose en una leve brisa templada. Doy una calada y echo el humo hacia un lado.

—¿Va todo bien? —me pregunta a bocajarro.

—Un poco agobiada por el trabajo.

—Me refiero con Sebas. Os veo un poco distantes.

—Estamos muy cansados. Casi ni nos vemos.

—Por eso necesitáis tiempo para vosotros. La semana que viene te

acompañó a mi agencia de viajes y buscamos una escapada. Os vendrá bien.

—No podemos.

—Claro que sí. Después de la boda de Eduardo Valderas —el actor que se casa el mes que viene—, desapareces un par de días del mundo y te tumbas en una playa con un mojito. Pero no de los que hacen aquí, no. De los de verdad, de los que te queman la garganta y el estómago.

Cuca debe tener cincuenta años, aunque físicamente no los aparente. Además de hacer ejercicio y cuidarse, lleva unas cuantas operaciones de estética. Algunas obvias, otras no tanto. Le doy un sobresaliente a su cirujano.

Lleva razón, tal vez necesitamos una escapada juntos para remontar lo que aún tenemos. Quedo con ella para buscar algo factible y encuadrarlo en nuestras agendas y miramos a la derecha, por donde pasan dos chicos, de unos treinta años, bastante atractivos.

—Míralos. Uno para cada una. Si es que dios le da pan a quien no tiene dientes.

Suelto una carcajada y uno de ellos me mira y me sonrío.

—Ya has ligado. Si es que no se puede ser más guapa. ¡Anda, ven —le dice— y llévanos de fiesta! ¡Nuestros maridos no son celosos!

Me tapo la cara y me escondo de la vergüenza. Los chicos pasan de largo y le digo que si está loca.

—Loca me volvería en la cama con esos dos. —Pongo cara de susto—. No me digas que nunca lo has probado. Pues tú te lo pierdes, cari. No sabes lo que se disfruta.

Un aluvión de recuerdos de la noche en la que me lo monté con Pablo y con Allan aparecen en mi mente, saliendo a borbotones de donde la mantenía escondida, encerrada bajo un montón de promesas que me he ido haciendo a mí misma. La más importante:

Borrarlo.

A ÉL.

De mí.

Para siempre.

—Vamos para dentro. Está empezando a hacer frío —pido, a la vez que un estremecimiento me recorre entera. (Os voy a ser sincera, no creo que sea porque la temperatura haya bajado de repente).

—Terminemos de cenar y vayamos a tomar algo. Necesito otra copa. —Le

da un sorbo a la que tiene en la mano y se la termina.

Entramos en Gabana 1800 sobre las doce de la noche. Nos acompañan hasta un reservado y pedimos varias botellas. Una para Cuca y para mí. Estudiando la hora y haciendo un cálculo de la importancia de las reuniones de mañana, le envió un mensaje a Joel informándole de la situación. ¿Lo gracioso? Que me contesta con una foto: yo mirando el móvil con un gin-tonic en la mano. Miro hacia arriba y me lo encuentro de frente, sonriendo junto a un chico joven y muy guapo.

—*Amore*, no esperaba encontrarte aquí. —Me da dos besos al aire.

—No sabía que saldrías esta noche.

—Toni ha ido a ver a su familia y me ha dejado solo. —Pone cara de desvalido.

—Pues no has tardado nada en encontrar compañía. ¿Quién es ese? — Señalo a la persona que baila detrás de él.

—Nadie importante. Un amigo que conocí hace muy poco.

—Joel... —Hago de conciencia.

—No me mires así, reina. Todos necesitamos echar una canita al aire de vez en cuando. Hasta tú. Son muchos años...

—Pues no, mira. Yo no necesito engañar a mi marido para sentirme mejor conmigo misma.

—Eso ha sido un golpe bajo. —Se pone serio.

—Ufff —refunfuño—. Lo siento. Soy idiota. Es que no me gusta que te hagas estas cosas. Tú no necesitas auto reafirmarte para saber quién eres, eres genial así, sin aditivos.

Joel lleva una época con la autoestima muy baja. Que se le cayera el pelo solo ha servido para agrandar ese vacío de su interior y quererse un poco menos. No sé ya cómo explicarle que todo él, sin más, vale millones. Si quiere hacerse el trasplante de pelo, me parece perfecto, pero que sea para agradarse a él, no para gustarle al resto.

—Lo sé, *queen*. Pero aún no he hecho nada. Júzgame cuando lo haga.

—Perdona. —El chico en cuestión le da un toquecito—. Voy a pedir. ¿Quieres algo?

—Otro de estos, *amore*. ¡Doble! —Levanta la copa que lleva en la mano.

—Espero que Mía no se quede dormida. A ver quién abre mañana la oficina —comento.

—Disfrutemos el momento. ¡Mira! Tu hombre te llama. Parece que ese cuerpo tiene ganas de marcha. —Bromea. Sabe que mi marido no baila, se convierte en insecto palo si lo achuchan.

—No te metas con él. Tiene otras cualidades.

—Dime una.

Lo pienso durante unos segundos y me quedo callada. Podría decir que me cuida, pero se le olvida hacerlo bastantes veces; podría elogiar su simpatía, pero la deja para cerrar tratos casi siempre; podría recordar que sabe cocinar, pero no recuerdo la última vez que lo hizo; podría alabar su destreza en la cama, pero los polvos conejeros que echamos no me satisfacen; podría... Podría morderme la lengua hasta que me saliera sangre.

—Se le da bien los negocios —atajo.

—Muy bien. Debes ser feliz por ello. Podrías haber hecho alusión a la gran chorra que tiene. Ah, no. Que es normalita.

—Cállate ya. Vete con tu amante y déjame en paz.

—Ahora sí quieres que me folle al *yogurín*. A ver si te decides.

—Cariño. Voy a hablar con unos clientes arriba. Ahora vuelvo. Hola, Joel. —Le ofrece la mano y mi ayudante pasa de ella y le planta dos besos en la cara. Sebas no se sorprende por la actuación y sigue—. No tardo nada.

—Hemos salido para pasarlo bien. —Le recuerdo lo que parece que ha olvidado.

—Lo sé, pero es importante. Espérame aquí. —Me da un beso en la mejilla y desaparece entre la multitud.

Cuca emerge a mi lado, saluda a Joel y me pide que vayamos a bailar al centro de la pista, donde los cuerpos se rozan unos con otros, y no aquí, lejos del gentío. Me despido de mi ayudante hasta mañana y le pido que no haga ninguna tontería. Que disfrute, sí; pero solo porque de verdad le apetece. No porque necesita sentirse deseado.

No logro convencer a Sebas de que dejemos el coche en el parking del pub y volvamos a casa en taxi, por la simple razón de que los dos hemos bebido bastante y conducir no me parece acertado. A él sí, y por eso le da un golpe a la puerta al aparcarlo en el garaje. La copa que llevo de más no me deja enfadarme como debería, todo lo contrario, intento besarlo junto a una columna y meterle la mano por dentro de los pantalones. En un principio me deja hacer, incluso me soba un poco las tetas, sin embargo, cuando la cosa se

pone seria y le pido que me folle sobre el capó, me dice que mejor subamos a casa y lo hacemos en la habitación, más cómodos sobre la cama. Os podéis imaginar el cabreo que pillo, y, si no, yo os lo cuento. Le digo que no puede ser más estirado y aburrido en lo que a sexo se refiere, que ya podría abrir la mente un poco y que hay muchas más posturas que la del misionero. Nos acostamos mirando en distintas direcciones y sin darnos las buenas noches. Hala, mañana será otro día. Por hoy ya he tenido bastante.

Mi miércoles pasa sin nada importante que reseñar, así que mejor os cuento la ida de olla de Rocío y sus ideas de pacotilla.

Sale del set de rodaje y le pide a Alberto que la acompañe a cenar. No lo lleva a cualquier parte, no. Pide mesa en Temaka, uno de los restaurantes de Carlo. A los camareros no les parece raro verla aparecer con otro hombre por el local, le conceden una mesa en uno de los mejores lugares y la atienden como si de la Reina Leticia se tratara. En cierto modo es así, porque allí, su pareja, es el Rey. A los diez minutos de estar sentada, aparece el susodicho con una mirada resignada.

—¿Qué haces, Rocío? —pregunta el italiano, sin ganas de aguantar tonterías.

—He venido a cenar y a verte.

—Hola, Carlo. No sabía que trabajases aquí. —El amante bandido se levanta y le ofrece la mano.

—Este restaurante es mío. —Lo ignora y no le devuelve el saludo—. Acompáñame, quiero hablar contigo —le pide a Ro. Esta lo sigue hasta la cocina y entran en el despacho del chef. Él cierra la puerta.

—¿Se puede saber por qué vienes aquí con él?

—Hemos salido de trabajar y tenía hambre. —Le quita importancia.

—No me vengas con esas. No soy tonto. ¿Qué quieres? —Cruza los brazos.

—No te pongas así. Solo me apetece jugar esta noche. He pensado que podíamos esperar a que salieras y nos vamos a casa los tres.

—¿Quieres jugar?

—Sí —contesta, pegando saltitos imaginarios.

—Pues jugaremos. Pero esta noche será con una mujer.

—¿Qué mujer?

—Eso no importa.

—Sí que importa. No me gustan las mujeres.

—¿Cómo lo sabes? Nunca has probado.

—¿Cómo sabes tú que no te gustan los hombres?

—Porque se me pone floja cuando me tocan. Cena y vete a casa. Sola —  
especifica—. Yo llegaré después.

Cambia el peso de un pie a otro, dudando si aceptar o no.

—Está bien, pero si no estoy segura, no lo hacemos.

—¿Alguna vez te he obligado a hacer algo con lo que no estabas de  
acuerdo? —pregunta, molesto.

—No —contesta, a sabiendas de que ha sacado los pies del plato.

—Tengo trabajo, Rocío. En casa hablamos.

Toma asiento de nuevo frente a Alberto y pide una copa de vino. Media  
botella más tarde, se comen el postre, piden la cuenta (que no traen porque  
son convenientemente invitados) y salen a la calle. Mi amiga despide a su  
acompañante con un casto beso y este se va.

Carlo llega pasadas las dos de la madrugada y se encuentra a Rocío medio  
dormida sobre el sofá. Abre los ojos cuando lo intuye y le pregunta por qué  
viene solo.

—Tenemos que hablar, Rocío.

—¿De qué? —Se incorpora y se frota la cara.

—¿Crees que soy imbécil? Dime la verdad.

—No te entiendo.

—Pues yo te lo explico. Llevas viéndote con ese tío meses. No me  
mientas, estás a tiempo.

Ella calla y otorga.

—¿Por qué me lo has escondido? —Suspira.

—Porque ya no quieres compartirme y... Yo no quiero acostarme solo  
contigo. —Acepta, honesta.

—Está bien. ¿Y qué crees que debemos hacer? ¿Quieres un tiempo  
muerto?

—No. Quiero que juguemos juntos.

—Se acabó, Rocío. Quiero formar una familia y centrarme en mi trabajo y  
en mi hogar.

—Sabes que yo no quiero tener hijos.

—Las cosas están así. Ya tengo una edad. Estoy siendo sincero contigo y

conmigo. Se acabó, Rocío. Si estás conmigo, no estarás con nadie más. Quiero evolucionar.

Va a contestar, pero se queda en silencio.

—No hace falta que digas nada ahora. Piénsatelo muy bien. Se acabaron los descansos, se acabó todo. —Se toca el cabello—. Me voy unos días.

—¿Adónde? —Abre los ojos, aterrorizada.

—A un hotel. No pasa nada. Hablamos cuando lo medites.

—No te vayas. No sé qué haré sin ti. —Se levanta y lo abraza.

—Sabes cuidarte muy bien sola. Tú no necesitas a nadie. Y eso me dice parte de lo que quiero saber.

—Yo sí te necesito. Eres el hombre de mi vida.

—Pues si es así, sabrás qué debes hacer.

La aparta de su lado y sale del piso. Sin portazos, sin dramas, sin gritar. Ellos son así. Demasiado racionales y fríos como para parecerme una pareja real.

Pues al final, esta vez, la jugada, le salió mal.

## DOLIÓ

No voy a mentir. Nerea me dolió durante más tiempo del que me gustaría reconocer. Tardé en olvidarla, me costó tanto aceptar que no estaba en mi vida que llegué a pensar que me sería imposible sacarla de ella. Pero lo conseguí, un día me levanté y pude estar dos minutos sin pensarla. Al día siguiente fueron tres, al otro, cuatro, y así sucesivamente, hasta que mi mente la ocultó en un lugar recóndito donde solo me permitía hurgar muy de vez en cuando. Gracias a ella y al dolor que me provocó he compuesto mis mejores canciones hasta el momento, así que tampoco voy a quejarme de que me hiciera añicos el corazón. De algo sirvió. Me catapultó a los primeros puestos de ventas de casi todos los países cuyos nombres sé pronunciar y, aunque sé que ni aún así mereció la pena perderla, no pienso aceptarlo por ahora.

Nerea salió de mi vida por decisión propia y no voy a dejarla entrar de nuevo. Al menos, no de la forma en que ya lo hizo una vez. Y esto me voy repitiendo de camino al estudio de grabación. Sin poder olvidarme de su cabello mojado al subirse al coche de Cris, de su voz de azúcar quejándose por la pulmonía que cogería y de su cuerpo menudo demasiado cerca del mío.

Chase me saluda con la espalda sobre la pared de la puerta de la nave en la que hemos quedado, cigarrillo en mano. Le pido uno y me lo fumo mientras veo amanecer.

—Recuérdame por qué cojones tenemos que venir tan temprano. —Da una calada.

Me encojo de hombros y pongo la boca en una fina línea.

—Mierda. Arthur quiere matarme con estos horarios ingleses. Para mí es hora de dormir. —Sigue el inglés, he de añadir.

—No te has acostado. No me jodas.

—No. Y tú tampoco tienes cara de haber dormido mucho.

No lo he hecho, pero no he estado de juerga, qué más quisiera. Me he devanado los sesos pensando en ella. En cómo después de tres años sin verla,

he vuelto a sentirla tan adentro, y por qué ese sentimiento me ha dado tanto miedo.

Pánico.

Pasamos el resto del día perfeccionando los últimos arreglos para la próxima gira. Queremos presentar algunos temas nuevos que se comercializarán próximamente. Terminamos a las tres de la tarde. Subo al coche y enciendo la radio. Suena *September* de Earth, Wind & Fire, sin embargo, se corta tras los primeros acordes al saltar una llamada de teléfono conectado al bluetooth. Leo el nombre de Cris en la pantalla del ordenador.

—¿Qué pasa, Pétalo?

—Nada. Por aquí ando. Acabo de follar.

—Joder. No me cuentes esas cosas. —Me froto la cara, resignado.

—¿Por qué? ¿Te doy envidia? ¿Pablito no moja tanto como quisiera?

—No me puedo quejar. —Sonrío. Arranco el coche y acelero.

—Recógeme a las seis —ordena.

—¿Para qué? —No hemos quedado hoy.

—Para la prueba del vestido, gilipollas. ¿Para qué va a ser?

—No puedo. Tengo planes. —Intento escaquearme. Recuerdo que Nerea irá con ella y no me apetece volver a verla.

—Pues ya los estás anulando. ¡Eres mi Dama de Honor! —grita, y arrugo la nariz.

—Tres chillidos más y me dejas sordo. —Me río con sus salidas de tono.

—O vienes o te estoy colocando un vestido de tutú rosa el día de la boda. ¡Y una corona de flores!

—No puedo. En serio. —Trato de negarme. Necesito descansar un poco, además, esta noche tengo una cita.

—Me recoges a las seis y no se hable más.

—Eres como una garrapata. —Conduzco con tranquilidad.

—¿Eso es un sí?

—Si te digo que no, ¿me dejarás en paz?

—No.

Respiro.

—Recuérdame por qué somos amigos. Algunas veces se me olvida.

—Porque soy la única que te soporta.

—Sí, debe ser por eso... Tú no eres pesadita ni nada.

—Entonces... ¿Qué?

—Que me encantará verte con tu precioso vestido. —Acepto mi destino.

—No entiendo por qué te niegas a mis planes si al final siempre accedes a ellos. Te tengo comiendo en la palma de mi mano.

—Vete a tomar por culo.

—Vete tú. Y, escucha, te mando la dirección por WhatsApp de donde tienes que recogerme. Estaré en casa de Nerea —suelta, y cuelga.

¿La tengo que recoger en casa de Nerea?

Me cago en la puta, Cristina. Me arrepiento de adorarte tanto.

Mis intentos para dormir al llegar a casa no sirven de nada, doy vueltas en la cama mientras la letra de *Lágrimas sobre el café* de Los Aslándticos, entre otras, resuenan por mi habitación y en zonas mucho menos tangibles. Me tapo la cabeza con la almohada, refunfuño sobre la tela un par de veces, la tiro a un lado y me levanto de un salto. Necesito una cerveza. Llamo a los chicos y voy al bar en el que se encuentran. Me jalean cuando cruzo la puerta del local y, antes de llegar a la barra, ya tengo un botellín en la mano. Brindo con ellos por la próxima gira y unas chicas se nos acercan un momento después. Una de ellas se pega a mí y charlamos durante un rato. Me parece simpática y atractiva y le sigo el rollo. Llega un momento en que mi brazo le rodea la cintura y sus labios rozan mi cuello. Me susurra al oído que si quiero acompañarla a su casa a la vez que pega su pelvis a la mía. Es casi tan alta como yo. Me lo pienso dos veces, pero tengo claro que, si dejo tirada a Cristina, me viste de princesa el día de su boda, así que declino la oferta con educación, la invito a una copa y me despido de todos una hora después.

—¿Adónde vas, tío? Ahora viene lo mejor —grita Chase con una morena sobre el regazo.

—Tengo planes.

—¿Mejores que estos? —Robbie llega hasta mí y me choca la mano—. Vamos a seguir la fiesta en La Finca.

—Otro día. Tengo que irme —concluyo.

—Dejadlo. Seguro que ha quedado con su novia. —Chase se hace el gracioso.

—¿A la que nunca se tira? —Robbie le sigue.

—Callaos, imbéciles. Iros a la mierda. —Paso de sus bromas y me dirijo a la puerta riendo. Si estuviera aquí Cristina, les daría una patada en los

huevos, sabe defenderse muy bien cuando se ponen así de gilipollas.

Allan me para antes de salir.

—Tío, ¿por qué no te quedas? Hace tiempo que no nos tiramos una juerga.

—Hace como tres días de la última.

—Lo que yo te diga, una barbaridad. —Me ofrece un cigarrillo, que me llevo a la boca, y lo enciendo con el mechero que saco del bolsillo de mi chaqueta negra de cuero—. ¿Va todo bien? Llevas un par de días muy raro.

Doy una calada y me meto una mano en el bolsillo del pantalón vaquero.

—Necesito desconectar antes de que todo vuelva a convertirse en una locura. Solo es eso.

—¿Temes...?

—No temo nada —lo corto.

—Yo sí. —Mira al final de la calle—. No estoy seguro de si podré hacerlo.

—Ya lo estamos haciendo. —Respiro y tiro el pitillo—. Tengo que irme.

—¿Nos vemos luego?

—He quedado con Dayana.

—¿Sigues saliendo con esa tía? Sam ha preguntado por ti.

—Yo no salgo con nadie. —Saco las llaves del coche.

—Lo que tú digas, Pablito. —Se mofa de mí, llamándome como lo hace Cristina, con ese acento inglés imposible de disimular.

Le saco el dedo ya de espaldas a él mientras camino hasta mi Audi. Tomo asiento y saco el teléfono del bolsillo. Veo un mensaje de Pétalo regañándome porque llego diez minutos tarde. Escribo sobre el teclado digital con rapidez un escueto «Voy de camino». Leo la dirección que me ha enviado y conduzco hasta allí con rapidez. Nunca he estado en casa de Nerea, ni siquiera en su calle. Paro en doble fila y espero a que bajen. Las veo caminar hasta abrir las puertas y tomar asiento en mi coche. Me pierdo en el arco de su cuello que se asoma al son del movimiento de su rubio cabello. Cristina lo hace delante y su hermana detrás, a la vez que me saluda con un escueto «Hola».

—¿Cómo están las dos mujeres más guapas de la ciudad? —Intento no parecer nervioso y me escondo tras mi escudo de tío simpático y embaucador.

—Hartitas de esperarte, mierder. Llevo veinte minutos intentando hacer creer a Nerea que estoy escuchando sus quejas. —Mira hacia atrás— ¿A él no le regañas? La culpa es del tío este. —Me da un golpe en el brazo.

Le pido que se siente derecha y se abroche el cinturón.

—Me han llamado de la tienda dos veces. Tienen otras citas concertadas. Te parecerá raro, pero no eres la única que se va a casar esta primavera. —Su voz de terciopelo sulfurada por mi demora provoca una sacudida dentro de mis pantalones. Respiro hondo, resoplo y me disculpo.

—Lamento llegar tarde. —Levanto la vista y la conecto durante un segundo con la de Nerea a través del espejo retrovisor.

—A saber lo que estabas haciendo. —Cris suelta aire entre los dientes apretados y enciende la radio. Una de mis últimas canciones comienza a sonar—. Anda, mira. Esta voz me suena. —Sube el volumen.

Rompería tu cuerpo

Lo destrozaría, me bebería la sangre

Y te haría mía... Tan mía como fuiste... tan mía como eres...

Pétalo canta la letra en inglés a voz en grito, esta música es muy cañera y el solo de guitarra eléctrica la convierte en alucinante. Recuerdo cuándo la compuse. Acabábamos de hacer una fiesta en casa de Robbie en Londres y no tenía sueño a pesar de todo lo que había bebido. La escribí sobre la marcha y guardé los acordes en mi mente para mejorarlos las semanas siguientes. Dejé la guitarra a un lado y me tiré a dos hermanas gemelas que me esperaban desnudas en la cama. Lo pasé bien, no lo voy a negar, fue una noche memorable que me dejó exhausto durante muchas horas. Las tías supieron volverme loco, pero nadie, NADIE, me ha llenado como lo hizo ella. Nunca más he vuelto a sentir esa fuerza que arrasa con todo lo que hay alrededor cuando me sumergía en su interior.

—Esta canción es muy *destroyer* —dice Cris.

—A mí me parece emocionante —comenta Nerea.

La observo por el espejo retrovisor y tiene la mirada perdida en la ciudad.

—¿Dónde es exactamente la tienda? —pregunto.

—Vas bien. Sigue recto y, en la próxima rotonda, gira a la izquierda —me indica.

—Esa zona es difícil para aparcar. Os dejo en la puerta y voy yo a dejar el coche.

Me detengo frente a la tienda y les pido que bajen, yo volveré en cuanto pueda. Cris me amenaza de muerte si trato de escaquearme, y veo a Nerea sonreír de medio lado ante la reacción de su hermana. Las puertas abiertas

crean una corriente de aire y su perfume llega hasta mí en forma de bomba destructiva. Contengo la respiración y aprieto el volante con fuerza, la polla me da una sacudida. Acelero en cuanto puedo y desaparezco. Doy cuatro vueltas a la manzana sin encontrar un hueco libre, tardo tanto que la erección se me baja, y, al final, me decanto por dejarlo en un parking cercano.

Una chica muy alta y muy morena me da la bienvenida tras el mostrador. Tarda un segundo en darse cuenta de quién soy y tartamudear.

—¿En... en... en qué puedo ayudarle, señor?

—Busco a Cristina González, está probándose su vestido de novia.

—Ehhh... ohhhh... Sí, acompáñeme por aquí, por favor.

La sigo por un pasillo muy largo con puertas a ambos lados hasta llegar a un amplio y enmoquetado salón al final. Cristina está sobre un pódium de unos centímetros de altura con un vestido impresionante de corte sirena. No sé mucho de esto, pero he salido con modelos y, aunque parezca lo contrario, las escuchaba mientras hablaban. Lo curioso de la escena es que, lo que de verdad me maravilla, es el cuerpo menudo de Nerea, cubierto por un precioso vestido rojo y bastante corto, arrodillada junto a su hermana, comentando algún fallo del encaje. Me la imagino desnuda, delante de mí, haciéndome una mamada, solo como ella sabe hacérmelas... Joder. Otra vez estoy empalmado. No penséis que soy un salido de mierda que solo piensa en sexo. Para nada. Me gusta follar, pero lo que me pasa desde hace dos días que la volví a ver no es normal. Ufff, resoplo para mí. Necesito echar un polvo. Me va a venir de puta madre la cita de hoy con Dayana.



## MUY MAL, KARMA

—Cris, si te mueves, no lo veo. —Le regaño para que se quede quietecita. Me duelen las rodillas del tiempo que llevo con ellas sobre el suelo.

—Señorita González. El señor Aragón está aquí. —Beatriz, una de las chicas que nos atienden, llega acompañada por Pablo. Levanto la mirada y me encuentro con la suya clavada sobre mí. Cuando la aparto, él aún no lo ha hecho.

—¿No me dices nada? —Mi hermana pone los brazos en jarra.

—¡Estás impresionante, Pétalo! Me has dejado sin palabras. —Llega hasta ella y le da un beso en la mejilla.

Trato de levantarme, no obstante, trastabillo por culpa de mis zapatos de tacón. Pablo se agacha un poco y me invita a que me agarre de su mano.

—Gracias —digo cuando consigo ponerme en pie y rompo el contacto de nuestra piel. Miro hacia el espejo donde los tres nos vemos reflejados—. No era nada. Está perfecto.

—¡Me encanta! —Toca la tela emocionada, da una vuelta sobre sí misma y no cae de espaldas sobre la moqueta porque Pablo la coge al vuelo.

Los dos ríen mientras yo hablo con la dependienta para ver qué adorno le ponemos en el pelo. Barajamos varias opciones, se prueba diferentes estilismos y, tras media hora de deliberación, elegimos entre los tres unas florecillas color coral. Saco mi agenda del bolso y apunto llamar a la floristería y que le metan algo del mismo tono al ramo de flores.

Pablo y yo salimos del salón y esperamos en el hall a que Cristina se cambie. Pasamos unos segundos sin nada qué decir, hasta que él rompe el silencio preguntándome por mis padres.

—Están bien. Mi madre sigue con sus problemas de corazón, pero se operó hace unos años y mejoró mucho su calidad de vida.

—Lo sé. Cris me lo dijo. —Se mete las manos en los bolsillos.

—Vi a los tuyos no hace mucho. Estaban en casa visitando a mi madre.

Están muy orgullosos de ti. —Los escuché hablar del éxito de su hijo y de lo que había madurado en los últimos años después de haber pasado una muy mala época. Me sentí tan culpable al escuchar esto último que tuve que despedirme de ellos y volver a Madrid antes de lo que tenía planeado. Me alegré de que le fuera bien y que hubiera crecido como yo misma le pedí, pero algo me decía que yo tuve mucho que ver en la mala época que pasó, aunque con esto me las dé de importante y esté metiendo la pata.

Encoge los hombros y se ruboriza.

—¿Te avergüenzas? No me lo puedo creer. —Sonrío.

—Hay cosas a las que no me acostumbro. —Señala, con un imperceptible gesto de cabeza, a dos de las tres dependientas apostadas en una esquina, y acerca su boca a mi oído—. No dejan de mirarme —susurra demasiado cerca y su aliento acaricia mi piel. Todo mi cuerpo se estremece. Se retira igual de rápido que se ha pegado, sonrío y me guiña un ojo.

—Hala, listo. —Cris llega hasta nosotros con la fuerza de un huracán—. Ahora llevadme a tomar unas cervezas —pide, como la vez anterior.

Pablo mira el reloj de su muñeca y se disculpa, aduciendo que no puede.

—Os dejo dónde queráis y me largo. —Abre la puerta de la tienda y nos invita a que salgamos mientras él la mantiene a un lado. Le doy las gracias y caminamos por la calle hasta donde ha dejado el coche.

—¿Con quién has quedado? —le pregunta Cris.

—¿Por qué eres tan cotilla? —contesta Pablo.

—Porque sí. Has quedado con una furcia.

—Deja de insultar a mis citas.

—¡Lo sabía! Has quedado con una tía. —Introduce una mano en su bolso y se altera—. ¡Mierda! Me he dejado el móvil en la tienda. Id a por el coche y recogedme en la puerta. —Sale corriendo sobre los pasos que ya había dado y desaparece tras la esquina.

—Vamos. Es por aquí. —Me insta a que camine a su lado.

—Perdónala. Está nerviosa por la boda.

—Lo sé. Pero no me importa. La quiero tal y como es.

—Me alegro de que te tenga siempre para todo. A pesar de que tu vida debe ser muy estresante, siempre tienes tiempo para cuidar de ella. Eres un gran amigo.

—Cris siempre ha estado a mi lado. Incluso en los peores momentos. Cuando no me aguantaba ni yo, ella sí lo hacía.

—No te puedes imaginar cómo te quiere.

—Claro que sí. Como yo a ella. Es aquí. —Se detiene frente a una puerta, la abre y me pide que entre. Llamamos a uno de los ascensores y esperamos a que llegue. Ya dentro, pulsa el botón de la quinta planta y comienza a subir. Estar en un espacio tan reducido con él, después de tanto tiempo y de todas las veces que lo imaginé a mi lado aún estando en la otra punta del mundo de gira, consigue que el oxígeno que me llega a los pulmones no sea suficiente para calmar la sensación de ahogo. De repente, el habitáculo de acero da un zarandeo, se detiene y cae unos centímetros. Pego un grito y ¿qué hago? Abrazarme a su cintura como si de un salvavidas se tratase. Noto que se queda tieso como un palo durante unos segundos, no sabría decir si del susto por el contratiempo o porque no esperaba mi reacción. Me agarra de los hombros y me dice que no pasa nada.

—Estos cacharros llevan un sistema de seguridad muy eficiente. —Trata de tranquilizarme.

—Lo que tú digas.

—No sabía que te dieran miedo los ascensores. —Me mira y sonrío.

Levanto el semblante y frunzo el ceño.

—No me dan miedo los ascensores. Lo que temo es que se caiga conmigo dentro. —Me retiro de él unos centímetros—. Lo siento.

—¿Por qué?

—Por... Lanzarme sobre ti y aplastarte el pecho. —Miro hacia otro lado y me toco el cabello, nerviosa.

—Vamos a llamar para que nos saquen.

Trago con dificultad, intentando que su tacto y su olor salgan de mis recuerdos. Muevo los dedos, compulsivamente.

—¡Eh! —Me agarra de los brazos y conecta nuestras miradas—. El ascensor no se va a caer.

—Yo no estaría tan segura —mascullo. «Además me da más miedo tu cercanía». Esto no lo digo, solo lo pienso.

—¿Hay alguien ahí? —Escuchamos una voz detrás del hormigón.

—¿Ves? Ya van a rescatarnos. —Sonrío, y en lo único que puedo pensar es en quién me rescata a mí de él. ¡Otra vez! Meneo la cabeza de lado a lado, sacando esa idea de mi mente y asiento con la cabeza—. ¡Estamos aquí! ¿Puede ayudarnos? —grita.

—¡Voy a buscar la llave maestra para abrir con ella! Tardo solo unos

minutos.

—Deja de preocuparte. Solo estarás aquí conmigo unos minutos más. —Tuerce la boca en una mueca muy perversa—. Ya lo has escuchado.

—Me da igual estar contigo, pero no aquí, en la caja de la muerte. —Suelto una idiotez, o dos. Porque definir esto como la caja de la muerte no ha sido acertado, pero decirle que me da igual pasar tiempo con él es la mentira más grande que he inventado jamás.

—Me había parecido entender que preferías no coincidir conmigo.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque llevas haciéndolo tres años —dice, tan honesto como siempre.

—No has cambiado nada.

—Eso no es cierto, pero tú no puedes saberlo. ¿Quedamos para tomar un café y te lo demuestro? —Sonríe y me enseña esa dentadura blanca y perfecta rodeada de su espesa barba.

—¿Me estás pidiendo una cita? —pregunto con voz de pito, asombradísima por su salida de tono. ¿Ha perdido la cabeza?

—Jamás se me ocurriría pedirle salir a una mujer casada. Solo quiero charlar con una vieja amiga. —Levanta una ceja.

—Ya estamos charlando. —Por favor, que alguien abra la maldita puerta.

—Venga, Nerea. Quiero saber qué has estado haciendo todos estos años.

«Intentar olvidarte, gilipollas. Y auto convencerme de que tomé la mejor decisión para los dos».

—Trabajar mucho. Enigma resuelto.

Ríe.

—Tú no has cambiado nada. Sigues tratándome como a un niño pequeño.

Paso de él y me pongo frente a la puerta.

—¿Sabes qué? —dice detrás de mí, demasiado cerca—. Volveré a hacerlo.

—¿A hacer el qué? —Me tenso.

—Lograré que te brillen los ojos. —El calor de su respiración me roza la piel del cuello, enredándose en él y ahogándome un poquito más.

Escuchamos un ruido al otro lado y alguien nos pide que nos echemos para atrás. Pegamos los dos la espalda al cristal del fondo y vemos cómo la puerta se abre a trompicones.

—¿Estáis bien? —Un hombre mayor con un mono azul y las manos llenas de grasa nos mira preocupado.

Me gustaría decirle que para nada estoy bien, que tres años no han servido

para despegar su olor de mi cuerpo y que siguen dándome ganas de todo con Pablo. «Joder, Nerea. Despierta y aléjate».

Respondemos a las cinco llamadas perdidas de Cristina que nos llegan cuando salimos del ascensor y los móviles cogen cobertura. Está harta de esperarnos en medio de la calle. Cuando le contamos lo que ha ocurrido, ya dentro del coche, se parte de la risa ante mi cara de desconcierto. Le informo que para mí no ha tenido gracia, sin embargo, ella sigue carcajeándose sin poder ocultarlo (y tampoco es que lo intente).

—Venga. No me digáis que no tiene su gracia. Esto se merece unas cervezas. Pasa de Dayana y llévanos a tomar algo. —Insiste.

—No puedo. —Habla con voz ruda y segura. Parece enfadado. Me estoy perdiendo algo.

—Yo tampoco puedo. He quedado con las chicas. ¿Puedes dejarme en Serrano? —Me dirijo a Pablo.

—Sois un asco de hermana y mejor amigo. —Se cruza de brazos y aprieta la boca.

—No te pongas así, Cris. No podemos dejar de lado nuestros planes solo porque a ti se te antoje —explica Pablo con voz tirante.

—Venga ya, ¿qué planes? Tú lo que vas es a follar. Prefieres a esa tía antes que a mí.

—Llevo contigo casi toda la tarde. —Suspira.

—Y ahora vas a follar. —«Y dale con la burra al trigo».

—Déjame aquí. Cruzaré por esta calle y en dos minutos estaré allí. Así no tienes que dar toda la vuelta —pido, a punto de saltar por la ventana y dejar de imaginarme a Pablo follando con otra (u otras).

—No me importa, Nerea.

—No no. No quiero que llegues tarde a tu cita. —Espero que no suene con el tono de reproche que ha repicado en mi cabeza—. Para aquí, en serio.

Detiene el coche junto a la acera y le doy las gracias por traerme. Él sonrío y me despide con ese gesto de cabeza desganado que utiliza casi siempre.

—Te llamo mañana, Cris.

Entro en el StreetXO, uno de los restaurantes del famoso Dabiz Muñoz, pasadas las nueve y media de la tarde. Tengo que subir hasta donde se ubica (la séptima planta del nuevo área Gourmet Experience de El Corte Inglés de Serrano 52) por las escaleras, porque ni loca me monto otra vez en la caja de

la muerte, al menos por hoy. Así que llego arriba sudando como un pollo dentro de un camión en verano a las tres de la tarde. Por ello, antes de buscar a las chicas, me acerco al baño y me aseo. Camino junto a la gran barra de color rojo y un camarero, muy atento, me lleva hasta mi mesa. Saludo a las chicas con dos besos y caigo casi desmayada sobre la silla.

—¿Qué desea tomar? —me pregunta el camarero antes de marcharse.

—Un Martini —me sale sin más.

—Pues sí que has debido tener un día duro. —Sonríe Rocío.

—Ni te lo imaginas. —Resoplo hacia arriba, tratando de apartarme un rebelde pelo de la frente— ¿Y vosotras qué tal?

—Creo que estoy embarazada —habla Carol.

—Carlo me ha dejado —informa Ro.

Abro los ojos de par en par y me incorporo.

—¿Qué? ¿Estás loca? —Miro a Carol—. Y ¡tú! —Señalo con el dedo a la andaluza—. ¿Qué has hecho ahora?

—¿Por qué he tenido que hacer algo? —Se molesta.

—Porque sí. Porque ese hombre está muy enamorado de ti y nunca te dejaría. —Se encoge de hombros y mira hacia otro lado—. Carol, vida mía. Eres médico. Póntelo, pónselo. Antes de llover, chispea. Sin condón ni la puntita... ¿recuerdas?

Se toca la frente y coge aire.

—Ese es el menor de mis problemas.

—¿A qué te refieres?

—No me juzguéis por lo que os voy a contar.

—Nunca lo hacemos. —La agarro de la mano—. Venga, no puede ser tan malo.

—No estoy segura de que Andrés sea el padre —suelta.

Rocío escupe la aceituna que tenía en la boca, haciendo canasta en su copa de vino, y suelta un inesperado exabrupto demasiado alto, tanto que la pareja de al lado nos mira con mala cara y le tapa los oídos a su hijo. Yo me atraganto con mi propia saliva y comienzo a toser.

—Joder con la mosquita muerta —susurra Rocío, limpiándose con la servilleta los labios.

—Habéis dicho que no me criticaríais.

—Yo no he dicho nada. Te lo ha prometido ella. —Me señala.

—A ver, cariño. Expílicate porque no te entiendo. —Trato de centrarme y

que el asombro no me paralice.

—Yo te lo explico, nena. Se ha acostado con otro tío.

Le reprocho el comentario con muy mala cara mientras Carol se masajea las sienes con ambas manos y resopla.

—Es un compañero de trabajo. Un neurólogo infantil con el que paso muchas horas a lo largo del día. Solo ha ocurrido una vez.

—¿Estás enamorada de él? —pregunto.

—No —contesta muy segura.

—¿Y cómo sabes que es el padre si solo te lo has tirado una vez? —La interroga ahora Ro.

—Porque hace casi dos meses que no me acuesto con Andrés. Solo nos vemos para discutir. Ya os he dicho que quiere tener otro hijo y a mí no me apetece en absoluto.

—Pues para no apetecerte... Parece que estás embarazada. —La andaluza sigue metiendo el dedo en la llaga.

—¿Quieres hacer el favor de callarte? —le pido.

Yo también resoplo y le pregunto al cosmos por qué no me regaló amigas normales.

—Vamos a centrarnos. Lo primero es lo primero. ¿Por qué no te has hecho una prueba de embarazo? En el hospital debe haber miles.

—Porque me da miedo que dé positivo.

—Miedo nunca. Mañana te la haces y salimos de dudas. Después vemos qué hacemos. Y tú —me dirijo a Rocío—, deja de hacer tonterías y llama a Carlo. Seguro que está destrozado sin ti.



## OTRA DESPEDIDA

Lo primero que hace Rocío al levantarse el viernes es llamar a Carlo y pasarse por Roquiolo a hablar con él. Pero, saltándose todos y cada uno de mis consejos, le dice:

—Necesito más tiempo. No estoy segura de estar preparada para formar una familia.

—¿Es tu última palabra? —El chef se cruza de brazos y abre las piernas.

—Sé que te quiero y que me quieres. Pero tú necesitas ahora algo que yo no puedo darte. Y... no sé si algún día podré. Nunca he querido tener hijos, no sé si sabré ser una buena madre.

—Te lo voy a preguntar una vez más. ¿Estás segura?

—Sí —contesta con rapidez y firmeza.

—Está bien. Me iré. El domingo recogeré mis cosas. Te agradecería que no estuvieras. No quiero dramas.

Y así, sin tragedias, sin llantos, sin voces, sin odios... Sin más, terminan con una relación de un montón de años.

Mientras, yo, no muy lejos de allí, descuelgo el teléfono de mi oficina y me lo llevo a la oreja sin dejar de escribir con velocidad sobre el teclado. Lucas me pregunta si tengo unos segundos para hablar con él.

—Claro. ¿Va todo bien?

—Sí, sí. Te llamo para invitarte a la fiesta que le estoy preparando a Cristina este sábado.

—¿Mañana?

—Perdona por no haberte avisado antes. Lo pensé ayer por la noche. Tu hermana está muy nerviosa con esto de la boda y le vendría bien olvidarse de todo durante unas horas.

—¿Necesitas ayuda? Puedo tirar de algunos contactos. —Le ofrezco mi experiencia en esto de preparar eventos.

—No te preocupes. El personal de Pablo me está ayudando. Ya tenemos

casi todo listo gracias a él. Solo me falta confirmar la lista de invitados. ¿Cuento contigo y con Sebastian?

—Solo iré yo. Sebas estará fuera de la ciudad todo el fin de semana.

Mi marido ha cogido esta mañana un vuelo a Chicago y ni siquiera me ha despertado para despedirse. Lo hizo anoche con un simple beso en la mejilla y la manida frase: «Te echaré mucho de menos, pero solo serán unos días». Me entraron ganas de decirle que se fuera durante un mes, a ver si soy yo la que lo echa de menos a él. Estoy siendo un poco injusta, lo sé; pero necesito sentir algo más que comodidad dentro del corazón, que, por otra parte, tal vez sea porque se ha convertido en una piedra.

—Vale. Pues cuento contigo. Será estupendo. Por cierto, no le digas nada a Cristina. Ella no lo sabe. Es una sorpresa.

—Tranquilo. Mis labios están sellados.

—¿Puedes preguntarles a Carol y Rocío si quieren venir? Aún me queda un gran listado de personas a las que llamar. Podrías ayudarme en esto.

—Sí, claro. Te envió un mensaje en cuanto sepa algo.

—Vale. Gracias. Nos vemos mañana a partir de las once y media de la noche en el Club Adara. Da mi nombre al entrar.

—De acuerdo. Y gracias a ti por preocuparte por mi hermana.

—Tengo que hacerlo, va a convertirse en mi mujer. —Noto que sonrío.

Lleva razón, sin embargo, una boda no obliga a ninguno de los cónyuges a preocuparse por el otro ni a cuidar de él. Mirad mi matrimonio, solo lo es porque lo dice un papel.

Alejo los pensamientos insanos y abro la aplicación de WhatsApp para enviar un mensaje al grupo de «Pijas endemoniadas». Lo primero es lo primero, y le pregunto a Carol si se ha hecho la prueba.

Carol: «No he tenido tiempo.

La mañana está siendo una locura». 10:33

Rocío: «Follar con el neurólogo no cuenta como trabajar». 10:35

Carol: «Te agradecería que no comentaras ese tema por aquí ni por ningún otro sitio». 10:36

Yo: «Está bien, chicas. Dejadlo ya.  
Lucas le da una fiesta a Cristina  
el sábado por la noche. →→

Os apuntáis?». 10:37 →→

Ro: (Un montón de emojis de manos aplaudiendo)  
Yo me apunto!! Fiestaaaaa!!!». 10:37

Carol: «Me vendrá bien airearme». 10:38

Llamo a Carol y hablo con ella por teléfono para asegurarme de que se encuentra bien. Lo cierto es que la preocupación no la deja dormir por las noches. Y no la mantiene en vilo solo el hecho de que cabe la posibilidad de que esté embarazada, sino el haber traicionado a su adorado marido.

—No sé por qué lo hice —musita entre gemidos—. Tal vez debería decírselo.

—No te voy a convencer de lo que debes o no debes hacer, pero sabes que Andrés no se tomará bien lo ocurrido. No te lo perdonará.

—Lo sé... Pero yo no soy así... Tal vez lo que he hecho no sea lo que rompa nuestra relación, sino un síntoma de algo que viene de lejos y que no hemos superado.

—¿Qué quieres decir? ¿Hay algo que no me hayas contado?

—Me avergüenza admitirlo.

—¿El qué, cariño? Sea lo que sea no tienes que avergonzarte ante nadie y menos conmigo.

—¿Recuerdas el viaje que hicimos Andrés y yo el año pasado en verano? Esa escapada inesperada a Grecia.

—Claro.

—Lo hicimos para intentar arreglar nuestro matrimonio. Andrés me engañó con otra, me lo dijo y yo le perdoné.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque no me gusta reconocer que pude perdonarlo.

—Carol, no conozco a nadie con un corazón más grande que el tuyo. Te

entiendo perfectamente. No soy quién para juzgarte.

—No se lo digas a Rocío. Prefiero que no lo sepa.

—Claro, cariño. No diré nada nunca a nadie. Pero... entonces, ¿crees que lo has hecho como venganza? ¿Es eso lo que tratas de decirme?

—No lo sé. —La escucho suspirar y un montón de jaleo crearse al otro lado—. Tengo que dejarte. Hablamos el sábado. —Cuelga y da la conversación por finalizada.

Lo que acaba de contarme me sorprende sobremanera, no me lo esperaba en absoluto. Andrés la ama con locura, eso no lo dudo, y Carol lo ama a él. ¿El mundo se ha vuelto loco? ¿Por qué son infieles si el amor no se les ha acabado? Una vez leí que para algunas personas ser infieles es como una droga. Sobrepasa la razón y la lógica. Lo harán sin importar con quién estén ni cuánto quieran. Pero que la mayoría de infidelidades no encajan en esta categoría, sino que va más allá al simple hecho de serlo, hay otras muchas razones más complejas y dispares, como por ejemplo: el engaño basado en sus propias inseguridades. Sí, la infidelidad también se practica para resarcirnos en lo que somos, la utilizamos como medio hedonista a la hora de sentirnos deseados y adorados, mejores, más jóvenes y, dicho de una forma coloquial: aún en el mercado. Lo malo de todo esto, que no nos hace felices para siempre, solo en ese momento. Pero, ¿la felicidad fugaz también cuenta?

Joel entra en mi despacho mordiendo su bolígrafo de purpurina iridiscente y me informa que ha dejado todo listo y preparado; y que Mía será mis manos durante los próximos días en los que él se ausentará. Mi ayudante viaja a Turquía esta misma tarde para someterse al trasplante capilar que ya vaticiné años atrás. Tanto cambio de color de pelo no trae nada bueno.

—De todas formas, te he subrayado en la agenda las reuniones importantes. El lunes a primera hora vendrá una pareja de *influencers* muy importantes. Cuentan con nosotros para preparar su fiesta de primer aniversario. Y tienes pendiente concertar una comida con Daniel Sánchez, va a inaugurar una nueva galería.

—Tranquilo, marinero. El barco no se hundirá sin ti. —Pongo los ojos en blanco por su falta de confianza en Mía y en mí. ¿Os he dicho que la empresa es mía y que yo la creé y la levanté desde los cimientos? Reconozco que Joel es el ayudante perfecto, pero no pasará nada porque desaparezca unos días. Nadie es imprescindible, ni siquiera yo.

—Toni al final viene conmigo. Le han aprobado las vacaciones.

—Me alegra saber que no vas solo. ¿Estáis bien? —Arrugo el entrecejo.

—Estupendamente, *amore*. Deja de preocuparte por mí. —Se levanta de la silla y se despide—. Me voy ya, ¿vale? Tengo que hacer unas compras de última hora.

—Sí, sí. Dile a Toni que lo iré llamando para que me cuente cómo va todo.

Rocío llega a mi casa el sábado por la tarde, hemos quedado para salir juntas en un taxi desde aquí. Abro la puerta y me quedo maravillada con el vestido de lentejuelas plateadas que lleva, pero es otra cosa lo que llama mi atención: la mano derecha agarra una maleta pequeña con ruedas. Le pregunto por ella y me responde muy resuelta que se va a quedar a dormir en mi casa. Va dejando un rastro de perfume caro en su trayecto hasta el salón.

—No me importa que te quedes aquí, pero explícame por qué. —Tuerzo la cabeza hacia un lado, escrutándola.

—Así podemos compartir también el taxi de vuelta. —Se mira las uñas, acto que me alerta aún más.

Me cruzo de brazos y levanto una ceja.

—No entiendo cómo eres tan buena actriz. ¡Mientes fatal!

—Está bien —patalea con un pie subido a un taconazo—. Carlo va mañana a casa a recoger algunas cosas y no quiere que esté.

—¿Cómo? —Abro los ojos.

—Nos vamos a dar algo de tiempo. No queremos lo mismo de la vida. —Me explica a la defensiva. (Y, apunto: no la he atacado).

—¡Lo has dejado!

—¡Yo no lo he dejado! —Me mira mal—. Me dio un ultimátum y yo elegí.

—Pues déjame decirte que te equivocas.

—¿Y tú qué sabes? —Se enerva.

No tengo ganas de discutir, así que tomo aire, lleno mis pulmones de oxígeno, cuento hasta cinco y lo expulso despacio.

—Vale. Yo no sé nada. Cuéntame.

—Quiere que me aburra como una ostra...

—Rocío, sé sincera conmigo.

—Está bien —resopla—. Quiere que tengamos hijos. Y yo no estoy segura de si seré una buena madre.

—¿Por qué piensas eso?

—No lo sé, pero yo crecí con una madre nefasta, que no se hacía cargo ni

de mí ni de mi hermana. No quiero que mis hijos me odien.

—Tú no eres tu madre, cariño. —Me acerco a ella y le agarro de la mano —. No te pareces en nada.

—No la conoces.

—Sé lo que me has contado de ella. Y te puedo asegurar que sois como el agua y el aceite.

—Los dos son líquidos —replica.

—Y vosotros dos personas humanas. Punto. —Cierra los ojos y se queja —. Vamos a maquillarnos y a pasarlo bien esta noche. Mañana lo veremos todo de diferente color.

Cenamos en un restaurante cerca del club donde se celebrará la fiesta dentro de una escasa hora. Carol llegará a Adara directamente, no quería volver a regañar con Andrés y ha cenado con él y con los niños en casa. Voy a decir algo sobre este tema: paso palabra. Rocío y yo también pasamos palabra sobre su locura transitoria y centramos nuestra conversación en lo bien que lo vamos a pasar esta noche. Brindamos con dos copas de vino por la buena música y por los futuros recién casados y cenamos entre risas y comentarios (no todos afortunados) sobre antiguas parejas y sus formas de moverse en la cama.

—Venga, alguno te tuvo que dejar con los ojos en blanco —insiste.

Me cuesta decir su nombre, pero, al final, lo hago.

—Pablo.

—Puff. —Le da un sorbo al vino—. Si ese tío supo llevarte a las estrellas siendo un niño, imagínate adónde puede transportarte ahora que se ha convertido en todo un hombre.

Trago con dificultad ante las palabras escogidas y el atino de la frase. Sí, Pablo me llevó a las estrellas. (Y por eso la caída me dolió tanto. Mientras más alto subas, más fuerte es el golpe al llegar abajo. Física básica).

—¿Cómo sabes tú que ha cambiado?

—Yo por la tele y las revistas. ¿Y tú, listilla? ¿Cómo sabes que ha cambiado? Porque lo sabes... —Me escruta.

Me quedo en silencio durante unos segundos.

—¡Lo has visto! ¡Lo has visto y no has dicho nada!

—Hemos coincidido un par de veces esta semana con Cristina.

—Mmm... —Se lleva una uña a la boca y me escudriña achinando los ojos

—. ¿Y no ha pasado nada?

—¡No! ¿Qué tendría que pasar?

—No sé. Deberías plantearte liarle con él y engañar a Sebastian. Solo falta que lo hagas tú para que hagamos el tres en raya. —Se ríe.

—¿Te hace gracia todo lo que está ocurriendo?

—Mejor reír que llorar. Y algo tengo que hacer. No puedo ignorar lo que pasa.

—¿Te he dicho alguna vez que estás loca?

—Sí. Demasiadas.

Llegamos a la puerta del club Adara pasadas las doce de la noche. Esperamos a Carol fumándonos un cigarro y observando que la cola para entrar rodea la manzana; sin embargo, siguiendo indicaciones de Lucas, me acerco a uno de los guardias de seguridad y le doy el nombre de mi cuñado. En cuanto llega nuestra amiga, pasamos de inmediato a la sala y nos acompañan hasta uno de los reservados de la planta baja (tiene varias). Esta discoteca es inmensa, un montón de balcones cuelgan rodeando todo el salón principal y te podrías perder entre sus barras. Cristina se tira sobre mí cuando me ve y puedo notar que ya va un poco beoda. Alaba el vestido negro con encajes que me he puesto y me come a besos demasiados efusivos.

—Este escote realza tus tetas —susurra junto a mi oído.

Saluda a mis dos amigas con el mismo entusiasmo y nos pide que lo pasemos bien.

—Pedid lo que queráis. ¡Lo paga Pablo!

—¿Está aquí? —La voz, sin quererlo, me sale demasiado aguda.

—No. Pero vendrá, si no quiere que le rebane los huevos.

—Hola, Nerea. Me alegro de verte. —Lucas me da dos besos.

—No me lo perdería por nada. —Intento sonreír y me pregunto cómo no se me había ocurrido antes que Pablo asistiría. Creo que musito esto último en voz alta porque Lucas me da una explicación que no viene a cuento.

—Pablo no me ha dejado hacerme cargo de la fiesta. Dice que es su regalo de despedida de soltera.

Recuerdo que en Las Vegas también le regaló un vestido que cuesta una pasta gansa, pero no digo nada.

—¡Qué bien! —mascullo—. Voy a por una copa.

Me pierdo entre el gentío y llego hasta uno de los camareros que nos está

sirviendo. Pedimos dos gin-tonics (uno para mí y otro para Ro) y un refresco para Carol. Rocío la presiona para que se haga una prueba de embarazo y descarte la idea de que un bebé «putativo» crece en su interior. A la aludida no le hace gracia la broma y la manda a tomar viento fresco. Riño a mi amiga «*la bocachanclas*» y le digo que se comporte en lo que queda de noche o la dejo dormir en la calle. Le pide disculpas por lo ocurrido y promete no meter más la pata.

—Tengo un test de embarazo en el bolso —declara Carol con una Coca Cola en la mano. Suena X de Nicky Jam x J. Balvin mezclada con alguna canción que no logro descifrar.

—¿Qué? —No la escucho bien y le hago que repita lo que acaba de decir. Vuelve a gritarlo y le sugiero que vayamos al baño y salimos de dudas.

—No sé... —vacila.

—Tú también lo estás deseando. Si no, no me hubieras dicho nada.

—Llevas razón. Además necesito hacer pis con urgencia.

## PREFIERO BAILAR

Nos metemos las tres en uno de los cuartos de baño y cerramos con pestillo. El diseñador de este espacio lo convirtió en una estancia más elegante que el salón de mi propia casa. Se dejaron una pasta en decoración.

—Venga, mea —la arenga Rocío—. O lo meo yo. No puedo más. —Deja la copa sobre el lavabo y pega saltitos.

—Hay más inodoros. Entra allí. —Señalo al fondo. Ella desaparece dentro y le aconsejo a Carol que orine ya o empezará a venir gente y a llamar a la puerta. Nos hemos apoderado de todo el aseo.

Se levanta el vestido verde botella y se baja las bragas mientras yo abro el paquetito.

—Toma. —Se lo ofrezco y lo coge.

—Mira hacia otro lado o no me concentro.

Le doy la espalda y, en ese momento, comienzan a golpear la puerta.

—Joder, así no hay quien pueda —se queja la pediatra.

—Venga. Estás acostumbrada a las situaciones de estrés —la animo— ¡Un momento! —Grito a quien sea que está a punto de hacer un agujero en la madera.

—Ya he terminado. Ahora solo hay que esperar tres minutos.

Abro la puerta y fuera hay una fila de seis personas que nos miran con mala cara cuando logran entrar en el baño. Nos encerramos las tres en uno de los inodoros y dejamos el palito en posición horizontal sobre la cisterna.

—Míralo tú —me pide Carol.

—¿No quieres hacerlo tú? —le respondo.

—No, no. Te lo dejo a ti.

—No quiero que recuerdes siempre que yo te di la mala noticia.

—¿Tan segura estás de que es positivo?

—No lo sé.

—Es negativo —nos corta Rocío.

Las dos la miramos con cara de haber escuchado a Adam Levine decirnos que quiere casarse con nosotras.

—¿Qué?

—Que no estás embarazada. —Coge la prueba y nos la enseña—. Hala, asunto resuelto. Ahora, ¿podemos emborracharnos como nos merecemos?

Nos abrazamos a la andaluza y el palo cae a algún rincón del suelo, quedando allí olvidado, como el mal trago; al menos, por ahora.

Bailo con Cristina mientras cantamos a coro con Maluma sus *Felices los 4*. La terminamos desgañitándonos, dándolo todo en la pista de baile que hemos creado dentro del reservado. Damos vueltas agarradas de las manos y girando sobre nosotras mismas. En un momento dado, veo que desaparece de mi vista. La busco en un radio de trescientos sesenta grados y la observo correr hasta estamparse contra el pecho de Pablo. Este tiene que soltar la cintura de la chica que le acompaña para cogerla. Trago saliva como si de cristales se tratase y un estremecimiento de celos que no sentía desde hacía tiempo resquebraja un poco mi corazón de piedra. El roquero la abraza con cariño y le da un beso en la mejilla. Hablan durante un rato, no sabría asegurar si es mucho o poco porque pierdo la noción del tiempo y no reacciono hasta que Carol y Rocío se apostan a mi lado y me preguntan si sabía que vendría.

—Lo comentó antes Lucas, pero no tenía ni idea. Es normal, es su mejor amigo.

—Lo que te decía. Ese de niño tiene lo mismo que yo de gallega. —La andaluza lo mira de arriba abajo, repasando cada centímetro de su escultural cuerpo. Comprobando que las chaquetas de cuero le quedan incluso mejor que antes.

—Desde luego. Pablito siempre ha sido mucho Pablito. —La sigue Carol. Así no ayudan.

—Voy a por otra copa. —Giro sobre mi cuerpo, desaparezco entre la decenas de invitados y dejo a mis queridísimas amigas moviendo el cuerpo al ritmo de *El Anillo* de Jennifer López. No me gusta nada esta canción, pero me es imposible pasar de ella y no tararear por lo menos el estribillo. «¿Y el anillo *pa'* cuando?»

Espero junto a la barra a que me sirvan lo que he pedido. Dos tíos llegan a mi lado y comienzan a hablar y a reír a carcajadas.

—Rubia, nosotros te invitamos a la copa —me dice uno de ellos, con un marcado acento inglés.

—No, gracias —contesto sin mirar y de manera muy cortante. Agarro mi bebida y me doy la vuelta para alejarme de allí; pero, de pronto, me topo con los ojos de Chase.

—¡Nerea! ¡Eres tú! —Levanta las cejas.

—Hola, chicos. ¿Qué tal? —Intento ser simpática con ellos. Robbie me saluda al otro lado. Me libro de los dos correspondientes besos, sin embargo, se agachan y me dan tal abrazo cada uno que casi se me cae el gin-tonic al suelo.

—Tratando de pasarlo bien. Estás preciosa, como siempre. —Chase me agarra de la cintura y me pega demasiado a él. Sonrío tirante y trato de separarme.

—Este vestido es muy sexi. —El otro roquero me agarra del brazo.

Comienzo a sentirme un poco abrumada y a punto estoy de soltarles una estupidez cuando Allan llega hasta nosotros y los salva de una inminente patada en las pelotas.

—Vamos, tíos. No la agobiéis. Dejadla en paz. —Me agarra de la mano, tira hacia él, me da un beso en la mejilla a la vez que me pide disculpas y me suelta.

—¡Eh, tío! ¡Nosotros la hemos visto primero!

—Iros a dar la tabarra a otra.

—Y si no, ¿qué? —Robbie se cruza de brazos y sonrío.

—Tendré que daros una paliza. —Se marchan riendo entre ellos y sin decir nada más. —Perdónalos. Son unos salvajes.

—Me alegro de verte. —Sonrío.

—Yo también me alegro. Ha pasado mucho tiempo. Supuse que vendrías. —Pide una cerveza al camarero que espera detrás de la barra.

—Sí, claro. No podía perderme una de las tantas despedidas de mi hermana. —La señalo mientras ella se sube a un sofá y baila sobre él de una manera acelerada.

—Creo que debería parar de beber o Lucas la tendrá que llevar en brazos de vuelta a casa. —Coge la cerveza y se la lleva a los labios.

—Yo diría que el novio tampoco está en muy buenas condiciones. —Observamos cómo compite a hacer pulsos con sus amigos sobre una mesa.

—Déjalos que disfruten mientras puedan. Dentro de una semana firman la sentencia de muerte. —Sonrío de medio lado.

—Bonita forma de definir el matrimonio. —Levanto la copa y brindo al

aire.

—¿Cómo lo definirías tú?

—A esta hora solo recuerdo cómo me llamo. No me pidas más.

Los dos reímos y, en el movimiento, nos giramos hacia un lado. Mis ojos recaen sobre lo que sucede a tres metros de nosotros. La espalda de Pablo reposa sobre una pared y sus brazos rodean la cintura de Dayana. Esta le agarra de la camiseta y le besuquea el cuello. Él sonríe y yo tengo ganas de ahogarme entre la ginebra, la tónica, la pimienta de Jamaica, la pimienta rosa y las bayas de enebro. Si le echan más ingredientes a la copa, se convierte en una ensalada.

Debería apartar la mirada y centrarme en mi acompañante, pero como soy un poco masoquista (y bastante cotilla), pues sigo recreándome con el (fatídico) espectáculo. Dayana lo agarra por la cinturilla del pantalón y le muerde el labio inferior, tirando de él hasta soltarlo. Él se pasa la lengua por encima y después se echa hacia delante para decirle algo al oído. No veo la cara de ella para sopesar su reacción, pero pega la pelvis a la de él y lo besa. Atisbo sus lenguas con todo detalle, así que estimo que ya tengo suficiente para morirme y le doy un largo trago a mi bebida.

—Nerea, él... —Allan va a decir algo que prefiero no escuchar.

—¿Quieres bailar? —lo corto, lo agarro del brazo y lo llevo junto a Rocío y Carol. No sé si se conocen ni me importa. Los presento y nos movemos al son de varias canciones, tantas que pierdo la cuenta y los pelos se me pegan a la frente.

—Parece que va a olvidar a Carlo. Al menos por esta noche —me grita Carol al oído y me señala el lugar exacto donde nuestra amiga tontea de una manera descarada con Allan.

—Él sale con alguien. No creo que caiga en sus redes.

—Apuesto mis *Marcan* a que antes de que termine la canción, lo tiene contra la pared.

—¿Estás loca? ¿Tan segura estás de sus dotes de seducción que apuestas uno de tus Manolo? —Abro los ojos, asombrada. Ella asiente con la cabeza, sonríe, me agarra del mentón y me gira para que los mire. Se comen la boca (porque a eso no se le puede llamar beso) apoyados contra una columna—. Es horrorosa. —Nos reímos.

Seguimos bailando hasta que nos comienzan a doler los pies y le pido que nos sentemos un rato. Carol mira el reloj y decide marcharse. Las cuatro de la

mañana es una hora más que aceptable para llegar a casa y que Andrés ya esté profundamente dormido. Agarro el bolso con la mano y me ofrezco a acompañarla fuera. Se niega en rotundo a que coja frío y enferme a escasos días de la boda de mi hermana, pero insisto en ello porque mis ganas de fumarme un cigarrillo superan el pánico a resfriarme para tal evento. Mierda de droga adictiva. Me pongo la chaqueta y la convenzo de que no pasará nada.

—Te espero a que te lo fumes y ahora llamo al taxi.

—Da igual. Vete. No quiero que tengas problemas por mi culpa.

—Nena, mis problemas no tienen nada que ver contigo. Me los busco yo solita.

—Todo saldrá bien. Ya verás. —Me llevo el humo al pecho.

—Eso espero. —Suspira—. ¿Qué tal lo llevas tú?

—¿El qué?

—¿Crees que no me he dado cuenta de cómo miras a Pablo? Y ni siquiera os habéis saludado.

—No hemos coincidido. Ahí hay mucha gente. Lucas ha invitado a medio Madrid. —Me rodeo la cintura con una mano, tratando de mantener a raya el frío, y fumo con la otra.

—No lo ves desde hace tres años y... ¿te da igual? —Frunce el ceño.

—Nos hemos visto esta semana un par de veces.

—¿Qué? —Grita.

—Con Cristina. No te emociones. —La freno.

—¿Estás loca? ¿Te recuerdo lo que te costó olvidarte de él? ¿Te digo la de noches que me llamaste llorando?

—No hace falta. No lo he olvidado. —Me enfado.

—No te pongas así. No quiero que tengas que volver a pasar por lo mismo otra vez.

—¿Qué te hace pensar que yo sí quiero?

Las dos nos quedamos en silencio.

—No pasa nada. Anda, vete. Voy a buscar a Rocío y nos vamos a casa.

—¿Por qué duerme la loca hoy en tu casa?

—Mejor se lo preguntas a ella mañana. —Tiro el cigarro al suelo, lo piso y le doy un pequeño abrazo.

Se sube a un taxi, que paramos en ese momento, y le digo adiós con la mano hasta que desaparece de mi vista. Entro de nuevo en el club, camino

hasta el reservado y miro hacia todos lados sin encontrar a Rocío. Le doy un toquecito en el hombro a Cristina para que deje de sobarle el culo a Lucas y me haga un poco de caso. Me mira sin dejar de pellizcarle el glúteo a su futuro marido y le pregunto si ha visto a mi amiga.

—Yo qué sé. Estaba contigo.

Pongo los ojos en blanco y paso de ella. Camino hasta donde la dejé la última vez que la vi. No está. Voy a la pista de baile, miro en todas las barras (que no son pocas), busco en el cuarto de baño más cercano y, al no encontrarla, subo al de la primera planta. Nada, ni rastro de la actriz andaluza afincada en Madrid. Me dispongo a bajar las escaleras de nuevo, cuando el asa del bolso se engancha en un picaporte y se rompe. Observo con pena el desastre en que se ha convertido mi Prada rojo y trato de arreglarlo entre resoplidos.

—Quiero irme a casa ya —mascullo, y me siento en uno de los escalones enmoquetados. Apoyo los brazos en mis piernas, cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, estirando el cuello.

—¿No lo pasas bien? —Escucho la voz de Pablo delante de mí. Abro los ojos y su perfecta imagen me da una buena bofetada. Tiene las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros negros muy rotos y caídos, y me quedo embobada con sus fuertes brazos tatuados.

—No tanto como tú —musito sin poder evitarlo.

No sé si no me escucha o no quiere hacerlo. Toma asiento a mi lado y, en un acto reflejo, pego un casi imperceptible saltito y me separo de él.

—Venga. Dime. ¿A qué viene esa cara?

—¿Qué cara? —Me armo de valor y lo miro con gesto abatido.

—Esa. —La señala.

—Solo estoy cansada. Quiero irme a casa.

—Puedo llevarte si quieres.

—No, gracias. No es necesario. Además, no puedo. Estoy esperando a Rocío.

—¿Te refieres a esa amiga tuya que devoraba la boca de mi amigo?

Esa misma.

Asiento con la cabeza.

—Juraría que ella no te ha esperado a ti. —Arrugo el entrecejo—. Se fueron hace más de una hora.

—Joder. —Me masajeo la frente.

Yo la mato. A este ritmo de asesinatos me quedo sin familia y sin amigos.

Escuchamos unos pasos y las risas de varias chicas llegar hasta nosotros. Nos preguntan si pueden pasar y Pablo se echa hacia un lado, (mi lado), pega su cuerpo mucho al mío y les hace hueco para que sigan su camino. Levanto el semblante y me topo de lleno con sus ojos, a dos centímetros escasos de los míos. Durante tres segundos ninguno dice nada, al cuarto, reacciono y me levanto.

—Bueno, pues... Después de saber que mi amiga ha preferido a Allan y que voy a dormir sola esta noche... —juro que esto lo digo sin ninguna intención—, será mejor que me vaya. Se está haciendo tarde.

Pablo resopla, se revuelve el pelo en una acción muy sexi y también se incorpora.

—Nerea, deja que te acompañe. Es muy tarde.

—No hace falta.

—Pero quiero hacerlo —insiste.

—¿Dónde está tu amiga? —Cambio de tema aunque no escojo uno muy adecuado. ¿Qué me importará a mí dónde está su acompañante?

—Se fue hace un rato. Coge un avión dentro de un par de horas.

—¿Va a desfilas a Londres? —Bromeo, porque parece modelo de pasarela.

—A Milán, en realidad.

Acierto de lleno.

—Disculpa. Eres Pablo Aragón, ¿verdad? —Nos interrumpe una vocecilla a nuestro lado. Miramos en esa dirección y comprobamos que son las chicas que subieron hace un momento—. Estaba segura. ¿Te importa hacerte una foto con nosotras?

Me da la impresión de que les va a contestar algo así como que no es buen momento, sin embargo, sonrío con tirantez y les dice que sí. Ellas comienzan a saltar y lo rodean. Yo aprovecho la confusión para escaparme y bajar las escaleras. Busco a Cristina y le digo que me marchó. Ni siquiera sé si se entera. Salgo a la calle e intento parar un taxi que, a estas horas, escasean. Miro hacia la puerta con la sensación de que Pablo saldrá de un momento a otro. Bajo de la acera, nerviosa, y miro en ambas direcciones. Diviso un taxi con la lucecita en verde a lo lejos y levanto la mano. Consigo que pare a unos metros y camino con prisas hasta llegar a él.

—¡Nerea, espera! —Escucho que grita mi nombre detrás de mí.

No obstante, hago caso omiso a su petición, subo al coche y le pido al

taxista que nos vayamos.  
Huyo sin mirar atrás.  
De él.

## EL DÍA D

Miro por la ventana de la habitación a los jardines del Mirador de Cuatrovientos abstraída. Con la yema de los dedos me acaricio uno de los pendientes que Cristina me regaló hace unos años y que adoro. En menos de una hora celebraremos su boda con Lucas. No podía haber elegido un lugar más mágico, todo rodeado de vegetación y decorado en tonos blancos de una manera exquisita. Me recuerda mucho a mi enlace con Sebastian. Más o menos la misma época y a cielo descubierta, bajo un manto de estrellas. Suspiro y sonrío dejando escapar un deje de añoranza.

—No encuentro la pulsera de la abuela. —Mi hermana me despierta de la ensoñación. Saca una mano del mono de raso azul agua que lleva puesto y se palpa la otra muñeca.

—La tienes en la mano, Cris. Tranquilízate, todo va a salir bien. —Se la quito y me hago cargo de ella—. Cuando termines de vestirme, te la pongo.

—No la vayas a perder. —Mueve la cabeza de lado a lado, nerviosa.

—Siéntate y déjame todo a mí. Yo me encargo. —La agarro por los hombros y la obligo a relajarse—. ¿Por qué estás tan nerviosa?

Cierra los ojos y resopla.

Nuestra madre entra en el dormitorio con una infusión de tila en una mano.

—Bébetelo esto, cariño. Te sentará bien. —Lo deja sobre una mesita redonda de metal y cristal negro y toma asiento junto a mi hermana.

—¿Lleva alcohol? —pregunta Cris.

—No, claro que no —le responde con el ceño fruncido.

—Mamá, ¡yo necesito un Bacardi con Coca Cola, no una tilita! —Levanta las manos y el tono de voz.

—¿Quieres llegar borracha a tu propia boda? —Se incorpora y pone los brazos en jarra.

—Lo haría mucho más divertido.

Nuestra progenitora se lleva la mano al pecho y comienza a dramatizar.

Por fortuna, mi padre aparece, la interrumpe y nos libra de escuchar el sermón de turno.

—Los invitados están a punto de llegar. Tenéis que terminar de arreglaros —nos informa papá—. ¿Estás bien? —pregunta a mi hermana.

Esta asiente con la cabeza mientras vierte agua de una jarra con hielo a un vaso que luego se lleva a la boca y bebe.

Miro el reloj y me sorprende que sea tan tarde.

Mía abre la puerta y asoma la cabeza por ella.

—Comenzamos en media hora. Los invitados están llegando.

—Gracias, Mía. Que vayan sirviendo la limonada y el vino.

—Cariño, vámonos. Será mejor que esperemos fuera. —Mi padre agarra a mi madre del brazo y la insta para salir.

—¿No necesitáis ayuda? —me pregunta a mí. Mi hermana me mira con las cejas levantadas y negando con la cabeza.

—No, mamá. Estamos bien. Tú, disfruta.

Respiramos hondo cuando desaparecen por el pasillo y nos quedamos solas de nuevo. Por un momento, la habitación ha parecido el Camarote de los hermanos Marx. El complejo nos ha cedido algunas habitaciones para que los novios y la familia puedan prepararse para el evento. Tienen unas dimensiones considerables, con una gran cama de matrimonio con dosel de madera en el centro y baño propio con bañera de hidromasaje. Los novios, mis padres y mi marido y yo pasaremos la noche aquí.

—Vamos muy mal de tiempo, Cris. Tienes que ponerte el vestido —la apremio, y camino hasta ella.

—No me gusta el peinado. —Se mira en el espejo que tenemos en frente y que ocupa toda la pared norte.

—No digas estupideces. Es perfecto. Venga, levanta las manos y te lo coloco desde arriba.

Lo cojo del maniquí en el que lo tenemos colgado para que no se arrugue ni mute a ninguna forma extraña y se lo pongo por la cabeza. Lo hago descender por su cuerpo con cuidado y lo ciño a él, cerrando todos y cada uno de los botones de su espalda.

—Pareces una princesa. —Suspiro cuando termino y la miro. Observo que su cara la adorna una sonrisa triste a la vez que acaricia la falda del vestido con un brillo apagado en los ojos—. ¿Qué ocurre?

—Nada. Es solo... Me da miedo que no salga bien. —Se sincera.

—¿Por qué debería salir mal?

—No lo sé. —Agacha el semblante.

—Cris... —Le levanto el mentón con un dedo para conectar nuestras miradas—. ¿Tienes dudas? Si no estás segura, no tienes que hacerlo.

—No son dudas, pero... No soy especial. Yo... Yo siempre he querido ser como tú. Os veía a ti y a Sebas y quería lo que teníais, pero ahora... —Cierra los ojos y los abre—. Ahora veo que no eres feliz con él y me pregunto si también me pasará a mí.

Trago saliva por el golpe emocional que me acaba de dar y trato de no descomponerme.

—Lo siento, no quería decir eso, estoy muy nerviosa. —Se disculpa.

—No lo sientas. Llevas razón. Mi matrimonio no funciona desde hace mucho y nada de lo que hago lo mejora. Pero eso no significa que a ti te vaya a pasar lo mismo.

—Yo... —Se toca la frente.

—Cristina. —La agarro las dos manos con cariño—. No puedo prometerte que serás feliz con él para siempre. Los finales felices son historias sin acabar. Habrá épocas buenas y otras no tan buenas. Tendréis que luchar para que funcione y, si algún día decidís seguir por separado, yo estaré aquí para apoyarte. Nunca estarás sola. No pienses en el mañana, piensa en el aquí y ahora. —Cojo aire— ¿Lo amas?

—Es el amor de mi vida —contesta segura.

—Pues entonces, ¿a qué esperas? Agárralo con fuerza y mantenlo a tu lado todo el tiempo que se te conceda. Aprovecha lo que se te regala y sé feliz tanto como puedas.

—Te quiero, Ne. Siento no decírtelo muy a menudo.

—Yo también te quiero. Y, ahora, vamos a retocarte el maquillaje y saldremos ahí a pasarlo bien.

Dos golpes fuertes en la puerta nos provocan un pequeño sobresalto. Le suelto las manos, le doy un beso en la mejilla y voy a ver quién es. Abro lo justo para asomar la cabeza. Me encuentro con un imponente Pablo vestido con un traje de chaqueta azul con corbata a juego sobre una blusa blanca. Se ha recortado un poco la barba y ahora no la lleva tan larga, solo de varios días. Trago con dificultad al atisbar su cintura estrecha y sus perfectas piernas torneadas. Cuando subo la mirada me encuentro con su sonrisa socarrona y una ceja arqueada.

—Hola, ¿qué haces aquí? —pregunto, aún noqueada (y disimulando las babas).

—¿La boda no era hoy? —Se quita las gafas de sol aviador Ray-ban y el azul de sus ojos terminan de darme la última bofetada.

—Muy gracioso. ¿Qué quieres? —replico bastante apática.

—Hablar con la novia. —Cambia el peso del pie, esperando que le abra, pero no lo hago—. Tengo derecho a verla, soy la Dama de Honor.

—Pues si eres la Dama de Honor, deberías cambiarte de vestido.

—Y tú deberías dejar de mirarme así. Me hago ilusiones y no duermo por las noches.

—Tú no duermes por las noches por otra cosa. —Abro la puerta y obvio el saltito que da mi corazón.

Pablo pasa por mi lado y el olor a su perfume me derrumba por completo. Joder, este hombre es una bomba de destrucción masiva.

—¿Qué haces? —pregunta mi hermana con voz de pito—. ¡No puedes verme antes de la boda! ¡Da mala suerte! —Levanta las manos.

—Juraría que eso solo funciona si eres el novio. Dame un beso. Estás preciosa. —Se acerca a ella y le besa la mejilla. Cris lo recibe con el ceño fruncido—. ¿Qué te pasa?

—Parece que llevo un nido de pájaro sobre la cabeza. No me gusta el peinado.

—Es perfecto. —Lo mira. Alarga la mano y lo toca con cuidado—. Espera, no te muevas. El gorrión se ha dejado aquí un huevo.

—¡Eres imbécil! —Le grita Cris con cara de enfado, pero unos segundos después hace un puchero con la boca y comienza a lloriquear.

—No, no, no, no te pongas así. Es broma, pétalo. Estás preciosa. Como siempre. —La abraza y mi hermanita se cobija en su regazo—. Venga, tú no eres así. Dime qué te pasa.

Como mi hermana no habla y sé que le contaría a Pablo lo que ocurre si pudiera vocalizar, lo hago yo.

—Tiene una crisis existencial. Le da miedo que el amor desaparezca y su matrimonio termine demasiado pronto.

Abre los ojos, confuso.

—Pétalo, mírame. ¿Por qué piensas así? Si es amor de verdad, perdurará para siempre.

—Eso no es verdad. —Lloriquea.

—Claro que sí. ¿Alguna vez te he mentado? Podéis romper, eso es otra cosa; pero si os amáis, lo seguiréis haciendo hasta el final.

—¡Qué bonito! Pero es la frase de una de tus canciones.

—Sí, pero es verdad. —Le limpia una lágrima que rueda por su mejilla—. Venga. Tu futuro marido está esperándote. —Vuelve a besarla, se incorpora y se alisa la blusa y la chaqueta—. Mi trabajo de Dama de Honor aquí está hecho. —Da un paso atrás y cuadra los hombros.

Camina hasta la puerta, la abre y gira la cabeza hacia mí, que sigo de pie y muy cerca de donde él se encuentra.

—Tu también estás preciosa. Demasiado. —Me guiña un ojo y se va.

La ceremonia transcurre sin incidentes. A Cristina le desaparecen todas las dudas en cuanto ve a Lucas en el altar. El recinto parece el final de un cuento de hadas aún sin serlo y sabiendo que sus vidas acaban de comenzar y la felicidad no perdura si no son ellos mismos los que la buscan y la hacen suya. Las sillas vestidas de blanco con lazos lilas perfectamente alineadas flotan sobre el frondoso césped. El sol del atardecer alumbrando todo de ese color anaranjado y rosa, convirtiendo el momento en una estampa para recordar. Suelto el vuelo de mi vestido verde agua y comienzo a aplaudir cuando los recién casados se besan sin demasiado recato. Se escuchan voces provenientes del lado opuesto al de mi familia. Juraría que es Rosana la que grita que se vayan a una habitación y que no van a dejar nada para después.

No me pasa desapercibida la persona que acompaña a Pablo. Debe ser Dayana, pero desde lejos no logro distinguirla muy bien.

Sebas me agarra de la cintura y caminamos hasta la zona donde comienza a servirse los aperitivos. Dejo a mi marido hablando con Andrés, y Carol y yo entramos en la cocina a vigilar que todo va como debería.

—Es la boda de tu hermana, cariño. Deberías dejar a Mía que haga su trabajo.

—Me quedo más tranquila si echo un vistazo. Solo será un momento.

Hablo con el encargado y le indico a mi ayudante que revise hasta el último detalle. Me hubiese gustado que Joel estuviera aquí, pero acaba de someterse al trasplante de pelo y se niega a salir a la calle hasta nuevo aviso (traducido: hasta que le salga una larga cabellera. Cosa que, sospecho, jamás ocurrirá).

—¿Has hablado con Ro últimamente? —me pregunta mi amiga, cogiendo dos copas de cava de una bandeja y ofreciéndome una.

—Ayer me llamó para contarme las maravillas de Brasil, pero creo que no se refería a sus monumentos ni a sus playas.

Nuestra amiga ha tenido que viajar un par de semanas a ese país a grabar unas escenas para un videoclip. Se puso como loca cuando la llamaron, ella piensa que ya es demasiado mayor para según qué trabajos y que la discriminan en muchos aspectos por tener más de treinta años.

—Carlo estuvo en casa hace dos noches. La echa de menos. Está muy afectado.

—Lo sé. Me lo encontré en el centro hace poco. —Saco el paquete de tabaco de mi mini bolso plateado y me enciendo un cigarro. Le ofrezco, pero niega con la cabeza.

—¿Crees que deberíamos hablar con ella?

—Parece que no la conoces. No nos escuchará —afirmo con rotundidad.

—Se está equivocando. —Le da un sorbo a su copa.

—Puede, pero no somos nadie para decirle lo que debe hacer. —Doy una calada—. Y tú y Andrés ¿Estáis bien?

—Lo intentamos, al menos.

—Hola, chicas. Necesito vuestra ayuda. —Carmen llega hasta nosotras y nos interrumpe—. ¿Podéis repartir estas bolsitas? Es confeti de papel. Pablo va a cantarle una canción y queremos que todos los invitados lo tiren al terminar. No digáis nada. Es una sorpresa.

La acompañamos hasta detrás del escenario donde tiene la caja de papelinas de colores y veo a Pablo besando el cuello de la tipa (sin rencor. Bueno, sí) junto a unos grandes altavoces. Trago con dificultad e intento no mirar en esa dirección, sin embargo, mi lado cotilla y masoquista (no voy a negarlo) me obliga a observar lo que sucede a pocos metros de mí. Ella sonrío y encoge los hombros cuando los mullidos labios de él y su barba le acarician la piel. No tengo ni la menor idea de si la suya se eriza, pero la mía se estremece al recordar lo que su cercanía me hacía sentir. Alguien llega a su lado y, no sin trabajo, consigue que el roquero le preste atención y deje de meterle mano a la modelo de pasarela. Me empieza a escocer la garganta y me disculpo para ir a por un vaso de agua, o algo mucho más fuerte, como un whisky doble con hielo. Cuando vuelvo, Pablo ya se encuentra sentado en una banqueta alta solo con una guitarra en sus manos. La noche ha hecho acto

de presencia y nos alumbran miles de luces blancas que cubren nuestras cabezas. Cristina y Lucas entrelazan sus manos a los pies del escenario y frente a Pablo. Me quedo detrás de toda la gente y lo observo desde la distancia.

El roquero agarra el micrófono y comienza a hablar. Dice algo así como que espera que nunca deje de ser su mejor amiga porque sin ella se perdería y no sabría cómo abrir los botellines de cerveza con la boca, o cómo escapar de algunas fans demasiado efusivas, o cómo colarse en el cine a ver la misma peli tres veces seguidas. «Tú me enseñaste que la distancia no destruye una amistad sincera y supiste verme cuando nadie me veía. Esta canción es para ti, pétalo. Mi mejor amiga».

Los primeros acordes de la guitarra comienzan a sonar y la voz de Pablo cantando en inglés llena todo el espacio. Casi a susurros habla sobre helados de vainilla, ventanas abiertas, corazones cerrados y bicicletas de hierro envejecido que casi no se mantienen en pie. Cuando termina, Cris sube y lo abraza con ganas. No sabría decir cuántos segundos se llevan sin separarse, tantos como una amistad verdadera necesita.

Terminamos de cenar cada uno sentado en nuestra mesa, no obstante, no se hace muy largo. Sebas me pregunta varias veces si me encuentro bien y le tranquiliza saber que sí. No hace alusión al hecho de que Pablo, el hombre del que me enamoré cuando nos separamos por unos meses, campe a sus anchas por el recinto. Supongo que mi marido, como adulto que es, superó esto cuando lo elegí a él, pero, además, que mi ex se pasee morreándose con una mujer de bandera ayuda a que los celos no se apoderen de su ser.

La barra libre comienza pasadas las doce de la noche. Un DJ amigo de Pablo se hace cargo de la música y los recién casados bailan abrazados una canción que no reconozco, pero me encanta.

—Cariño, ¿quieres bailar? —Sebas me agarra de la mano y me lleva hasta donde los tortolitos casi se meten mano.

Me agarra de la cintura y yo le rodeo el cuello con mis brazos. La risa de mi hermana llega hasta nosotros y me emociono.

—Se les ve muy felices —observo.

—Porque lo son. Acaban de casarse.

Me quedo callada durante unos segundos y suspiro.

—¿Cuándo dejamos de serlo?

Sebas frunce el ceño y me mira contrariado.

—¿Tú eres feliz? —me atrevo a preguntar.

—Claro que sí —sigue en un tono hosco—. ¿Significa eso que tú no lo eres?

—No... No lo sé.

—¿A qué viene esto ahora? —levanta la voz de manera considerable y para de bailar.

—No grites —le pido—. Estamos en la boda de mi hermana, y mi madre nos está mirando.

Me agarra del brazo y nos aparta de la gente.

—Me cansas, Nerea. No sé qué más hacer para tenerte contenta —sigue con desprecio.

—No tienes que hacer nada.

—¿No? Me pones constantemente a prueba.

—Eso no es verdad. —Cojo aire.

—Siento... Siento que nada de lo que hago sirve.

—No haces demasiado, Sebas. Te escondes en el trabajo para no hacer frente a nuestros problemas.

—Trabajo porque tengo que hacerlo. —Se toca el tabique de la nariz.

—Seguiremos hablando de esto en casa —lo corto.

—Has empezado tú. No me vengas con esas.

—Yo no vengo con nada. Algo no funciona y no queremos darnos cuenta.

—Voy a tomarme una copa. —Me deja con la palabra en la boca y desaparece entre los invitados.

Reparo en mi alrededor y veo a todos sonreír y pasarlo bien. Mis padres charlan con unos familiares. Rosana, Laura y Carmen brindan y ríen a carcajadas demasiado cerca de la piscina. Carol y Andrés bailan abrazados; y Pablo... no sé dónde está ni quiero saberlo. Le estará metiendo la mano a Dayana por debajo de la falda en alguna parte oscura de la finca.

Me pierdo entre la arboleda buscando un poco de intimidad y oscuridad. Con suerte encuentro alguna estrella que me centre y me haga creer que todo mejorará. Camino hasta que el bullicio deja de escucharse y tomo asiento en un banco de piedra muy alejado del mundanal ruido y de, más concretamente, mi marido. Suspiro y pienso en que debería ser igual de fácil alejar los problemas que acarreamos desde hace varios años, pero me doy cuenta que siempre me acompañan adosados a mi espalda como una mochila que daña

mi estabilidad física y emocional. Tal vez debería hacer algo para sacarlos de ahí y aligerar el peso que cargo durante veinticuatro horas al día. Cojo aire y echo el cuello hacia atrás, mirando el firmamento y buscando mis estrellas. Paso varios minutos en el más pleno silencio y soledad. Sin embargo, dura poco; Pablo me encuentra empujado por el destino o la casualidad.

## DE PÚBLICO

—¿Jugando al escondite? —dice demasiado cerca de mí.

Doy un pequeño respingo y miro hacia atrás con la mano en el pecho y el corazón acelerado.

—Me has asustado —me quejo.

—No era mi intención. —Pablo tuerce la boca en una media sonrisa culpable.

—No deberías avasallar así a nadie. —Paso de él y vuelvo a mirar al frente.

—¿Puedo acompañarte un rato? —Rodea el banco y para junto a mí.

—¿Huyendo de la gente? —Le señalo con la palma de la mano levantada la superficie vacía que se encuentra a mi lado.

—En realidad te estaba buscando. Te he visto salir corriendo de allí. —Se sienta a pocos centímetros—. ¿No lo pasas bien?

—Solo necesitaba descansar. Me duelen los pies —miento. Y apoyo la mentira quitándome los zapatos, pero uno se me resiste y él se agacha a mi lado para ayudarme a deshacerme de él. Cuando sus manos tocan mi piel casi desnuda, solo cubierta por una fina media transparente, se me erizan todos los vellos de mi pequeño cuerpo.

—¿Así mejor? —Mira hacia arriba y sonrío.

—Sí, gracias. Malditos zapatos. —Fuerzo la sonrisa. Lo deja sobre el césped y vuelve a tomar asiento a mi lado. Durante unos segundos ninguno dice nada.

—Parece que todo ha salido bien.

—¿Mmm? —Pregunto contrariada y lo miro. Sus ojos me observan en la semioscuridad.

—Cristina ha hecho lo correcto casándose con Lucas.

—Lo dices muy seguro.

—Solo tienes que observar cómo se miran.

—Me alegra verla así. —Llevo mi mirada al suelo—. Al menos ella tendrá un final feliz —musito para mí.

Noto sus dedos sobre mi espalda y me estremezco. Giro la cabeza hacia un lado y lo miro.

—No deberías hacer eso.

—No estoy haciendo nada.

—Me estás acariciando la espalda.

—Yo no te estoy tocando. —Levanta las manos, enseñándomelas.

Abro los ojos de par en par y se me corta la respiración.

—¡Dime que no tengo un bicho! ¡Dime que no tengo un bicho! —Me levanto y me muevo nerviosa.

—Estate quieta y lo compruebo. —Intento no moverme y lo dejo hacer—. A ver... qué tenemos por aquí...

—¿Qué? ¡Quítamelo! ¡Quítamelo! —Cierro los ojos y aprieto los puños junto a mis costados.

—Vaya, vaya.

—¿Qué? ¿Qué?

—Parece que te estaba acosando... un pequeña rama. —La pone frente a mi cara y la observo.

—No tiene gracia. —Le doy un manotazo y la tiro al suelo. Su sonrisa se agranda por segundos.

—Sí la tiene.

—Joder. —Me tapo la cara—. Llevas razón, qué ridícula soy.

Rompemos los dos en carcajadas.

Pablo me tapa la boca para que deje de hacer ruido y me indica con señas que acaba de escuchar algo detrás de unos árboles. Me agarra de la mano y me lleva hasta uno de ellos, donde nos escondemos para ver qué ocurre. Nos agachamos junto a un gran matorral y asomamos la cabeza entre varias ramas.

—¿Puedes explicarme qué hacemos?

—¿Quieres callarte? Van a descubrirnos —susurra, mirándome divertido.

—¿Quién va a descubrirnos?

Me agarra la cabeza y la gira en dirección al espectáculo. Una pareja amiga de Lucas se besa con pasión y, antes de que nos demos cuenta, el chico le ha levantado el vestido a ella, se ha sacado el miembro de los pantalones y la ha empalado sobre el húmedo suelo. Me incorporo y le susurro a Pablo que no

deberíamos ver esto.

—¿Por qué? ¿Te da vergüenza? —musita demasiado cerca de mi boca.

—Estamos invadiendo su intimidad.

—Nadie se pone a follar en un descampado si no le da igual que lo miren.

—Y la palabra follar salida de su boca y en ese contexto retumba entre mis piernas de una manera descomunal.

—Esto no está bien. —Giro sobre mis pasos e intento irme, pero Pablo me agarra del brazo y me lleva hacia él.

—Me apuesto contigo lo que quieras que esos dos saben que estamos aquí —farfulla demasiado cerca de mi oído. Me tenso y no digo nada. Me pone frente a ellos y pega su pecho a mi espalda. Observamos cómo se mueven y jadean. Él le muerde un pecho sobre la fina tela del vestido y ella le tira del pelo hacia atrás. Mi corazón comienza a bombear con fuerza y a gran velocidad. Noto el de Pablo igual de acelerado que el mío y eso me pone aún más cardíaca. De pronto, el roquero carraspea lo suficientemente alto como para que la pareja se entere y nos miren. Se me corta la respiración cuando mis ojos se encuentran con los de ella. La lujuria que destilan llega hasta los míos y durante unos segundos no aparto la mirada. La chica se muerde el labio inferior y jadea. Un momento después, me vuelve la razón, reacciono y doy dos pasos hacia un lado, enfadada. Me agacho junto al banco y recojo mis zapatos con prisas.

—¿Adónde vas? —me pregunta.

—¿Por qué has hecho eso? —Me giro y lo miro, muy mosqueada.

—Solo quería demostrar que llevo razón. Esos estaban buscando público.

—No me refiero a... a... —Bufo—. Tú... Bah, ¡déjalo! —Camino entre el laberinto de vegetación buscando por dónde volver.

—Nerea, para. Vas a hacerte daño.

—¡Ay! —Me clavo una piedra en el talón. Pablo me pide que me calme.

—Estoy bien. Necesito una copa bien fría, hace demasiado calor.

—Yo invito. —Sonríe y comienza a caminar dirección a la barra.

—¿Qué haces?

—Voy a beber.

—No podemos aparecer ahí los dos juntos y tomarnos algo como si fuéramos viejos amigos.

—Es lo que somos.

Pongo los ojos en blanco, me apoyo sobre un árbol, me calzo y me cierro

las hebillas de los zapatos.

—No creo que a Sebas le haga gracia verme contigo.

—¿Está celoso? No tiene razones. —Se mete las manos en los bolsillos y se balancea.

—No está celoso, pero no quiero volver a discutir con él.

—¿Problemas en el paraíso? —Se muerde el labio y yo suspiro.

Paso por su lado para alejarme, sin embargo, me agarra de la muñeca y me detiene.

—Vale. No te vayas así. Hoy no te invito a nada, pero te llamo la semana que viene y nos tomamos un café.

—Has tenido que beber mucho para creer que eso sea una buena idea.

—He bebido un poco, sí. Pero sé lo que digo ¿No tomas café con viejos amigos? ¿Tu marido no te deja salir con otras personas?

No con el que estuve completamente enamorada.

—Yo salgo con quien me da la gana. —Muerdo el anzuelo.

—Perfecto. Te llamo el viernes.

—Siempre puedo pasar de ti.

—Lo sé, pero no lo harás. —Me guiña un ojo y desaparece sin más.

Charlo con Carol sobre el hecho de que no hemos visto a la arpía de la mujer de Hugo por ningún lado. Le cuento lo que me dijo Cris sobre ella y cotilleamos sobre lo que ha podido ocurrir para dejar que Hugo venga a la boda solo. Barajamos varias posibilidades, sin embargo, es Cristina, que llegando dando vueltas sobre sí misma, quien nos saca de dudas.

—Se han separado —nos informa con un Bacardi con Coca Cola en la mano.

—¿Por qué? —Abro los ojos, asombrada.

—No lo sé. Me enteré ayer, creo que la ha dejado él. Demasiado ha tardado. Esa mujer es maligna.

—Lo siento por Hugo. Parece buena persona. —Observo cómo mi hermanita se bebe el vaso de un trago—. Cris, no bebas tan rápido. Es el día de tu boda.

—Por eso lo hago. Tengo que celebrarlo. Voy a por otra.

—Vas a matar a mamá.

—Se ha acostado ya. Estaba un poco cansada. No se ha despedido de ti porque no te encontraba. —Le da una voz al camarero de la barra y se acerca

con la falda del vestido recogida en una mano.

—Cuando se entere Rocío, se le tira encima —comenta Carol, mirando en dirección a Hugo.

—Seguro. —Reímos a carcajadas.

—¿Y tú, dónde has estado que yo tampoco te encontraba?

—He ido a tomar un poco el aire. —Escondo la cara en el fondo de mi copa.

—¿Y has tomado suficiente o Pablo te lo ha quitado? —ironiza.

—No sé de qué me hablas.

—Os he visto hablando. —Señala el lugar por donde he venido. Yo me quedo en silencio y miro hacia otro lado—. ¿Sabes lo que estás haciendo?

—No estoy haciendo nada, Carol. No puedo evitarlo siempre. Es el mejor amigo de mi hermana.

—Lo has estado haciendo muchos años. ¿Por qué ahora finges que no te importa?

—Porque es así. Ya no siento nada por él. Me costó, pero lo superé.

—Si tú lo dices...

Sebas y Andrés llegan hasta nosotras. Sonríe apática cuando mi marido me rodea la cintura con el brazo y me susurra al oído que siente lo de antes. Yo levanto la vista con la mala suerte de encontrarme con los ojos de Pablo sobre los míos. Le mantengo la mirada durante unos segundos, no obstante, la aparto antes de atragantarme con su intensidad.

—Estamos hablando de las vacaciones. ¿Qué os parece si nos vamos de crucero los cuatro? —comenta Andrés.

Lo miro y bebo sin ninguna emoción. ¿Una semana metida en un barco con Sebas? ¿Y de qué hablamos? ¿De la reproducción de los reptiles?

—¿Te parece bien? —Le pregunta Andrés a Carol.

—No sé... Tantos días sin los niños... —diserta, no muy convencida.

—Nena, tal vez sea eso lo que necesitamos.

—Lo hablaremos en casa. No sé si les vendría bien estar tanto tiempo sin nosotros.

Bailamos junto a Cristina una canción de Robin Schulz, *Oh Child*. Reímos a carcajadas al ver a Rosana abrazada a una farola y a Laura subida en una silla. Hace una temperatura perfecta y todos los invitados lo pasan bien. Hasta Mía se ha soltado la melena y bebe sin contención. A dos metros de

nosotras, Pablo le da vueltas al cuerpo de Dayana, hasta que esta se abraza a él y le muerde el labio inferior. Él sonríe con malicia y le pellizca el culo. Me quedo mirándolos demasiado tiempo, tanto que Carol se da cuenta de mi cara y me lo recrimina con una ceja enarcada. Pongo los ojos en blanco y sigo moviéndome al ritmo de *Indecente* de Anitta. Me disculpo y voy a por algo de beber. Tengo la garganta seca.

—Un gin-tonic, por favor. —Me agarro a la barra para no caerme.

—Chupitooooo —grita Cris a mi lado.

—No creo que mi cuerpo tolere una de tus mezclas.

—Venga. No seas aguafiestas. Es mi boda. Es tu obligación hacer lo que yo te pida. Neneeee —llama al camarero—.  Tres torpedos! —Levanta tres dedos de una mano, los pone delante de su cara y los mira bizqueando—. Creo que estoy borracha.

—Ya lo veo. Somos dos, Cris.

—Pétalo, estoy muy borracho. No puedo beber más. —Escucho a Pablo detrás de mí.

—Otro sieso. No entiendo por qué lo dejasteis. Sois tal para cual.

—Me dej  ella. Si no recuerdo mal... —Se toca el pelo y cierra los ojos, claramente mareado.

Pongo los ojos en blanco por su comentario.

—Esta noche s  que no la recordarás. —Le recrimino que va bastante beodo.

Pega su cuerpo al mío de manera muy disimulada y se incorpora hacia delante fingiendo coger una ca ita de un cuenco de cristal morado.

— Crees que podría olvidar cómo este vestido se te pega al cuerpo? —Me acaricia la cintura con dos dedos y se me corta la respiración—. Y tu olor... El ritmo de tu corazón cuando has visto a esos dos follar... —Se separa y me mira desde arriba—. Por cierto, esos pendientes los compr  yo.

—Estás borracho. —Y lo digo en un tono de reproche.

Coge el chupito que el camarero pone delante de nosotros; Cristina y yo hacemos lo mismo, los levantamos y los chocamos.

—Por las dos personas más importantes de mi vida. —Brindamos y nos los bebemos—.  Joder!  Os quiero! —Nos abraza a los dos y en ese acto nos une a Pablo y a mí—. Me voy a la habitación a follar con mi marido. Vosotros podéis hacerlo también. —Se toca la frente y se tambalea—. Por separado, claro. Vosotros dos ya no foll is. —Desaparece tan veloz como vino.

—Que lo pases bien con Dayana. —Levanto el mentón y huyo.

—Lo haré —me susurra al oído cuando paso por su lado, y yo trato de no atragantarme con mi propia saliva.

## LO ENCONTRÉ

El domingo tenemos comida familiar en casa de mis padres. La niña pequeña se ha casado y al día siguiente se va de viaje de novios, hay que despedirla como se merece. Papá encarga la comida a un restaurante del pueblo y Sebas y Lucas van a recogerla mientras Cristina y yo nos quejamos del dolor de cabeza que nos acucia, tumbadas en la cama de mi antiguo dormitorio (que sigue tal y como lo dejé). La persiana medio bajada no deja pasar demasiada luz, sin embargo, me siento un vampiro en medio del desierto a las doce de la mañana. Le recrimino que ella tiene la culpa de que nos sintamos tan mal, ella y sus ideas de pacotilla.

—¿Qué ideas? —su voz rebota sobre la almohada.

—¿A quién se le ocurre pedir chupitos de torpedos a las cuatro de la mañana? —Me tapo la cara con un cojín.

—Eso es mentira. No me acuerdo —murmura.

—No te acuerdas por eso. —Noto la garganta resentida—. No tengo edad para esto.

—Yo tampoco. Ahora soy una mujer casada. —Se da la vuelta y se pone boca arriba con mucho trabajo y refunfuñando.

—Casarse no significa cumplir años.

—Pues yo me siento más vieja. Me va a explotar la cabeza. —Se masajea la sien—. ¿Qué es eso?

—¿El qué? —pregunto sin abrir los ojos.

—Ahí hay algo que brilla.

—Será el reflejo de la ventana.

—Si está cerrada. Levántate y lo miras.

—No puedo moverme.

—Parece tu telescopio.

Abro los ojos instintivamente de par en par y suelto el aire.

—¿Dónde?

—Allí. —Levanta el brazo y señala hacia el techo con el dedo—. Encima del armario.

Me levanto de un salto, me subo a la silla del escritorio y cojo la caja rota por un lateral y desde donde se puede apreciar la parte frontal del artilugio. Me bajo, la dejo sobre el suelo y la abro nerviosa. Temblando, saco el telescopio que me regalaron mis padres cuando era pequeña y lo observo con emoción. Lo acaricio y un montón de recuerdos de cuando pasaba las noches mirando el firmamento me estremecen por dentro.

—Cariño —mi madre abre la puerta de la habitación—. La comida ya está. Os estamos esperando.

—Paso. No tengo hambre. Avisadme tres horas antes de que salga mi avión. —Cristina se da la vuelta y se tapa con la colcha.

—Por favor, Cristina. Ya eres una persona adulta. Te vas a sentar en la mesa con la familia y no quiero oírte rechistar —le regaña. Mi hermana bufa varias veces y se sienta en el filo de la cama.

—Mamá, ¿dónde estaba esto? —pregunto con el telescopio en la mano.

—Lo encontré en el trastero hace unas semanas. Por fin logré que tu padre tirara un montón de cosas que guardaba y que no utilizaba.

—¿Por qué no tiró esto?

—Recordó lo que te gustaba y pensamos que querías tenerlo.

—Lo llevo buscando tres años —digo, tal vez demasiado tirante.

—Nunca me has preguntado, cariño. Venga, nos están esperando.

Dormir una siesta de siete horas el domingo por la tarde y unirla al sueño de la noche me sirven para levantarme el lunes bastante recuperada. Recojo a Cris y a Lucas a las ocho de la mañana y los llevo al aeropuerto. Los despido con un par de abrazos rápidos y les deseo buen viaje. Media hora después llego a la oficina y me encuentro a Mía con la frente sobre el cristal de su mesa. Ni siquiera la despega para saludarme, solo mueve la mano con desgana. A ella sí que le duele la cabeza porque ayer no pudo descansar. Llamo a Joel varias veces para interesarme por su salud (física y mental), no obstante, no consigo contactar con él. Le dejo varios mensajes de Whatsapp y, de paso, escribo a las chicas para quedar a comer. Rocío llegaba esta mañana y no ha dado señales de vida. Supongo que tiene grandes (y rocambolescas) historias que contar e insisto en vernos lo antes posible.

Yo: «Chicas. ¿Comemos hoy?» 11:11 →→

Carol: «Tengo turno doble.  
Imposible» 11:30

Yo: «¿Mañana?» 11:33 →→

Carol: «Mejor el miércoles» 11:45

Yo: «El miércoles tengo una  
comida de trabajo. ¿El jueves?» 11:47 →→

Carol: «Vale. A ver qué dice Ro» 12:14

Mantener una conversación con alguien que tarda en contestar más de quince minutos y con otra que no habla, me desespera, así que dejo el móvil sobre la mesa y me pongo a trabajar. Suena una hora después.

Ro: «¿Qué tal, chicas? Acabo de llegar.  
El vuelo se retrasó» 13:26

Yo: «¿Todo bien?» 13:31 →→

Ro: «Más que bien. Lo he pasado genial.  
¿Hasta el jueves no os veo?» 13:33

Yo: «Si quieres, quedamos nosotras antes,  
pero Carol no puede» 13:34 →→

Ro: «Pásate por casa esta tarde,  
estoy bastante cansada» 13:36

A las ocho le envío un mensaje a Rocío para indicarle que no voy a poder ir a verla hoy. La tarde se ha complicado y he tenido que visitar a algunos clientes que solicitan cambios de última hora. Llego a casa pasadas las diez de la noche y, qué raro (mogollón de ironía) Sebas aún no ha hecho acto de presencia. Al contrario que en otras ocasiones, hoy lo llamo para preguntarle dónde está. Coge el teléfono cuando creo que se van a agotar las llamadas.

—¿Si?

—¿Tardas?

—Estoy trabajando —contesta en tono pasivo agresivo.

Decido ignorarlo, no tengo ganas de discutir.

—¿Cuándo vienes?

—No lo sé. Tengo que solucionar un par de cosas antes.

Me toco la frente y suspiro.

—Vale. Cenaré sola. —Cuelgo sin decir más. No porque no quiera, sino porque no se me ocurre nada que decirle aparte de que si se quedara allí a pasar la noche ni siquiera me daría cuenta. Me siento sola, bastante, sinceramente. En otro momento hubiera ido a casa de mi hermana a ver alguna peli y atragantarnos comiendo palomitas, pero está de viaje de novios y tengo que buscar otra solución. Me doy un baño, ceno el salmón al horno con especias que ha dejado preparado Concha y lo acompaño con una copa de vino *Pinot Noir*, regalo de mi *atento* marido en las últimas Navidades. Aprovecho la soledad para abrir y montar el telescopio que me he traído de casa de mis padres. Lo instalo junto a una de las ventanas del salón, apago la luz y trato de ver las estrellas. Me frustro tanto cuando me doy cuenta de que no funciona que casi me pongo a llorar. Busco en internet dónde pueden arreglarlo y no encuentro ningún sitio que me dé fiabilidad. Cansada del intenso día, apago el teléfono móvil y me acuesto. No sé a qué hora llega Sebas, cuando me levanto al día siguiente ya se ha marchado.

El miércoles almuerzo con Daniel Sánchez, una empresaria que conocí hace tres años y que cuenta conmigo cuando necesita organizar algún evento. Durante este tiempo nos hemos hecho buenas amigas e intentamos quedar y

vernos de vez en cuando, pero compaginar nuestras agendas y horarios de trabajo a veces se convierte en una odisea. Ella viaja mucho y el tiempo que está en Madrid se lo dedica a su familia, así que hace un par de meses que no nos vemos.

Tomo asiento en la terraza del Restaurante Arzábal, en el Museo Reina Sofía, a las dos en punto de la tarde. Aún me pregunto cómo me ha dado tiempo a llegar puntual con todos los obstáculos que he tenido que salvar a lo largo de la mañana. Necesito que Joel vuelva pronto y me ayude con lo que se avecina, o tendré que contratar a alguien mientras dure su ausencia. Pido al camarero una botella de agua bien fría y observo lo bonito que han dejado este lugar con la nueva reforma. Todo rodeado de vegetación, con entoldado en colores tierra, mesas de madera de abedul y sillas antiguas de hierro rojas, beis y amarillas. Me deleito con la música en directo de algún grupo local y muy bueno. Veo a Dani caminar hacia mí con una sonrisa dibujada en su rostro y me levanto, imitándola en el gesto, para recibirla con un gran abrazo.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? He tenido que solucionar unas cosas en casa antes de salir —me pregunta cuando nos sentamos.

—Acabo de llegar, no te preocupes. Dime, ¿qué tal va todo?

—Bien. Ya sabes. Cada día me cuesta más viajar. Los echo mucho de menos.

Nos sirven agua en las copas y pedimos la comida, dejándonos llevar por las sugerencias de la persona que nos atiende. Nos ponemos al día y nos informamos de lo que hemos hecho los últimos meses. Su vida es mucho más divertida que la mía, sin embargo, le cuento que mi hermana pequeña se ha casado y lo bien que lo pasamos ese día. Una boda preciosa, bajo un millón de estrellas en un jardín de cuento.

—Me recuerda mucho a la mía.

—Lo sé. La organicé yo.

Nos reímos recordando lo que hicimos sufrir a su marido y al mío las veces que nos quedábamos hasta tarde con los preparativos y se nos pasaban las horas conversando, con una copa de vino en la mano, en algún recóndito y mágico lugar de esta ciudad. Hablamos también sobre lo que nos ha traído aquí hoy: la fiesta de inauguración de su nueva galería. Será dentro de cuatro meses y no quiere nada demasiado desorbitado. Tomo anotaciones en mi pequeña agenda de la Moderna de Pueblo de todas las especificaciones. Le doy algunos consejos y propongo algunas ideas que acepta con agrado. Nos

interrumpe el sonido de su teléfono móvil, el último iPhone que ha salido al mercado. Me pide disculpas cuando ve el nombre de su marido en la pantalla.

—Si no lo cojo, creerá que me ha pasado algo y dentro de diez minutos tenemos aquí a todo el cuerpo de policía.

—Podemos probar.

Reímos abiertamente y con una mano le indico que lo atienda.

Nos despedimos en la puerta una hora después. Cuando me doy cuenta, son más de las cinco de la tarde y vuelvo a la oficina para seguir trabajando. La tarde se me pasa volando. No sé si el hecho de haberme tomado un cóctel de frutas y algún licor exquisito influye en que eso sea así. Llamo varias veces a mi (ex) amigo Joel y sigo sin poder contactar con él. Algo debe ocurrir para no querer hablar conmigo desde que se sometió al trasplante de pelo. Así que decido pasarme por su casa y presentarme por sorpresa y sin avisar para que no pueda salir corriendo. Tardo media hora en convencerlo de que no me reiré del estado de su desastrosa operación cuando abra la puerta. Y no lo hago, aunque me cuesta horrores no descojonarme al comprobar cómo le han dejado la cabeza. A ese médico deberían quitarle la licencia. Nos tomamos un café escuchando el último disco de Lady Gaga y me cuenta, con pelos (los pocos que le quedan) y señales, el viaje a Turquía y su experiencia con el trasplante.

—Duele mucho, virgencita de los Ángeles. Más que un parto.

—¿Y cómo lo sabes?. —Me llevo una galletita a la boca y Joel me agarra de la mano y me para.

—¡No te la comas! Creo que estas llevan almendras.

—¿Quieres matarme? —La dejo sobre el plato y me levanto a lavarme las manos.

—Entonces, ¿te importaría decirme cuándo el señor Conde pretende volver a la oficina? —Tomo asiento a su lado de nuevo y cruzo las piernas.

—Cuando me salga un poco de pelo.

—Cariño, no quiero presionarte. Pero estás bien y te necesito. Es época de muchos eventos.

—Lo sé, lo sé. Y llevas razón, pero me da tanta vergüenza que me vean así.

—Pero si estás estupendo. —Le aprieto la mano con ternura—. Si quieres unas vacaciones, tómatelas; pero dímelo y busco a alguien que te sustituya.

—No es necesario. Llevas razón. Debería volver y...

En ese momento, Toni entra en el apartamento.

—¡Diva Elsa! Qué alegría verte. —Sonríe y se acerca a mí a darme un abrazo.

—¿Qué tal todo? —Se lo devuelvo y lo miro con cariño.

—Haciendo horas extras en casa. Ya sabes... —El enfermero enamorado va hacia Joel, le da un corto beso en los labios y le pregunta cómo se encuentra—. ¿Te quedas a cenar?

—No puedo, pero te agradezco la invitación.

Toni se pierde en la cocina a dejar las bolsas que trae en las manos y guardar la comida.

—No me has contado nada de la boda de Cristina.

—Te he llamado varias veces, pero has pasado de mí.

—No me presiones, *queen*. —Se señala la cabeza.

—Salió todo a la perfección. Mía hizo un gran trabajo y lo pasamos muy bien, pero te eché de menos.

—¿Viste al roquero?

—Claro. Estaba por allí. —Miro hacia otro lado.

—¿Solo estaba por allí? —inquire.

—Le cantó una canción a mi hermana.

—¿Y?

—Pues nada. Que era un invitado más. —Miro la hora en el reloj de mi muñeca—. Tengo que irme, se está haciendo tarde. —Me levanto y me cuelgo el bolso en el hombro izquierdo. Se da cuenta de que huyo de sus preguntas, pero no dice nada—. Entonces, ¿te espero el lunes en la oficina?

—Sí. —Suspira, resignado—. Tendré que hacer algo para que tu empresa siga a flote. —Levanta las cejas y tuerce la boca en una fina línea.

—Eres el mejor. —Le doy un beso en la mejilla y voy a la cocina a despedir a Toni, que calienta algo en el fuego—. Adiós, Toni. Nos vemos otro día.

Entro en casa pasadas las nueve de la tarde y me sorprendo al ver la mesa preparada de una forma muy sexi; con velas, dos rosas rojas (mis preferidas) dentro de un jarrón y la iluminación a medio gas. Cuelgo el bolso de una silla y Sebas sale de la cocina con dos copas de vino blanco, sonriendo.

—Muy seco. Tu preferido. —Me ofrece una y la cojo.

Me da un beso en la mejilla y me dice si quiero darme un baño mientras

termina de preparar la cena.

—¿A qué viene esto? —pregunto contrariada. Llevo más de tres meses cenando casi todas las noches sola.

—Sé que he estado muy ocupado los últimos meses y me gustaría compensártelo.

Suspiro. Está muy equivocado si cree que con esto puede arreglar todas las noches que he pasado sola.

—¿Has cocinado tú? —Sé cuál es la respuesta.

—Sabes que no se me da muy bien y quería que fuese especial. He pedido comida japonesa en el mejor restaurante de la ciudad. —Sonríe de medio lado.

—Esta bien. Voy a darme una ducha y ahora vuelvo.

Me pongo un conjunto de ropa interior de lo más sexi y un vestido corto y de color negro encima. Sebas sonrío cuando me ve y se levanta a retirarme la silla para sentarme. Hablamos sobre temas banales y huimos de los que sí urgen tratar, pero serían demasiado peliagudos en un momento como este, además de estropear el ambiente que con esfuerzo ambos hemos creado. Mi marido va hasta el equipo de música con paso decidido y me fijo en lo bien que le quedan esos pantalones de traje. Me doy cuenta de que me mira con una mano levantada en mi dirección invitándome a bailar cuando a mis oídos llega la voz de Barbra Streisand cantando *The way we were*. Limpio de mis labios el sabor del vino, dejo la servilleta de tela blanca sobre la mesa, me levanto y camino hasta que nuestras manos se tocan. Él atrapa mis dedos con los suyos, tira despacio y lleva mi pecho hasta el suyo. Su olor para mí es como el hogar que siempre me ha acogido, en el que me he sentido segura y reconfortada. Suspiro y apoyo la mejilla en el borde de su hombro.

«Los recuerdos iluminan el fondo de mi mente.

La llovizna empaña los recuerdos  
de cómo éramos.

Fotografías esparcidas de las sonrisas que dejamos atrás,  
sonrisas que nos dimos uno al otro  
por cómo éramos.

¿Será que era todo tan sencillo entonces,  
o el tiempo ha vuelto a escribir cada línea?

Si tuviéramos la oportunidad de hacerlo todo de nuevo,  
¿dime? ¿Lo haríamos? ¿Podríamos?  
Los recuerdos deberían ser bonitos pero,  
lo que era demasiado doloroso recordar  
decidimos simplemente olvidarlo.  
Por lo tanto, las risas son  
lo que recordaremos  
Cada vez que recordemos  
tal como éramos,  
tal como éramos».

Me pregunto si eso somos nosotros ahora, solo un recuerdo de lo que realmente fuimos. Un montón de fotos antiguas, palidecidas por el tiempo y nuestros propios errores, borrosas por no haber sabido cuidarlas como se merecían y casi olvidadas en algún lugar del día al día.

Siento una caricia subir sobre mi espalda y mis ojos se encuentran con los suyos, o debería decir que se miran sin ninguna fuerza detrás que los empuje a hacerlo, solo lo hacen por la costumbre de tenerse cerca. Nuestros labios hacen exactamente lo mismo, se besan por la inercia que dan los años y el hábito; y nos quitamos la ropa como si fuera una coreografía ensayada en la que no se admiten los fallos. Hacemos el amor en la cama y llego al orgasmo, por supuesto. Él también lo hace y dormimos abrazados. Todo muy normal si no fuera por el hecho de que no siento ni una pequeña explosión en el corazón.

Nosotros no somos.

Éramos.

Y cada día me doy más cuenta de que no hay nada que yo pueda hacer para que volvamos a ser.

## REINAS DEL DRAMA

—Venga, suelta por esa boquita. —Trato de sonsacar a mi mala amiga qué ha hecho en Brasil.

—Actuar. Por eso me pagan.

—Me refiero a lo que hiciste sin que te pagasen. —Pongo los ojos en blanco—. ¿Por qué hoy no quieres contar nada?

—Sí quiero. Pero prefiero esperar a que llegue Carol y así solo tengo que hacerlo una vez. Mira, ahí está. —Levanta una mano y la mueve para que nos vea.

—Hola, nenas. Este sitio es precioso. No lo conocía —comenta nuestra amiga mientras nos da los correspondientes besos, deja el bolso y toma asiento en una de las sillas.

—Pues verás cuando pruebes su costilla asada a baja temperatura. Está de muerte. —Lleva las palmas de las manos a su pecho y da énfasis a la frase con un gesto exagerado.

Pedimos una botella de vino y el plato estrella de la casa. Tengo que reconocer que me chupo los dedos al comer las costillas, y Carol y sus modales de mujer pija, protocolaria y ultra educada me lo reprochan.

—Perdona, no he podido evitarlo.

—Sebas estará contento de cómo mueves esa lengua. —Rocío me guiña un ojo y se ríe.

La terraza interior del Nitty Gritty no está muy concurrida, así que me tomo la libertad de seguir haciéndolo y con ello pongo a la pediatra de los nervios.

—Bueno, cuéntanos tus aventuras y desventuras por Brasil —insisto, casi una hora después desde que llegamos.

—Pues... bien... —responde con desgana.

—¿Solo bien? No me lo creo. A ti siempre te pasan cosas extraordinarias. —Manifiesto achinando los ojos.

—Extraordinarios no, rocambolescas —apostilla Carol.

—Maceió es una ciudad maravillosa. Sus playas son... ¡ohhh! —levanta las palmas—. Impresionantes.

—Sí, ya. ¿Y qué más?

—Nada. —Encoge los hombros y le pide un té y dos cafés a una camarera que pasa por nuestro lado—. Contadme vosotras.

—Por aquí todo sigue igual. Sin cambios a la vista. —Carol coge aire y lo suelta despacio.

—¿Y tú? —me señala a mí.

«Tratando de salvar mi matrimonio», pienso.

—Bien. Son fechas de mucho trabajo. Llega el verano y... ya sabes. —Doy un sorbo a mi vaso de agua.

—Vale. Ya que no me contáis nada, lo preguntaré yo. ¿Ha pasado algo entre Pablo y tú? —Formula alto y claro.

—¿Qué? ¡No! ¡Estás loca! ¿Por qué tendría que haber pasado?

—Porque en una boda siempre alguien pierde la cabeza...

—¿Y por qué piensas que fui yo?

—Porque estás deseando volver a pellizcar ese culito prieto.

Niego con la cabeza de lado a lado.

—En esta ocasión fueron los propios novios, nena —aclara la médica, y yo la señalo asintiendo con la cabeza.

Le relatamos la borrachera que cogieron los dos y que terminaron bailando la conga casi desnudos sobre la barra del bar. Lo pasamos muy bien, no lo voy a negar. Y tarde pero a tiempo, confieso mi charla con Pablo en la soledad, y Rocío, por supuesto, no me recrimina nada. Más bien todo lo contrario.

—¿Y no has vuelto a quedar con él?

—No.

—Eres tonta.

—No me insultes —le pido.

—Está casada —alega Carol.

—Tú también, y no te importó cuando te acostaste con el médico. —Le ataca con una ceja arqueada.

—¿Quieres callarte? —La ofendida mira hacia todos lados por si alguien la ha podido escuchar—. Ha sido el mayor error de mi vida.

—Tú mayor error es creer que no puedes superarlo. Lo pasaste bien.

Olvídalo y sigue adelante. —Le aconseja.

—Es lo que hago, pero yo no soy como tú —expone sin ni una pizca de resentimiento.

—Lo sé, nena. Pero tienes que superarlo.

—Lo estoy intentando.

—Lo sabemos. —La miro y le regalo una sonrisa complaciente.

—Me habéis convencido. Como no tenéis nada sustancioso que contar, lo haré yo. —Se incorpora—. Participé en una orgía en un lugar súper pijo y súper bonito donde solo dejan pasar a gente importante.

—Gente importante y muy liberales —apunto, y Carol se tapa la cara con las dos manos.

—Gente que sabe pasarlo bien. No como vosotras, que no folláis ni aunque os lo pidan de rodillas.

No lleva del todo razón, pero paso de entrar en una discusión inútil donde el debate principal sea si lo que hacemos el resto de los mortales que la rodeamos es follar o no. Así que no le sigo el rollo y cambio de tema a uno más de andar por casa, nunca mejor dicho: los zapatos. Hablamos sobre nuestras últimas adquisiciones y casi se me olvida, casi, algo que me lleva rondando el pensamiento desde que me levanté. Pablo prometió llamarme mañana. Bueno, no dijo «lo prometo», pero él habla como si te diera su palabra de roquero cañón *quemabragas*.

El viernes no me llama. Así de simple y sencillo. No es que lo esperara. Bueno, sí. Pensaba que lo haría porque él siempre cumple sus amenazas. Y no es que esto lo fuera, pero así la sentí. Paso un fin de semana tranquilo. Sebas y yo tratamos de darnos el tiempo que necesitamos para estar juntos y hacemos cosas normales, como ir al teatro, cenar en un restaurante de moda y pasar el domingo tumbados en el sofá, viendo una película de sobremesa y comiendo helado.

Inauguramos la semana con una reunión donde el primer punto del orden del día lo titulamos «Poner al día a Joel», que llega parapetado detrás de unas enormes (y rosas) gafas de sol.

—Si el plan era pasar desapercibido, deberías haber escogido unas gafas menos estrambóticas. —Le doy un beso en medio de la sala de exposiciones.

—No tengo, *queen*. Eran estas, u otras con la Torre Eiffel y luces de colores. —Se las quita y las deja sobre una mesita auxiliar donde acabo de

depositar un muestrario de cubertería.

Mía llega hasta nosotros y le da un abrazo de bienvenida. Le pido que traiga tres cafés y la esperamos en mi despacho para comenzar con la puesta en común de todo lo que está por venir. A Joel no le cuesta captarlo todo a la primera y en una hora los tres trabajamos a un ritmo frenético en nuestros quehaceres. Nos quedan unos meses de intenso trabajo, con un montón de importantes eventos en los que caben inauguraciones de garitos de moda, presentaciones en sociedad, bodas de gente importante, fiestas e, incluso, un festival de música y parte del programa de la semana del Orgullo Gay que se celebrará a principios del mes de julio.

Envío tres correos a varios diseñadores gráficos, dos a estilistas, cuatro a restaurantes, dos a fotógrafos de moda, tres a modelos, uno a un representante de artistas, cuatro a diferentes orquestas y ciento treinta y dos invitaciones para un congreso que se celebrará la próxima semana. Tan metida estoy en mi mundo de emails, «saludos cordiales», «atentamente», «sin más, un abrazo»... que no me doy cuenta que mi móvil suena y vibra sobre la mesa y muy cerca de mi mano.

—¿Si? —Lo descuelgo sin formular la manida frase de «Eventos GonBa» y lo aguanto entre el hombro y la mejilla sin dejar de redactar uno de los emails.

—Hola.

—¿Quién es? —Casi no escucho la voz que habla al otro lado.

—Soy Pablo. —Eso sí lo escucho, alto y claro, y el móvil se me resbala hasta golpearse contra la mesa.

«Mierda», musito esperando que la pantalla estalle en pedazos, pero no lo hace y me lo llevo de nuevo a la oreja, no sin repetirme unas tres veces que mantenga la cabeza fría.

«No pasa nada, Nerea. Despáchalo y punto».

—¿Quién te ha dado mi número de teléfono? —Intento resultar indiferente.

—Se lo robé a Cristina hace tres años —dice como si nada. Me toco la frente con los dedos y respiro. Su honradez y espontaneidad casi me desarman—. ¿Qué tal estás?

—Muy ocupada. ¿En qué puedo ayudarte? —respondo, cortante. No sabría decir si para quitármelo de encima pronto o porque aún me dura el (no) enfado del viernes al no cumplir su palabra. Desde luego, no pienso decirle nunca nada.

—No te robaré mucho tiempo. Solo quiero pedirte perdón.

—¿Qué? —abro los ojos de par en par, confundida. Sin duda, algo me he perdido. ¿Quiere pedirme disculpas por no llamarme la semana pasada?

—¿Tomamos café esta tarde?

—No puedo. Tengo varias reuniones.

—¿Mañana?

Mañana me voy a la Antártida una temporada.

—Estoy muy liada toda la semana.

—Voy a pensar que no quieres quedar conmigo.

Es que no quiero.

—Pablo. Tengo mucho trabajo. No te miento. Cuando tenga un hueco libre te llamo y lo vemos.

—Pues quiero pedirte una cita —expone seguro.

—¿Una cita? —Reacciono con un tono demasiado agudo. Carraspeo y trago—. Mira, no sé qué estás pensando ahora mismo, pero jamás se me ocurriría engañar a mi marido y tú no sales con mujeres casadas.

—Nerea, quiero tener una reunión de negocios contigo —me corta.

—Eso es mentira —replico como una niña sabionda.

—¿Y qué crees que pretendo?

¡Yo que sé! Volverme loca.

—Yo...

—¿Piensas que quiero engatusarte y acostarme contigo?

—¡No! —Este hombre me desespera.

—¿Entonces? Porque jamás se me ocurriría. —Sé que se está riendo aunque no pueda verlo—. Que sea esta semana, por favor. Es urgente.

—¿El qué?

—Nuestra reunión de negocios.

—¿Y para qué me necesitas?

—Pues ahora mismo me vendrías muy bien para un par de cosas...

—Pablo...

—Tengo que organizar un cumpleaños.

—Tú tienes a gente que se encarga de esas cosas.

—Es el cumpleaños de mi mejor amigo. Quiero a la mejor organizadora de la ciudad. —Con esto me gana un poquito, pero no dejo que me engatuse del todo.

—Esta bien. Llama a mi secretaria y que busque un hueco. Hasta luego. —

Le cuelgo sin pensármelo dos veces. Cuando dejo el teléfono sobre la mesa, las manos me tiemblan tanto que tengo que cerrar los dedos en un puño. He dejado con la palabra en la boca al cantante de la banda de rock con más éxito del momento. Vale, para mí es Pablo, pero eso es muchísimo peor. Porque es de ese muchacho del que yo me enamoré, no del reconocido cantante, del que me he despedido sin un ápice de cortesía.

—*Amore*. —Joel llama a la puerta con un leve golpe y entra—, los Borgia —así llama a una familia de la nobleza madrileña que celebra el cumpleaños del miembro más longevo de ellos, uno de los abuelos— quieren visitar dos sitios más, no les ha convencido los que les has enseñado hasta ahora.

—Deja de poner motes a nuestros clientes. Un día de estos, me confundo y los llamo así.

—Pues si eso ocurre, espero estar cerca para verlo. —Suelta una sonrisilla y toma asiento frente a mi mesa—. ¿Tienes preparado el muestrario de cristalería de la Finca el Senescal?

—Nos lo envían mañana.

—¿Te ocurre algo? Te veo muy nerviosa.

—No. No es nada. Anoche no dormí demasiado.

—¿Tú marido le dio vidilla a ese cuerpecillo?

No. Vimos pelis sobre el sofá, pero nada de sexo pervertido.

Mía entra en el despacho sin llamar al ver la puerta abierta.

—Nerea. Pablo... El señor Aragón —rectifica—. El vocalista de The Fox' Lair acaba de llamar —sigue extrañada— pidiendo una cita contigo. He concertado una reunión mañana por la mañana.

Pues sí que ha sido rápido. Pensaba salir y avisar a mi secretaria de que le diera largas hasta que se aburriera.

—Llámallo y dile que te has equivocado. Que ya lo avisarás cuando encuentres otro hueco en mi agenda.

—Ha dicho que es urgente.

Suspiro y entiendo lo que ha pasado. Se ha camelado a Mía con su innegable atractivo que no le falla ni por teléfono.

—Está bien. No te preocupes.

Me recuerda que tengo comida con la directora de View Management, una de las agencias de modelos más importante de Madrid, y sale de la oficina. Joel me mira, inquisitivo, con las dos cejas enarcadas.

—¿A qué ha venido eso?

Qué más quisiera saber yo.

—Ya la has oído.

—Alto y claro, reina. Me preocupa más lo que no ha dicho.

—No montes un drama que nos conocemos.

—La reina del drama siempre has sido tú. Por eso no entiendo qué haces metiéndote otra vez en ese lío.

—Quiere contratarnos para organizar un cumpleaños. Es lo que hacemos aquí —digo con rin tintín.

—Aquí preparamos los mejores eventos de la ciudad, pero ese solo pretende enredarte.

—No digas estupideces. Además, no pienso trabajar para él. Ya buscaré alguna excusa.

—De eso nada. ¿Sabes lo importante que sería que organicemos algo a Pablo Aragón? Saldremos en la prensa de todo el país.

Yo sí que saldré en la portada de muchos periódicos si acepto el trabajo y en un arrebato de celos le meto fuego al recinto donde se celebre para quemar a todas las conquistas de Pablo con él.

—No estoy segura.

—Claro que sí, Reina Mora. Firma con él y después yo me encargo de todo. Tú no tendrás que verle.

Si fuera tan fácil...



## VIEJOS AMIGOS

No le cuento a las chicas que Pablo se pasará por mis oficinas mañana. Y también se me olvida comentárselo a Sebas. No veo necesario montar un drama de esto, (nada más que añadir, señor jurado). Lo atenderé y le prepararé la mejor fiesta de todos los tiempos como una profesional del sector que soy. Eso haré. Resoplo frente al espejo de mi habitación a las siete de la mañana. Si es así, ¿por qué nada de lo que me pruebo me sienta bien? Me decido por un pantalón de pinza beis con rayitas blancas, blusa blanca y sandalias marrones a juego con la chaqueta. El pelo suelto y ondulado y los labios pintados de burdeos mate. Llego a Marqués de Cubas caminando sin prisas, me he levantado tan temprano que me da tiempo a pararme en Magdalenas de Colores y tomar un café con esos muffins de zanahoria y crema que tanto me gustan. Alexa me saluda con una sonrisa y unos buenos días que me levantan el ánimo y las ganas de atender a Pablo a media mañana.

—¿Cómo va todo? —le pregunto cuando deja el dulce sobre mi mesa.

—Cada día un poco mejor.

—Me alegro mucho.

—Estás muy guapa hoy. ¿Algún evento especial?

—Solo trabajo y más trabajo.

—Señorita. —Un señor trajeado y con prisas la llama desde la barra y va a atenderlo.

Desayuno en la más pura intimidad aunque el local se halle repleto de gente. Me alegra que les vaya tan bien, estos chicos trabajan mucho y muy duro cada día. Los he visto hacer jornadas de más de quince horas seguidas. Me despido de ella desde lejos y le indico que he dejado un billete sobre la mesa. Me da el «ok» levantando la mano y sigue atendiendo a los clientes que se acumulan junto a la barra.

Me porto como una mujer adulta, responsable y profesional y me dedico a

trabajar, devolver llamadas importantes y a obviar el hecho de que me voy a encontrar a solas con Pablo dentro de media hora. No me como las uñas, ni me atuso el pelo, ni me retoco los labios en el espejo, ni me cercioro de que no tengo carmín en los dientes ni el rímel corrido, ni me digo a mí misma unas veinte veces que no pasa nada, solo es una reunión más, con un cliente más, para preparar un evento más.

—Nerea. —Mía abre la puerta y asoma la cabeza—. El señor Aragón acaba de llegar.

Me dan ganas de decirle que le pida que tome asiento en la sala de espera y tenerlo allí como dos horas y media, pero pienso que, mientras antes hable con él, antes se irá, y le digo que lo haga pasar de inmediato. Solo me da tiempo a colocarme bien el cuello de la blusa y a recordarme que, aunque me costó tres años, lo tengo superado.

Pablo entra en mi despacho con ese aire de rebelde sin causa con el que James Dean rompió millones de corazones, y pisando tan fuerte y con tanta seguridad que te hace sentir un grano de arena en una gran montaña. Además, he de decir que mis ensayos para hablar con él sin respirar no sirven de nada. En cuanto su presencia impacta sobre mi pecho, su olor lo hace en todo mi interior. Maldita chaqueta de cuero, malditos vaqueros rotos, malditas botas desgastadas, maldito pelo, malditos ojos, ¡malditos labios de caramelo!

—Buenos días. —Me observa socarrón y camina en mi dirección sin dudar ni un segundo.

Reacciono a tiempo, me levanto y, con un gesto de la mano, le doy la bienvenida y le pido que tome asiento.

—¿No me vas a dar un beso? —Tuerce la boca en una sonrisa perversa sin sacar las manos de los bolsillos.

—No es así como funciona.

—¿Y cómo saludas a los amigos? ¿Con un «Hola» a dos metros de distancia?

Bufo interiormente y borro los tres pasos que nos separan. Me pongo de puntillas para que nuestras mejillas se encuentren y él me agarra muy sutilmente por la cintura con una mano, a la vez que la otra acaricia un mechón de mi cabello.

—Así está mejor —susurra con sus labios rozando mi oído. Y ¿cuál es mi reacción? Tambalearme hacia un lado y no darme de bruces contra el suelo porque él me sujeta y me pega a su pecho con ímpetu. Miro hacia arriba y me

encuentro con otra de sus sonrisas; en este caso: la socarrona pero siempre provocativa—. Estás preciosa.

—Gracias. —Trato de soltarme sin conseguirlo—. Esto es bastante inadecuado.

—Nunca se me ha dado demasiado bien el protocolo. —Ensancha la sonrisa y los ojos se le cierran y quedan envueltos entre unas finas líneas de expresión que solo lo hacen más atractivo.

«Camión, mátame ya y libérame de este suplicio».

—Pablo... —Trato de sonar insolente.

—Está bien. —Me deja libre y escapo de las garras del ogro más guapo y seductor que haya creado la madre naturaleza.

Le pido, de nuevo, que se siente y yo lo hago al otro lado de la mesa.

—¿Quieres algo de beber? ¿Un café?—Le pregunto con la garganta reseca.

—Un poco de agua, por favor. Para ti —especifica.

Ignoro su conato de broma, me llevo el teléfono fijo al oído y le pido a Mía que traiga un par de botellas de agua frías.

—Y bien, ¿qué deseas de mí exactamente?

—Esa pregunta es un poco jactanciosa.

—Es directa y sincera. Creo recordar que nunca te han gustado los rodeos.

Sonríe pérfido, echa la espalda hacia atrás en el asiento y apoya su tobillo derecho sobre la rodilla izquierda. Durante unos largos segundos no dice nada.

—Quiero hacer una gran fiesta para celebrar el cumpleaños de Allan. — Reacciono con una sonrisa al escuchar su nombre.

Abro mi agenda de notas y pregunto.

—¿Para cuándo sería?

—Dentro de un mes.

—Eso es demasiado pronto. Tengo muchísimo trabajo. Mejor llama a otra persona que pueda dedicarte el tiempo que necesitas.

—¿No te crees capaz de hacerlo? —me pica.

—Por supuesto que sí. Es solo que no me sentiría satisfecha con el resultado. Yo hago las cosas bien, o no las hago.

—Confío plenamente en ti. —Me clava la mirada y agarro el lápiz tan fuerte que casi lo rompo en dos mitades.

—Esta bien, pero será Joel el que se encargue de todo.

—Quiero que seas tú. Ya te lo he dicho. No confío en nadie más para esto.

—Pablo. Lo tomas o lo dejas. No tengo nada más que añadir. —Expreso en forma de ultimátum.

—Nerea —imita mi tono altanero—. Acepto si nos tomamos un café para cerrar el trato.

—Ya he desayunado.

Mira el reloj de su muñeca, un Tissot Couturier de acero con esfera negra, se levanta e introduce las dos manos en los bolsillos.

—Estupendo. Es hora de tomar una cerveza. Yo invito. Por las molestias.

Me froto la frente y no digo nada. Cuando levanto el semblante veo que me espera con la puerta abierta y la mano sobre la madera.

—No tengo toda la mañana. Estoy bastante ocupado —anuncia, tan serio que estoy a punto de reírme.

Lo pienso durante un puñado de segundos, tantos que no cabrían en una mano, suspiro, me resigno y ando hasta la salida recriminando al destino (y a Cristina) por qué lo tuvo que volver a poner en mi camino. Salimos a la calle y un sol de justicia cae sobre nuestras cabezas a modo de castigo. Me pongo las gafas de sol al mismo tiempo que lo hace él y pienso en lo que me gusta ese gesto y en lo bien que le quedan esas Ray-Ban modelo Aviador con cristal de espejo azulado.

—¿Conoces algún sitio bueno por aquí cerca, pero que no esté muy concurrido?

Asiento con la cabeza y le pido que me siga hasta llegar a Casa Suecia; un sitio de moda, pero que a estas horas aún no se ha llenado de gente. Nos sentamos en una de sus últimas salas y Pablo le pide al camarero dos cervezas.

—Yo prefiero una copa de vino. Blanco y seco, gracias —especifico.

Veó, casi a cámara lenta, como se quita la chaqueta de cuero y la cuelga del respaldo de la silla, se vuelve y me mira.

—Y... dime, ¿estudias o trabajas? —Pone la barbilla sobre una de sus manos, que apoya en la mesa con el codo, y se hace el interesante. Me río y giro la cabeza de lado a lado un número indeterminado de veces, dándome por vencida. Es incorregible— ¿Te estás riendo de mí? —Levanta las cejas haciéndose el indignado.

No. Me río de felicidad. Ese sentimiento aflora cuando tú estás cerca.

—Sigues siendo un payaso.

—¿Ahora me insultas?

—Los payasos hacen feliz a la gente. Deberías tomártelo como un cumplido —me expongo más de lo que sería aceptable.

—Vaya, te hago feliz. —Agranda la sonrisa y el brillo de sus ojos ilumina la sala. Yo me encojo de hombros y no tengo que cambiar de tema porque el camarero nos interrumpe y deja las bebidas sobre la mesa. Antes de desaparecer y dejarnos en la más estricta intimidad, nos pregunta si deseamos algo de comer.

—No, gracias. Eso es todo por ahora. —Pablo le responde con educación, pero me da la sensación que con un poco de prisa. Vuelve con nuestras bebidas antes de que nos dé tiempo a cruzar tres frases seguidas.

—Entonces es el cumpleaños de Allan. Veo que seguís siendo muy buenos amigos... —comento enigmática, girando en círculos el líquido de mi copa y llevándomela a los labios un segundo después.

—Casi vivimos juntos. Para mí es el hermano que nunca tuve. —Le da un sorbo a su cerveza y fija la vista en el botellín como si llevara impreso un secreto inconfesable.

—¿Y seguís compartiéndolo todo? —¿Hace falta que aclare que antes de soltar la pregunta ya me he arrepentido hasta de haber nacido?

—¿A qué te refieres? —Sonríe socarrón y clava la mirada en mis ojos.

—A nada en concreto. —Me quito una inexistente pelusa de mi pantalón.

—Si quieres saber algo, lo mejor es que lo preguntes.

Nos retamos con la mirada hasta que él suelta sin paños calientes:

—No tengo por norma hacer tríos con Allan.

—No es de mi incumbencia. —Dios. Me llevo el filo de mi copa a la boca y trago hasta apagar el fuego de mi garganta—. Y tampoco me apetece hablar de sexo contigo.

—A mí no me importa —expresa, seguro y rotundo.

—Ya, pero a mí sí.

—Los amigos hablan de cualquier tema y el sexo es uno muy divertido.

—No somos tan amigos —aclaro.

—Pero podemos volver a serlos. Venga, cuéntame algo íntimo y yo hago lo mismo.

—No. —Resoplo.

—Pues dime lo primero que se te venga a la cabeza.

Quiero tocarte.

—No.

—Vamos a pasar un rato muy divertido si solo contestas con monosílabos.  
—Sonríe de oreja a oreja.

—¿Sales con Dayana? —Suelto la pregunta sin pensarlo demasiado. Quiere conversación, pues prefiero esta.

—Sí.

—¿Y te acuestas con ella y con Allan?

—Qué morbosa eres. —Bebe y contesta—. Hemos hecho tríos, pero no me acuerdo con Allan.

Unas tremendas ganas de vomitar me suben hasta la garganta, y, para terminar de arreglarlo, sigo lanzando preguntas que ni me van ni me vienen.

—¿Es tu novia?

—No quiero novias. Salí muy escaldado de mi última relación.

Me quedo muda durante unos segundos pensando en quién pudo ser la afortunada de compartir, aunque solo fueran unos meses o unos días, su tiempo y su cama con el hombre guapo y simpático que tengo delante.

—¿Tú has vuelto a hacer un trío? —contraataca.

—¡No! —casi grito.

Él suelta una carcajada muy sonora y yo me cruzo de brazos ante su reacción.

—Sebas jamás consentiría que otro hombre me tocara. Es muy... antiguo y territorial con estas cosas. —Casi tengo la necesidad de explicarme.

—Bah... El sexo es solo sexo.

Abro los ojos, sorprendida.

—¿Qué? —me pregunta, curioso, por mi inesperada reacción.

—Eso es mentira.

—No te entiendo. —Cabecea hacia un lado y me insta a que siga.

—Una vez me dijiste que nunca lo habías hecho con nadie que de verdad te importara, con ninguna mujer de la que estuvieras enamorado, y que no estabas seguro de ser capaz de soportarlo. —Obvio los detalles que envolvían el momento exacto en el que lo hablamos, como que sus brazos rodeaban mi cintura y su nariz olfateaba mi cuello haciéndome cosquillas, que era el cielo de Candem Town el que nos cobijaba, que fue la noche más mágica de mi vida y que minutos después le hice una mamada en el asiento de atrás de un taxi porque no pudimos esperar a llegar a su casa—. ¿Significa eso que ya lo has probado y sí que puedes hacerlo?

—No. Nunca he tenido la oportunidad de comprobarlo.

—¿Tú última novia no aceptó la proposición?

—Mi última y única novia me dejó y volvió con su marido. —Se hace un breve e intenso silencio entre los dos—. Fue inteligente. Yo era un niño que dejaba de dar señales de vida cuando todo se complicaba y ella hizo lo correcto. —Sonríe, pero ni le llega a los ojos ni puede ocultar que mi decisión algún día le mortificó.

—Lo siento —musito.

—¿Por qué?

—Por todo lo que vino después.

—Me comporté como un imbécil cuando me dejaste, pero lo superé y... mírame. —Se señala el cuerpo—. Aquí estoy, convertido en todo un hombre que sabe lo que quiere.

—Tú siempre has sabido lo que quieres.

—Sí, pero nunca hacía lo correcto para mantenerlo a mi lado. Ahora he madurado —simula una voz mucho más grave de la que ya tiene—. Tengo más pelos en el pecho y no salgo corriendo en dirección contraria cuando no encuentro una salida.

—Ah, ¿no? ¿Y qué haces? ¿Abres un agujero a patadas? —Intento simular sus intentos por distender el ambiente.

—O a puñetazos...

Los dos rompemos en carcajadas y conseguimos lo que buscábamos: poder hablar del pasado sin ahogarnos entre tantos recuerdos amargos.

—He encontrado el telescopio que mis padres me regalaron de pequeña. ¿Recuerdas? Te lo conté, estoy segura. —Asiente con la cabeza—. Qué pena que esté roto, no consigo encontrar quien lo arregle.

—¿Por qué no compras otro? —Agarra el tercer botellín de cerveza que pide y bebe.

—Tal vez lo haga, pero no será lo mismo. Este es especial para mí. Pasamos mucho tiempo a solas. Es como... mi primer novio. —Miro mi segunda copa de vino.

—Odio ese telescopio —bromea—. Yo siempre quise ser tu novio.

—Eras un enano mocososo que lo único que hacía era molestarme.

—Te odiaba. Por eso siempre te golpeaba con mi balón. —Achina los ojos, jugueteón.

—¡Lo sabía! —Lo señala con un dedo—. ¡Lo hacías a propósito!

—Me encantaba cabrearte. Era la única forma de que te fijaras en mí.

—Pues solo conseguías que te detestara un poquito más. Me parecías insufrible.

—A mí me parecías increíble... como de otro planeta, irreal —declara, y casi me deja sin palabras.

Carraspeo.

—Siempre has sido un Don Juan. Hasta cuando no levantabas tres palmos del suelo.

—Recuerdo una vez que te vi en ropa interior. Creo que ese día tuve mi primera erección de forma consciente.

—¡Eso es asqueroso! —Alargo la mano y le doy un golpe en el hombro. Él atrapa mi muñeca justo cuando la voy a retirar y la rodea con sus masculinos dedos. Una corriente eléctrica me recorre el brazo y noto que él siente lo mismo. Los dos levantamos los ojos buscando los del otro.

—Dijiste que querías pedirme perdón. —Musito. Y viendo que no contesta, sigo—. ¿Por qué?

—Por esto. —Mira la unión de nuestras manos y, tras un puñado de segundos, nos separamos muy despacio.

Respiro y trago.

—Lo he pasado muy bien, pero debo irme. —Saco el móvil del bolso y miro la hora—. Tengo una comida de negocios en la otra punta de la ciudad dentro de media hora.

Pablo paga la cuenta en la barra mientras leo un mensaje de Joel en el que me dice que no caiga en la tentación y que follar fuera del matrimonio es pecado.

Yo: «Creía que veías con buenos ojos  
echar una cana al aire sin que  
se enterase nadie» 13:44 →→

Joel: «Me equivoqué, *queen*.  
Las divinas también erramos» 13:45

Yo: «Tranquilo. Jamás se me ocurriría  
engañar a mi marido. Aunque el roquero

Joel: «Eres mi diosa. Mereces un altar por no caer en sus redes. Todos los lunes te voy a hacer una ofrenda de flores» 13:46

Suelto una carcajada por sus ideas florales y vuelvo a guardar el móvil de donde no debió de haber salido: el fondo de mi bolso.

—¿Vamos? —Pablo me señala la salida con un gesto de cabeza.

—Gracias por este rato tan divertido. Lo he pasado muy bien. —Digo sincera. Ha sido genial volver a hablar con él de manera distendida.

—Puedo llevarte adónde quieras. Tengo el coche justo a la vuelta de la esquina.

—No es necesario, pero gracias. Es muy amable por tu parte.

—No es amabilidad. Es lo que hacen los amigos, ayudarse.

—¿Ya somos amigos?

—De los mejores. —Me guiña un ojo y sonrío.

—Está bien. Acepto que me acerques, pero solo si te coge de camino. ¿Hacia dónde vas tú?

—Al norte de la ciudad. He quedado con los chicos.

Lo escruto con la mirada y me cercioro de que no miente. Ha dado en el clavo, sin embargo, es imposible que sepa hacia dónde me dirigía.

—Esta bien. Vámonos ya o llegaré tarde.



## HELP

Conduzco mientras en la radio suena *Help* de The Beatles. A mis oídos llega tenue el susurro de la letra de la canción de la forma más inspiradora que puedo imaginar. Nerea mueve los labios tarareando la melodía a la vez que sus ojos se pierden en el fondo de la avenida que cruzamos. Me pone nervioso; su presencia, su calor, su cercanía. Y me da miedo; muero de pánico al pensar en no volver a verla. Supongo que ahora mismo estoy faltando a mi palabra, esa que me di cuando la encontré de nuevo y me prometí que no la dejaría entrar en mi vida, no de la forma en que un día lo hice. Pero algo me sujeta a ella, una fuerza que no comprendo me empuja a tenerla cerca.

«Que no podamos follarnos juntos, no significa que no podamos ser amigos», me digo.

Un recuerdo fugaz me cruza la mente e, inconscientemente y como acto reflejo, sonrío.

—¿En qué piensas? —Me pilla desprevenido. Levanto las cejas y ella insiste—. Puede que llevemos tres años sin vernos, pero conozco esa sonrisa. —No la miro, pero sé que ella tiene los ojos puestos sobre mí.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué clase de sonrisa es?

—La triste que pretende no serlo. —Vuelve la vista al frente y suelta la frase apagando el sonido hasta llegar al final, como arrepintiéndose de haberlo dicho conforme habla.

—Es solo algo que se me ha venido a la cabeza de repente.

—¿Y puedo saber qué es? —pregunta con una distracción fingida.

—Recordaba lo que me costó que fuéramos amigos hace tres años. Al principio me trataste a patadas. —Giro la cabeza, la miro y le sonrío abiertamente—. Como siempre lo habías hecho. No había cambiado nada.

—¡Eso no es cierto!

—Claro que sí. Me soltaste algo así como que era amigo de Cristina, no

tuyo. ¡Fuiste muy borde!

Ríe sin contenerse e ilumina todo el interior del coche. Podría mirarla siempre.

—Venga ya. No seas llorica. Supiste defenderte, has sabido desde pequeño. Tienes un ego a prueba de bombas.

—No creas. Lo pasé muy mal durante un tiempo. —Hago un mohín, fingiéndome una damisela en apuros.

—Ya, imagino —arruga el entrecejo, divertida.

—¿No me crees?

—No —contesta sin dudar—. Estoy segura de que sabías que caería en tus redes. —Abre los ojos y pone los labios en una fina línea. Señala a la derecha—. Es por aquí.

—¿En mis redes? —Giro el volante en esa dirección—. ¡Si fuiste tú la que se abalanzó sobre mí en el ascensor!

—¡Eso es mentira! ¡Me acorralaste! —Suelta una carcajada.

—Me parece increíble que no recuerdes cómo fue realmente. —Finjo que estoy dolido y la provoco. Sé muy bien lo que pasó aquella noche. Nunca jamás podré olvidar lo que sus besos me hicieron sentir.

—¿Cómo tienes tanta cara? Sabes perfectamente qué pasó. A mí no se me olvida.

—¿Ah, no? —Sigo chinchándole.

—Pues no. Que lo nuestro no funcionara no significa que pueda olvidarme de nuestro primer beso. —Se pone colorada y a mí me dan ganas de acariciarle la mejilla—. Sigue recto y para a doscientos metros. —Termina con un tono mucho más rudo. Algo ha ocurrido y no sé el qué.

Detengo el coche junto a la acera y bajo el volumen de la radio. La voz de John Lennon se pierde en el ambiente.

—Gracias por traerme. —Parece molesta. Desabrocha su cinturón de seguridad y hace un gesto para abrir la puerta e incorporarse.

—No te enfades. —Mi voz la frena.

—No estoy enfadada. —Trata de parecer neutral, pero el tono la delata.

Mantiene la vista perdida en sus manos.

—Mírame, Nerea. —Me hace caso y mis ojos chocan con los suyos—. Recuerdo aquella noche como si fuera hoy. Llevabas un vestidito negro que casi me vuelve loco. Corrimos bajo la lluvia, nos mojamos y te dejé mi chaqueta para que no pasaras frío. Detuve el ascensor porque tenía tantas

ganas de besarte que, si seguía sin hacerlo, me moría. Dijiste que me deseabas y en ese momento me sentí el hombre más afortunado sobre la faz de la tierra. Me acuerdo de todo, pero ¿sabes qué es lo que tengo grabado? — Niega casi imperceptiblemente con la cabeza—. El brillo de tus ojos.

Un silencio espeso nos rodea y los latidos de nuestros corazones rebotan de lado a lado como partículas buscando espacio.

—Será mejor que me vaya. —Agarra el bolso con fuerza y abre la puerta.

—Nerea. —Le agarro de la muñeca sin presionar y la insto a que me mire de nuevo—. Nunca se me olvidará nuestro primer beso. Pero no fue ese. — La suelto del agarre, me mira contrariada durante un par de segundos y sale disparada fuera del coche.

Me quedo sin moverme hasta que desaparece dentro de un restaurante y respiro varias veces auto convenciéndome de que no la he asustado. A veces, con ella, todo se pone muy intenso de repente. No busco que sea así y sé que Nerea tampoco; sin embargo, me cuesta mantenerme distante, neutral y frío si la tengo cerca. Mi cuerpo reacciona al estímulo de algo que le gusta mucho. Esto pasa a cualquier edad desde tiempos inmemoriales.

Me planteo pasar de los chicos e ir a casa de Dayana. O quizás sea buena idea olvidarme de ella durante un tiempo prudencial. Después de pensarlo varios minutos, (y desechar mi otro plan: pasarme por la productora y tirarme a Sam), arranco el coche y llego a su apartamento en menos de quince minutos. Me abre la puerta con una sonrisa provocativa y un conjunto de ropa interior que le hace juego a la perfección.



## CON CALMA

Salgo de una reunión tediosa en una de las Torres Kio. Ha sido una tortura de más de cuatro horas que casi termina con una muerte lenta y dolorosa. Por fortuna, sobrevivo, aunque casi ninguno de mis sentidos quedan indemnes. Me duele tanto la cabeza que el leve barullo que se levanta sobre la acera se convierte en un taladro gigantesco haciendo un agujero en mi sien. La masajeo, me pongo las gafas de sol y camino hasta una farmacia cercana a comprarme un analgésico para caballos. Hacía mucho tiempo que la migraña no se acordaba de mí. Busco una cafetería solitaria y tomo asiento en su esquina menos iluminada. Me relajo con una botella de agua natural y cierro los ojos. Tardo más de media hora en encontrarme un poco mejor. Saco el móvil del bolso al recordar que tengo una comida con un promotor muy importante y llamo a Joel para que cambie la cita para mañana.

—Si quieres voy yo, *queen*.

—¿De verdad no te importa?

—Claro que no. Tú, vete a casa y descansa.

—Gracias. Te lo agradezco. No me encuentro muy bien.

Cuelgo y me doy cuenta de que tengo varias llamadas de Cristina y algunos mensajes de WhatsApp. Todos son de hace más de dos horas.

Cristina: «Ne, necesito que vayas a mi casa ¡ya!  
Me ha llamado el presidente de la comunidad.  
Se ha debido romper una tubería» 10:39

«Joder. Se me van a ahogar los zapatos.  
Eres como para una urgencia.  
Te he llamado unas cien veces» 10:56

«Dime que vas de camino a mi casa y

que has podido salvar mi cámara de fotos nueva. Está sobre la cama pequeña» 11:17

Le devuelvo la llamada repetidas veces, pero no consigo contactar con ella. Cojo un taxi, voy a mi casa y busco la llave del zulo de mi hermana en uno de los cajones de la cocina. Concha limpia la alfombra del salón con la aspiradora sin cables y “silenciosa”, sin embargo, tengo que decirle que pare hasta que me vaya porque el dolor de cabeza persiste, sin llegar a desaparecer del todo. Lo único que me apetece es meterme en la habitación a oscuras y cerrar los ojos unas horas, pero es posible que las aguas residuales de mi hermana estén esparciéndose por todo el piso, así que busco fuerza de donde no la hay, paro otro taxi y le doy la dirección de Cristina.

El portal no me da pistas sobre lo que ha podido ocurrir en su apartamento, aquí todo parece normal y no encuentro nada fuera de su sitio. Subo hasta el segundo piso y un helecho (El Helecho) muerto me da la bienvenida. Nada de agua, nada de olores inmundos. Giro la llave de la cerradura y me sorprende que solo dé una vuelta. O la descerebrada de mi hermana no cerró bien al irse de viaje de novios, o alguien de la comunidad ha entrado a arreglar el desaguisado. Cabe la posibilidad de que hayan avisado al dueño de la vivienda, ya que yo no daba señales de vida, y él se ha encargado del problema. Entro mirando alrededor, buscando algo que me indique qué ha pasado aquí, o si ha pasado algo. El salón está intacto, sofá en su sitio, puf a un lado, una pequeña mesa y un par de sillas a otro. Cocina de metro y medio perfecta. Habitación pequeña con cámaras de fotos sobre la cama que siguen vivitas y coleando. Habitación grande con las sábanas un poco revueltas, pero ninguna señal que indique que aquí ha habido una inundación. Giro sobre mis talones para salir del dormitorio cuando un ruido en el salón me hace detenerme en seco. Me tapo la boca antes de preguntar si hay alguien ahí y darle pistas al ladrón-asesino a ubicarme y matarme, y asomo la cabeza despacio por el vano de la puerta sin divisar posibles criminales en potencia. Me decido por salir y comprobar que solo me estoy volviendo loca y nadie va a clavarme una estaca en el corazón ni me refregará ajos por la cara. Un solo suspiro me da tiempo a soltar, porque suena otro golpe, ahora en el diminuto baño. Dos veces. No pueden ser imaginaciones mías. No se me ocurre salir del piso y llamar a la policía. No. Haciendo alarde de mi maestría a la hora de tomar decisiones bajo presión y corroborar que sí que estoy un poco

perturbada, me meto en la cocina, abro el cajón de los cuchillos (en el que solo encuentro tres), cojo el más grande, lo alzo delante de mi pecho, a la altura de mis hombros, y se me ocurre decir, (por favor, que no me juzgue nadie):

—Tengo un cuchillo. —Sí. Hasta aquí llegan mis dotes de heroína. Mi defensa no se va a basar en pillar desprevenido al intruso. No, no. Yo le describo lo que pienso utilizar como arma contra él. Me ha faltado especificarle los centímetros de la hoja.

Comienzo a escuchar el sonido de unos zapatos de hombre (robusto, con coleta, una cicatriz en la cara, tuerto, de dos metros y con una pistola en la mano) que vienen en dirección a mí. (Todo los detalles anteriores los ha diseñado mi desbordante imaginación. Hasta lo visualizo con un abrigo negro largo hasta los pies y unos guantes de piel del mismo color).

Observo la hoja afilada, que mantengo delante de mí, temblar al ritmo constante y cada vez más rápido de mis manos. Dos gotas de sudor resbalan por mi frente y, a punto del infarto me encuentro, cuando un hombre (este mucho más guapo) se detiene bajo el quicio de la puerta. La respiración se me corta del susto y tengo que contenerme para no abalanzarme sobre él (y besarlo. No. Estoy de coña) y no clavarle la punta donde creo que está el corazón.

—Nerea. ¿Qué haces? —Pablo levanta ambas cejas y me mira extrañado.

Pues nada. Pasaba por aquí. ¿Tú qué crees?

—Joder. Deja de asustarme así. Un día me vas a matar de un infarto.

—¿Qué haces con ese cuchillo en la mano?

—Pensé que eras un ladrón. —Lo dejo sobre la encimera y desconecto nuestras miradas. La intensidad de la suya supera con creces los recuerdos que tengo de ella.

—¿Ibas a defenderte con eso? —Lo señala.

Me aparto un mechón de pelo y lo ignoro.

—Puedo enseñarte defensa personal si quieres. —Deja una especie de tornillo que trae en las manos en el fregadero y se pega demasiado a mí. Tanto que su olor me llega a marear y opto por salir de ese cuchitril que Cris tiene por cocina y respirar aire descontaminado en el saloncito.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, abriendo la puerta del balcón y dejando entrar un poco de brisa del mediodía.

—Cris me llamó. Salía agua por una tubería del cuarto de baño. ¿Y tú?

—También me llamó. Pero no pude hablar con ella. He venido en cuanto he podido. Creí que me iba a encontrar el Titanic hundiéndose, pero veo que no ha ocurrido nada.

—No te creas. Cuando llegué, el agua del baño llegaba hasta aquí. — Señala el suelo.

—¿Y cómo lo has arreglado todo?

—Llamé a un fontanero. Y Allan y yo llevamos recogiendo agua desde hace dos horas. Se acaban de marchar. Tú has debido entrar mientras sacaba dinero para pagarle. —Frunzo el ceño—. Al fontanero —aclara—. Allan me lo cobrará en cervezas.

—¿El piso no tiene seguro?

—No. Ya he hablado con el dueño.

—Pues debería tenerlo. Hablaré con Andrés, es abogado, a ver si puede hacer algo.

—Por lo visto es obligación de tu hermana.

Bufo, me tiro sobre el sofá, agacho la cabeza y me toco la sien con los dedos. El dolor de cabeza vuelve a visitarme. En realidad no se fue, solo se escondió agazapado para volver a palpitar y fastidiarme. Cierro los ojos y arrugo la frente.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo me duele un poco la cabeza.

—¿Mucho estrés? —Lo escucho más cerca.

—Migrañas.

—¿Puedo ayudarte?

—Solo necesito oscuridad, silencio y un poco de tiempo. —Me echo hacia atrás y apoyo la espalda en el sofá.

Escucho que baja la persiana despacio, con mucho cuidado, también llega hasta mis oídos varios golpecitos de madera que me hacen sospechar que está cerrando puertas. Abro un poco los ojos, dejándolos en una fina ranura y observo que me rodea la oscuridad que tanto deseaba.

—¿Quieres acostarte en la cama? —susurra Pablo delante de mí.

—No... —Niego con la cabeza casi imperceptiblemente.

—¿Necesitas que me quede contigo? —Vuelvo a hacer el mismo gesto—. Vale —sigue en susurros—. Pues me voy, tengo una reunión importante.

El final casi ni lo escucho. Me quedo en un duermevela donde los sueños vienen y van. Imágenes de Pablo cerrando la puerta, estrellas que brillan en el

cielo y en el techo, Pablo volviendo a entrar, ruido muy leve y lejano en la cocina, su olor mezclándose con el mío, una caricia en el pelo, calor, mucho calor, gotas de agua resbalar por la mesa, mi respiración, la suya, el leve murmullo de la calle, otra caricia, esta vez muy cerca de mis labios...

Abro los ojos despacio, con cuidado de no deslumbrarme, pero solo encuentro una tranquila y sosegada penumbra que casi no me deja ver. Respiro y siento un calor conocido y reconfortante a mi lado. Mis ojos, poco a poco, se acostumbran a la semi oscuridad y consigo distinguir su cuerpo inmóvil muy cerca del mío. Pablo duerme plácidamente sentado a mi lado. Tiene la cabeza apoyada hacia atrás y me doy cuenta de que la mía descansaba sobre su hombro. Me permito recrearme en su casi inconcebible belleza varonil. En sus grandes manos, sus dedos, el anillo que lleva en un dedo pulgar. En las muñecas, en las que ya se atisban sus tatuajes. Sus fuertes brazos y anchos hombros. La poblada barba que rodea sus labios de caramelo. Las pestañas que definen el contorno de sus preciosos ojos, las cejas que lo dibujan, su pelo alborotado de tanto tocárselo. Se remueve un poco, me asusto y me hago la dormida. Siento que vuelve a balancearse a mi lado y escucho una larga y sosegada respiración. Se levanta, abro los ojos disimuladamente y lo observo desaparecer en la cocina. Unos segundos después vuelve a salir y cierro los párpados sin apretar demasiado. Posa sus manos sobre mis rodillas y se agacha.

—Nerea —musita muy bajito—. ¿Estás despierta?

—No —respondo en el mismo tono.

Lo escucho sonreír y soltar un poco de aire.

—Son más de las seis. No has comido.

Abro los ojos y lo encuentro frente a mí. Con esa sonrisa de medio lado, el pelo despeinado y su perfecta tez morena demasiado cerca de la mía.

—¿Estás mejor? —sigue él porque yo me he quedado muda. Ese gato que me comía la lengua cuando Pablo andaba cerca vuelve a aparecer.

—Mucho mejor. —Me incorporo un poco hacia delante y... ¡error! Su olor perfora mi pecho y en mi mente solo se reflejan recuerdos bonitos. De esa época en la que pasar las horas a su lado era como un viaje a otra dimensión.

—¿Te apetece comer algo?

—Sí. —Miro sus manos que aún están sobre mis piernas y durante unos segundos ninguno dice nada. Pablo actúa primero, levantándose y sugiriendo que nos tomemos al menos un café.

—Tal vez Cristina tenga algo en los armarios. —Me pongo de pie.

—Nada comestible. Ya he mirado. —Señala la cocina detrás de él.

—¿Qué haces aquí? Creí que te habías ido. Dijiste que tenías una reunión importante.

—Sí. Llevas razón. Pero llamé para anularla y me quedé contigo. Me daba mal cuerpo dejarte así. — Mete las manos en los bolsillos de su vaquero y se balancea.

—No tenías por qué. Sé cuidarme sola. —Le informo sin ningún tipo de acritud aunque sé que algunas veces me sale ser borde con él.

—No lo dudo. Pero los amigos cuidan de los amigos.

Me viene a la mente una verdad como un templo y cruel como el villano de los villanos: Pablo, con este gesto, ya me ha cuidado más que mi marido en mucho tiempo. Hasta me ha antepuesto a su trabajo.

—Gracias —manifiesto por fin.

—No tienes por qué darlas. Tú también lo harías por mí. —Sonríe pícaro—. Venga. Y ahora, para terminar mi misión de mejor amigo, voy a invitarte a comer. —Introduce las manos por su chaqueta de cuero que tenía sobre una esquina del sofá.

—Dirás a merendar. —Voy hasta la silla y cojo el bolso.

Tomamos asiento en una de las mesitas de Celisioso Hortaleza, un restaurante y cafetería que se sitúa muy cerca del piso de mi hermana. Casi todo el local lo adornan los cientos de *cupcakes* que elaboran, de todos los colores y sabores. Pedimos dos cafés y dos magdalenas y, mientras nos sirven, hacemos alusión a lo bien que huele en todo el establecimiento. Me doy cuenta que dos chicas apostadas muy cerca de la barra no le quitan ojo de encima.

—Esas dos chicas te miran —comento como mera información. Él sonríe y no le da importancia.

—¿Te molesta? —me pregunta, clavando su mirada en la mía.

—¿Por qué tendría que molestarme? —Se la mantengo sin miedo y él se encoge de hombros y le da vueltas al servilletero—. Supongo que estás acostumbrado.

—Bueno. Digamos que es parte de mi día a día.

—¿Ahora te gusta la gente?

—No, pero he aprendido a tomármelo con calma.

—Has aprendido muchas cosas durante estos años.

—No me quedaba más remedio. Me encanta mi trabajo. Y acepté que lo que yo veía como partes malas, solo lo hacen más interesante.

La camarera llega con nuestro pedido y lo deja sobre la mesa. Nos desea que lo disfrutemos y se va con una sonrisa dibujada en el rostro.

—Me alegra verte tan bien. —«Se nota que me has superado». Claro, esto último me lo callo.

—Tú estás muy bonita. Como siempre.

—Tú también.

—¿Estoy bonita? —sonríe.

Lo miro y le imito el gesto.

—Has... cambiado. —Le doy un sorbo al café.

—¿Y eso es bueno o malo? —Levanta una ceja, divertido.

—Bueno. Sin duda.

—Tú, sin embargo, sigues exactamente igual.

—¿Y eso es bueno o malo?

Me clava la mirada y levanta la comisura de la boca, perverso.

—¿Te soy sincero o políticamente correcto?

—¿Tengo opción de elegir?

—Siempre tenemos opción.

—Creí que siempre eras sincero. Eso me gustaba de ti.

—¿Solo eso? Me estás dejando el ego por los suelos. —Abre mucho los ojos y finge estar dolido.

Suspiro.

—Seguro que voy a arrepentirme de esto, pero... prefiero la sinceridad.

—Pues es muy malo, Nerea. Ya me volviste muy loco una vez...

Silencio.

—Pablo... Yo... Lo siento, de verdad. No quise que termináramos así.

—No tienes que pedirme disculpas cada vez que hablemos. No hay nada que perdonar. Hiciste lo correcto. Yo era un gilipollas. —Destensa el ambiente que hemos creado durante unos segundos.

—Sigues siéndolo —apunto muy seria.

Un momento después soltamos unas buenas risotadas y nos dedicamos a comer el *cupcake*. Lo miro dos o tres veces de reojo y estoy a punto de hablar en unas cuantas ocasiones, pero me freno.

—Venga, dilo.

—¿El qué? —Pregunto con la boca llena de nata.

—No lo sé. Lo que estás deseando saber. —Le da el último sorbo a su café.

—Si quisiera saber algo, lo preguntaría, ¿no?

—Pues hazlo. ¿Qué te da miedo? —Se echa hacia delante y apoya las dos palmas sobre la mesa.

Cojo aire y lo expulso, me limpio la comisura de la boca con una servilleta de papel y la dejo sobre el plato en el que solo quedan migajas de galleta.

—Cuando lo dejamos, me dolió mucho verte tan perdido. Algunas veces tuve que prometerme no llamarte. Incluso dejaba el teléfono en casa para no hacerlo. Me destrozaba ver en las revistas y programas de televisión todo lo que decían de ti... Todo... lo que hacías... No sabía... —Comienzo a tartamudear, dudando sobre cómo seguir—. ¿Es cierto? ¿Es cierto todo lo que decían?

—No. Ya te lo dije una vez. Los medios cuentan lo que les da la gana.

—¿Te drogabas? —La cuestión sale de mi boca tan rápida como la bala disparada por una Smith & Wesson.

—Sí. Antes de lo nuestro solo fumaba Marihuana.

—Entonces, ¿fue por mi culpa? —Mi semblante se vuelve serio y afligido. Agacho la cabeza y los párpados caen como si de su pareja de baile se tratara.

—No —responde rotundo—. Nerea. —Me agarra una mano y me la aprieta—. Tú no tuviste nada que ver. Las malas decisiones de aquella época las tomé yo. Ni tú ni nadie son responsables de mis actos. Era un niño insoportable que pensó que podía hacer lo que le diera la gana sin que hubiese consecuencias. Ya te lo he dicho, fui un gilipollas de mucho cuidado. —Silencio—. Mírame —me pide. Lo hago y su azulada mirada me recibe. Durante un puñado de segundos ninguno decimos nada. Encuentro tanta paz en ella que me relajo.

—No eras gilipollas. Eras la persona más amable, simpática, cariñosa y atenta que había conocido en mi vida. —El calor de la palma de su mano me quema sobre la piel de mi muñeca. Puedo escuchar mi respiración, el palpitar de su corazón y todas las cosas que queremos decirnos, pero preferimos dejarlas guardadas sobrevolando alrededor. Intensidad, eso notamos los dos presionando sobre nuestros pechos. Pablo opta por retirar su mano y alejarnos unos centímetros.

—Me alegra que me recuerdes así. Hubo momentos muy intensos después.

—Sí. En uno de esos me dijiste que te había hecho un desgraciado y que tu carrera musical estaba a punto de acabar porque por mi culpa no eras capaz de escribir una maldita canción. —Suelto de sopetón y con las cejas levantadas, sin brusquedad.

—¿En serio te dije eso? No lo recuerdo. —Frunce el ceño y ladea la cabeza de una manera muy sexi.

—Terminaste echándome de tu casa, gritando algo así como que era la peor persona que habías conocido.

Se tapa la cara con las manos y bufa. Un momento después, las retira y me mira culpable.

—Joder. ¿Ves como era un gilipollas?

—Sí, la verdad es que sí. —Me cruzo de brazos y tuerzo la boca en un gesto divertido, hasta que lo cambio a uno afligido cuando recuerdo lo que «Sin ti mi música no suena» me hizo sentir—. Pero lo lograste. Conseguiste escribir canciones maravillosas, aunque una de ellas me atormentó durante mucho tiempo.

Me clava la mirada y veo cómo traga con dificultad.

—Perdóname. Por todo.

—Lo hice antes de salir de allí.

—¿Por qué?

—Porque entendía tu dolor y... —me pienso dos veces lo que digo a continuación— porque te quería.

Mi última frase consigue que el barullo de la sala se deje de escuchar y un silencio (sin cargas, ligero) nos acompañe. Pablo se mueve, respira, apoya el codo sobre la mesa, se toca el cabello agachando la cabeza unos centímetros, cierra los ojos, vuelve a respirar y... cuando creo que va a decir algo, se levanta, deja unos billetes sobre la mesa y me pregunta si me apetece fumar.

Salgo a la calle detrás de él, llego a su lado y ya se está encendiendo un cigarrillo. Me ofrece uno, me lo llevo a la boca y me acerca el mechero prendido. Doy una calada y miro al frente, donde un grupo de niños juegan con un balón.

—Pablo... —Me gustaría decirle tantas cosas. Aún pesan sobre mí kilos de culpabilidad.

Suena mi teléfono móvil en el bolso. Lo cojo y leo en la pantalla el nombre de Sebastian. Dudo si atenderlo o no, sin embargo, el semblante serio de Pablo consigue que la balanza se incline por guardarlo e ignorarlo, al menos

de momento. En cuanto pueda lo llamaré.

Los niños que dan patadas a la pelota, llegan hasta donde estamos y corretean alrededor. Sonríó al comprobar la felicidad que irradian los ojos de cada uno de ellos, no obstante, el gesto se me corta a cámara lenta cuando me doy cuenta de lo incómodo que los mira Pablo.

—Creí que te gustaban los niños.

—Y me gustan, pero solo para un ratito.

—Dijiste que querías ser padre algún día.

—Me encantaría ser padre, pero para eso necesito a una mujer, y aún no la he encontrado. Creí haberlo hecho una vez, pero me equivoqué. —Manifiesta, como siempre, sin tapujos, mirando al frente y echando el humo por la boca.

—Vaya, lo siento. No lo sabía. —Miro al suelo.

Gira la cabeza hacia mí.

—Claro que lo sabes, Nerea.

—Si te equivocaste, no era la apropiada. —Levanto el semblante y me atrevo a enfrentarme a él.

—Entonces, ¿por qué nadie me ha hecho volver a quererlo todo?

—Quererlo todo es querer demasiado. La ambición es el último refugio del fracaso. —Cito a Oscar Wilde.

—Estoy de acuerdo con Wilde —reconoce la frase al instante—, pero yo no ambicionaba nada. Solo quería una cosa. A ella. Ella era mi todo.

Trago saliva, varias veces, y trato de mantenerme cuerda lo que queda de día.

—Algún día la encontrarás. Estoy segura. —Doy una última calada y lo apago en el cenicero de la mesa que está a mi lado—. Te veré en la televisión, subido a un yate de doscientos metros de eslora, sonriendo, con tu mujer y tus ocho hijos, dos pájaros, un gato y tres perros. —Lo miro y ensancho la sonrisa. Durante un instante me parece que no he conseguido mi objetivo con mi intento de broma, pero Pablo solo tarda un segundo en deslumbrarme con su espectacular sonrisa.

—¿Ocho hijos? ¿No te parece excesivo? —Arruga la frente y en los ojos le salen unas especies de arruguitas la mar de sexis.

—¿Cuántos quieres tener?

—Mi madre siempre me ha dicho que eso dependerá de los problemas que me dé el primero.

—Tú madre es muy sabia. ¿Por eso solo te tuvo a ti? ¿Le diste mucha guerra y se plantó?

—Yo siempre he sido un santo. —Pone cara de bueno.

—Sí, seguro. —Me abrocho la chaqueta y levanto el mentón.

—Vámonos. Está empezando a hacer frío. —En contra de todo pronóstico, me rodea los hombros con su brazo derecho y me pega a él.

—Pablo, ¿qué haces?

—Nada. —Caminamos así.

—Me estás abrazando. —Lo miro con una ceja arqueada.

—Esto no es un abrazo. Solo te arropo. No quiero que te enfermes. Le agarro la mano y me la quito de encima.

—Qué arisca eres. —Sigue.

Atisbo por el rabillo del ojo la sonrisa perversa que se dibuja en su boca.

## COMIÉNDOTE A BESOS

Llego a casa pasadas las nueve de la noche. Pablo ha insistido en acercarme en su coche, pero me he negado en rotundo y, después de una tediosa conversación en la que cada uno ha expuesto las razones por las que creía que tenía razón, he subido a un taxi que pasaba por allí casi pegando un salto.

¿Lo mejor? Verlo sonreír desde la ventana mientras me alejaba.

¿Lo peor? Alejarme.

Qué casualidad que Sebastian hoy me espera, y con el hacha levantada. Llevamos unos días bastante bien. Si con bien se entiende que no discutimos. Claro que eso incluye que casi ni hemos hablado. Lo encuentro en la cocina, con un vaso de whisky en la mano y un puro habano en la otra.

—¿Dónde has estado? He ido a tu oficina y Joel me ha dicho que no te encontrabas bien y que habías decidido marcharte a casa. —Habla con una entonación plana, demasiado, tanto que me pone nerviosa.

—Y eso hice —dejo el bolso sobre la encimera—. Pero Cristina me llamó y tuve que ir a su piso a ocuparme de un problema.

—Te he llamado.

—Lo sé —respondo escueta. No quiero mentir a mi marido— ¿Qué te apetece cenar?

—Ya he cenado. —Sale de la cocina y lo sigo.

—¿Adónde vas? —Casi grito al verlo perderse por el pasillo. No sabría decir si me contesta y no lo escucho, o no lo hace; así que entro en nuestro dormitorio y veo el vaho de la ducha escaparse por la ranura de la puerta cerrada. La abro y le vuelvo a hacer la misma pregunta.

—He quedado con uno de los nuevos socios.

—Es tarde. —Casi protesto y espero una respuesta por su parte, sin embargo, no llega.

Me preparo un zumo de naranja y corto algo de fruta. Nada mejor que una cena ligera después de un día intenso. Sebastian cruza el salón diez minutos más tarde, vestido con traje, perfume del caro, el pelo engominado y un montón de prisa que no entiendo de dónde sale.

—Me voy —me informa cogiendo las llaves de su coche.

—No deberías conducir. Has bebido.

—Gracias por preocuparte por mí —replica con cinismo y casi sin mirarme.

Suspiro y opto por callarme.

—Ten cuidado, por favor. Coge un taxi a la vuelta.

—Estaré bien. —De dos grandes zancadas cruza el vestíbulo y lo último que escucho es el golpetazo que da la puerta al cerrarse.

Un par de días pasan hasta que Sebastian y yo volvemos a mantener una conversación cordial. Se basa en planificar cuándo podemos sentarnos y hablar de las vacaciones. De ese viaje que tenemos pendiente de realizar con Andrés y Carol. El tema lo saca él, claro. A mí sigue sin apetecerme meterme en un barco con una persona que se ha convertido más en un desconocido que en un marido.

—No lo veo, Carol —manifiesto a mi amiga lo reacia que soy a hacer un crucero en estas circunstancias. Mi matrimonio va de mal en peor, y el de ella, recordemos, no pasa por su mejor momento.

—Tal vez lo necesitamos —alega, siempre optimista y buscando soluciones, mientras se prueba un par de zapatos en una tienda de la calle Serrano.

—Lo que vosotras necesitáis es echar un buen polvo. —Vocifera Ro desde casi al otro lado del local.

La dependienta y dos clientas, que bien podrían ser clones de Pipita Ridruejo, nos miran como si estuviéramos a punto de robar a punta de pistola y en el acercamiento pegarles la lepra.

—De todas formas, ahora no puedo. Tengo más eventos que la Reina. —Tomo asiento a su lado y me pruebo unas sandalias nude y tacón dorado.

—Alguna semana podrás tomarte libre. Eres la dueña de la empresa.

—Al final Joel me abandonará y creará la suya propia. —Me pongo de pie

y observo en un espejo la maravilla con la que me he calzado.

—Ese hombre no te abandonará jamás. Te ama.

—Pues debe ser el único —apostillo, sin intención de que lo escuche.

—Trece años dan para mucho, cariño. Tal vez sea una mala racha.

—Una de esas que nunca terminan. —Vuelvo a sentarme, suspiro y me quito los zapatos.

—Te quedan perfectos. Quédatelos.

—¿Y tú? ¿Cómo lo llevas? ¿Los peques te siguen dando mucha guerra?

—Son unos demonios. No sé qué hacer con ellos.

—Cómetelos.

—Seguro que me da una indigestión.

Nos reímos sin contenernos cuando Rocío llega hasta nosotras con cuatro bolsas y tres piruletas.

—Tomad. Me las ha dado la dependienta. Por lo visto vio la última serie que hice. —Nos la ofrece. Yo la abro y me la meto en la boca—. ¿Os lleváis algo o no? Aún nos quedan varias tiendas que visitar.

—Yo os dejo. Tengo que volver a la oficina —apunto, mirando el reloj de mi muñeca.

Me despido de ellas en la puerta de una tienda de joyería en la que Rocío desea entrar para mirar anillos de cincuenta mil euros que jamás podrá comprar. Dice que se conforma con probárselos y soñar que conoce a un multimillonario cañón y con un «pollón de dos metros», cito palabras textuales.

—En realidad lo conseguiré yo solita. Algún día seré una estrella de Hollywood y viviré en una mansión con veintidós habitaciones y treinta cuartos de baño.

Le doy un beso y le pido que me llame esta semana para tomar un café. Tengo que hablar con ella sobre el hecho de que está tirando por la borda y por las razones equivocadas una relación duradera y que funcionaba. Estoy segura de que está preparada para tener un bebé y que será una gran madre algún día. A muchas personas les da miedo crear una familia y darse cuenta mucho tiempo después de que no era lo que realmente querían, pero a veces hay que tirarse a la piscina sin comprobar que el agua supera el medio metro, aunque al final no salga bien y te estampes contra el fondo de una manera funesta y deshonorosa. Hay que dar pasos hacia delante. Avanzar. Caminar sin contar, solo darlos hasta llegar al lugar.

—Tienes que estar en Callao dentro de media hora. Eduardo Valderas te espera —me informa Joel nada más pisar mi despacho.

—Dime que encontraste las flores que pidió. —Casi suplico mientras cuelgo la chaqueta en el respaldo de mi silla.

—Claro que sí, reina. Las envían directamente desde un pueblecito de Francia.

—Esta bien. Siéntate y dime qué falta. Hagamos un repaso de los detalles. Esta boda es muy importante. —Muevo el ratón con la mano y la luz de la pantalla del ordenador ilumina mi cara.

—Ahora no puedo. He quedado con Pablo dentro de cinco minutos. —Asegura.

Enmascaro mis ganas de preguntarle por él y abro el correo. Veo uno del fotógrafo de la boda de Cristina.

—De acuerdo. Pues mañana por la mañana. —Descargo varias fotos y las guardo en una carpeta que creo expresamente para eso.

—Esta bien. ¿Necesitas algo más? No creo que vuelva aquí.

—¿Adónde vas? —Nombro la carpeta: Cristina y Lucas.

—Ya te lo he dicho, virgencita. Voy a enseñarle varios locales al roquero.

—Ah, vale. Hasta mañana. —Me despido sin levantar la vista del pc.

Lo escucho caminar hasta la puerta con ese contoneo que lleva siempre.

—Joel. —Lo llamo antes de que desaparezca.

Gira como una diva y sonrío pérfido.

—¿Si, *queen*?

—Pórtate bien.

—Sabes que no lo haré.

Me quedo más tranquila al saber que Pablo no aparecerá por aquí y me pongo a ver las fotos de la boda. Cristina y Lucas justo antes de dar el «sí, quiero», riendo mientras le tirábamos pétalos de rosas blancas, bailando bajo un millar de luces, mi hermana y yo bailando en medio de la pista, mis padres con unos amigos, mi hermana besando a Pablo y éste abrazándola con cariño...

—¿Se puede? —Alguien con acento inglés da dos toquitos en la madera de la puerta abierta.

—¡Peter! —Me levanto y camino hasta él para darle un abrazo—. ¿Qué haces aquí?

—Acompaño a Pablo.

—¿Qué tal estás? ¿Cómo está Marcella?

—Estamos muy bien. Tiene muchas ganas de verte.

—Me dijo Pablo que os casasteis. ¡Enhorabuena!

—Gracias. ¿Qué tal estás tú?

—Muy bien. Estoy... —Suenan el teléfono de mi mesa—. Perdona —me disculpo—. Será solo un momento.

—No quiero quitarte tiempo. Nos vemos otro día.

—No no. No te preocupes. No tardaré nada. —Atiendo la llamada y la despacho todo lo rápido que puedo—. Disculpa, estamos en temporada alta.

—Lo sé. Por eso no puedes ocuparte del cumpleaños de Allan.

—Joel os acompañará y preparará un evento que será recordado en la ciudad. Estoy segura.

—Vendrás ¿verdad?

—No creo que pueda... —Me disculpo, incómoda.

—¿No te ha invitado? Dime que te ha invitado.

—Claro que está invitada —asegura Pablo, apoyado en el vano de la puerta y con las manos en los bolsillos. Maldita chaqueta de cuero que le queda como un guante.

—Me alegro. Así podrás socia... socia... socializar con Marcella —sonríe. Durante los siguientes segundos nadie dice nada. Solo sobrevuela la habitación mi vista y la de Pablo, que se encuentran casi a la altura de Peter. Este se da cuenta y se disculpa, educado—. Me alegro de verte, Nerea. Nos vemos pronto.

—Dale un beso a Marcella de mi parte. Yo también tengo ganas de verla.

Nos damos un pequeño abrazo y cruza la puerta, haciendo un gesto con la cabeza a su amigo.

—Hola. —Lo saludo con cortesía.

—¿Estás bien? ¿Volvió el dolor de cabeza?

—No. Por fortuna no. Los analgésicos para caballos me suelen hacer efecto.

—También te dejan en coma. Por un momento pensé que habías dejado de respirar. —Da un paso hacia mí.

—Bueno... sí. Efectos colaterales. —Camino hasta mi mesa y él me sigue.

—¿Sabes? Recordé lo que me gustaba verte dormir.

—Bueno... no creo que verme babear sea de buen gusto.

—¿Por qué haces esas cosas?

—¿El qué?

—Ni inmutarte cuando te digo algo bonito.

—Prefiero no dejarme llevar por los halagos de un Don Juan. —Tomo asiento fingiendo que no me afecta y me pongo a trabajar, sin embargo, como veo que no me deja sola, levanto el mentón, lo miro y le pregunto si necesita algo.

—Pasar tiempo contigo. —Tuerce la cabeza hacia un lado.

—Mi tiempo ahora está muy solicitado. —Fuerzo una sonrisa muy tensa sin enseñar los dientes.

—Estoy dispuesto a pagar lo que sea.

—Mi poco tiempo libre no está en venta.

Nos retamos con la mirada.

—¿Qué es eso? —Señala la pantalla del ordenador.

—Nada. ¿No sabes que cotillear es de mala educación?

—Lo tienes delante de mí. Venga, enseñámelo. Son fotos de la boda de tu hermana.

Respiro, bufo y me resigno. Giro el MacBook en su dirección y él se acerca para verlas. Las voy pasando con rapidez y menos mal que no hay demasiadas. Nos reímos durante cinco minutos y comentamos el momento en que Cristina y Lucas perdieron la cabeza justo antes de que todo finalizara. Menos mal que quedaban pocos invitados en la celebración.

—Son muy bonitas. Pero yo tengo la mejor.

Frunzo el ceño.

—¿No me crees? —Sigue—. Te la enseñaría, pero tengo mucha prisa. Joel me espera. —Tuerce la boca en una sonrisa ladina y comienza a caminar de espaldas sin dejar de mirarme durante los primeros pasos—. Es una pena que no seas tú quién se ocupe de esto. Te voy a echar de menos. —Se gira y sale de mi despacho dejando un rastro difícil de borrar. Huele a tranquilidad, a tardes agarrados de la mano, a paseos bajo las estrellas, a un rumbo fijo y conocido y a felicidad. Esa que todos deseamos encontrar.

La reunión con Eduardo, un actor muy famoso, y su futura esposa se convierte en una charla entre amigos. Dejamos todos los detalles de su inminente enlace concretados y me agradecen el esfuerzo realizado. Me despiden de ellos en la puerta del restaurante pasadas las cinco y vuelvo a la oficina a trabajar sobre lo que hemos hablado. La tarde se me pasa volando y,

cuando me doy cuenta, ya es hora de cenar. Le envió un mensaje a Sebas para decirle que estoy cerrando y voy camino de casa. Me contesta dos minutos después, justo en el momento en el que giro por tercera vez las llaves en la cerradura: «No me esperes para cenar. Me quedaré unas horas más en el despacho». Guardo el móvil sin darle vueltas al hecho de que hoy tampoco veré a mi marido, bajo las escaleras y salgo a la calle tarareando una canción de Rozalén:

«Fueron cuatro los segundos que pasaron  
hasta que pude encontrarte entre los rostros congelados.  
Y pasó una eternidad al mirarte y contemplar  
en tus ojos reflejada mi mirada.  
Y hoy bendigo las razones casuales por las que  
decidiste elegir mi banco para esperar, para encontrar.  
Fue tu roce, fue tu aroma, despertando mis hormonas,  
lo que me obligó a cerrar la mente y respirar,  
Y controlar la activación...»

Escucho una voz demasiado bonita, para ser de este mundo, muy cerca de mí, me giro y veo a Pablo con la espalda apoyada sobre la fachada del edificio, con las manos en los bolsillos y con la mirada sobre mí.

—Y mi razón se convirtió en buscarte entre las calles, en los parques, tiendas, bares... En sonrisas y destellos de cristal... Quien siguió la consiguió, y esta estrella comenzó a brillar... —Canta bajito, siguiendo el hilo de la letra.

—No te pega para nada este estilo —lo corto y sonrío.

—¿Es una crítica? —Se incorpora hacia delante y se detiene a menos de un metro de mí.

—Es solo una observación. ¿Qué haces aquí?

—Esperar a que salieras.

—¿Cómo sabías que aún estaba trabajando?

Se encoge de hombros y ladea la cabeza.

—Esto podría considerarse acoso —sigo.

—¿Te apetece comer? Tengo hambre. —Ignora mi reflexión y saca las llaves de su coche de la chaqueta. Da un par de pasos hasta que se da cuenta que yo no me he movido del sitio.

—No sabía que estabas aquí. Escuché a Joel hablar contigo por teléfono y pensé que podía ser. Así que me pasé, vi la luz encendida y te esperé.

—¿Por qué no subiste o me llamaste por teléfono?

—Porque me hubieras dado largas de alguna manera. O tienes mucho trabajo o estás muy ocupada de todas formas.

—¿Y qué te hace pensar que no te las voy a dar ahora?

—Porque te apetece tanto como a mí tomarte una cerveza y hablar con un amigo.

Sonrío.

—Prefiero el vino.

—Te prometo que te gustará el lugar dónde tengo planeado llevarte.

—¿Con premeditación y alevosía?

—Y nocturnidad. —Señala el cielo—. Como mejor se ven las estrellas. —Sonríe y yo solo pienso en que solo disfruto de las estrellas cuando él está cerca de mí.

La radio del coche salta justo después de que el motor se ponga en marcha. Suena *Highway to Hell* de AC/DC. Durante los primeros kilómetros ninguno dice nada.

—Estás muy callada.

Respiro y pienso lo que voy a decir sin dejar de mirar a través del cristal.

—No puedo hacer esto todos los días. Estoy casada.

—Lo sé. No se me olvida.

—Sebas podría estar en casa esperándome.

—¿Lo está?

—Esta noche no.

Sigue conduciendo y nos dedicamos a escuchar las canciones. Esta vez son Joy Division con *Disorder* los que me incitan a canturrear y olvidarme del mundo que nos rodea durante unos largos minutos.

—¿Adónde me llevas? —Lo miro.

—¿Acaso importa? —Me mira, más tiempo del que la razón aconseja, dado que va a más de noventa kilómetros por hora.

—¿No deberías...? —Señalo la carretera. Él sonrío y gira la cabeza al frente.

—¿Puedo decirte algo? —pregunta.

—Claro.

—Me siento bien cuando estoy contigo. No recordaba cuánto hasta el día que nos volvimos a ver. Hay cosas que tu mente olvida, aunque no quieras, cuando se convierten en insostenibles.

—Vaya... —susurro, abatida.

—Es solo instinto de supervivencia. Fueron muchas las noches en que me dije que si no eras mía, no quería volver a verte, pero con el tiempo me he dado cuenta de que prefiero tenerte en mi vida aunque solo sea como una amiga. Mi mejor amiga. —Vuelve a mirarme y sonrío.

—¿Debería sentirme afortunada? ¿Le he arrebatado el título a mi hermana?

—Cristina es como mi hermana pequeña.

—Si te escuchara, te daría una buena patada.

—Lo sé.

Nos reímos los dos a mandíbula abierta.

—Hemos llegado.

Comemos en un bar de carretera casi vacío. Damos las buenas noches a tres personas que toman café en la barra y un camarero nos atiende en una de las mesas. Pablo pide hamburguesas porque «son lo mejor de la carta» y nos las comemos entre risas y conversaciones que se crean sin que ninguno de los dos las forcemos. Me habla de sus abuelos y yo le cuento anécdotas de los míos.

—Recuerdo una vez que no me quise almorzar las lentejas y me las puso para merendar. Mi abuela siempre ha sido de armas tomar. Desde entonces nunca más le puse pega a la hora de comer. Tragaba sin rechistar. —Bebe de su cerveza, la deja sobre la madera y se atusa el pelo.

—Deberías cortarte el flequillo.

—¿Estás loca? Mi pelo es una parte importante de mis encantos. Lo necesito para ligar.

—¿Ligas mucho?

—Más de lo que quisiera... —Suspira en una queja.

Río y le doy un sorbo a mi vino.

—¿Dónde está tu marido? —Me corta el trago con la preguntita.

—Tenía que trabajar. —Deposito la copa sobre la mesa—. Pero debe estar a punto de llegar. Debería marcharme.

—¿Quieres irte?

—No —respondo sincera.

—Pues no te vayas. Haz siempre lo que te apetezca.

—Dijo el soltero de oro. —Levanto las cejas—. El matrimonio tiene responsabilidades y compromisos. No puedo hacer lo que quiera sin contar con la otra persona.

—Perdona mi ignorancia. —Hace una pequeña reverencia con la cabeza.

—Está usted perdonado. —Lo imito— ¿Nos vamos?

Pagamos la cuenta en la barra. Me cuesta una discusión fingida convencerlo de que lo hagamos los dos. Peleamos como adolescentes delante de la cara de asombro de una camarera (que lo mira como si estuviera delante de Dios), intentando que nuestro billete de veinte euros sea el elegido para saldar la deuda con el bar al que me ha traído.

—Creí que me llevarías a algún sitio especial —me quejo al salir del horripilante lugar. Hasta ahora no lo había dicho, pero dudo que esas hamburguesas sean de calidad.

—Para mí lo es. —Se abrocha la chaqueta y se levanta el cuello para arriba.

Frunzo el ceño y él sigue con la explicación.

—Vine aquí cuando me dejaste. Quería emborracharme en algún lugar recóndito donde nadie me conociera y que no me pudiera encontrar la prensa. Esto es lo más solitario que encontré.

—Perdona mi pregunta, pero ¿por eso es especial?

—Ahora sí. —Hace una pausa—. Nunca más había podido volver, me traía muy malos recuerdos. Creo que fue Peter el que me recogió del suelo porque yo no podía ni caminar. Tú y yo acabamos de borrar los malos y creados otros buenos.

—¿Me has utilizado?

—Básicamente. —Asiente varias veces con la cabeza.

—¿Y tienes más sitios así? ¿A los que no has querido volver?

—Varios...

—¿Puedo ayudarte a crear recuerdos nuevos?

—Estaba deseando que me lo pidieras.

—Para eso están los amigos. Para ayudarse —lo parafraseo.



## AYUDARNOS

Podría decirse que Pablo y yo nos ayudamos durante la siguiente semana mucho y muy a menudo. Quedamos cuando el sol se pone casi todos los días. Nos dedicamos a beber vino, alguna cerveza y a charlar sobre nuestro día a día. Ninguna conversación sobre nosotros, sobre lo que fuimos, somos y pudimos ser. Nos convertimos, aunque parezca casi imposible, en dos buenos amigos que se lo pasan bien. En un par de ocasiones me lleva a esos lugares en los que una vez no fue feliz, sin embargo, tratamos de no hacer alusión a ese hecho y los dos nos afanamos en divertirnos, cosa que, por fortuna, sale sola. Nos sentamos en una terracita de La Plaza Mayor y son varias las ocasiones en las que tiene que levantarse a firmar algún autógrafo y hacerse algunas fotos.

—Te dije que este no era un buen lugar —se queja.

—Pero si no te reconozco ni yo, con esas gafas y esa gorra que te has puesto. Pareces Jamie Dornan huyendo de la prensa.

—¿Quién?

—No me puedo creer que no conozcas al protagonista de 50 Sombras de Grey.

—No he visto la película.

—Son novelas. Y deberías leerlas. Aprenderías mucho sobre el tema. — Me bajo las gafas de sol un poco y lo miro a los ojos.

—¿Qué tema? —me pica, sabiendo a lo que me refiero.

—El sexo —digo segura, haciéndole creer que ya no me importa hablarlo con él.

—No hay nada que ese tío pueda enseñarme.

—Venga ya. Menos lobos, caperucita.

—Cuando quieras te lo demuestro.

—No, gracias. No me acuesto con mis amigos. Es una norma sagrada.

—La mía es no hacerlo con mujeres casadas. —Chasquea con la lengua.

—Eres gilipollas. —Me río.  
—Pero follo mejor que él.

Así pasamos las horas que compartimos. Bromeando y riendo sin hacer nada demasiado importante. Claro que no me doy cuenta que lo realmente importante es estar juntos y la complicidad que se crea poco a poco entre nosotros. Él si llega a percatarse, claro, Pablo siempre ha sido más listo que yo.

El viernes tengo que inventarme una excusa creíble (es la tercera de la semana. Voy a superar mi récord de mentiras por mes) para escabullirme y no salir a merendar con las chicas. Por supuesto, he vuelto a quedar con Pablo y prefiero su compañía, aunque esté mal decirlo. Me he metido en una espiral de locura *amistaril* que se ha convertido en una droga. Tonta me estoy quedando, o debería decir que mi nuevo amigo me está dejando.

¿Y Sebastian?

Trabajando hasta tarde.

¿A alguien le sorprende?

A mí no.

Me despido de Joel y Mía en la puerta del edificio en el que tenemos las oficinas y les deseo un magnífico fin de semana. Como observación relevante diré que a mi ayudante le está (en contra de todo mi catastrófico pronóstico) creciendo el pelo donde antes no había. Bien por el cirujano plástico que lo atendió. He visto verdaderas atrocidades en las cabezas de muchos conocidos.

—He traído el coche, reina. —Se ofrece a llevarme.

—No, gracias. Estoy esperando a que vengan a recogerme.

—¿Vuelves a quedar con el roquero? —Sabe lo que estoy haciendo. A él no le puedo ocultar nada. O casi nada.

—Vamos a tomar algo.

—Pásalo bien, y dale un pellizquito en ese culito de mi parte.

—No estamos en ese plan. —Hago morritos.

—Solo hay un plan: disfrutar. Hazlo. Y mañana me cuentas todo. —Con un gesto de la mano me dice adiós.

—Jamás te contaré nada.

—Sabes que sí, diva. Hasta mañana.

Veinte minutos más tarde, Pablo aún no ha llegado. En un principio me digo que el tráfico a estas horas debe ser un suplicio y pronto lo veré parar, como siempre, en doble fila; me sonreirá, yo caminaré hasta el coche, me sentaré a su lado y le contaré cómo me ha ido el día. Pero no. Otros tantos minutos después, sigue sin aparecer, así que comienzo a ponerme nerviosa y a imaginármelo tirado en alguna cuneta. Como diría Joel, soy demasiado dramática, sin embargo, me parece tan raro que ni siquiera me haya llamado para avisar, que mi mente diseña, como en el programa de televisión, mil formas en las que ha podido morir.

Cojo el teléfono y realizo la primera llamada. Cuando los tonos terminan y no he logrado hablar con él, la preocupación se torna enfado. No entiendo muy bien por qué me sucede esto, pero mejor estar enfadada que preocupada, digo yo. No obstante, hasta las manos me comienzan a temblar. Intento de nuevo contactar con él y, cuando ya creía que tendría que llamar a Allan, Peter o a alguien de la banda para que me dijera que acaba de morir en un fatídico accidente, escucho su voz distorsionada al otro lado de la línea.

—Pablo, llevo esperándote más de media hora, ¿ha ocurrido algo?

—Perdona, Nerea. Me he quedado dormido. Creo que estoy enfermo.

—¿Estás bien? ¿Dónde estás?

—En casa, no tengo fuerzas para salir de la cama. —Al escuchar la palabra cama se me erizan todos los vellos de la nuca.

«Venga, Nerea, que sois amigos».

—¿Necesitas algo? ¿Quieres que vaya?

—No hace falta. No voy a ser buena compañía.

—No seas idiota. Voy para allá. ¿Te llevo algo?

—Un cuerpo nuevo. Me duele todo.

Cuelgo el teléfono y cojo un taxi al más estilo Sexo en Nueva York. Llego a su casa, y al que fue mi edificio durante unos meses, en unos quince minutos. Aprovecho que un vecino sale para colarme en el portal y subo en el ascensor mordiéndome el labio inferior. Es la primera vez que entro aquí desde que estuvimos juntos, hace como mil años luz. Llamo a la puerta con dos breves toquécitos y, unos minutos después, la abre con el pelo revuelto, los ojos hinchados, las mejillas y los labios sonrosados, descalzo, una camiseta gris de mangas cortas y un pantalón de pijama del mismo color.

—Tienes muy mala cara.

—Está visto que no vienes para levantarme el ánimo. Anda, pasa. No creo

que pueda mantenerme mucho más en pie.

Entro hasta el salón y él se tira sobre el sofá boca arriba y con los ojos cerrados.

—Sírvete lo que quieras, y perdona si no soy un buen anfitrión.

—Vengo a cuidarte. —Me acerco hasta donde está y me arrodillo delante de él.

—No puedes. Me estoy muriendo —se lamenta.

—No seas quejica. Ya será para menos. —Le toco la frente y noto que su temperatura corporal es demasiado alta.

—¿Te has tomado algo? Estás muy caliente.

Abre los ojos, me mira y tuerce la boca en una mueca muy pervertida.

—No seas guarro. Hablo en serio.

Se toca las sienes y suelta un bufido.

—He tomado de todo y no sirve de nada. Creo que tengo Ébola.

—Tienes que ducharte. Te sentará bien y te bajará la fiebre.

—No tengo fuerzas para levantarme. No me explico cómo he llegado a la puerta para abrirte. ¿No puedes ponerme paños fríos en la frente? Mi madre me lo hacía de pequeño y funcionaba.

—Venga, no seas crío. Levanta. Es peligroso que te suba demasiado. —Le agarro por los brazos y tiro, tratando de incorporarlo.

Lo hace a regañadientes y consigo ponerlo de pie. Lo agarro de la cintura y él me rodea los hombros con uno de sus brazos.

—Mmm. Qué bien hueles. La próxima vez no te pongas ese perfume. Me dan ganas de lamerte.

—Cállate. —Sonrío.

—Déjame. Estás permitiendo que te abrace. Quiero estar enfermo siempre.

—Estás delirando.

—Quiero delirar a todas horas.

Lo siento sobre el inodoro y le digo que no se mueva. Gruñe cuando me alejo y apoya la cabeza sobre las manos. Abro el grifo y niveló el agua a una temperatura templada, ni muy fría ni muy caliente; pretendo que le baje la fiebre.

—Pablo. Quítate la ropa y métete dentro. Te sentirás mejor.

—kjtytjafjaoñhañ —se queja y echa la cabeza hacia atrás hasta topar con suavidad con la pared sin abrir los ojos.

Suspiro y me resigno.

Vale. No es que me queje de tener que desnudar a Pablo, pero me incomoda un poco la situación.

—Levanta los brazos —le pido, sin conseguir nada—. Pablo, tienes que colaborar. —Agarro la camiseta por el dobladillo de la cintura y noto que está tiritando—. Pablo, Pablo —lo llamo pero no reacciona—. Joder. —Me deshago de la prenda a zarpazos y, no entiendo muy bien cómo, lo levanto y lo meto en la ducha de un empujón. No, no lo desnudo del todo. Ni tengo tiempo ni creo que sea buena idea. Estoy casada, ya no estoy enamorada de él (cri, cri, cri) y no me atrae sexualmente (más CRI, CRI, CRI); pero soy una mujer y él está muy bueno. Y... no me parece correcto.

Lo dejo sentado sobre el suelo y cojo el mando de la ducha. Mojo su cuerpo poco a poco y, por inercia (o por deseo no reconocido), le acaricio el cabello con los dedos. Un par de minutos después abre los ojos y me mira.

—¿Estás mejor? —susurro.

—Si te digo que sí, ¿pararás?

—Saldré para que sigas tú.

—Pues no. Creo que me muero lentamente —musita con esos labios de golosina.

Se me corta la respiración durante unos segundos y suelto el timón del barco, hasta que reacciono.

—Tú lo que eres un listo —bromeo.

—Y tú quieres matarme de una pulmonía. Está muy fría.

—Hay que bajarte la fiebre. Ya curaremos el resfriado después. Deja de quejarte, nenaza —me río.

—Báñate conmigo.

Un montón de recuerdos de aquella noche en la piscina del chalet de La Finca aparecen en mi mente en tropel y ahora sí que sí, el barco, mi barco, se va a la deriva y la sonrisa desaparece de mi boca. «¿Qué haces, Nerea? ¿Qué haces aquí con Pablo semidesnudo y acariciándolo?»

Me levanto como un resorte y le digo que lo espero fuera. Me pide que me quede, pero ni escucho lo que dice. Me voy a la cocina, abro una ventana y me enciendo un cigarrillo. Vale que somos amigos, lo acepto. Y yo no quiero otra cosa, pero hay situaciones que me superan, por ejemplo, esta.

Él llega unos minutos después con ropa limpia y oliendo a todas las cosas deseables de este mundo.

—¿Tienes otro? —me pregunta, tomando asiento en una banqueta.

—No puedes fumar. Estás malo.

—Tú me pones malo. Dame uno, anda.

Niego con la cabeza y le doy una calada. Él se levanta, se detiene a mi lado, me lo quita y se lo lleva a la boca. No sabría decir si es mi sensación (de loca pervertida) y Pablo lo está saboreando y lo que menos le apetece es fumar, sino más bien probar mis labios. Algo me dice que no voy muy mal encaminada cuando se queda mirando sin parpadear esa parte de mi cara.

—Me estoy mareando. —Se agarra a la encimera con una mano. Le quito el cigarro y lo apago debajo del grifo.

—Vamos, tienes que tumbarte. Voy a prepararte un café y te tomas un ibuprofeno.

Cruzamos el salón y me doy cuenta que va hacia la habitación. Me quedo a medio camino.

—Necesito acostarme, me duele todo —se explica—, pero puedes quedarte fuera o... irte. Estoy bien. Gracias por tu ayuda. —Trata de mostrarme una sonrisa.

Parece que se encuentra mucho mejor, podría largarme sin remordimientos porque no le pasaría nada. Esto me lo digo varias veces para convencerme.

Noto que trastabilla y se agarra al quicio de la puerta.

—Estás bien, ¿eh, hombretón?. Acuéstate. Ahora vuelvo con los medicamentos. —Le ayudo a recostarse bocarriba y lo tapo con la colcha que veo a los pies de la cama.

Cojo una pastilla de mi bolso y lleno un vaso de agua con el grifo de la cocina. Busco en los muebles unas galletitas y vuelvo al dormitorio. Lo encuentro dormido, abrazado a la almohada y con la respiración muy sosegada.

Me siento a su lado y le doy un toquecito en el hombro. Me da pena despertarlo, pero debe tomarse el medicamento para que la fiebre baje del todo.

—Pablo...

—Mmm —suelta un quejido.

—Despierta, tienes que tomarte esto. Ahora te vuelves a dormir.

Se incorpora con mucho trabajo, le acerco la pastilla a la boca y le doy el vaso de agua, que toma de un trago. Lo deja sobre la mesita y vuelve a tumbarse.

—Deja de saltar sobre la cama.

—Estás aturdido. No me estoy moviendo.

—Porque tú no quieres —murmura tapándose con la sábana.

Ignoro la broma y me levanto.

—¿Te vas?

—Estaré en el salón. Llámame si necesitas algo.

—Necesito que te quedes a mi lado. —Alarga el brazo y me agarra de la muñeca—. Estoy muy enfermo. ¿No te doy pena?

—No me manipules. —Me río.

—Quédate. No podría engatusarte aunque quisiera. —Tira de mi mano y caigo a su lado.

Aparta la almohada que nos separa y se abraza a mi cintura.

—No estoy segura de si deberíamos hacer esto.

—¿El qué? No estamos haciendo nada. Cuando te desnude y me hunda entre tus piernas, te quejas. —Se acerca más a mí y enrosca una pierna a la mía.

—Deja de decir estupideces. Eso no va a pasar. —Nunca, repito en mi mente.

—Porque tú no quieres.

—No. No quiero.

—Pero yo sí. Cállate y déjame soñar un ratito.

Me callo y me relajo. Tanto que me quedo dormida justo después de notar que lo ha hecho él.

Me despierto con sus brazos rodeando mi cintura y su respiración, cálida, acariciando mi cuello. Ya ha anochecido, no tengo ni la menor idea de qué hora es y podría meterme en un lío si llego a casa de madrugada. ¿Adónde le digo a mi marido que he estado? Me remuevo tratando de soltarme, pero solo consigo que me apriete más contra su pecho.

—Pablo... Pablo... Suéltame. Es tarde.

—No quiero —murmura. Gira mi cuerpo y me deja frente a él. Parpadea para centrar la mirada en mí y me aprieta con más fuerza. Sonríe despacio.

—Tengo que irme.

—No, no tienes. —Acerca su boca a mi cuello y lo besa con ternura.

—No hagas eso. —Suspiro a la vez que todas mis células reaccionan ante tal caricia.

—¿Por qué? Somos amigos. Los amigos se besan —musita, y su respiración se mezcla con la mía.

—Los amigos se pueden dar besos, pero no estos.

—Ah, ¿no? ¿Y qué besos pueden darse los amigos?

—Besos normales...

—No te entiendo.

—Claro que sí. —Apoyo las palmas de las manos en su pecho y lo empujo hacia atrás, sin embargo, solo consigo alejarlo un par de centímetros.

—No tengo ni idea. Hazme una demostración.

—No voy a caer en tu trampa.

—No es ninguna trampa. Dame un beso de amigos y así sabré cómo tengo que besarte. No habrá más confusiones.

Lo miro durante unos instantes y, no sé por qué, llevo mis labios a su mejilla y dejo sobre ella un inocente beso que no dice nada y lo grita todo. Cuando termino, nuestras miradas se encuentran y durante muchos segundos solo el silencio nos acompaña. Trago con dificultad a la vez que veo sus ojos brillar y mirarme con intensidad.

—¿Y cuáles no te puedo dar? —susurra.

—Todos los demás —respondo, sintiendo su aliento sobre mis labios.

Se separa de mí y, cuando creo que va a levantarse y marcharse, posiciona su cuerpo sobre el mío, aguantándolo con los brazos. Me mira con intensidad, se arrodilla con mis piernas entre las suyas, me levanta muy despacio la camiseta y mira mi piel desnuda. A continuación y muy despacio, se agacha y deja un beso sobre mi vientre. Cierro los ojos, contengo la respiración y dejo de pensar con claridad.

—¿Este está prohibido? —suspira junto a mi oído.

—Claro que sí... —Me estremezco.

Tira hacia arriba un poco más, dejando que se atisbe el encaje de mi sujetador negro, y pega ahora sus labios a mi costado, acariciándome.

—¿Y este?

—Sí...

Llega ahora a mi cuello, con cuidado, sin prisas, sintiéndome, sintiéndonos.

—¿Y este? —musita, sin poder esconder los latidos de su corazón.

—Sí... —respondo entre gemiditos.

Vuelve a ascender y besa, tan despacio que duele, la comisura de mis

labios.

—¿Por qué me haces esto? —Lo tengo a un escaso centímetro.

—No hago nada.

—Haces demasiado.

—Solo estamos definiendo los límites.

—Los límites los cruzamos en el primer beso.

—¿Me estás dando carta blanca? —Fija su mirada en mis ojos.

Un segundo.

Dos.

Tres.

—No. Tenemos que parar. —Recapacito.

—¿Y si no quiero? —Pega su pelvis dura a la mía.

Jadeo.

—Pues tendremos que dejar de vernos.

—No quiero dejar de verte. No puedo. —Se frota contra mi sexo y ambos gemimos.

—Esto no puede suceder... —siseo, mientras sigue rozándose.

—Aún no ha sucedido nada...

Dos milímetros separan nuestros labios.

—Pablo, no... —suplico.

Detiene el movimiento, cierra los ojos, los aprieta, suspira, piensa, bufa, me mira, chasquea la lengua y... Se impulsa con los brazos y se separa de mí.

—¿Estás mejor? —Lo veo sentarse en el filo de la cama y cambio de tema.

—No quiero decirlo porque te irás, pero sí. Me encuentro mucho mejor. — Introduce los dedos entre su cabello. Me bajo de la cama y me pongo frente a él.

—Pablo...

—Estoy bien. Ya no estoy al borde de la muerte —bromea, tratando de distender el ambiente, pero no me mira.

—Eres tan exagerado como Cristina. —Salgo al salón, cojo el bolso y me lo cuelgo en el hombro—. Tengo que irme. Sebastian me está esperando.

Por el rabillo del ojo veo que ha salido detrás de mí y noto que le cambia la cara.

—¿Te preparo algo de cenar? —pregunto al ver que no es tan tarde como creía. Pasan unos minutos de las diez de la noche.

No dice nada, se gira y desaparece en el cuarto de baño. Por un momento

se me pasa por la cabeza ir tras él y preguntarle qué sucede, pero decido dirigirme a la cocina y buscar algo de cenar. No veo nada comestible, ni en el frigorífico ni en ninguno de los armarios, solo galletas y más galletas. Vuelvo a la habitación, donde encuentro a Pablo cabizbajo, con las manos apoyadas sobre una cajonera alta.

—¿Estás bien? ¿Vuelves a tener fiebre? —Me acerco a él y le acaricio la espalda.

Niega con la cabeza.

—No tienes nada para cenar —le informo.

—Ahora llamaré a algún sitio. —Se incorpora y sale del dormitorio.

—¿Ocurre algo? ¿He hecho algo mal? —pregunto en medio del salón, a un metro de él.

Se toca el cabello con las dos manos repetidas veces y niega con la cabeza.

—Claro que no. Ven, dame un abrazo. —Levanta las manos hacia mí.

—Estás muy tocón hoy.

—¿Tampoco puedo abrazarte? —pregunta, molesto.

—No te pongas así —respondo en el mismo tono.

—Es que parece que está mal lo que hacemos.

—Porque lo está, Pablo. Aunque ninguno de los dos queramos verlo.

—¿No abrazas a tus amigos? ¿Es terreno vetado? ¿Solo puede hacerlo tu marido?

—No digas estupideces. Yo abrazo a quien me dé la gana, y Sebas no tiene nada que objetar al respecto.

—¿Y por qué a mí no?

Lo pienso...

—Será mejor que me vaya.

—¿Cuál es la diferencia?

Camino hasta la puerta ignorando su pregunta. ¿Sé la respuesta? Claro que sí, no soy tan obtusa como para no darme cuenta de que nunca podrá ser un amigo al uso, Pablo siempre será mucho más.

Me agarra el brazo y me detiene cuando paso por su lado.

—¿No soy digno de tu cariño? —Me mira y lo miro—. Dime ¿Cuál es la diferencia? —repite, dolido.

—Que contigo no significa lo mismo. —Tiro, me suelto y salgo del piso. Respiro cuando las puertas del ascensor se cierran.



## DOS CAFÉS. DOS REGALOS.

—Guarrilla, eso pueden considerarse cuernos. Ya me puedo morir en paz —manifiesta Rocío, con la boca llena de nata.

—No he engañado a nadie. No pasó nada —me defiendo.

—¿Cuándo dices que fue eso? —pregunta Carol, llevándose el café a los labios.

—Hace cuatro días. El viernes pasado.

—¿Y desde entonces no sabes nada de él? —sigue.

—Me ha estado llamando, pero le he dado largas.

—Eso no está bien.

—He sido muy educada. —Me defiendo.

Levanta una ceja y me regaña con la mirada.

—Lo sé. Lo sé. —Me tapo la cara durante un par de segundos—. Pero me da miedo enfrentarme a él. Está claro que lo de ser amigos no iba a terminar bien.

—¿Significa eso que no vais a volver a quedar? —Pensar en esa posibilidad me deprime tanto que casi me pongo a llorar.

—Yo... no lo sé. —Me tiro sobre el sofá de mi amiga la pediatra-madrealbordedeunataquedenervios y me escondo tras un cojín—. ¿Qué harías tú? —Le consulto.

—Pufff —Mira hacia arriba—. No tengo ni idea. Alejarme, supongo.

—Yo, follármelo. Lo aclaro por si teníais alguna duda —precisa Rocío.

—Gracias, nena. Pero estábamos seguras —digo.

Sonríe y sigue comiendo dulces como si la vida le fuera en ello.

—Y tú, ¿qué? ¿Has hablado con Carlo? —Carol la mira.

—Nop. ¿Debería?

—Es muy probable.

—Tal vez lo haga pronto.

—Tal vez sea demasiado tarde —le replica.

Las escucho discutir cuando un olor a quemado penetra por mis fosas nasales. En un principio no hago caso, pero cada vez se hace más fuerte y cercano.

—Chicas, ¿no os huele a quemado?

—Odio cuando te pones así —Rocío levanta el mentón.

—Así, ¿cómo?

—Como una vieja de ochenta años —siguen riñendo.

—Chicas, algo se está quemando —repito sin conseguir que me presten atención—. ¿Queréis dejarlo de una vez? —vocifero demasiado alto. Las dos me miran boquiabiertas y con los ojos como dos huevos—. No os llega ese olor. Algo está ardiendo.

Como si de una coreografía se tratara, las tres miramos en la misma dirección y nos damos cuenta de que sale humo por la puerta de la habitación de juego de los niños.

—¡Oh, dios mío! —Carol se levanta y sale corriendo hacia allí. Ro y yo la seguimos a grandes zancadas—. Pero... ¿qué habéis hecho? —Vemos a Manel y a Raúl en una esquina de la habitación, asustados—. Nerea sácalos de aquí. Rocío, en la ducha del baño principal hay un cubo, llénalo de agua y tráelo. ¡Rápido!

Cojo a ambos de las manos y tiro de ellos hasta sacarlos al balcón. Me pienso si volver a ayudar, pero la situación no era tan grave y, conociendo a estos dos, capaces son de creerse Spiderman e intentar subir al tejado escalando por la pared. Manel comienza a llorar y me agacho a consolarlo.

—No llores, cariño. Estáis bien, eso es lo importante. —Le acaricio la cara.

—Raúl, ¿qué ha pasado? —Interrogo al mayor cuando el peque se tranquiliza.

—Estábamos construyendo un fuerte.

—¿Un fuerte?

—Sí, como los indios y vaqueros. Y queríamos tener nuestra hoguera.

—Pero no podéis hacer eso. El fuego es muy peligroso.

Se encoge de hombros y agacha la cabeza.

—Tenéis que portaros mejor. Ya sois mayores.

—¿Estáis bien? —La madre llega hasta nosotros preocupada. Se arrodilla delante de sus hijos y los abraza. Les toca la cara, los hombros, las manos... como asegurándose de que siguen enteros—. Vais a matarme...

Los dejo solos y entro a ayudar a Rocío, que recoge agua del suelo con la

fregona. Me informa de los daños causados, nada importante, como me imaginaba, y entre las dos dejamos la habitación como si nada hubiera ocurrido en menos de quince minutos. Abrimos la ventana de par en par para que se vaya el mal olor y vamos hasta la cocina donde nuestra amiga da de merendar a sus hijos un poco de zumo de naranja.

—¿Cómo se os ocurre hacer fuego? ¿Y con qué lo habéis hecho?

Los dos niños se miran, culpables.

—Encontramos unas cerillas.

—¿Dónde? —siguen mudos—. Está bien —se resigna—. Dádmelas —levanta la palma de la mano derecha mientras que la izquierda la pone en jarra.

—Ya no quedan. Las gastamos todas —informa Raúl.

—¿Seguro? No quiero tener que castigaros sin videoconsola hasta que vayáis a la universidad.

—Lo prometemos, mamá —habla esta vez Manel.

—Esta bien. Marchaos a la ducha. Id quitándoos la ropa y ahora voy yo.

Los niños diablos salen corriendo, dejándonos solas. Nos despedimos hasta otro día y le pedimos a Carol que tenga paciencia con sus hijos. Imaginamos lo frustrante que puede llegar a ser no saber cómo manejar a dos personas que crecen cada día más rápido, dependen de ti en todo momento y a las que tratas de educar lo mejor que sabes.

—¿Ves? ¿Y aún me preguntas por qué no quiero ser madre? No estoy preparada para eso. Estoy segura. —Parlotea Rocío, sentada a mi lado en mi coche. La dejo en la puerta de su casa sin decirle nada al respecto. Lo cierto es que yo también dudo si podría ser feliz con esos (dos) problemas cada día.

«¿Puedes venir a recogerme al aeropuerto sobre las nueve? El vuelo se ha retrasado».

Leo un mensaje de mi hermana mientras me tomo un café sentada en Magdalenas de colores, cuando el reloj todavía no ha marcado las ocho de la mañana. Este fin de semana es el cumpleaños de Allan y, aunque he intentado mantenerme al margen, estoy ayudando a Joel con los últimos preparativos. Nada importante, pero necesita muchas horas del día.

«Ok. Allí estaré. Tengo muchas ganas de verte».

Salgo hacia el aeropuerto una hora antes de que aterrice el avión. En lo que dura el trayecto tengo que ignorar dos llamadas de Pablo y dos de Sebastian. Empatados que van. Del primero huyo porque me niego a reconocerle que estar cerca de él me empieza a afectar. Del segundo lo hago porque me niego a reconocerme que estar cerca o lejos de él me da exactamente igual. Hace un par de días que ni siquiera hablamos, nos vemos en casa, pero poco más, nos tratamos como dos desconocidos que se encuentran por la calle y no saben hacia dónde van. A Pablo tampoco lo veo. Después de lo que pasó la última vez que estuvimos juntos, poner un poco de espacio y tiempo entre los dos me parece lo mejor.

Cristina corre hacia mí y me abraza nada más verme. Me dice que trae regalitos para todos y que está deseando ver la cara que pongo cuando vea el mío. Los llevo a casa y me hace prometer que mañana por la tarde vendré con más tiempo a tomar café, escuchar lo bien que se lo ha pasado y recoger el bonito detalle que me ha traído.

Al día siguiente trabajo mucho y muy duro para poder terminar pronto y pasarme por casa de mi hermana. Yo también tengo ganas de echar un rato con ella y reírme con sus ocurrencias. Me abre la puerta en pantalón corto y camiseta de mangas largas. La cierra quejándose de que hoy hace frío.

—Pues abrígate más. Aún falta para el verano.

La sigo hasta la cocina y observo cómo prepara tres cafés.

—¿Dónde está Lucas?

—Se acaba de marchar a casa de sus padres.

Suena el timbre de la puerta y no tengo que adivinar quién es.

—Abre. Es Pablo. Lleva media hora buscando aparcamiento.

Resoplo y camino hacia mi destino.

—Hola —saluda.

—Hola. —Aparto el cuerpo hacia un lado, incitándolo a pasar.

—¡Holaaaaa! —Cris sale corriendo y se sube a horcajadas sobre él. Pablo la abraza y sonrío—. Creí que no tenías ganas de verme. Casi tengo que suplicarte que vinieras. —Mi mirada se encuentra durante un segundo con la del roquero y ambos sabemos por qué dice eso mi hermana. Mi pregunta sobre si sabría que yo estaría aquí obtiene respuesta inmediata.

—Estaba muy ocupado.

—Cállate. Te crees muy importante. —Le da varios besos en la mejilla y

se baja—. Sentaos o... haced lo que os dé la gana. Voy a por los cafés. —Se mete en la mini cocina y la escuchamos farfullar y hacer ruido con la vajilla.

—Lamento ponerte en esta situación.

—No pasa nada —musito.

—No me coges el teléfono. Supuse que no querías verme.

—No es eso, Pablo. —Niego con la cabeza.

—¿Entonces?

—Será mejor que no nos veamos más. —Arquea una ceja sorprendido—. Quiero decir... solos.

—Creí que éramos amigos.

—Y podemos serlo, pero...

—Dos cafés americanos para los fuertes. —Cristina nos interrumpe y nos ofrece las tazas. Pablo y yo tomamos asiento en el sofá y ella lo hace en el puf verde.

—Contadme. ¿Algo nuevo por aquí?

—Creí que tú nos contarías cosas de tu viaje —replico.

—No quiero daros envidia, pero... sí. Lo he pasado de muerte.

Durante la siguiente hora nos relata todo, y digo todo, lo que ha hecho en las últimas semanas. Casi llego a odiarla cuando cuenta la noche que pasó viendo las estrellas en el desierto de Atacama en Chile, no obstante, no llego a hacerlo al ver el regalo que me trae de allí.

—Ábrelo —me anima.

Rompo el papel y observo una cajita muy pequeña de madera con un grabado de una media luna sobre la tapa. La levanto y me encuentro con una cadenita de la que cuelgan una estrella y una especie de globo semi transparente con algo dentro. La enredo entre mis dedos y la levanto delante de mis ojos para admirarla bien.

—Es precioso. Pero... ¿Qué es?

—Es polvo lunar. Auténtico —especifica—. De un meteorito que cayó sobre la tierra en dos mil cinco.

Abro los ojos de par en par.

—¿Te gusta?

—¿Estás de broma? Me encanta. —La abrazo y le doy las gracias por hacerme un regalo tan especial.

—Ahora tú. —Le da a su amigo algo cuadrado y también muy pequeñito.

—No era necesario, Pétalo.

—No seas malagradecido. Ábrelo, ábrelo, ábrelo. —Pega saltitos y da palmadas.

Saca una especie de circunferencia negra y engarzada por los extremos.

—Es un anillo de vinilo reciclado de Elvis.

—No sé qué decir. —Y por su cara, de verdad, da la impresión de que se ha quedado sin palabras.

—Pruébate. A ver si te queda bueno. Aunque no creo que vaya a descambiarlo.

—Está perfecto. —Introduce el dedo anular por él.

—Venga, dilo.

—Eres la mejor. —Le da un beso en la mejilla y le acaricia el pelo con ternura.

Intento escaquearme y salir de allí antes de que Pablo lo haga, pero Cristina insiste en que es demasiado tarde y que nuestro amigo puede acercarme a casa. Ninguna de mis excusas son lo suficientemente buenas y razonables para convencer a mi queridísima hermana de que sé cuidarme sola y llegar a casa sana y salva sin nadie custodiando mis espaldas, así que el roquero cañón y yo bajamos los escalones juntos y en silencio.

—Puedo coger un taxi —digo cuando la brisa fresca de la calle nos acaricia la cara.

—Lo sé, pero he prometido llevarte.

—No le diré nada a Cristina. Si es eso lo que te preocupa.

—Me preocupa más saber por qué llevas ignorándome toda la semana —replica, malhumorado.

—Pablo...

—¿Qué? —replica.

—Nos pusimos intensos y yo estoy casada.

—No pasó nada. —Bufa.

—Y no pasará. Por eso será mejor que nos alejemos un poco.

—No quiero volver a tener que alejarme de ti. Lo pasamos muy bien juntos.

—Pablo, tú y yo no podemos ser amigos. —Abro el bolso y saco un cigarrillo. Le ofrezco antes de guardarlo y niega con la cabeza—. No nos engañemos. Hay algo que sigue afectándonos.

—¿Y qué crees que es? —Parece molesto.

—No lo sé. Y no quiero averiguarlo. —Doy una calada—. Sebas me

espera en casa. —Paso por su lado y él me detiene agarrándome de la cintura. Un ejército de hormigas viaja hasta mi estómago.

El ambiente se densa.

El oxígeno pesa.

—Es eso... ¿lo notas? —Su nariz casi roza la mía.

—Yo... no noto nada —miento, sintiendo cómo su sangre conecta con la mía y los dos corazones bombean al unísono.

—Necesito... —Muerde su labio inferior con los dientes y, tras unos breves segundos en los que miro esa parte de él, lo suelta y respira con fuerza —. Necesito saber lo que sientes, aunque eso vuelva a romperme el corazón.

—Olvídalo, Pablo. Dejemos las cosas tal y como están. —Lucho contra lo que siento y cierro los ojos como defensa ante la magnificencia de su mirada.

—No he podido olvidarte en tres años... Y no pienso hacerlo ahora. —Siento sus dedos clavarse en mi cintura y pegarme a su cuerpo, que desprende un calor inaudito.

—Tienes que hacerlo... —musito a escasos dos centímetros de su boca.

—No puedo... —Niega levemente y pega su frente a la mía.

Lo agarro de la chaqueta y aprieto los puños sobre ella. Respiro varias veces y me preparo para lo que voy a decir.

—Pues no lo hagas. Pero no me llames. Al menos... durante un tiempo. Necesito pensar. —Me suelto, camino hasta la calzada, paro a un taxi, subo y no miro atrás.

Pablo respeta mi decisión y no recibo más llamadas de él. Sin embargo, no consigo mantenerme alejada del roquero mucho tiempo. El cumpleaños de Allan se ha convertido en un gran evento y Joel me pide que lo acompañe al hotel donde se celebra el sábado por la tarde y me quede para que nada pueda salir mal. Por supuesto no me niego y lo recojo en la puerta de su casa pasadas las cuatro de la tarde.

Reconozco que estos días he echado mucho de menos a Pablo. Parece curioso cómo puedo necesitar tanto a alguien que lleva fuera de mi vida muchos años, y no añorar a la persona con la que estoy casada, pero que a penas veo. Estos pensamientos confusos me aclaran más cosas de las que deseo saber, al menos de momento.

Joel y yo llegamos al Hotel Iberostar Las Letras de Gran Vía veinte minutos después. El director nos recibe en recepción y nos acompaña a las

habitaciones reservadas para todos los miembros de la banda, que pernoctarán en ellas, o al menos, esa es la intención. Nos sorprende cediéndonos una suite para nosotros dos y nos invita a relajarnos en el Spa al día siguiente. Nos va a venir de perlas tener donde cambiarnos cuando lo supervisemos todo, lo de relajarnos en aguas termales y disfrutar de un masaje proveniente de algún país lejano no lo veo posible y se lo hago saber a Joel cuando nos quedamos solos.

—¿Estás *crazy*? Yo pienso aprovechar lo que nos ofrecen.

—Hemos venido a trabajar. No de vacaciones pagadas.

—Vacaciones pagadas las que yo necesito algunas veces contigo. Este — se clava el dedo en el pecho— va a nadar entre rosas cuando se despierte en esta maravillosa suite mañana. Y te pongas como te pongas, digas lo que digas, va a ser así.

Pongo los ojos en blanco y cuelgo el vestido en una puerta. Él deja su traje de chaqueta plateado colocadito sobre la cama y los zapatos sobre la alfombra. Cotilleamos un poco (mucho) en la habitación doble con salón y terraza y salimos para admirar las vistas. Si por mi ayudante fuera, se quedaría un par de horas a probar las frutas y el vino con el que nos han obsequiado, pero yo le obligo a bajar de las nubes y ponernos en marcha. Al salir nos encontramos con una chica joven, vestida con el uniforme del hotel que nos indica de una manera muy educada y agradable que la sigamos.

—El Director me ha dado instrucciones precisas.

Debo enseñarles las habitaciones que han pedido y comprueben que todo es de su agrado.

Con una tarjeta abre cinco habitaciones casi correlativas a la nuestra, pero totalmente diferentes. Estas sí que son de lujo. Muy amplias, con salón cocina, dos baños, terraza con piscina y jacuzzi privados, bar, varias televisiones, equipos de música y servicio propio.

—Yo misma seré la que atenderá a los huéspedes y les conseguiré todo lo que deseen —nos informa, con una amplia sonrisa que no puede ocultar. Definitivamente sabe que va a trabajar para The Fox' Lair las próximas horas.

Bajamos al salón donde se celebrará el cumpleaños y supervisamos cada detalle. Flores, manteles, sillas, cubertería, cristalería, luces, refrigeración, sonido, camareros, cocineros, lista de invitados, seguridad, protocolo, música,

actuaciones, bailarines...

—Está todo. —Joel llega hasta mí y levanto la mirada de la lista que tengo delante—. Gracias por ayudarme. No lo podría haber hecho sin ti.

—Si no hubiera venido, ahora estarías bebiendo vino en la suite. —Sonrío.

—Pienso tomarme una copita ahora. Venga, *amore*. Subamos a arreglarnos. Los invitados comenzarán a llegar en media hora.

Recibimos a artistas de todas las índoles y los acompañamos hasta el centro del salón para que puedan sorprender al homenajeado desde allí. Allan está al tanto de la celebración, pero cree que será algo íntimo y entre amigos.

Joel recibe un mensaje de Peter en el que reza: «Diez minutos». Ordeno que apaguen las luces principales y dejen solo las imprescindibles para darle al lugar un toque sensual.

Cuando las dos hojas de la gran puerta de madera blanca se abren, todos gritan «¡Sorpresa!» y el cumpleaños comienza a sonreír y a chocar las manos y a abrazar a todos. Veo a Pablo y a él reír a carcajadas y me alegro de verlo feliz.

## CUANDO OCURRE

La cena pasa distendida y sin fallos que no se puedan salvar; y, casi sin darnos cuenta, nos vemos envueltos en una nube de humo, música muy roquera y muy alta y gente bebiendo sin parar. Decido relajarme y abandonar la cocina, desde donde he dirigido y manejado la situación, y salir a la calle a tomar un poco el aire y fumarme el cigarro de la victoria. Me arrepiento justo al pisar el vestíbulo. Veo una marabunta de reporteros, fotógrafos y cámaras de televisión que han venido a cubrir la noticia. Le pregunto al botones si existe algún lugar en el que pueda fumar, y me acompaña hasta un patio repleto de enredaderas verdes y flores blancas. Tomo asiento en un muro de piedra con cuidado de que mi vestido de seda amarilla y corte sirena no se arrugue en exceso. Le doy tres caladas en la más estricta soledad. En la cuarta escucho una voz que dice mi nombre.

—¡Nerea!

—¡Marcella!

—¡Qué alegría verte! —Camina hasta mí, me levanto y nos fundimos en un abrazo.

—Peter me dijo que vendrías, pero no te he visto en la cena.

—Estoy trabajando. Soy la dueña de la empresa organizadora.

—Pues enhorabuena. Es todo maravilloso.

—Gracias. Pero... ¿Cómo estás?

Le doy la enhorabuena por la boda, me cuenta lo feliz que es junto a Peter y que tuvo que dejar su trabajo para estar junto a él. No le critico que lo hiciera, pero creo que yo no sería capaz de dejarlo todo para seguir a alguien, ni siquiera al amor de mi vida. ¿Soy poco romántica? Tal vez, sin embargo, prefiero definirme como realista, práctica y con los pies en la tierra. ¿Soñar? Dormida y tumbada sobre la cama.

Joel me llama por un problema en el área de la piscina climatizada (zona que no hemos reservado, por cierto), así que me despido de ella hasta más tarde y voy a comprobar qué ha pasado. Me encuentro a uno de los gorilas del personal de seguridad peleando con lo que parece un fotógrafo, pero,

además, a Chase y a Pablo en muy mal estado recriminándoles algo que no llego a entender del todo. No veo que a Pablo le sorprenda mi llegada, seguro que ya sabía que estaba por aquí; de lo que me doy cuenta al instante es de las tres copas de más que lleva metida en el cuerpo.

Pregunto qué ocurre y hago caso omiso a su pelo revuelto y la forma en la que me mira.

—Este señor ya se iba —me informa el personal de seguridad.

—Solo estoy haciendo mi trabajo —se defiende el paparazzi.

—Está usted en una propiedad privada. ¿Tiene permiso para entrar aquí? —pregunto sin alterarme. Él niega con la cabeza y duda—. Podría llamar a la policía y se metería usted en un problema. Por favor, borre las fotos que haya hecho y váyase. —Termino pidiéndole al gorila que se asegure de que las elimina y camino hasta Chase y Pablo, que ríen junto a dos chicas con muy poca ropa y sentados en unas tumbonas negras con ellas entre las piernas.

—¿Necesitáis algo? —les pregunto, asegurándome de que están bien y no les haya molestado el intruso.

—Que te unas a nosotros, rubia. Mientras más seamos, mejor. —Me invita Chase, estoy segura, a una de sus orgías. Solo de pensar en ello, me dan arcadas, pero me imagino a Pablo ahí en medio y hasta me mareo. Le veo apretar la mandíbula por el rabillo del ojo y trago saliva para no ahogarme en mi propio vómito que sube por la garganta.

Levanto el mentón y les digo que si necesitan algo relacionado con la fiesta, estaré dentro, trabajando. Hago hincapié en esta última palabra y los dejo solos para que se lo pasen bien de la manera que les parezca oportuna. No tengo ni voy a opinar al respecto, pero sí, me molesta que Pablo se acueste con otras, aunque conmigo no lo haga. Camino por el pasillo que separa las estancias y, justo cuando voy a salir, una mano, su mano, me detiene. Gira mi cuerpo contra la pared, pega mi espalda a esta y su pecho al mío. Siento su agitada respiración y el corazón bombear con fuerza. Levanto los ojos para encontrarme con el azul de los suyos, brillantes y eternos.

No dice nada.

Solo me mira,

me mira

y me mira.

Segundos,

horas...

Una vida.

Todo desaparece.

Todo se intensifica.

Sus labios, abiertos y dispuestos.

Los míos, deseando sentir el calor y la humedad de ellos.

Tres centímetros los separan.

Ahora dos.

Uno...

—Detente —consigo musitar entre un pequeño gemido.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque... yo te lo pido.

Cierra los ojos, bufa y los abre.

—Necesito una copa. —Suelta mi cadera y se aleja.

Cojo una bocanada de aire cuando desaparece detrás de la puerta y me agarro a la pared para no caer desmayada al suelo. Solo han sido unos segundos, pero a mí me ha dado tiempo a sentirlo muy adentro. Cojo fuerzas, me repongo y voy a la cocina, donde solo me espera el encargado para despedirse de mí. Le agradezco el trabajo y el esfuerzo realizado y voy directamente a una de las neveras a buscar una botella de agua bien fría. Me la estoy bebiendo cuando Joel llega a mi lado con una sonrisilla astuta.

—El roquero cañón ha salido detrás de ti. Os he visto en el pasillo.

—No ha pasado nada —repito, harta de siempre lo mismo.

—Vale, vale, vale. —Alza las manos y se hace el dolido, he debido responder peor de lo que pensaba—. Yo solo digo que sigue coladito por tus huesos.

—Ya. Por eso tenía a una morena entre sus piernas en la piscina. —Y cada vez que me giro lo veo besuqueando a esa tal Dayana.

—Ese *man* te podrá engañar a ti, pero yo soy una diva de mundo y sé lo que me digo.

—¿Qué más da? —susurro para mí. Tiro el recipiente de plástico vacío en un cubo de la basura y manifiesto en voz alta que voy a acostarme.

—No, reina. Ahora nos vamos a tomar las dos un gin-tonic. Nos lo merecemos.

Como sé que lleva razón y que me vendría genial para el sofoco algo fresco, lo acompaño a la barra y brindamos, como siempre, por un trabajo bien hecho. Marcella se acerca y se despide de mí con dos besos y nos

intercambiamos los números de teléfono.

—En unas semanas nos vamos a Miami.

—Llámame cuando vuelvas.

La sigo con la mirada y veo que agarra la mano de Peter, le susurra algo al oído, este sonrío, le da un beso en la mejilla y desaparecen los dos dentro del ascensor.

Joel me habla sobre ropa y diseñadores y juro que trato de atender la conversación y no perder detalle, sin embargo, llega un momento en que mis ojos se posan sobre un Pablo cansado y enfadado. Si la luces de neón, las dos copas que me he tomado, las altas horas de la madrugada y mi retina no me fallan, discuto con Arthur en una esquina del local. La música no me permite escuchar lo que dicen, pero no hay que ser un lince para ver que la conversación sube de tono a medida que avanza. Allan llega hasta ellos y trata de imponer cordura, sin embargo, no sirve de nada; Pablo le da un empujón y le grita que lo deje en paz. Lo veo tambalearse hacia un lado y salir por la puerta que da a las escaleras. Mi primera reacción es mecánica, un acto reflejo que no logro controlar, y doy un pequeño paso hacia delante, no obstante, me detengo y trato de pensarlo con frialdad.

—*Queen*, si vas, sabes lo que pasará —me avisa Joel, al quedarle claras mis intenciones.

—Solo quiero saber si está bien —explico, y, sin darle más vueltas, camino hasta donde lo perdí de vista y subo escalón a escalón sin encontrarlo. Llego hasta la terraza y salgo a cerciorarme de que no ha salido fuera y no se ha tirado desde lo alto como un artista trasnochado al que solo le importa que lo recuerden por cómo murió.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta con la lengua algo trabada, después de abrir la puerta de su habitación, lugar exacto al que lo he ido a buscar al no encontrarlo en los demás.

—Comprobar que estás bien. No has parado de beber en toda la noche.

—Gracias por preocuparte por mí. Ya ves, —se frota la cara—, estoy de puta madre. —Se cae hacia un lado y se da un golpe en el hombro con el marco de la puerta—. ¡Joder! —Lo masajea.

—Ya lo veo. —Lo empujo por el pequeño pasillo, dejamos el baño a la izquierda y lo detengo justo a los pies de la cama. Me acaricia los brazos desde las manos hasta los hombros, con los dedos me aparta el pelo hacia atrás, dejándome el cuello desnudo, y lleva sus labios y nariz hasta rozar mi

piel. La acaricia durante varios segundos y me estremezco ante su contacto.

—Qué bien hueles. —Siento su aliento al hablar—. Hueles... a recuerdos. Pero no de los malos. Hueles a todos esos que me han animado a seguir, aún estando lejos de ti. A los bonitos. A los que me hacen feliz.

Se me corta la respiración y tardo en recuperarla un largo minuto. A continuación lo invito a acostarse y lo empujo sobre la cama. Cuando me doy cuenta, me ha agarrado de la cintura y me ha llevado con él. En milésimas estoy sobre su regazo y mis labios frenan justo antes de chochar contra los suyos.

Mierda de Karma, destino o como se llame el hijo de puta que me pone a prueba tantas veces.

Lo miro a los ojos y su color azul infinito me atrapa. Durante unos segundos ninguno dice ni hace nada, sólo nos dedicamos a sentirnos, a percibir nuestras respiraciones cada vez más cerca de la otra. No sé cuándo me vuelve la razón y pongo los brazos sobre el colchón para impulsarme y salir de aquí, sin embargo, Pablo se aferra a mi cuerpo y me impide la huida.

—No te vayas. Pasa lo noche conmigo —suplica, bajo un susurro muy sensual.

—No puedo quedarme. Esto no está bien. —Trato de zafarme, pero sólo consigo que nos dé la vuelta a ambos y se tumbe sobre mí, agarrándome las manos con las suyas a la altura de la cabeza.

—No te estoy pidiendo que follemos. —El corazón me bombea a mil por hora— Sólo... quédate.

—No creo que sea buena idea —intento que razone.

—¿Por qué? ¿Crees que no eres capaz de dormir conmigo sin que pase nada?

—Yo no quiero que pase nada.

Mis últimas palabras le cambian el semblante a uno mucho más serio, le veo apretar la mandíbula y durante unos segundos duda si dejarme escapar o no. De repente todo el ambiente se vuelve denso, nuestras respiraciones se aceleran (más) y mis ojos ya no pueden escapar de los suyos. Se acerca lentamente a mí, sus labios se encuentran a un escaso centímetro de los míos, abre la boca imperceptiblemente y, cuando creo que va a besarme (y yo no intento pararlo, que conste), los lleva hasta mi mandíbula y deposita varios débiles besos; sigue por el cuello...

—Supongo que sólo es cosa mía... —habla a milímetros de mi oído.

Todos los vellos de mi piel (bueno, los que aún andaban despistados) se erizan—...Esto... —Sigue acariciando mi sensible piel con sus jugosos labios, esta vez viaja hasta la clavícula—...Solo lo siento yo... —sube de nuevo hasta parar muy muy cerca de la comisura de mi boca.

—Pablo —y mi voz es casi un gemido ahogado.

—¿Qué? —responde de la misma manera.

—Quiero hacerlo... —reconozco honesta. Siento el corazón bombear fuerte dentro de mi pecho—, pero no puedo —cierro los ojos, derrotada. Me cuesta horrores no dejarme llevar y entregarme a él. Lo escucho llenar el pecho de aire y deja su frente sobre la mía—. Tenemos que parar.

Un segundo...

Dos...

Tres...

Cuatro...

Se levanta y se aleja. Me siento tan vacía que ni yo misma me lo explico. Me incorporo y lo veo sentado a los pies de la cama, con la cabeza gacha y las manos agarrándola por ambos lados. Me agacho frente a él y se las aparto del rostro, obligándolo a mirarme.

—Después me arrepentiré, lo sé, y te culparé por lo ocurrido. No quiero tener que dejar de verte, te necesito en mi vida —le aseguro, después de haberle pedido que me dejase tiempo y comprobar que no puedo ni quiero estar lejos de él.

—Estoy harto. Harto de tenerte y no tenerte —me agarra del cuello y me acerca a él—. Vete. Por favor, vete. Si no lo haces, no podré contenerme.

Asiento con la cabeza y trato de que las lágrimas se queden detrás de los ojos. Me está echando, me echa de su lado por no poder acostarse conmigo. «Hola, cruel realidad, dueles mucho». Tuerzo el gesto y trago. Me agarro a sus rodillas y empujo para levantarme, pero vuelve a aferrarse a mí y me lo impide, dejándome esta vez mucho más cerca de su cuerpo, mi pecho pegado al suyo.

—Me haces daño, nunca había necesitado tanto a nadie. Quiero que te quedes, pero no prometo portarme bien si lo haces —roza con su nariz la mía.

—Pablo —musito.

—Dime que también te gustaría, dime que también me necesitas.

—No puedo dejar de pensar en ti en todo el día —susurro sobre sus labios. Él, que es más atrevido que yo, termina con los dos milímetros que nos

separan y posa su boca sobre la mía. Está cálida y blandita. Me da un beso y luego otro, sin embargo, yo no me muevo. Saca la punta de la lengua y la pasa por mi labio inferior, humedeciéndolo. Sabe a todas las golosinas que me comía de pequeña; y a amor, del verdadero y puro. Se me corta la respiración y aprovecha para hacer el beso mucho más intenso y desesperado. De pronto, me dejo llevar y lo agarro del pelo, me incorporo y, sin dejar de besarnos, me acomodo a horcajadas sobre él. Pablo me aprieta de las caderas y jadea, no se esperaba que reaccionara así. Yo tampoco. Nuestras respiraciones se intensifican y rebotan en las paredes llenando todo el espacio, cada hueco, cada recoveco, de todas nuestras ganas. Las rebeldes lenguas se enredan, llevando nuestras cabezas a todos los ángulos posibles y sus dientes chocan con los míos. Gimo cuando me aprieta una nalga y me pego todavía más a él.

—Nerea —dice mi nombre entre suspiros, como si lo soñara.

—Pablo —repito una y otra vez.

Jadeos, gemidos, dos corazones bombeando sangre a pleno rendimiento. Mi sexo rozándose con el suyo por encima de la ropa, totalmente erecto. Mis manos acariciando su cuerpo. Las suyas dejando marcas en el mío.

Soltamos amarras y nos dejamos empujar por la marea.

Nuestros instintos se apoderan de nosotros y eliminan todo vestigio de razón.

Permitimos al deseo apoderarse de nuestros cuerpos.

Y ganan las ganas que nos tenemos.

De pronto, empiezan a golpear la puerta con fuerza, sacándome de mi inapropiada esfera de lujuria. Separo mi boca de la de él y lo miro, su pecho sube y baja tanto y tan rápido como el mío. Trata de volver a besarme, pero me aparto y me pongo de pie. Ve en mis ojos arrepentimiento; yo veo en los de él miedo y desesperación.

—No te vayas. Ahora no. —Cuando termina la frase, estoy recogiendo el bolso del suelo—. No te vayas, tenemos que hablar.

—Si me quedo, sabes lo que pasará. No nos engañemos, nosotros no tenemos nada de qué hablar.

—¿Eso crees? ¿Y ya está? ¿Terminó?

—No se puede terminar con nada que ni siquiera ha empezado.

Me atraviesa con la mirada; tanto, que me hace daño.

Vuelven a llamar.

—Dejémoslo estar. Por suerte hemos parado a tiempo. No me lo hubiera perdonado jamás. —Me reafirmo.

—Lo dices como si no estuviera bien lo que tenemos.

—¡Porque no lo está! Tú no eres mi marido. No es contigo con quien estoy casada.

—¿Y ese cretino sí lo es? Pero si ni siquiera pasa tiempo contigo. Si fueras mi mujer, me preocuparía por ti, me interesaría saber dónde y con quién pasas la mayor parte del tiempo. ¡A ese no le importas nada!

—¡Vete a la mierda! Pero ¡tú qué sabrás! —levanto la voz y los brazos, enfadada.

—¡Sé cómo me miras, cómo te estremeces cuando te toco, cómo sonrías ante mis caricias. Sé que prefieres pasar la tarde tomando una cerveza conmigo que haciendo no sé qué cosas con tu marido!

—No tengo por qué escucharte. —Camino hasta la puerta para salir de aquí, pero me aferra la mano y me da la vuelta justo antes de agarrar el pomo. Pega mi espalda a la madera y su pecho contra el mío.

—Pero vas a hacerlo, porque estoy harto de que salgas corriendo cada vez que la situación se pone intensa. —Mete la mano derecha por debajo de la falda y me acaricia el muslo. Cierro los ojos y dejo de pensar.

—Sientes lo mismo que yo, cuando te toco todo se ralentiza, todo deja de existir, incluso tu marido vale una mierda cuando estamos juntos. Porque lo nuestro es de verdad, no como esa jodida relación que no te lleva a ningún sitio.

—Déjame salir —suplico, con los ojos cerrados.

—Debería follarte hasta hacerte entender que lo nuestro es más que el calentón del momento.

De nuevo, unos golpes en la puerta me salvan de morir ahogada bajo la intensidad de Pablo.

—Pablo, sé que estás ahí. Abre ya de una puta vez —la voz de Allan nos despierta y nos separamos.

Clava la mirada en la mía y sólo me queda una cosa por hacer.

—Adiós, Pablo. Lo mejor será que no nos volvamos a ver.

—¿Lo mejor para quién?

—Para todos, joder.

—No me incluyas a mí. Me quedaré hecho una mierda si te vas y me dejas así.

—Estarás bien. Seguro que sabes cómo entretenerte. —Me atraviesa con la mirada, molesto por mi comentario.

Me giro, abro la puerta, saludo a Allan, que me mira con cara de desaprobación, y salgo corriendo de esa habitación de hotel donde no debería haber entrado.

## DECISIONES

Al día siguiente, me levanto, recojo mis cosas y vuelvo a casa, haciendo caso omiso a mi ayudante que insiste en que hagamos uso del Spa. Lo dejo camino de darse un relajante masaje corporal y paro un taxi en la puerta del hotel.

—¡Nerea! —Allan llega hasta mí escondido detrás de unas gafas de sol y una sudadera con capucha que le tapa la cabeza—. ¿Podemos hablar un momento?

—El taxi me está esperando. —Lo señalo en doble fila.

Este va hasta él, le dice algo y el coche desaparece entre el tráfico de la avenida. Vuelve hasta mí y me indica que el problema ya está solucionado. Sonrío porque me recuerda tanto a Pablo que me queda claro por qué son tan amigos.

—Deberías haberme preguntado antes de decirle que se vaya. Tengo mucha prisa.

—Es importante. —Encuentro su semblante demasiado serio.

—Me estás asustando.

—Vamos a un sitio más íntimo. —Camina hasta la puerta del halls, pero yo no lo sigo. Se gira y se explica—. Nerea. Aquí puede vernos la prensa.

Entramos en el salón de su habitación y me pide que tome asiento y me ponga cómoda, mientras él se quita la sudadera y la deja sobre la cama.

—¿Qué quieres, Allan? Iba en serio cuando te he dicho que tengo que irme.

—Es sobre Pablo.

—¿Qué le ocurre? —Trato de no ponerme nerviosa.

—Le costó mucho olvidarte.

—Vaya, directo al grano.

—Has dicho que tenías prisa.

Resoplo.

—Allan, lo entiendo, pero para mí tampoco fue fácil. —No sé a qué viene esto.

—Pero tú tenías a tu marido. Él estaba solo, se sintió tan solo que...

—¿Qué pretendes decirme?

—No sé qué estáis haciendo. Pasa casi todos los días contigo, pero dice que no tenéis nada. Cuando le pregunto si está bien, solo sabe contestarme con evasivas. Y últimamente bebe demasiado. Esto no es sano. No le haces ningún bien.

—Lo sé. Y... tranquilo —me levanto—, no nos volveremos a ver.

—Esa no es la cuestión. No sé si el daño ya está hecho.

—¿De qué estás hablando?

Piensa durante unos segundos lo que va a decir.

—Pablo y yo tuvimos problemas graves con las drogas. Estuvimos en un centro de desintoxicación unos meses. Hace casi año y medio que no tiene ninguna recaída, pero desde que has vuelto a aparecer en su vida... No sé lo que hace o deja de hacer, no me cuenta nada. Está esquivo, triste, depresivo... Estoy preocupado.

Me deja sin palabras y el cuerpo me comienza a temblar.

—Crees que cabe la posibilidad...

—Podría ser. No estoy seguro.

—¿Puedo hacer algo?

—Aléjate de él.

—Lo haré, Allan. Aunque no lo creas, solo deseo lo mejor para Pablo —replico molesta.

—No es eso, Nerea. Sé que jamás le harías daño... Pero no creo que esté preparado para que vuelvas a abandonarlo.

Medito lo que ha dicho durante un momento, respiro y cojo mi maleta por el asa. La arrastro hasta la puerta y, antes de abrirla, paro y giro la cabeza hacia atrás.

—Cuida de él, por favor. —Asiente con la cabeza y me ofrece una sonrisa complacida—. Y cuídate tú también.

—No te preocupes. Estaremos bien.

No veo a mi marido hasta el domingo por la noche a la una de la madrugada, hora en la que llega de un viaje de negocios. Y hora en la que se acuesta después de darme un beso e informarme de que el vuelo ha sido muy

estresante por las turbulencias y que necesita relajarse y dormir. Lo hace durante más de ocho horas, cuatro de las cuales yo las paso mirando el techo de la habitación y paseándome por los pasillos de nuestra casa pensando en qué estoy haciendo con mi vida y por qué no doy el paso definitivo para cambiar lo que no me gusta de mi día a día. Durante los primeros minutos me aterrorizo al darme cuenta de que separarme de Sebastian es la única opción posible para empezar a entenderme y a aceptar lo que realmente me ocurre. Lo tengo claro mucho antes de lo que esperaba, pero me niego a dar un paso sin meditarlo el tiempo suficiente. Trece años se merecen hacer las cosas bien y yo no deseo volver a cometer ningún tipo de error. Los siguientes días los paso meditando. Joel se da cuenta de que mi cuerpo trabaja de una forma mecánica, pero que mi mente vuela muy lejos de allí. No le cuento lo que me ocurre, ni a él ni a las chicas ni a Cristina. Sé que esta decisión debo tomarla sola, sin influencias ni opiniones externas que puedan falsear lo que siento en realidad. ¿Tiene algo que ver Pablo con mi deseo de divorciarme de Sebastian? Esta pregunta me la hago varias veces, y la respuesta siempre es la misma: no. No. Yo quiero separarme porque no soy feliz junto a él, porque no lo quiero de esa forma que se debe querer, por mucho que lo he intentado, y porque nuestros caminos se han separado tanto que habitamos universos paralelos. No hay nada que me haga desear seguir casada con mi marido.

Las chicas me llaman y les doy largas excusándome con el trabajo y la temporada de bodas. Una de las tardes me atrevo a contactar con Allan y preguntarle por el estado de Pablo. Me dice que no me preocupe, que se encuentra bien, componiendo la mayor parte del día.

El jueves llego a casa muy cansada, la cabeza me va a estallar de tanto darle vueltas a lo mismo una y otra vez, una y otra vez.

Entro en la cocina a por un vaso de agua para tomarme un analgésico de esos para caballos. Maldita migraña. Sebastian está sentado en uno de los taburetes con un vaso de whisky en un mano y un puro habano en la otra. Le doy las buenas noches, sin embargo, no me contesta. Abro el grifo, lo lleno, me lo bebo, lo dejo en el fregadero y lo miro. Él sigue sin decir nada. Deja el puro sobre el cenicero, se bebe el líquido ambarino de un trago y sale al salón con el vaso vacío en las manos y en el más puro silencio.

Interpreto que va a rellenarlo al mueble donde guardamos el alcohol y lo sigo.

—¿Qué te apetece cenar? —pregunto a varios pasos de él, mientras saca la

botella y llena el vaso hasta la mitad.

—Nada. —La guarda, cierra la puertecita de cristal y me mira con intensidad. Camina hasta mí, me agarra del cuello y me besa, haciendo fuerza sobre mi piel. Me siento incómoda y lo empujo hacia atrás, apartándolo.

—Me has hecho daño. —Me toco el labio con un dedo, lo observo y me doy cuenta de que está manchado de sangre.

—¿No dices siempre que nos falta pasión? —Bebe un sorbo—. ¿Te la doy y te quejas? —Este es el momento exacto en el que me doy cuenta que la copa que sostiene entre sus manos suma más de dos.

—Eso no era pasión. Era hastío, furia y soberbia. ¿Por qué estás enfadado?

—¿De verdad me lo preguntas? —Sonríe con un cinismo desmesurado.

—Estás borracho. —Observo con desprecio.

—Llevo toda la tarde tratando de entender qué es lo que nos pasa, por qué no estás en casa ni cuando estás aquí, por qué ya ni me miras, por qué cuándo lo haces me siento como si fuera un lastre para ti. —Arrastra la última palabra.

—Deberías dejar de beber.

—Y tú deberías dejar de mentirme.

—¿Qué quieres que te diga? —contesto, hastiada.

—Lo que llevas pensando meses. —Me clava la mirada y yo me siento desnuda. Sebas me conoce mejor que nadie y sabe leer a través de mí. No sé cómo he podido olvidarlo.

—Y, si lo sabes, ¿por qué no me lo dices tú?

—Porque quiero escucharlo de tu boca —casi escupe con un rencor difícil de ocultar.

—¿Crees que no me atrevería?

—Claro que sí. Solo quiero concederte el honor de ser la primera que le ponga nombre a esto. —Nos señala de una forma muy despectiva.

—Nuestro matrimonio se merece un poco de respeto.

—¿Cómo el que tú le has tenido? —Da un paso hacia delante y bebe con brusquedad—. ¿Qué? ¿Crees que no sé dónde has estado? O debería decir... ¿con quién has estado estas semanas? ¿Tan imbécil me crees? —Arrastra las palabras.

—Será mejor que lo dejemos para mañana. No estás en condiciones... — Me agarra del codo y me pega a él, tanto que nuestros cuerpos chocan y mi boca queda a un centímetro de la suya.

—¿Te lo has follado? —musita con asco y aversión. No contesto y repite, más alto y fuerte—. ¡¿Te lo has follado?!

—¡No! —Lo empujo hacia atrás—. ¿Por quién me tomas? ¿Crees que sería capaz de engañarte?

—Yo creo cualquier cosa, Nerea. ¡Cualquier cosa! ¡Dime! ¡¿Te lo has follado?! —vocifera sobre mi cara.

—¡Ya te lo he dicho! ¡No! ¡No! ¡No! —chillo yo también.

—¿Y qué habéis estado haciendo? ¿¡Qué tengo que creer yo que ha estado haciendo mi mujer con una jodida y mundialmente conocida estrella de rock!? ¿Qué? ¿Qué? ¡¿Qué?! —Tira el vaso sobre la mesa y el fuerte estruendo de los cristales al chocar me asusta. Doy un pequeño paso hacia atrás. Sebas respira, cierra y abre las manos y trata de tranquilizarse—. Por fortuna —sigue— esta vez la prensa no os ha hecho fotos.

—¿Esta vez?

—Ya me avergonzaste hace tres años delante de medio mundo. No quiero que vuelva a ocurrir lo mismo.

—¿Eso es lo único que te importa? De todo lo que hemos pasado. De trece años... ¿Eso es lo que te preocupa?

—¡¡No me digas qué debe preocuparme!! ¡¡Mi mujer va a abandonarme por un niño lleno de tatuajes que la dejará tirada en cuanto se aburra de ella!! ¡Ya te lo dije una vez! ¡Ese destroza los hogares, no los crea! ¡No va a dejar su vida por ti!

—Yo no quiero que deje nada. ¡Pablo no tiene nada que ver! ¿Me escuchas? No sabes lo equivocado que estás. ¡Pablo y yo no tenemos nada! ¡¡Nada!! —Miento solo un poco—. Lo nuestro está roto desde hace mucho tiempo. ¡¡Mucho!! ¡Y si no quieres verlo, es tu problema! Estoy cansada de intentarlo, de llegar a casa y sentirme sola, de darnos tiempo, de concedernos oportunidades. Ni Pablo ni nadie tiene la culpa de que nuestro matrimonio esté muerto, Sebastian. Ni siquiera tú y yo. Nuestro amor terminó y debemos aceptarlo.

—Habla por ti. Yo sí te quiero.

—Tú no me quieres. Solo quieres quererme, pero con eso no basta.

—¡Cállate! ¿Vas a decirme lo que siento? ¿Qué derecho tienes? Ni siquiera te has preocupado por saber qué pienso. ¡Solo te preocupas por ti! ¿Cómo vamos a solucionar esto si yo te importo una mierda?

—¡Eso no es cierto! Durante mucho tiempo has sido el pilar de mi vida.

Llevo intentando sacar adelante nuestro matrimonio desde... hace tanto que ni me acuerdo. Tanto que se me ha olvidado lo que realmente importa.

—¿Y qué importa? ¿Follar con otro?

—¡Yo no follo con nadie! ¡Deja de decir eso! ¿Follas tú con otras? ¡Porque conmigo no lo haces!

—¿Ese es el problema? ¿No te follo lo suficiente? ¿Necesitas más? ¿Necesitas más variedad? —brama.

—¡Se acabó! ¡No tengo por qué escucharte! —Camino hasta la habitación de invitados y me encierro en ella, dando un portazo que escucha, estoy segura, hasta el vecino del primero.

—¡Te odio! ¿Oyes eso? ¡Te odio más que a nada! —sus voces retumban a través de la madera y las paredes. Un momento después oigo un fuerte estruendo y a punto estoy de salir y comprobar que está bien, sin embargo, el silencio que me llega a continuación y sus pasos hasta nuestro dormitorio me convencen de que quedarme aquí metida es la mejor decisión.

Me gustaría decir que la luz de la ventana me despierta, reflejándose suave sobre la piel de mi cara, pero no. Cuando amanece, yo llevo varias horas con los ojos abiertos de par en par. He estado casi toda la noche llorando, dándole vueltas a la cabeza y buscando un indicio, aunque solo sea uno, que me haga pensar que tal vez deba luchar por mi matrimonio una vez más. Sin embargo, no he encontrado ni una sola razón para volver a intentarlo. No hay nada que arreglar porque no solo está roto, nada lo ha destrozado; ha desaparecido en el tiempo, nuestra falta de ganas para con el otro ha ido diluyendo nuestro amor, evaporando todos los momentos buenos y quitándonos las ganas que nos teníamos.

Ganas.

Con Pablo me sobran.

Con Sebas me faltan.

Salgo del dormitorio ataviada solo con una camiseta vieja y ancha que encontré en uno de los cajones, los ojos hinchados y el pelo desordenado de todas las vueltas que he dado sobre el colchón. Camino hasta el salón, pero no salgo del pasillo; escucho pequeños ruidos en nuestra habitación y entro sin pensarlo, empujando la puerta despacio.

Veo a mi marido, vestido con vaqueros, polo negro y un semblante serio y triste que me llega directamente al corazón. Se mueve despacio, pero a un

ritmo constante, coge ropa de los armarios y cajones y la mete, debidamente doblada, en un par de maletas abiertas sobre la cama. Me quedo de pie observándolo, sin nada que decir, aunque me gustaría explicarle tantas cosas que la mayoría se agolpan tras el nudo que de nuevo se forma en mi garganta. Coge varias corbatas del armario y, cuando cierra el cajón y se gira hacia mi posición, se topa con mi mirada. Durante un par de segundos, ninguno decimos nada. Un momento después, mete las prendas en la maleta más pequeña y la cierra.

—Me voy —dice en tono pasivo agresivo.

—¿Necesitas que te ayude? —casi musito.

—No, está bien.

Me acerco a él aunque haya rechazado mi ayuda, doblo un par de camisas que veo sobre la colcha y las coloco con cuidado con el resto del equipaje. Entre los dos guardamos las pocas prendas que quedan. Lo escucho suspirar con fuerza y lo observo. Tiene los brazos en jarra y mira al techo.

—Sebas... —Doy un paso acortando nuestra distancia.

—No lo digas.

—Quiero hacerlo. No pretendo que te vayas sin saberlo.

—Nada importa. —Me clava sus ojos, apesadumbrado, y me doy cuenta de sus ojeras, tan oscuras como las mías—. Mi mujer me abandona.

—Te he querido más que a mi vida. —Una lágrima asoma por mis ojos—. Me casé contigo completamente enamorada; me enamoré de ti, de tu forma de ser, de tu forma de tratarme. Estos trece años no han sido en vano. Y nunca me arrepentiré de haberlos pasado a tu lado.

Inspira con fuerza, mantiene el aire dentro y lo expulsa poco a poco y sin prisas.

—Yo... no puedo... —Se señala el pecho varias veces.

—A mí también me destroza esto. Aunque no lo creas, hubiera preferido que fuese de otra manera.

Se lleva dos dedos al arco de la nariz y cierra los ojos durante unos instantes.

—Necesito saberlo... —Levanta la mirada y me la clava. Y no tiene que hacerme la pregunta de forma directa y clara. Trece años son suficientes para conocer a alguien a la perfección.

—No ha ocurrido nada entre Pablo y yo.

—¿Le has besado?

—Sí —contesto tratando de ser honesta. Se lo debo. A él y a nuestros diez años de matrimonio.

—Joder... —Se sienta en el filo de la cama, agacha la cabeza y se la agarra con las dos manos.

—Sebas, mírame. —Me arrodillo frente a él—. Solo ha sido una vez y... No me he acostado con él. Solo... —cojo aire— me ha ayudado a darme cuenta, sin saberlo, que no quiero seguir casada contigo. Yo... Yo ya no te quiero.

—Es duro escuchártelo decir. —Sus ojos comienzan a brillar.

—Lo sé, pero es la verdad. Tengo que ser sincera contigo.

—Y debería agradecértelo. —Se tapa la cara con las manos, escondiendo las lágrimas detrás de ellas—. Pero por ahora no puedo. —Solloza—. No puedo.

—Sebas... —musito—. No quiero hacerte daño... —Lo abrazo. Él se aferra a mí como un salvavidas.

—Me cuesta aceptar que esto es lo mejor. —Me mira con las mejillas llenas de lágrimas.

Comienzo a llorar y le acaricio la cara.

—Lo es.

—No puedo... No quiero... —Volvemos a abrazarnos—. Te quiero.

—Y yo a ti, pero no como tengo que quererte.

Lloramos agarrados al otro mucho tiempo. Ninguno de los dos se ve capaz de separarse del todo y dar el paso definitivo. Yo tampoco, he de admitir. Estoy más aterrada que hace tres años, cuando nos separamos después de una gran discusión. Y tal vez sea por eso. Por el hecho de que sé que esta vez lo hemos meditado, (él también), y que la decisión la tomamos convencidos de lo que hacemos. Yo no quiero seguir casada con él, pero estoy segura de que él conmigo tampoco, aunque todavía no se haya dado cuenta. Lo que sucede es mucho más complicado que admitir que nuestra historia de amor ha llegado a su fin. Sí, mucho más. Ahora llega la larga y ardua tarea de enfrentarnos al futuro solos, sin un compañero al lado que te apoya en todo, de acostumbrarnos a otro ritmo, a mirar el otro lado del sofá y no encontrar a nadie para sonreírle y preguntarle cómo le ha ido el día, o que se preocupe por el tuyo. Nadie nos dará la mano para levantarnos en una de esas tantas caídas. Aceptar que nos equivocamos y que la persona que creíamos como el amor de nuestra vida no lo es, es un trago difícil de superar.



## SEGUIR

—Putá. —Es lo primero y único que me dice Rocío cuando le abro la puerta de casa el miércoles, cinco días después de que Sebastian se fuera. No les he dicho nada, pero no lo he hecho adrede, solo necesitaba un poco de tiempo para asimilar lo que ocurría y hacerlo sola. Anteayer llamé a Cristina para contárselo y casi me arrepiento; me ha costado sudor y lágrimas (y prometerle que un día saldremos de fiesta y yo pagaré todo) lograr que no se instale aquí unos días. Lo último que me hace falta ahora mismo es tener a mi hermana pequeña conmigo, diciéndome lo gilipollas que he sido durante estos tres años y que me merezco pasar por lo mismo otra vez, por idiota profunda. Joel también está al tanto, pero este lo averiguó solito; en cuanto me vio la cara de «espárrago frito», palabras textuales, supo qué había ocurrido. Y me dio su opinión, por supuesto, él no puede hacerse un nudo en la lengua, ¡o tragársela! Me dijo algo así como «Ya era hora, reina. Ese hombre no es para ti. Una diva necesita un divo, no un soplagaítas que no sabe ni utilizar la polla».

Mi simpática amiga (nótese la ironía), a continuación de insultarme, me da un abrazo y un cariñoso beso en la mejilla.

—¿Estás bien? —Carol hace lo mismo, y entramos las tres en mi salón.

Me tiro en el sofá y suspiro.

—Estoy bien. No os preocupéis.

—¿Por qué no nos has dicho nada? —pregunta la actriz.

—No lo sé. Necesitaba desconectar de todo. Necesitaba... pensar.

—¿Y a qué conclusión has llegado? —Ahora es la pediatra la que desea saber.

—Que he hecho lo correcto. Me siento sola, pero no lo echo de menos a él. Es más como... como... No sé. Me siento liberada.

—Tal vez sea demasiado pronto.

—No sé qué va a pasar, pero no estoy enamorada de él. Lo tengo claro, y

no puedo equivocarme en eso.

—Lo sé, cariño —Carol me agarra de la mano y la aprieta—. Hasta yo me he dado cuenta de que no eres feliz con Sebas. Pero... tengo que preguntarte una cosa.

Asiento con la cabeza levemente, esperando y sospechando lo que va a decir.

—¿Tiene Pablo algo que ver en la decisión que has tomado?

—No —contesto sin dudar ni un ápice.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Pero estás deseando follártelo —apostilla Ro—. Admítelo.

—No sé ni por qué estamos hablando de él. Pablo no tiene nada que decir.

—Pablo tal vez no, pero yo sí —protesta Carol de alguna forma—. No quiero que tomes esta decisión por una razón equivocada.

—Ya os lo he dicho. Ha sido meditada. Llevo pensándolo meses, aunque hasta ahora no le he prestado atención a lo que mi subconsciente ya sabía. Algunas veces me pregunto si fue buena idea volver con él hace tres años.

—Deja de darle vueltas a eso. Te conozco. Si no lo hubieras hecho, siempre te lo estarías recriminando.

—Creedme. Lo hago por mí. Quiero ser feliz. Pero de verdad. Sola. No necesito a nadie a mi lado para conseguirlo.

—¿En qué podemos ayudarte?

—Solo os pido que me acompañéis. Sin criticas ni reproches. Y sin intentar convencerme. Necesito vuestro apoyo, no vuestra opinión. La decisión está tomada.

—Nunca se nos ocurriría convencerte de nada que no quieras hacer, pero no puedes impedirnos que te digamos lo que pensamos.

Miro a las dos, levanto las cejas y les indico que ahora es el momento.

Empieza Carol.

—Creo que separarte de Sebastian es lo correcto, pero algo me dice que Pablo te ha empujado a ello y no va a salir bien.

Ignoro su teoría y poso mis ojos sobre Rocío.

—Aprovecha, folla mucho y disfruta. Si es con Pablo, perfecto. Si también lo haces con muchos otros, mejor. La vida es demasiado corta para pararnos a pensar por qué hacemos las cosas. Las hacemos y punto; y lo único importante es ser feliz en el proceso.

Pues ya sé lo que mis amigas consideran al respecto, ahora haré lo que me venga en gana.

—Anda, llevadme a cenar algo. Me estáis matando de hambre y de sed. Ni siquiera nos has ofrecido un vasito de agua. —Se queja la andaluza.

—Llevas razón, pero ¿desde cuándo necesitas tú que yo te invite en mi casa?

—Vale, me has pillado. Tengo ganas de que me dé un poco el aire. Y a ti también te vendría bien. ¿Desde cuándo no sales de aquí?

—Voy a la oficina cada día.

—Eso no cuenta. Dúchate y nos vamos a tomar un vinito.

Caminamos subidas en nuestras magníficas pero diferentes sandalias hasta la calle López de Hoyos y entramos en Mr Lupin hablando sobre lo bien que le sienta al actor Brant Daugherty los trajes de chaqueta en la película Cincuenta Sombras Liberadas. La conversación no ha sido elegida al azar. Es que lo hemos visto (y admirado) en una de las vallas publicitarias de una parada de autobús y discutimos sobre el claro hecho de que el guardaespaldas de Anastasia está mucho más bueno que Grey. Rocío y yo coincidimos en esta afirmación, sin embargo, Carol discrepa y defiende a muerte el perfecto e insuperable aspecto físico del protagonista masculino de esta saga.

—Yo perdería las bragas por El Señor de La Mansión. —Suspira Ro.

—Jesse Ward no tiene comparación con nada. Me lo he imaginado tantas veces y de tan diferentes maneras que no logro ponerle cara. —Suspiro yo.

—Te olvidas de Gideon. —Suspira Carol.

—Me pregunto dónde pueden encontrarse esos hombres tan atractivos. Esos no se ven en la vida real. —Pienso en voz alta.

—Mira, ahí hay uno. —Rocío señala hacia la barra del local mientras tomamos asiento alrededor de una de las mesas.

—¿Ese no es Hugo? —pregunta la otra.

Levanto la cabeza unos centímetros y veo al hermano de Lucas hablando con otro hombre a pocos metros de donde estamos.

—Nosotras buscando un mapa que nos llevara hasta ese tipo de espécimen y estaba aquí, en Mr Lupin. Ve a saludarlo, nena. Y dale un buen morreo de mi parte —me pide la andaluza.

—No quiero molestarlo. Parece ocupado —me excuso.

Rocío pone los ojos en blanco y susurra algo así como «jodida estrecha».

Pedimos un par de tapas cada una y una botella de vino blanco. Tras los días que llevo y lo largo que se me ha hecho el de hoy, a la segunda copa estoy, como diría mi amiga Luisa, a la que hace tiempo que no veo, «pilotando», o lo que es lo mismo, tan mareada como para no distinguir entre lo atrevido y lo osado. Creedme, una línea muy fina los separa. Así que reímos sin contenernos y mis endorfinas se disparan, creando un estado efímero y ficticio de infinita felicidad.

—Me he acostado con Carlo. —La actriz lo dice como si no importara.

—¿Qué? ¿Habéis vuelto?

—¡No! ¡Solo me folló en una de las mesas de Temaka!.

—Me gustaría saber qué hacías allí —manifiesta Carol.

—A mí me gustaría saber en qué mesa fue para no sentarme a comer más en ella —aclaro yo.

—Fui a verlo. Lo echaba de menos, me apetecía follar con él y fui en su busca. Las mujeres podemos hacer eso ¿sabéis?

Pongo los ojos en blanco y echo la cabeza hacia atrás. Por supuesto que las mujeres podemos hacer lo que nos dé la gana cuando nos dé la gana sin que nadie nos critique ni nos lapide, pero ahí existen sentimientos por ambas partes y puede ser un error confundirlos.

—No es eso. Haz siempre lo que te apetezca —recuerdo a Pablo en estas palabras—, pero debes tener en cuenta que esa persona te quiere y puedes hacerle daño. Ten cuidado.

El camarero se acerca a nosotras y nos pregunta si está todo bien. Le damos las gracias por el trato recibido y le pedimos que traiga la cuenta.

—¿Qué tal con Andrés? No has dicho gran cosa —pregunto mientras esperamos.

—Igual. —Se encoge de hombros y pone el vaso delante de sus ojos—. Como este vino, tiene el sabor de siempre.

Nos reímos.

—¿Y los niños están bien?

—Sí, pero debería irme. Llevo todo el día fuera y la niñera se va a hacer rica con las horas extras.

—Vete ya, yo invito.

—¿A mí también? —nos interrumpe Rocío.

—Claro.

Da pequeñas palmaditas.

—Eres un sol. —La doctora me da un pequeño beso en la mejilla, coge el boso y se levanta—. Mañana os llamo.

—Voy al baño mientras pagas, me va a explotar la vejiga.

Viendo que el camarero no me trae la cuenta, me levanto y voy a la barra a pagar cuanto antes; a mí también me ha entrado prisa porque me dé un poco el aire al tomarme la última copa de un trago.

—Aquí tiene. —Observo que la factura hace un total de sesenta y cuatro euros con sesenta y cinco céntimos. Busco dinero suelto en el monedero Diesel (regalo de Cristina), cuando alguien dice mi nombre a mi lado.

—¿Nerea?

Levanto la vista y me encuentro con los ojos oscuros de Hugo, con sus cejas levantadas a modo de sorpresa y una sonrisa muy sensual y varonil.

—¿Hugo? —Me hago la sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

—Estoy tomando una copa con un amigo. ¿Y tú?

—Pues lo mismo. He cenado con unas amigas.

—¿Qué tal estás?

—Bien... muy bien...

—Hugo, perdona. Nos están esperando... —Otro hombre, trajeado como él, nos interrumpe.

—Me alegro mucho de verte, pero tengo que marcharme.

—Claro, no quiero entretenerte. —Hago un gesto con la mano y sonrío—. Pásalo bien con tu amigo.

—En realidad es mi abogado. —Hace un simpático mohín—. No sé si sabes que me he separado.

—Cristina me lo dijo. Lo siento.

—No te preocupes. Ha sido lo mejor, pero... cuesta adaptarse.

—Lo sé, te entiendo. Yo también me he separado. —No busquéis explicaciones a por qué me abro tan rápido con Hugo y le cuento algo tan íntimo. Nunca hemos sido amigos, solo conocidos porque la familia nos unió, sin embargo... saber que pasamos por lo mismo me hace sentirme cerca de él. Y... el vino ayuda a desinhibirse.

Abre los ojos sin poder ocultar su sorpresa.

—No lo sabía. Lo siento —también se lamenta. Yo me río por lo surrealista de la improvisada situación y le contesto.

—Oh, no lo sientas. También ha sido lo mejor. —Ambos nos reímos.

—Tal vez esté entrometiéndome donde no me llaman. Pero... si necesitas

abogado, el mío es muy bueno. Que no te engañe su aspecto. —Me guiña un ojo—. Confío plenamente en él.

—Aún no... —Ni siquiera lo he pensado, no estoy en ese nivel. ¿Debería buscar un abogado? Tal vez hable con Andrés—. Ya tengo —zanjo el tema de una manera más limpia.

—De todas formas, si necesitas algo, no dudes en decírmelo. Toma. —Saca una tarjeta de la chaqueta y me la entrega—. Llámame cuando quieras.

—¿También de madrugada? —La cojo y sonrío (tratando ser sexi y sensual, pero me imagino como uno de esos memes que dan más risa que otra cosa).

¡Estoy flirteando con Hugo!

—No duermo demasiado, así que sí, también de madrugada. No hay problema. —Ríe él también y durante unos segundos ninguno dice nada. Me fijo en su dentadura blanca y perfecta, sus cejas arqueadas, su cara limpia y aseada, sin barba, nariz recta, pelo moreno y corto, hombros anchos y alto, muy alto.

—No quiero quejas cuando te llame a las cinco de la mañana —bromeo y rompo el silencio.

—Me encantará que lo hagas. —Amplía la sonrisa y unas arruguitas en los ojos me parecen de lo más atractivas.

—Hola, yo soy Rocío —se presenta sin avisar y demasiado cerca de él.

Hugo tarda algo más de dos segundos en dejar de mirarme y prestarle atención a ella.

—Ella es Rocío. —La señalo—. Debes conocerla ya.

—Si. Hemos coincidido alguna vez. Encantada de verla, señora.

—Señorita —apunta, sacando todas sus armas de mujer, con pestañeo incluido.

Pongo los ojos en blanco e ignoro su aclaración.

—Será mejor que nos vayamos —le informo.

—Ya tienes mi teléfono. Llámame algún día y hablamos.

Asiento levemente con la cabeza y me despido con un gesto de la mano.

—Habla, putilla —Rocío me agarra del hombro cuando salimos a la calle.

—Deja de insultarme. —Me profiere más insultos que mi nombre.

—Te dejo sola dos minutos y te pones a ligar con el tío bueno de tu cuñado. —Hace caso omiso a mi petición.

—Concuñado —dilucido.

—Lo que tú digas. Le has dado tu teléfono.

—Me lo ha dado él. —Abro el bolso y saco un cigarrillo.

—¿Y cuándo vas a llamarlo?

—¿Por qué das por sentado que voy a hacerlo?

Mi amiga mira hacia arriba y se muerde el labio inferior con los dientes.

—No sé... —Mueve la cabeza con impaciencia—. Está bueno, es simpático, amable y está claro que le gustas...

—¿Qué? —la corto— ¿Por qué piensas eso?

—Porque se ve, lerda. Eso se ve. Ahí había algo. —Señala dentro del bar—. Lo he notado. Y no era por mí, para mi desgracia.

—Estás loca, yo no he notado nada. —Me enciendo el cigarrillo y le doy una calada—. Además, es hermano de Lucas, sé, por experiencia propia, que está pasando una situación difícil y meterme ahí no es buena idea, y solo hace unos días que me he separado.

—Pues nada. ¿Durante cuánto tiempo piensas hacer luto? ¿Dejarás que te salgan telarañas en el chumino?

—¡Rocío! —le grito y me río por su salida de tono.

—Solo quiero saberlo. Soy tu amiga y me preocupa tu salud sexual.

—Gracias por tu preocupación, pero ahí no me va a salir nada. Vámonos, quiero acostarme. —Caminamos hasta mi casa calle arriba. Dormiré en mi habitación de invitados.

—¿El luto piensas cumplirlo también con Pablo? —pregunta, como si nada, bajo la luz de la luna y el silencio de la noche.

—Cállate —le pido de manera muy escueta y escondiendo la sonrisa que me sale cada vez que pienso en él.

Entrar en mi piso me cuesta, aunque esta noche me acompañe Ro. Sentirme sola era un sentimiento habitual, sin embargo, se ha acentuado tras la marcha de Sebastian. Ha mutado en muchos aspectos. Antes sabía que lo tenía ahí, aunque casi ni estuviera presente. Y ahora ha desaparecido de todos lados. No escucho el ruido de su silla en su despacho cuando traía trabajo a casa (que lo hacía a menudo), solo corre agua en la ducha si la utilizo yo, apenas se ensucia la vajilla de la cocina, la cama no se deshace lo suficiente y casi no se escuchan pasos sobre las baldosas. Sola. Estoy realmente sola y, aún siendo así, lo prefiero a pasar las horas con una persona que no me hace feliz.

Una semana más tarde, Joel vuelve a repetirme los problemas que está teniendo para cobrar el cumpleaños de Allan. Le hago saber que no debe preocuparse y que habrá habido un error a la hora de realizar la transferencia.

—Llama al roquero y le preguntas. A mí no me coge el teléfono — refunfuña.

No me extraña lo que dice y no le hago demasiado caso. Ya se arreglará.

—Dile a Mía que insista hasta que conteste. Alguna vez lo hará. —Sigo a lo mío y termino con la lista de invitados de los tres próximos eventos.

—He llamado a su mánager. —Mi ayudante vuelve a irrumpir en mi despacho una hora después—. Me ha pedido que me pase por esta dirección y él lo arreglará todo.

—Está bien —suspiro, resignada por la cantidad de interrupciones que estoy teniendo esta mañana—. ¡Pues ve!

—No puedo, *queen*. He quedado con un nuevo cliente dentro de media hora en el centro. ¿Recuerdas? El dueño del papel de váter púrpura.

—Lo atenderé yo.

—Es amigo de un amigo, Reina Mora. Espera que sea yo quien vaya.

—Pues envía a Mía a hablar con Arthur. —A mí no me apetece en absoluto. Prefiero arrancarme los pelos de las pestañas de uno en uno.

—Se ha ido, tenía cita con el médico.

—¿Dónde es? —Me resigno.

—No estoy seguro. Pilla un taxi y le das la dirección. Creo que es en las afueras. —Alarga la mano y cojo la nota con los dedos.

El taxi me deja en la puerta de una gran nave industrial en un polígono al norte de la ciudad. Le pregunto al taxista si está seguro de que es aquí y me contesta, con razón, que esta es la dirección que le he dado. Miro a ambos lados y un escalofrío me recorre la piel, no se ve a nadie ni se escucha nada. Todas las demás naves están cerradas a cal y a canto y solo hay un par de coches aparcados en la calle.

—Está bien. Gracias. —Lo despido y lo observo desaparecer. Unos segundos y... soy la única persona del mundo.

Busco el timbre por la fachada, sin embargo, no lo encuentro, así que doy un par de golpes con el puño cerrado sobre la puerta y esta se abre unos centímetros, los suficientes para ver que hay luces encendidas dentro. La

empujo y la cruzo, clavando mis tacones en una especie de moqueta negra. Poco a poco mis ojos se acostumbran a la oscuridad del lugar y me doy cuenta de que tengo delante un sofisticado estudio de grabación con set de rodaje incluido.

## ME DESESPERAS

—Hola, ¿hay alguien ahí? —Doy dos pasos hacia la luz principal, pero el tacón se engancha en el suelo y casi caigo de rodillas sobre este. Bufo, me echo el pelo hacia atrás y recoloco el bolso en mi hombro derecho.

A lo lejos atisbo la espalda de alguien y me dispongo a ir hasta él. Un chico tira de unos cables a la vez que habla por un pinganillo. Espero a que termine para no interrumpir.

—Disculpa —llamo su atención.

El chico se gira.

—Buenas tardes. Estoy buscando a Arthur Larson. Me está esperando.

—¿Puedes decirle a Arthur que tiene una visita? —Le habla al aparato que lleva pegado a la oreja—. Usted es...

—Nerea González. De eventos GonBa.

Aprovecho que intercambia unas palabras con la persona del otro lado para observar lo que me rodea. Agua sobre un plástico negro en el suelo, varias guitarras en una pared. Una lámpara enorme de lágrimas negras. Cuento tres cámaras alrededor del set y una percha con ropa oscura de diferentes clases.

—El señor Larson no está en estos momentos. Suba por esas escaleras. —La señala frente a nosotros—. La señorita Mayer la atenderá.

Piso sobre unos escalones de hierro pintados de negro y llego hasta una puerta del mismo color. Una voz de chica, joven, con acento inglés, me invita a que pase.

—Hola, buenas tardes, soy Nerea González.

—Hola, mi nombre es Samantha Mayer. —Se levanta, camina hasta mí y me estrecha la mano—. Arthur ya me ha informado del malentendido. Lo arreglaremos en seguida. Siempre me encargo yo de estos temas, pero el señor Aragón quiso hacerse cargo en persona. Siéntese, por favor. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias.

Hablamos durante más de media hora de los detalles del evento. Le desgloso la factura y ella lo entiende todo la primera vez que se lo explico. No debe tener más de veinticinco años. Lleva el pelo largo y rubio, los ojos muy claros, igual que su piel y sus cejas. No puede negar que es inglesa. Le doy el número de cuenta y realiza una llamada ordenando que, de inmediato, se realice la transferencia. Firmamos los documentos pertinentes y le agradezco la eficacia y rapidez con la que lo ha solucionado todo.

—Disculpa, Pablo Aragón es una persona muy solicitada y ocupada. Ni se habrá acordado de esto.

—No se preocupe. Lo entiendo. —Dejo el bolígrafo que tenía en la mano sobre la mesa.

—Sam. —Alguien (¡Pablo!) entra sin llamar con paso firme y decidido—. Llevo esperándote en el coche más de diez minutos. ¿Dónde está todo el mundo? —Sigue hablando (en inglés). Estoy segura de que no me ha visto, el respaldo de la silla oculta mi menudo cuerpo por completo—. Vamos a llegar tarde a la cena. —Se detiene junto a mí.

Sam (para Pablo), Samantha (para mí y para el resto de mortales), se pone de pie y sonríe obnubilada. No hace falta ser un lince para darse cuenta de que la joven muchacha babea por él. No se lo puedo reprochar. Si yo tuviera un poco menos de ego y de dignidad, ahora haría lo mismo. Pelo peinado hacia atrás con tupé, barba abundante, chaqueta de cuero, camisa negra, pantalón vaquero desgastado, botas hasta los tobillos, un metro noventa de testosterona y olor a sexo por todos lados.

Joder con Pablito.

—Cariño, estoy con alguien —le avisa.

Punto uno: Le ha llamado cariño.

Punto dos: Él no ha puesto mala cara al escucharla.

Punto tres: ¿Y a mí qué más me da?

Punto cuatro: Claro que me da. Me muero por dentro ahora mismo, pero lo negaré repetidamente hasta creérmelo.

Pablo mira en mi dirección hacia abajo y me hace sentir muy pequeña. Supongo que la situación aumenta esta sensación. No puede ocultar la cara de sorpresa aunque lo intenta. Sus ojos y mis ojos se encuentran y casi se retan.

—Pablo, ella es Nerea González, la dueña de la empresa que preparó el cumpleaños de Allan. Supongo que os conocéis.

El silencio sigue reinando entre nosotros durante unos segundos más.

—Sí —lo rompo yo. Me levanto y le ofrezco mi mano—. Hola, encantada de volver a verlo.

Él la estrecha y lo veo arrugar levemente el entrecejo y echarme una mirada desconfiada.

—Ya me iba. —La suelto y me dirijo a Samantha—. Gracias por solucionarlo todo —le reitero mi agradecimiento y salgo de la habitación.

Bajo las escaleras todo lo rápido que mis tacones me permiten, cruzo el set de rodaje y salgo a la calle aspirando el aire de la solitaria calle. Miro hacia todos lados buscando algún resquicio de vida, una persona, un coche, un taxi, una parada de autobús, ¡un camión que pueda acercarme a la ciudad! En estos momentos subiría en monopatín con tal de alejarme de aquí. Cojo el móvil e intento llamar a un taxi, pero se agotan las llamadas sin que me atiendan en la centralita. Vuelvo a marcar.

—Nerea. —Pablo llega hasta mí.

Yo lo ignoro y espero a que el Karma se ponga de mi lado y aparezca un taxi (o un carruaje en forma de calabaza tirados por dos ratas ¡qué mas da!) por la esquina.

—Nerea —insiste.

—Perdona. —Tapo el teléfono con la mano—. Si no te importa, estoy hablando. —Le regalo una sonrisa forzada y me giro unos centímetros. Tres tonos y me quita el móvil de un tirón— ¿Se puede saber qué haces? — Levanto las cejas y el mentón.

—No estabas hablando.

—Estoy intentando llamar a un taxi.

—No hace falta, yo te llevo.

—Preferiríairme caminando descalza sobre brasas ardiendo. —Alargo la mano para hacerme con mi teléfono, pero es más rápido que yo y lo retira. — Dámelo —le ordeno.

—No.

—Pablo, no estoy para juegucitos.

—Te lo doy si dejas que te lleve.

—No quiero interponerme entre tú y Sam. —Levanto la mano—. Quiero decir Samantha. —Sonrío con cinismo.

—No tienes derecho a estar celosa. —Arquea una ceja.

—No lo estoy. Tú tienes una cita y yo mucha prisa. Dame el teléfono — repito, muy seria.

Nos desafiamos con la mirada.

—¿Por qué has venido hasta aquí?

—Porque no pagaste la factura del cumpleaños de Allan y no respondías a mis llamadas.

—Tú no me has llamado.

—Lo hizo la oficina y has hecho caso omiso. Mi empresa se gastó mucho en ese evento. No todos tenemos tanto dinero como tú. Los demás necesitamos cobrar nuestro trabajo si queremos comer y llegar a fin de mes.

Recapacita sobre lo que le digo y se da cuenta de que ha sido, por lo menos, irresponsable y poco profesional.

—Soy imbécil. —Se toca el cuello.

—Mucho. Pero no importa. Lo que no entiendo es por qué no dejaste que tu novia se ocupara si es su trabajo.

—Porque no sabía cómo llegar a ti —asegura, con la franqueza que le caracteriza.

Ignoro su comentario y vuelvo a pedirle que me devuelva el teléfono.

—¿Tienes prisa? ¿Te está esperando tu marido? —pregunta con una insolencia que me cabrea—. ¿Se enfadará si se entera que estás sola conmigo?

—No eres imbécil. Eres gilipollas. ¿Sabes qué? Quédate con mi móvil. Prefiero comprarme otro a tener que estar aquí un segundo más. —Doy un paso en dirección a la carretera, pero él me detiene agarrando mi brazo con su mano.

—¿Por qué estás enfadada conmigo? He hecho lo que me pediste.

—Gracias. Pues sigue haciéndolo. —Tiro del brazo y me suelto. Llego junto a la calzada y suspiro. ¿Cómo vuelvo a la ciudad? Debe haber por lo menos veinte kilómetros hasta el centro.

—Hasta mañana, Pablo. —Escucho la voz del chico que me recibió. Le miro y le pregunto hacia dónde va. Me lo indica y le pido que me lleve y me deje en una parada de metro o autobús.

—Eh... —Duda. Miro hacia Pablo y este está negando con la cabeza, advirtiéndole, de alguna forma, que, si me lleva, no venga a trabajar mañana.

—No importa. Esperaré al taxi —tranquilizo al pobre muchacho.

Este desaparece con cara de circunstancia y atravieso a Pablo con la mirada.

—No me voy a ir contigo y con tu novia.

—Deja de llamarla así, es solo una amiga.

—Pues deberías decírselo a ella. Creo que no lo tiene muy claro.

—Sam sabe muy bien lo que hay entre nosotros.

—¿Y qué hay? —Me cruzo de brazos y levanto el mentón.

Él aprieta la mandíbula y no dice nada.

—¿Te la tiras? —sigo.

—No tienes derecho a preguntarme eso. Ni siquiera dejas que sea tu amigo.

—Tú no sabes ser amigo de una mujer. Como no pudiste follarme, preferiste echarme de tu lado.

—Eso no es verdad. Me echaste tú. ¡Tú me pediste que no te llamara más! ¡No querías verme! ¿A qué viene esto ahora? Llevo años haciendo lo que me pides. ¡Y siempre tengo que alejarme de ti! —vocifera.

—No me grites.

—Me desesperas. Estoy cansado de esto. —Se revuelve el pelo.

—No te molestaré más. Lo de hoy ha sido casualidad. Si hubieras abonado el evento, no habría venido hasta aquí.

—Lo sé. Tú nunca vienes a mí.

—Y el tiempo me da la razón. Siempre te encuentro con otra mujer.

—No seas hipócrita. Tú estás casada.

Un coche aparca a nuestro lado y Allan baja de él.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta con escepticismo, y me mira a mí con reproche. Ambos recordamos nuestra última conversación.

—Allan, ¿te importa llevarme a casa? —casi le suplico.

—Claro. He olvidado mi bolsa. La cojo y nos vamos. —Le echa una mirada de acusación también a Pablo y entra en el local.

—¿Te vas con él? —Da un paso hacia mí.

—No me das más opción y... Confío en Allan.

—¿Tu marido también se fía él? —dice con insolencia.

—Déjalo, Pablo. Yo también estoy cansada de esto.

—¿Tú estás cansada? ¿Tú, Nerea? ¡Soy yo el que se acuesta cada noche pensando que duermes con otro!

—No sigas por ahí —le pido, tratando de serenarme.

—¿Y por dónde quieres que siga? Espera. Prefieres estar conmigo que con tu marido, pero me echas de tu vida porque no puedes tirar por la borda tantos años de matrimonio —habla con cinismo—. Y me rechazas, no solo

una vez, sino incontables veces. ¡¿Y se supone que yo tengo que quedarme en casa a esperar que tú te acuerdes de mí y quieras obsequiarme con un poco de tu tiempo?! ¿Es eso? ¿Lo he resumido bien?

—Te equivocas —contesto, cortante—. Te equivocas mucho, pero no te culpo, no tienes por qué saberlo.

Inspira y se toca el cuello, alterado.

—¿Sí? ¿Y puedes decirme en qué cojones me equivoco? —vocifera.

—He dejado a Sebastian —contesto con toda la parsimonia que conozco.

Abre los ojos, asombrado, y solo escuchamos el aire rozarnos la cara y el tráfico de la autopista como un eco.

Allan sale a la calle y me pregunta si estoy preparada para irme.

—Cuando quieras.

—Nos vemos luego —se despide de Pablo, sin embargo, este ni lo mira, sigue con la vista fija sobre mí.

Me dispongo a caminar hasta el coche, pero él me detiene agarrándome con cierta presión por encima del codo.

—¿Qué has dicho? —pregunta bajo un áspero susurro muy cerca de mi oreja izquierda.

—Sebastian se ha ido de casa —repito.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —Me gira despacio y me enfrenta a él.

—¿Por qué tendría que haberlo hecho? —replico, tratando de no ponerme más nerviosa.

Abre los ojos y sonrío desanimado.

—Porque creí que, a pesar de todo, éramos amigos.

La frase consigue ablandarme un poco, pero nada cambia el hecho de que vivimos en dos galaxias completamente opuestas y que nuestros mundos ni siquiera convergen en la misma onda. Comprobado está que siempre terminamos discutiendo.

—Será mejor que me vaya.

—Si te vas, se acabó, Nerea. No pienso volver a perseguirte. Siento que lo llevo haciendo toda la vida. —Parece cansado.

—Nunca te pedí que lo hicieras. —«Eres idiota, Nerea. No, gilipollas. La gran gilipollas eres tú», me digo yo solita. No hace falta que me lo gritéis al oído.

—Las cosas que de verdad se sienten y se desean, se hacen sin esperar permiso.

Aprieta la mandíbula, traga, respira con profundidad y desaparece dentro de la nave.

Allan se incorpora a la autopista con cautela, demasiada si tenemos en cuenta el coche que conduce, un BMW deportivo y de alta gama. Ninguno dice nada durante los primeros kilómetros. Yo intento despegar el olor de Pablo de mi cuerpo y supongo que él trata de no inmiscuirse más de lo necesario.

—No podéis hacer eso —termina reprochándome. Y no le culpo. Alguien tiene que decirnos lo mal que estamos manejando la situación.

—Lo sé —suspiro—. Pero no lo he buscado, he venido por trabajo. — Pierdo la mirada en las casitas adosadas que se ven a lo lejos, tras la ventana —. ¿Cómo está?

—Está bien, me alarmé demasiado.

—Me alegra saberlo —aseguro. Y lo digo con sinceridad. Me quito un peso de encima cuando escucho que Pablo, ese chico cariñoso, simpático y bueno, no se ha metido en problemas desde hace mucho tiempo.

—Nerea. —El tono con el que dice mi nombre me indica que no me va a gustar lo que viene a continuación—. Pablo es mi mejor amigo, lo considero mi hermano, y solo quiero cuidar de él como él lo hace de mí. Me preocupa la relación, o lo que sea que tengáis, porque no va a terminar bien y las consecuencias para él serán muy caras.

—¿Por qué estás tan seguro que lo nuestro nunca funcionaría?

—Yo no he dicho eso.

—Por favor, sé sincero conmigo.

—Porque para estar con alguien como él hay que arriesgarlo todo. Y no todo el mundo está dispuesto a perder.

—Yo daría mi vida porque fuera feliz.

—¿Pero la darías aún sabiendo que tal vez nunca logre serlo?

Pienso sobre lo que me pregunta y la respuesta se me viene a la cabeza sin dudarle ni un instante. Amo a Pablo con todas mis fuerzas y apostaría mi vida aún sin estar segura de si la perdería por nada. Sí, daría mi alma aunque las posibilidades de ganar fueran pocas o casi nulas.

No le contesto, me guardo el razonamiento para mí y me dejo llevar por la música que rellena los silencios que se crean durante lo que queda de trayecto. No hablamos mucho más. Solo cruzamos palabras y escuetas frases,

llegando a ser monosílabas, en las que le indico el camino hasta mi piso. A la derecha. Izquierda. Es por aquí...

—Gracias por traerme. —Para frente a mi portal.

—Ha sido un placer pasar un rato contigo. —Sonríe bastante afligido y yo le devuelvo el gesto sin hacer alusión a por qué los dos reaccionamos así.

—Tengo que irme. Tal vez nos veamos otro día.

—Eso espero.

Abro la puerta y me dispongo a salir.

—Nerea —me llama—. Sé que te dije que te alejaras, pero... Búscalos. Tal vez sea lo que necesita.

Entro en casa rememorando lo que ha ocurrido. Deshacerme de la imagen de Pablo, enfadado por nuestra conversación y hasta dónde ha llegado, no parece misión fácil, sin embargo, una bofetada de recuerdos de mi vida con Sebas entre estas paredes arrasan con casi todas las imágenes de las horas anteriores. Mantenerme alejada de mi marido en momentos bajos me está costando un poco de esfuerzo por mi parte, y no atender sus llamadas casi diarias, algo que le debo a los dos. Entiendo que esté descolocado, yo también lo estoy, pero es máxima la tranquilidad que me inunda al respirar sola el aire de mi alrededor sin que nadie lo aprisione ni me presione a hacer y deshacer, a reaccionar de una manera u otra... La independencia de mi nueva vida supera todo lo malo de la misma.

Le envío un mensaje a Sebas en el que le pido espacio y tiempo.

«Por favor, no me llames si no es estrictamente necesario. Los dos necesitamos alejarnos. No hay vuelta atrás. En unas semanas podremos hablar con más tranquilidad».

Cierro la aplicación, dejo el móvil cargando sobre la mesita de noche y me doy una ducha que dura más de media hora. Y me relaja, sí, pero de nada me sirven los minutos invertidos si al salir del baño observo la pantalla del móvil encendida porque acaba de llegar un mensaje. Mi primer pensamiento, por razonamiento lógico, es que sea Sebastian contestándome, pero no tengo tanta suerte.

«Estoy cansado, sí. Cansado de tenerte sin tenerte, pero aún así no puedo sacarte de dentro. Lo llevo intentando más de tres años, pero no puedo. No

voy a suplicarte más. Estoy harto de que te alejes de mí cada vez que intento acercarme. Sabes quién soy y dónde estoy. Si quieres verme, ven a buscarme».

Ceno un poco de fruta tirada en el sofá y viendo una peli de los años cincuenta con la que consigo sonreír a duras penas. El mensaje de Pablo hace mella en mí y en mis ganas de ingerir ninguna clase de alimento. Una lágrima furtiva cae por mi mejilla hasta morir en uno de los cojines plateados al repetir en mi mente sus palabras, sin embargo me obligo a no llorar, aunque tal vez lo necesite. No he llorado la despedida de Sebas como creo que debería haber hecho, pero no voy a obligarme y a fustigarme por no reaccionar como una persona normal. Me quedo en un estado de duermevela semi inconsciente en el que me permito soñar con otra vida diferente, con otra vida en la que no hacer lo correcto estuviera bien, con otra vida en la que tomar decisiones sin pensarlo demasiado no fuera una locura.

En esas me hallo cuando algo me despierta de mi sueño mágico de fantasía.

Algo o alguien.

## CINCO O SEIS CANCIONES DESPUÉS

—¿Si? ¿Hola? ¿Hola? —le hablo al telefonillo que conecta con el portero automático sin obtener respuesta. Lo cuelgo y me asomo al balcón a comprobar si mis ojos de halcón consiguen ver algo entre la oscuridad de la noche. Las ramas de unos árboles ocultan la mayor parte del acerado impidiéndome observar lo que ocurre abajo. Me pongo de puntillas y arriesgo mi vida buscando algún coche conocido. Nada en mi ángulo de visión que me dé una pista de quién ha podido llamar a mi casa a las... (miro el reloj de mi muñeca soltándome de la barandilla)... once y media de la noche. Cierro la puerta corredera de cristal y vuelvo al salón. Ha llegado la hora de apagar las luces y dirigirme hacia la cama. Cuando casi lo tengo todo en penumbra, suena el timbre de la puerta y me da un susto de muerte. Camino hasta parar frente a la mirilla y mirar por ella con la mano en el pecho y las pulsaciones aceleradas, ritmo que no mejora al comprobar la persona que espera al otro lado.

Abro la puerta y me quedo mirando las dos maletas que acompañan a mi amiga Carol, sin perder detalle de su cara de enfado y el tintineo de las llaves de su coche colgando de una de sus manos. Me pongo frenética al pensar lo que ha podido ocurrir. Le ha contado a Andrés su desliz con el médico, se ha vuelto loco y la ha echado de casa.

Nada más lejos de la realidad.

—He mandado a la mierda a Andrés —me informa de la situación con un resumen corto y conciso, aunque sé que después se extenderá más, mucho más, porque la manera en la que aprieta la mandíbula me indica que ha habido drama del grande.

—¡Noooo!

—¡Síííí!

—¿Qué ha pasado?

—¿Puedo quedarme en tu casa unos días? —pregunta, sabiendo la

respuesta. Le doy un abrazo y la ayudo a llevar las maletas hasta la habitación de invitados. Esta situación me recuerda mucho a la que yo viví hace unos años y me entristece que ahora le esté ocurriendo a una amiga. Solo hay una diferencia, que ella sí ama a su marido. Aquí los problemas son otros a los que tal vez puedan hacer frente.

—Venga, dime qué ha ocurrido. —Tomo asiento sobre el filo de la cama y palpo la colcha invitándola a hacerlo a mi lado.

—Estoy muy cansada, no puedo más. Los niños me absorben por completo y Andrés no me ayuda en absoluto. ¡En nada! Hemos discutido y le he dicho que me iba unos días, necesito pensar, descansar, alejarme... He dejado los niños con mi madre, los recogeré el lunes. —Comienza a llorar y la abrazo.

—Tranquila. Está bien. Tómate unos días para ti.

—¿Crees que iré al infierno? —Me mira.

—¿Por qué?

—Por abandonar a mis hijos.

—No los has abandonado. Están con su abuela. Y eso significa que esos pequeños diablillos harán lo que les plazca mientras. Estarán de vacaciones y se lo pasarán genial. El problema vas a tenerlo tú cuando tengas que volver a meterlos en vereda.

—Así no me ayudas.

—Carol. Necesitas más mano dura con esos niños. Yo no soy madre, pero la situación se te está yendo de las manos, hasta está afectando a tu matrimonio.

—Lo nuestro es mucho más complicado.

—Pero discutir cada día por la educación de Manel y Raúl no os ayuda a mejorar la situación, solo la empeora.

Carol se toca la frente y suspira.

—¿Qué opina Andrés de que estés aquí?

—No quería que me marchara, casi me ha suplicado que no lo deje. Le he dicho que solo serían unos días, necesitaba... despejarme.

—¿Has cenado? —Niega con la cabeza—. Date una ducha y te preparo algo.

—Eres la mejor.

—Solo soy tu amiga.

Hablamos durante más de tres horas de lo complicado de mantener viva

una relación cuando llevas muchos años compartiéndolo todo con la otra persona. La rutina es un arma de doble filo. Al igual que te ofrece tranquilidad y estabilidad y te permite nadar en un mar de aceite, puede llegar a aburrir tanto que destroce todo a su paso, hasta las cosas bellas que se crean en común. Al volver con Sebas hace tres años creí que podíamos realzar los momentos bonitos y que esos mismos nos empujarían a seguir adelante y nos ayudarían a coger impulso para volver a volar juntos. Pero me equivoqué tanto que ahora pago las consecuencias, yo y todos los implicados. Alargar la agonía cuando la muerte está a la vuelta de la esquina es una irresponsabilidad que yo cometí. Sin embargo, la situación de Carol no tiene nada que ver con la mía. Ella ha formado una familia a la que ama y por la que desea luchar. Lo sé por lo que dice y también por lo que calla.

—Llego del hospital destrozada. A veces no duermo durante más de veinticuatro horas. Tengo muchas ganas de verlos, pero es entrar en casa y ya están quemando algo, o atascando, o pintando, o inundando... Y Andrés no les riñe lo que debería. Dice que son niños. Que él era así de pequeño. Que ya cambiarán... ¿Cuándo van a cambiar? ¿Cuando me maten a mí? ¿Cuando se maten entre ellos?

—No sé qué decirte.

—No hace falta que digas nada. Vine para que me escucharas. Si quisiera que alguien me dijera lo rematadamente tonta que soy, hubiera ido a casa de Rocío. Esa bocazas no se calla nada.

—Ella no te diría eso. No eres tonta, solo estás agobiada. ¿Quieres más vino?

—¿Eso lo cura?

—Tú eres la doctora. ¿Qué opinas?

—Que tengo que levantarme dentro de seis horas. No creo que sea buena idea.

Cogemos las copas vacías y vamos a dejarlas dentro del lavavajillas.

—Cuando te he visto, creí que le habías contado a Andrés lo ocurrido con el médico.

—Casi lo hago. Tuve que morderme la lengua para contenerme.

—Ya lo hemos hablado. Dijiste que Andrés no te perdonaría.

—Eso es lo que creo. ¿Tú se lo dirías?

—Pufff. No lo sé.

—A veces pienso que sincerarme sería lo correcto.

—La sinceridad está muy bien, pero, perdona por lo que voy a decirte. ¿Eres más feliz desde que supiste que Andrés te había engañado?

—No. —Se frota el puente de la nariz.

—Pues ahí lo tienes. Haz feliz a los que te rodean y, si alguna vez cometes un error, sigue adelante con él a rastras, pero no cargues a los demás con tus meteduras de pata.

—¿Me estás diciendo que no se lo diga?

—Te estoy diciendo que lo pienses bien. Vamos a ser felices el tiempo que nos quede. Hiciste mal, muy muy mal, pero... No cambies tu vida ni hagas desdichados a otros por un momento de... —frunzo el labio— debilidad.

El viernes, Rocío se vuelve loca al enterarse de que Carol se ha instalado en mi casa durante el fin de semana. Loca en el buen sentido de la palabra. En el sentido exacto de también mudarse a mi casa con una maleta de mano, dos botellas de ginebra, una sonrisa en los labios y el lema «Sí, sí, sí, la fiesta ya está aquí. Salgamos a follar, ese es nuestro plan».

La pediatra me mira con cara de «Por qué nos ha tocado a nosotras aguantar a esta mujer», pero en el fondo, ambas sabemos, que Rocío actúa como el mejor antibiótico contra la más resistente bacteria, aniquilándola sin rastro ni efectos secundarios. Escuchamos música y bebemos. A eso nos dedicamos la primera parte de la noche. Brindamos por las malas decisiones, las buenas y las regulares. Nos quejamos de cosas sin sentido y agradecemos por las oportunidades que nos ha ofrecido la vida.

—Brindo por vosotras.

—Os quiero.

—Yo os quiero mucho más.

Abrazo de tres.

Tras esta conversación, podréis adivinar cuál es nuestro nivel de alcohol en sangre. Cuando le transmites tu amor de una forma tan desmesurada a otra persona, eso solo puede significar una cosa: sobrepasa en demasía el permitido para conducir. Aún así, Rocío nos convence de salir a tomar las últimas copas a algún bar cercano en el que poder bailar y, con suerte, recrearnos la vista con algún tío bueno que ronde el lugar. Por supuesto me niego a coger el coche y caminamos alrededor de mi manzana buscando un local abierto a las tres de la mañana. No nos parece tan tarde como para

encontrarnos todos cerrados. Carol se agarra a una farola y casi suplica que volvamos a casa, no obstante, le obligo a subir al taxi que detengo de un silbido y le pedimos que nos lleve a la discoteca de moda.

Entramos en Adara tras una ardua discusión con dos de los cinco gorilas que nos encontramos en la puerta. No hemos podido ocultar nuestro alto estado de embriaguez y hemos tenido que prometer que no beberíamos más alcohol una vez dentro. Pobres ilusos, no conocen a Rocío. Nos acercamos a la barra del fondo contoneando nuestros cuerpos al ritmo de una canción de Maluma, *Mala mía*. Vamos gritando la letra mientras apartamos a la marabunta de gente que se agolpa en las pistas de baile.

—¡Tres gin-tonics! —Pide la andaluza, encaramándose a una de las esquinas.

Nos los sirven, Carol invita la primera ronda y nos las bebemos bailando en un hueco que encontramos libre.

Cinco o seis canciones después...

—¡Nerea! ¡Nerea! —Me parece escuchar mi nombre y miro hacia ambos lados. El sudor me perla la frente y casi no me siento los brazos de moverlos sin ton ni son. No veo a nadie y me digo que deben ser imaginaciones mías —. ¡Nerea! ¡Neeeee! —vociferan de nuevo. Achino los ojos y logro vislumbrar un rostro conocido tras la cuerda que separa la zona vip.

—¿Cristina? —digo para mí.

—¿Qué? —pregunta Carol, desorientada.

—¡Creo que está ahí mi hermana! —le grito al oído.

—¿Dónde?

—¡Allí! —Señalo con el dedo a la vez que Rocío da vueltas sobre sí misma sin parar—. ¿Es ella?

—Creo que sí.

Llamamos a la peonza humana y caminamos hasta el reservado. Conforme avanzamos consigo verla con claridad. Lleva el pelo en una coleta, un top blanco, pitillos ajustados negros y una cogorza mucho más grande que la mía. Otros tres gorilas trajeados de negro nos detienen en seco, impidiéndonos el paso. De nada sirven mis explicaciones sobre que la chica de atrás es mi hermana pequeña y solo quiero verla.

—¡Tú, descerebrado! ¡Deja que pasen! —le grita Cris, al que está agarrándome del brazo. Este me suelta, me echa una mirada de superioridad durante los segundos que tarda en decidir si me deja entrar o no y abre un

cordón de seguridad.

—Te lo hemos dicho. La conocemos —manifiesta, Ro, con un tono altivo, cuando pasa por su lado.

—¿Qué haces aquí? —Cristina me da un abrazo y nos tambaleamos.

—Yo podría preguntarte lo mismo.

—Bailar, hermanita, y pasarlo bien —contesta con una sonrisa.

—¿Y Lucas?

—No le apetecía salir. Mañana tiene que ir al periódico. ¿Queréis tomar algo? ¡Barra libre toda la noche! —Levanta los brazos.

—¿Con quién estás? —Arrugo el entrecejo. Esto huele mal.

—Con Pablo y la banda. ¿Crees que toda esta seguridad es por mí?

Miro hacia atrás y cuento diez tíos con espaldas como armarios empotrados apostados alrededor de la zona donde nos encontramos. Y no veo doble. Todavía. Con el que nos hemos peleado solo es uno más de ellos.

No pregunto dónde está Pablo e intento tranquilizarme. Lo mejor será que nos vayamos de aquí lo antes posible. No tengo ganas de discutir con él ni de verlo comerse los morros de otra en mi cara, así que le pido a Carol marcharnos cuanto antes.

—Tarde. —Me señala a Rocío y a Allan, besándose en una esquina.

Suspiro y me masajeo la sien, esperando que a mi cerebro se le ocurra algo pronto y pueda salir cuerda de aquí.

—¡Pablo! ¡Pablo! ¡Mira quién ha venido! —Cris le grita al susodicho, agitando la mano en el proceso.

Camina hasta nosotras con una mano en el bolsillo y la otra perdida entre su cabello, con un aire de despreocupación y pasotismo total.

—Hola. —Nos saluda a Carol y a mí a la vez que rodea el cuello de mi hermana con un brazo— ¿Qué las trae por aquí? —Habla solemne y noto, por su tono de voz, que también lleva una copa de más.

—Hemos salido a tomar algo y nos hemos encontrado a Cristina. —Explico y me excuso, no vaya a creer que lo estoy persiguiendo o algo parecido—. Nos tomamos esta y nos vamos. —Apunto a mi copa con un dedo, a continuación levanto la mirada y me encuentro con la suya. Durante unas milésimas de segundos nos perdemos en ellas y nos decimos tantas cosas como las que ocultamos. Tanto demostramos entre el silencio, que hasta Carol se da cuenta de que algo sucede.

—Perfecto. —Parece molesto, aunque trata de ocultarlo—. Si necesitáis

cualquier cosa, decídmelo. Pétalo, vamos a bailar. —Agarra la mano de Cris y se la lleva dando vueltas y sacándole varias carcajadas.

—¿Me he perdido algo? —pregunta la pediatra.

—No mucho. —Doy un sorbo a mi copa.

—¿Cuántos capítulos? —insiste.

Unos mil.

—Me dijo que estaba harto de perseguirme. Que si quería saber de él, fuera a buscarlo.

—¿Y por qué no lo haces?

Porque mi ego es más grande que yo (aunque eso no sea muy difícil).

Porque no sé si aún estoy preparada.

Porque me da pánico que me rechace.

Porque me da miedo hacerle(me) daño.

Porque me aterroriza que salga mal.

—Porque no sé si es demasiado pronto. Tú misma dijiste...

—Yo te dije que tomaras la decisión de separarte por ti misma, sin dejarte influenciar por Pablo. He visto cómo os mirabais, los dos estáis deseando acercaros, pero ninguno de los dos se atreve a dar el paso.

Él sí se atreve, es mucho más valiente que yo, pero yo no paro de darlos hacia atrás.

—¿Crees que debería...?

—Nerea, somos adultas. Yo no creo nada. —Bebe de su gin-tonic y mira hacia otro lado. La siguiente media hora la pasamos bailando. Vale, yo bailo y observo a Pablo reír con mi hermana, Chase y Robbie. Compruebo que Peter no está y aprovecho para verificar que ninguna fémina acompaña esta noche al roquero por el que perdería las bragas. Alguna que otra vez se acerca a la muralla humana para firmar autógrafos y hacerse fotos, pero nadie que le coma la boca y le sobe el culo, por fortuna para mí y para mi salud mental.

Rocío y Allan dejan de casi follar delante de todos y vienen a informarnos de que se van a casa a seguir haciéndolo allí, ocultos y no a la vista de quien quiera observar, aunque si alguien de los presentes deseara marcharse con ellos y participar, no les dirían que no. Allan me da un beso y un abrazo que dura más de los segundos estipulados y nos reímos.

—Eres como un llavero —me dice, dejándome en el suelo.

—¡Oye! —Le doy un manotazo en el pecho.

—Me llevo a tu amiga a La Finca. ¿Te quieres venir? —Me guiña un ojo y

sonríe a carcajadas ante mi cara de susto—. Es broma, Nerea. Jamás se me ocurriría volver a acostarme contigo. Le tengo mucho a precio a mi vida — dice casi pegado a mi oreja a modo de confidencia.

Voy a contestarle cuando Ro me rodea con sus brazos y me grita al oído:

—No me esperéis hasta mañana. Presiento que la noche va a ser larga.

—Ten cuidado. En esa casa siempre hay mucha gente —le prevengo.

—¡Pues mejor! —Rodea la cintura de Allan y este le da un beso en la mejilla.

—Hasta mañana —Carol se despide de ella, y los vemos desaparecer por una puerta trasera y acompañados de cuatro guardaespaldas—. Voy a por otra copa. ¿Quieres? —Asiento con la cabeza a la vez que le doy la mía, ya vacía.

Suena *Lo malo* de Aitana y Ana Guerra y comienzo a mover las caderas al ritmo de la música. Cierro los ojos y levanto el mentón sin parar de bailar. Subo las manos y tarareo la canción. *Pa mala yo*. Miro alrededor y observo la situación. Chase y Robbie beben junto a varias chicas. Algunos del equipo técnico hablan a voces mientras tragan chupitos de dos en dos. Carol y Cristina ríen junto a la barra y Pablo desaparece solo por el pasillo que da a los baños vips. Creo que ni lo pienso, doy un paso y después otro. Veo lo que sucede a cámara lenta y como si no fuera conmigo. Las voces de las dos participantes y triunfadoras de Operación Triunfo resuenan en mis tímpanos al ritmo constante de mi corazón. No lo dudo ni un segundo, no me detengo a meditar lo que estoy a punto de hacer, empujo la puerta sin dilación y mis ojos se encuentran con los de Pablo a través del espejo encajado sobre el lavabo. Elimino los cuatro últimos pasos que nos mantienen alejados, él aprovecha ese segundo para volverse hacia mí y nuestras bocas chocan con fuerza y con muchas ganas, todas las que nos tenemos y más.



## BUSCARTE

Lo beso.

Me besa.

Me agarro a su cuello.

Se agarra a mi cuello.

Siento su pecho subir y bajar pegado al mío.

Nuestras lenguas se enredan durante tantos segundos que casi pierdo el sentido. Lo atraigo más hacia mí, deseo tenerlo tan cerca como pueda.

—Pablo... —gimo sobre su boca.

—¿Qué haces? —pregunta, acelerado y sin dejar de besarme.

—Buscarte —contesto, firme y segura.

Entierra los dedos de su mano derecha en mi cabello y sigue con brío. La mano izquierda la baja hasta mis nalgas, que agarra y pega a su pelvis, dura y dispuesta. Le acaricio los hombros, los brazos, el cuello, el pelo. Me pierdo tocando sus definidos pectorales y sonrío al recordar lo que Cristina le dijo en la habitación de Las Vegas cuando entraron y me despertaron a las tantas de la madrugada: Estos músculos no son de tocar la guitarra.

—¿De qué te ríes? —musita. Me agarra de la cintura y me sienta sobre el lavabo de mármol blanco sin despegar nuestros labios.

Introduzco mis dedos debajo de su camiseta y juego con el cinturón de su pantalón a la vez que le acaricio la piel de la zona. Noto cómo encoge el estómago y gime ante mi contacto. Realizo la acción hasta que estimo oportuno lanzarme a deshacerme de la correa y perderme dentro de su bóxer blanco. Me pongo a cien cuando veo el bulto bajo la tela y el contraste de color con el moreno de su cuerpo. Solo quiero que me arranque las bragas y me haga suya en este momento. Llevo soñándolo años, hasta ahora no me doy cuenta de la necesidad vital que tengo de sentirlo dentro. Aparto hacia abajo el slip y le rodeo la polla con la mano. La suavidad y, a la vez, dureza de su sexo me enciende más y más y ya no puedo parar. Comienzo a

masajearla de arriba abajo y él jadea y bufa en cada uno de mis movimientos. Riega de besos húmedos mi mandíbula, mi cuello y mis pechos, pero no me quita la ropa interior y me empala.

—Pablo... —suplico varias veces—. Pablo...

Él sigue lamiéndome, ahora un pezón, luego otro, los muerde, tira de ellos, grito y sigo suplicando.

—Pablo... Hazme... —Estampa su boca contra la mía e interrumpe mi ruego. Nuestras lenguas vuelven a enredarse.

Dientes.

Saliva.

Gemidos.

Mordiscos.

Jadeos.

Más saliva.

Deseo.

Placer.

—Pablo...

—¿Qué quieres, Nerea?

—Quítame las bragas...

—No.

Lo agarro de la camiseta, tiro hacia mí y lo devoro.

Más dientes.

Más saliva.

Más jadeos.

Más placer.

Más deseo.

Su polla da una sacudida en mi mano cuando le muerdo el cuello y le susurro al oído que me folle.

—Fóllame, Pablo, hazme tuya —son mis palabras exactas, envueltas en un susurro gutural y bañado de toda la desinhibición con la que te dota el alcohol.

—No —vuelve a decir seguro.

Respiro con dificultad y me aparto para poder mirarlo a la cara.

—No —repite, esta vez con sus ojos clavados en los míos.

Se aleja unos pasos de mí y se guarda el miembro dentro de los pantalones.

No sé qué decir. Estoy frustrada, caliente, acelerada y... muy muy

enfadada. ¿Qué significa esto? Me bajo de la encimera del baño de un salto, me recoloco el sujetador y la blusa para no ir enseñando las tetas y me dispongo a salir de la habitación. Agarro el pomo, lo pienso, lo pienso, voy a tirar de él y... en el último momento me arrepiento, giro sobre mí misma y me enfrento al roquero, que termina de abrocharse el pantalón.

—Dijiste que, si quería verte, viniera a buscarte.

Silencio.

Agarra el filo de cuero del cinturón, lo introduce por la trabilla del vaquero y lo cierra sin dejar de mirarlo. No dice nada. Respira y camina hasta mí.

—No voy a hacer esto aquí contigo. No te voy a follar en los baños de un bar. —Asegura a pocos centímetros de mi boca. Da dos pasos más hasta la puerta, la abre y se detiene—. Me voy. Ya sabes dónde vivo. —Sale sin hacer ruido y solo escucho mi agitada respiración que aún no he podido controlar.

—¿Nos vamos? —Le pregunto a Carol, que baila junto a Cristina con una copa en la mano.

—¿Ya? ¡La noche es joven! —grita mi hermanita, levantando su bebida y derramando parte en el proceso.

—¿Dónde has estado? Te pedí un gin-tonic y desapareciste. Creí que me habías dejado sola. Me lo he tenido que beber y juraría que no me ha sentado bien. Tengo el estómago algo revuelto —dice «guegüerto» pero la entiendo.

Da un traspies y cae hacia un lado. La agarro a tiempo de evitar que estampe los dientes contra el suelo y le aconsejo que nos vayamos a casa. Paro el baile desacompañado de mi hermana y le informo de nuestra partida.

—Me voy con vosotras. —Me alegra su decisión, porque en las condiciones en las que se encuentra, capaz de quitarse la ropa, buscar una lámpara de esas de lágrimas negras, utilizarla de liana y lanzarse a través de la sala gritando como Tarzán.

Recogemos los bolsos y las chaquetas del asiento donde los dejamos y uno de los guardaespaldas nos acompaña a la calle y busca un taxi. Le doy la dirección de mi casa y en quince minutos subimos en el ascensor cantando canciones de Ariana Grande.

—Me van a echar del bloque —comento, mientras introduzco la llave y abro la puerta de casa.

—Tengo hambre —murmura Cristina.

Llego hasta el salón y me percató de que Carol no ha entrado. Me asomo al

descansillo de mi planta y la encuentro sentada sobre el suelo, con la espalda apoyada en la pared, los ojos cerrados y hablando algo ininteligible. La cojo por debajo de los brazos, musitando que ya tenemos una edad para llegar así a las tantas de la madrugada, y tiro de ella hasta dejarla sobre la cama de la habitación de invitados. Lo único que le quito son los zapatos, me niego a desnudarla y despertarla.

Escucho algo caer al suelo y romperse en la cocina y camino hasta allí para asegurarme de que Cristina no se ha cortado con lo que sea que haya roto. La veo recogiendo cristales del suelo sin ningún cuidado.

—Deja, ya lo hago yo. Vete a dormir.

—Quiero tortitas.

—Vete a la cama, Cris —insisto.

—¡No quiero! ¡Quiero tortitas con chocolate y nata! —Se cruza de brazos y arruga el entrecejo.

Tiro los restos del vaso al cubo de la basura, bufo y la agarro de la cintura para guiarla hasta mi cama. Lo que tengo que aguantar a mis treinta y siete años.

—Le diré a mamá que no me diste tortitas y te castigará.

—Quítate la ropa y lávate los dientes. No voy a poder dormir con la peste a alcohol.

En respuesta a mi petición, se tira sobre la cama y se abraza a la almohada. La llamo varias veces, pero no responde, cae rendida a los pies de Morfeo. Suspiro, me resigno y la dejo tal y como ha caído.

Entro en el cuarto de baño al determinar que yo sí que me lavaré los dientes si quiero dormir cómoda. En ello estoy cuando mi reflejo en el espejo me hace una pregunta: ¿Qué haces aquí, aguantando a dos borrachas, si lo que quieres es ir a casa de Pablo y pasar la noche, o lo que queda de ella, con él?

Recuerdo las palabras de Rocío, alegando que las mujeres somos independientes y que podemos decidir por nosotras mismas, sin prejuicios, dónde, cuándo y cómo acostarnos con un hombre. Que tomar la iniciativa no solo es cosa del sexo masculino.

Me pinto un poco los labios y me retoco el colorete, vuelvo a colgarme el bolso y salgo de mi apartamento pasadas las cinco y media de la mañana en busca de lo que quiero.

Pablo.

El taxi me deja en la puerta de su edificio unos pocos minutos después y, aunque no me arrepiento de haber venido, un montón de dudas comienzan a agolparse en mi mente hasta casi hacerla explotar. ¿Y si no está? ¿Y si yo entendí mal y quiso decirme otra cosa? ¿Y si vuelve a rechazarme? ¿Y si está con otra y solo quiere hacerme daño? No, definitivamente no. Imposible. Pablo no es así. No ha podido cambiar tanto.

Aparto mis celos hacia un lado, sigo mi instinto (que me grita que vaya en su encuentro) y llamo al portero automático decidida. No contesta, no pregunta, solo se escucha el eco hueco de haberlo descolgado y la cerradura abrirse con un clic. Empujo la puerta, cruzo el piso bajo del portal y subo en el ascensor hasta la décima planta, acompañada por mis nervios, que suben conmigo y aumentan conforme nos elevamos.

Cuando pongo un pie en el rellano, una corriente eléctrica me recorre la piel y me insta a levantar la mirada y encontrarme con la suya, con sus ojos... con sus hombros anchos, los brazos junto a sus costados, con su mentón levemente inclinado hacia abajo y la cabeza echada hacia un lado. Con una de sus camisetas grises y unos *jeans* azules desgastados. Su mirada entrelaza la mía en un abrazo y no desconectan en ningún momento. Mis pies caminan empujados por las ganas de tocarlo y sentirlo hasta detenerse a un escaso paso de él, de su perfecto y definido cuerpo que lo espera, impaciente, apoyado bajo el vano de la puerta.

Observo cómo su profunda respiración empuja su pecho en un sexi balanceo, cómo abre los labios cuando ve que me muerdo los mios, cómo sus pupilas se agrandan ocultando el azul de sus ojos, cómo las aletas de su nariz se estiran y contraen, y cómo el bulto de entre sus piernas se atisba tras la tela vaquera.

No podría asegurar quién de los dos da el primer paso. Una milésima de segundo podría variar entre uno y otro. Él me agarra del cuello y yo me encaramo a su cintura. Unimos nuestras bocas como si aún estuviéramos en el baño de Adara y él no hubiera interrumpido el magnífico momento. Le rodeo la pelvis con las piernas, de una patada cierra la puerta y estampa mi espalda contra la pared.

—¿Por qué has tardado tanto? —Me muerde el cuello.

—He tenido que dejar en casa a Carol y Cristina. —Grito al sentir dolor.

—No me refiero a eso. —Captura el bajo de mi camiseta y me la quita por

la cabeza. Me lame los pechos, se entretiene con mis pezones y me vuelve loca de placer. De un ágil movimiento se deshace también de mi sujetador, dejándolo caer al suelo.

Agarra mis caderas con decisión y le rodeo la cintura con las piernas. Vamos devorándonos y desnudándonos camino a la habitación. Cuando llegamos junto a la cama, su camiseta también ha desaparecido en algún lugar del trayecto y mis bragas cuelgan rotas de uno de mis tobillos. Sin soltarme, me tira sobre la cama, cayendo sobre mí y lamiéndome todo el cuerpo. Se detiene en mi pelvis y, con una parsimonia capaz de volver loca a la más cuerda, baja la cremallera de mi falda y la saca por debajo de mis piernas. Estoy completamente desnuda delante de él, y, en un acto reflejo, con un trasfondo de vergüenza y pudor, trato de ocultarme tras la sábana; sin embargo, él me agarra de las muñecas, me besa con detenimiento y devoción y me susurra lo bonita que soy.

—Pablo... —balbuceo entre suspiros.

—¿Qué...?

—Ha pasado mucho tiempo...

—Y sigues siendo tan perfecta... —riega de besos el canal que baja entre mis senos, mi vientre, mi monte de Venus, la parte interna de mis muslos.

Jadeo.

El tacto de la piel de sus manos y la suave y caliente brisa que sale de su boca me catapultan a un estado de excitación que no experimento desde hace tiempo. Siento activarse cada célula, cada átomo de mis entrañas explota ante la caricias de Pablo.

Agarra mis rodillas y las empuja hasta abrirme las piernas al máximo. Todo mi sexo queda expuesto a él, a su visión, a su merced, a lo que quiera hacerme. Observo su pecho subir y bajar con fuerza y, cuando elevo el semblante, su mirada ha viajado a la mía y se ha mudado allí.

Durante unos segundos no se escuchan besos, ni la fricción de las sábanas contra nuestros cuerpos, ni el movimiento de la cama sobre el suelo... Solo resuenan recuerdos, sentimientos y un millón de momentos que han viajado con nosotros hasta aquí. Todos esos que vivimos de esa manera tan intensa durante los meses que duró nuestra relación.

—Bésame —le pido.

—¿Sabes la de noches que soñé con volver a tenerte así? —Me acaricia ambas piernas desde la cintura hasta el tobillo.

—Sí... —gimo cuando pasa un dedo por la abertura de mi sexo.

—¿Cómo puedes saberlo? —Masajea mi clítoris con el dedo de una mano mientras que con la otra se desabrocha el pantalón y lo baja, dejando que contemple su miembro viril y cómo lo agarra y lo frota.

—Porque fueron tantas como las mías. —Jadeo.

Veo en sus ojos un brillo extraordinario y, sin más dilación, se tumba sobre mi cuerpo e introduce su polla en mi cavidad, despacio, tan lentamente que siento cómo se abre paso dentro de mí. Echo la cabeza hacia atrás y suelto un gruñido ronco a la vez que lo hace él. De una seca estocada llega al fondo y se me corta la respiración. Jadea con fuerza y con una mano se aferra a mis muslos.

—Joder —se queja.

Se balancea hacia atrás y hacia delante y grito.

Pega su frente a la mía y nuestras respiraciones se mezclan.

—Nerea... —susurra mi nombre.

—Pablo... —Le agarro el cuello con ambas manos y le doy un beso lento y húmedo, sintiendo cada milímetro de su boca sobre la mía.

Vuelve a repetir el movimiento sin dejar de mirarme a los ojos y vuelvo a gritar, echando la cabeza hacia atrás. Me muerde el labio y tira de él, comenzando el baile de caderas más explosivo que recuerdo jamás. Su pelvis choca con la mía sin medida, en golpes secos y constantes. Siento que me va a partir en dos y no puedo respirar.

Una vez.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Jadeo.

Cinco.

Gime.

Seis.

Gritamos.

Siete.

Ocho.

El cabello le cae sobre la frente, húmeda por el sudor, los músculos de los brazos se contraen por el esfuerzo y los tatuajes de su piel se mueven al compás de nuestros cuerpos. Siento un orgasmo crecer y crecer en mis tripas,

haciéndose cada vez más grande e inmenso, como las ondas que se crean en el agua cuando una piedra cae y se hunde en ella.

—No puedo... más... —gimoteo.

Pablo me da más fuerte, entrando y saliendo con fiereza. Agarra mis nalgas con premura y las aprieta, haciendo nuestra unión más perfecta y su penetración más profunda.

Grito sin medida.

Él jadea sin contención.

Todo mi cuerpo se tensa y explota, absorbiendo el placer y esparciendo el deseo a nuestro alrededor.

—Arrrggg, joder, joder... —Pablo se derrama dentro de mí sin dejar de balancearse, hasta que cesa en el movimiento y se detiene.

No son gemidos lo que retumban ahora en la habitación. Son nuestras agitadas respiraciones y un inmenso silencio los que lo impregnan todo de una inadecuada incomodidad.

Después de unos segundos, sale de mí, se incorpora y se pierde en el baño cinco largos minutos. Espero a que vuelva, sin embargo, me decido a seguirlo al escuchar el agua de la ducha caer. Ciño a mi cuerpo la sábana de la cama y me dirijo al aseo, descalza y acompañada de un montón de dudas.

—Pablo —lo llamo sin obtener respuesta—. Pablo —repito.

Abre la mampara y me mira sin ninguna expresión de emoción en la cara.

Bufo para mí.

—Pablo... Te has... —«Vamos, Nerea. Demuestra que eres una mujer adulta sin tabúes y con mucha experiencia»—, te has corrido dentro de mí y no sé si... No sé si acabo de acostarme con todas tus... *amigas*.

Arruga levemente el entrecejo y respira.

—Siempre follo con condón. —Cambia el semblante a uno enfadado—. Supongo que yo sí me he acostado con tu marido.

—Pablo... —me lamento.

Cierra el cristal y me deja fuera sola. Bueno, sola no. Acompañada por un millar de miedos y desesperación, además de las dudas que entraron conmigo.

Y ahora ¿qué?

Me voy al dormitorio, me visto y hago la cama. Busco el bolso en el suelo del vestíbulo y miro la hora en el reloj del teléfono móvil. Pasan las siete y media de la mañana y los primeros rayos de sol lo verifican. Aparto un

mechón de mi frente al incorporarme, después de limpiar un poco mis zapatos con una servilleta de papel, y me topo con el cuerpo semi desnudo y mojado de Pablo, solo ataviado con unos vaqueros sin abrochar.

—Me voy... Quiero decir... —Quiero decir que no tengo ni puñetera idea de qué hacer en estos momentos.

—¿Quieres irte?

—No. No lo sé... —Dudo.

—Nerea... —Se remueve el cabello con una mano varias veces, camina hasta mí y me rodea la cintura en un cariñoso abrazo—. Lamento lo de la ducha. Me he sentido... No sé, hace mucho tiempo que esperaba que ocurriese esto y me ha sobrepasado. No tienes que irte, tampoco que quedarte. Haz lo que te apetezca, pero no lo decidas por mi frialdad de hace un momento, solo estaba... descolocado.

Apoyo las manos en su pecho y su latido me tranquiliza. El corazón de Pablo es como la luz del faro de un puerto que aparece cada breves segundos anunciándote la tan ansiada tierra firme. Avisando de la llegada a casa.

—Pablo... Yo... No sé qué hacer.

Sus ojos comienzan a brillar y, poco a poco, curva los labios en una sonrisa amable y familiar, como si todos los días me despertara con ella.

—Yo sí sé qué voy a hacer. Estoy muy cansado, son casi las ocho de la mañana y voy a quedarme dormido de pie porque una mujer ha entrado en mi casa y me ha obligado a hacer ejercicio a las tantas de la madrugada. Así que me voy a dormir, no puedo más. Decide qué quieres hacer tú. —Me da un beso en la comisura de los labios y desaparece tras la puerta del dormitorio.

No me dejo meditarlo demasiado. Hago lo que me apetece sin calibrar las posibles consecuencias. Lo sigo y me detengo a los pies de la cama. Está tumbado sobre el colchón, con los brazos bajo la cabeza y mirando hacia el techo. Los rayos de entrada la mañana bañan los tatuajes de su cuerpo dotándolos de un color especial.

—Quiero quedarme. —avanzo hasta un lateral, me desvisto ante su mirada y me tumbo a su lado, frente a frente, después de ver cómo aparta las sábanas para que lo haga—. Es tarde y también estoy cansada.

Sonríe en una mezcla de tristeza y esperanza y parpadea varias veces muy despacio, reflejo de su cansancio físico y, algo me dice, también emocional.

—No necesitas excusas para quedarte en mi cama. —Susurra a dos centímetros de mi boca—. Mis sábanas se alegran de verte casi tanto como

yo.

Saco la lengua y me humedezco los labios, acercándolos a los suyos justo después, y uniéndolos, tan despacio, que estoy a punto de desfallecer.

Suelto un pequeño gemido convertido en queja cuando me separa unos milímetros e impide que el beso crezca.

—Vamos a dormir —susurra.

Me gira, poniendo mi espalda pegada a su pecho y me abraza con decisión.

Noto su corazón latir con calma muy cerca del mío.

—Pablo... —musito, sin obtener respuesta—. Te he echado de menos.



## NO ME SUELTES

Me despierta su olor, su piel caliente rozando la mía y la imagen de su pequeño cuerpo desnudo enredado entre mis piernas. Mis brazos rodean su cintura estrecha y mis labios pueden notar aún el sabor de su saliva. Parpadeo varias veces para comprobar que no es un sueño, que no sigo dormido y que es cierto que Nerea duerme plácidamente a mi lado.

—Te he echado de menos —murmuro casi para mí.

Y la observo, me dedico a contemplarla durante varios minutos. Le acaricio el cabello, me detengo en el arco de su cuello y le dejo un suave beso en la mandíbula. Poco a poco y, como algo o alguien que se acerca, comienzo a escuchar en mi cabeza una suave melodía. Cada vez más fuerte y con más potencia. La armonía que me lleva rondando el pensamiento durante meses empieza a tomar forma sola, acoplando acordes, enredando notas y creándose en mi interior. En contra de mi voluntad, me levanto, dejo sola a Nerea en la cama, cojo la guitarra, que espera apoyada en una pared de la habitación, y tomo asiento en el sillón que adorna una esquina. Tarareo la melodía a la vez que trato de que las cuerdas suenen como deseo y, en un rato, la tengo montada por completo. Deposito el instrumento a mi lado y me toco el pelo en movimientos lentos, hasta que me encuentro con su mirada atolondrada, fija en mí y en lo que hago.

Sonrío y el pecho se me hincha tanto que voy a explotar. La visión me deja exhausto. Su cuerpo enredado entre mis sábanas blancas, su melena rubia pintando de confianza y sencillez mi cama y el brillo de sus ojos, de nuevo, iluminando la habitación y mi alma.

El miedo de anoche, y por el que no supe actuar cuando terminamos de hacer el amor, aparece de nuevo en tropel esgrimiendo mis tripas, sin embargo, ella sonrío y todo vuelve a su lugar. El terror desaparece y las dudas se van.

—Buenos días.

—Buenos días —susurra.

—Siento haberte despertado. —Me incorporo y camino hasta sentarme junto a ella y acariciarle el rostro con los dedos.

—Me ha encantado escucharte. No la conocía.

—Yo tampoco. Ha aparecido sola esta mañana.

—Pues es muy hermosa.

—Como tú. —Le doy un beso en la mejilla—. ¿Quieres desayunar?

—¿Qué hora es? —Se sienta sobre la cama con la sábana agarrada a su pecho.

—Más de las doce. —Me pongo la camiseta gris, que dejé tirada anoche, por la cabeza—. ¿Prefieres almorzar?

—Será mejor que me vaya. Carol y Cristina están en casa.

—Cristina no despertará antes de las cuatro y Carol sabrá cuidarse sola. —Clavo las rodillas sobre el colchón delante de ella y pego mi nariz a la suya—. Quiero enseñarte algo. —Avanzo para darle un beso en los labios y arrugo el entrecejo al darme cuenta que se aparta hacia atrás.

—Tengo que lavarme los dientes —explica.

—Yo tampoco me los he lavado.

—Pero tú eres de otro planeta.

—¿De cuál, si puede saberse?

—Del de las estrellas del rock a las que no les huele el aliento.

Suelto un par de carcajadas ante su respuesta y muevo la cama al hacerlo.

—Te voy a besar. —Me acerco seguro.

—No.

—Sí.

—¡No! —Oculta la cabeza tras la sábana.

—¡No vas a conseguir nada escondiéndote! —Me tiro sobre ella y forcejamos hasta casi romper la tela. Posiciono mi cuerpo sobre el suyo, acorralándolo entre mis piernas, aparto el tejido y, entre risas, le agarro de las muñecas y las coloco sobre su cabeza.

—Te voy a besar.

—No. —Ríe.

—Sí. ¿Sabes por qué?—susurro acercándome a sus labios muy despacio.

—¿Por qué? —musita, ya sin oponer resistencia.

—Te voy a besar porque solo así exploto por dentro.

Uno mi boca a la suya y me siento lleno.

Completo.

Feliz.

Pero, de nuevo, tengo que apartar el miedo de mi mente.

Ignoro varios mensajes de Dayana, informándome de que vuelve a estar en la ciudad y de que la llame cuando me apetezca, y hago huevos revueltos mientras Nerea se da una ducha y hace un par de llamadas. La escucho hablar con Carol, a la que le asegura que está bien y que pronto irá a casa. Como sospechaba, parece que Cristina sigue bajo el influjo de Morfeo y le pide que no le diga dónde se encuentra.

Aparece en la cocina con una de mis camisetas negras, descalza y el pelo mojado goteando sobre sus hombros.

—Puedes quedarte todas mis camisetas. Te quedan mucho mejor que a mí —apunto.

Se agarra del dobladillo, tira hacia abajo, en un acto de timidez, y se sienta en una de las banquetas detrás de la isla de la cocina.

—Huevos y hamburguesas congeladas. —Dejo el plato delante de ella y le doy un beso en la nariz—. Especialidad de la casa.

—Yo diría que es lo único comestible que tienes en casa.

—Por suerte para mí, no. —Le muerdo el cuello y ella lo encoje y ríe.

—¡Vas a hacerme daño! —grita sin dejar de sonreír.

—Come. Voy a enseñarte algo. —Me posiciono frente a ella y pincho de mi plato.

—¿El qué? —Me encojo de hombros—. No me gustan las sorpresas. —Suspira y sé que lo dice de verdad. A pesar de que hace tres años que casi ni hablamos, no se me olvida nada en lo concerniente a ella.

Levanto el labio, enigmático, y me mira con desconfianza.

Terminamos de comer hablando sobre cosas insignificantes, como nuestra marca preferida de café o lo sabrosas que están las hamburguesas de Gobu.

—¿Tienes nuevos vecinos? —pregunta, mientras enjuaga los platos en el fregadero, me los da y yo los introduzco en el lavavajillas.

—No. Es abajo. Han tenido niños y siempre se está librando una batalla.

—¿Hay alguien viviendo al lado?

—No. —Cierro la puerta y programo el lavado.

—No entiendo cómo una estrella de rock como tú no tiene a alguien que le haga las cosas del hogar.

—Sí tengo, pero viene cuando no estoy, me gusta estar solo. —Le agarro de la mano y la llevo hasta el salón—. ¿Qué quieres hacer ahora?

—Ibas a enseñarme algo.

La atraigo hacia mí y la beso en el cuello.

—Al lado no vive nadie —le repito, encauzando el tema de nuevo.

—Mmm...

—Ven. —Me separo, cojo un manojito de llaves y camino arrastrándola hasta la salida.

—¡No puedo salir a la calle así! —Tira de mi mano e intenta frenarme.

—Confía en mí. —Jalo de ella y vuelve a detenerme.

—¡No! ¿Estás loco? —Clava los pies descalzos en el suelo.

Ensancha la sonrisa. Tiro de su menudo cuerpo y lo pego al mío, sin esforzarme lo más mínimo.

—Sí, estoy loco, otra vez. —La beso con todas mis fuerzas hasta que noto su cuerpo ceder y relajarse—. ¿Confías en mí? —Asiente con la cabeza y caminamos en silencio y sin soltarnos de las manos hasta parar sobre el felpudo del piso en el que ella vivió.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta, mientras introduzco la llave y la hago girar.

—Ahora lo verás. —Se cruza de brazos y da golpecitos en el suelo con un pie—. La impaciencia mató al gato.

—Fue la curiosidad. —Me lanza una mirada ansiosa.

—Venga, entra, impaciente. —Le señalo con la cabeza el interior del apartamento y ella levanta las cejas, sorprendida.

—Pero... —Mira el salón, intacto a pesar del paso del tiempo.

—Compré esta casa después de que te fueras.

—¿Qué? ¿Por qué? —Un par de metros nos separan.

—Porque me negaba a dejar que otra persona disfrutara de tus estrellas. Porque quería guardarlas para ti. Porque solo te sentía tumbándome en la cama e imaginándome que tú también las observabas. Que en algún lugar tú estarías acordándote de mí. Pensaba que... si las encendía, su brillo, te traería hasta mí.

No consigo terminar de decir la última palabra cuando ha deshecho los dos pasos que nos mantenían alejados y se encarama a mí, rodeando con sus piernas mi cintura y con sus brazos mi cuello, besándome como si no lo hubiéramos estado haciendo durante las últimas horas.

—Quiero verlas —me pide, con la sonrisa más maravillosa que mis ojos hayan tenido el placer de disfrutar jamás.

La llevo hasta el dormitorio, bajo la persiana con ella en brazos y me dispongo a dejarla sobre la cama.

—No. No me sueltes —musita.

—Nunca —le aseguro.

Nos quedamos de pie, con ella abrazada a mi cuerpo. Le doy al interruptor y ambos levantamos el mentón para observar las constelaciones en el improvisado y artificial cielo, pero tan nuestro, tan suyo y tan mío, que da miedo.

Tras unos minutos perdidos en el firmamento de nuestros sueños, me mira y abre los labios unos milímetros, soltando el aire que contenía.

—Siempre han estado aquí. Nunca dejaron de brillar —susurra, conmovida.

—Y nunca lo harán. —Me muerdo el labio y miro el suyo, justo antes de unirlos de nuevo y perdernos en un mar de sensaciones.

Ahora sí, la tumbo sobre la cama con delicadeza y nos dedicamos a besarnos bajo nuestro cielo estrellado. Le levanto la camiseta para comprobar que lleva uno de mis slip blancos, del que me deshago bajándolo por sus piernas, y beso cada rincón de su monte de Venus.

—Nerea... Volvamos a mi apartamento. No tengo condones aquí —le informo, previniendo la repetición de su charla sobre sexo sano de antes.

—No importa. Quiero sentirte bajo las estrellas. —Se incorpora, me baja el pantalón y me pide que siga.

Me agarro la polla, dura como una piedra, y la posiciono en la entrada de su vagina.

—¿Estás segura? —Jadeo junto a su boca.

—Hace mucho tiempo que no estoy tan segura de algo.

La introduzco despacio, bufando por todo lo que me hace sentir, y soltando un ronco gemido cuando llego al fondo y ella me aprieta.

Follamos como dos locos que se encuentran en algún lugar del camino.

Hacemos el amor como Romeo y Julieta justo antes de morir.

Porque yo siento que muero.

Que si ella se va, me muero.

Y vuelven a aparecer todas las dudas y los miedos.

Y, aunque los aparto y respiro, sé que siguen estando ahí.

Me retiro el teléfono de la oreja para no quedarme sordo por los gritos de Arthur tras volverse loco al escucharme decir que me voy a ausentar de la cena de esta noche. Le digo que no hay nada en el mundo que pueda hacerme cambiar de idea y que me disculpe ante todos. A los chicos no les importará y los directivos de la discográfica me la sudan. Asunto resuelto. Le cuelgo antes de soltarle alguna de mis mierdas y después me arrepiento, y tiro el teléfono sobre el sofá.

—Tengo que irme. —Escucho a Nerea muy cerca de mí. Me giro y la veo con el bolso colgado y escribiendo un mensaje de texto—. Deberías ir a esa cena.

—No me apetece. —Camino hasta ella y le agarro de la muñeca—. Creí que te quedarías todo el fin de semana —me quejo, enfurruñado.

—No puedo. —Pone las palmas de sus manos sobre mis mejillas—. Tengo a Carol acogida en casa, y Rocío acaba de llegar.

—Lo sé. Ha estado con Allan...

—No quiero saberlo —me corta. Nos contemplamos durante un manojito de segundos como dos tortolitos, sin decir nada—. En fin... Nos vemos otro día. Sonríe al verla tragar con dificultad.

—Te llevo.

—Como quieras. —Se encoge de hombros y disfraza sus dudas de indiferencia.

La dejo en la puerta de su apartamento justo cuando el reloj digital del coche marca las ocho en punto de la tarde. No hemos pasado ni veinticuatro horas juntos y su cuerpo, su olor y toda ella ya se ha marcado de nuevo en mi piel, a fuego, como otro tatuaje que perdurará a pesar del tiempo, a pesar de los pesares.

—Pablo... —Nerea me saca del improvisado sueño—. Me voy, pero... Quiero decirte algo.

Meneo imperceptiblemente la cabeza y ordeno los pensamientos, colocándolos en su sitio.

—No sé lo que ocurrirá a partir de ahora. No sé si quieres volver a verme o si esto termina aquí, pero voy a contarle a Cristina lo que ha ocurrido. No quiero mentirle después de todo lo que ha sufrido durante estos años por nuestra culpa.

—Me parece bien. —Lo cierto es que temo por mi vida o, como mínimo, por la supervivencia de mis huevos.

—Pues... estupendo. Ya... —la noto nerviosa—. Ya nos veremos. —Abre la puerta e intenta salir, no obstante, le agarro de la mano y la detengo.

—Te llamo mañana.

—No tienes por qué hacerlo.

—Pero quiero hacerlo.

—Vale, pero no te sientas obligado. Solo nos hemos acos...

—Nerea. Cállate y dame un beso.

—Tampoco tienes que hacer es... —Le estampo mi boca en la suya y la obligo a callarse. Nos devoramos durante unos segundos, hasta que nos encendemos y nuestras respiraciones comienzan a convertirse en gemidos.

—Hasta mañana —me despido.

—Sí... Adiós. —Sale del coche tocándose los labios y agarrando el bolso con fuerza.

Sonrío, y se me pone dura el instante exacto en que recuerdo que bajo esa falda corta no lleva bragas porque yo se las arranqué anoche.

Bufo.

—Mierda. Estoy bien jodido. —Y no lo digo porque la polla me vaya a explotar dentro de los pantalones.

Conduzco hasta el restaurante, le doy al aparcacoches las llaves de mi Audi y entro en el salón privado sin prisas y con las manos metidas en los bolsillos. No me apetece tener que sonreírle a un par de empresarios trajeados con los que no me llevo bien y con los que he discutido en más de una ocasión. Arthur no puede ocultar su cara de satisfacción al verme y llama a uno de los tres camareros que nos atienden para que preparen un cubierto para mí. Allan se levanta y me choca la mano, Peter me sonríe desde el otro lado de la mesa y Chase y Robbie me preguntan a voces qué zorra tenía en mi cama en esta ocasión. Me dan ganas de saltar sobre el mantel y partirles la boca, pero trato de calmarme y pasar de esos dos imbéciles. Aunque haya veces que no los aguanto, la mayoría saben comportarse y los quiero.

Charlo con Peter y Samantha, a la que tengo al lado, casi toda la noche, obviando a los lameculos que tenemos como invitados. Nuestro manager se encarga de mantenerlos contentos y de que ellos nos mantengan felices a nosotros.

Justo antes de salir, nos avisan de que la prensa se ha enterado de que cenamos aquí y se han apostado fuera con cámaras y micrófonos en mano. Nos informan de la posibilidad de escapar sin ser vistos por la puerta de atrás, sin embargo, Arthur cree que tal vez sea buena idea que nos vean a todo el grupo unido y acallemos los rumores de separación que comienza a crearse en algunos círculos muy cerrados.

Los flases y las preguntas empiezan a llegar antes de que salgamos del local. Todos sonreímos y negamos cuando nos preguntan sobre el tema. Dejamos que nos fotografíen un par de segundos y me detengo a un lado a firmar algunos autógrafos.

Camino hasta el coche cuando el chico lo deja arrancado muy cerca de mí. Le doy las gracias y algo de propina, tomo asiento y pongo la radio. Samantha entra y se acomoda en el sitio del copiloto justo antes de acelerar.

—¿Me llevas a casa?

Piso el pedal y, con la música a todo volumen, conduzco hasta el hotel en el que se hospeda cuando pasa algunas temporadas en España. Me detengo en doble fila, la miro y sonrío.

—¿No me acompañas? —Pregunta, provocativa.

Niego con la cabeza.

—Prefiero dormir solo. —En realidad quiero dormir abrazado a Nerea, pero algo me dice que ir a su casa, echar la puerta abajo y meterme en su cama no es buena idea.

—¿Otro día?

—Tal vez.

Se incorpora hacia delante y se despide con un beso, demasiado largo y húmedo, en la mejilla. Es curioso, me encanta follar con Sam, tanto como con Dayana, nos lo pasamos muy bien en la cama, sin embargo, ahora, después de tener a Nerea entre mis sábanas, no deseo que pase ninguna otra por ella.

—¿Seguro que no quieres subir? —insiste.

—Hasta mañana, Sam —me despido, intentando ser educado.

Ella sale del Audi sin montar ninguna escena, cierra la puerta con cuidado y desaparece.

Entro en la Finca sin poder esconderme de las decenas de *paparazzis* que esperan en las afueras de la urbanización de lujo. No me gusta este lugar, siempre hay demasiada gente y, hoy, no iba a ser diferente. Los coches

rodean la acera de la mansión y la música y el barullo se escuchan incluso antes de que el motor del coche deje de rugir. He venido porque no me apetece pasar la noche solo y no quiero ver a Cristina y tener que mentirle cuando me pregunte con quién he estado.

—¿Qué pasa, tío? —Edu me saluda con un abrazo.

—¿Dónde está Allan? —se lo devuelvo.

—Hace rato que no lo veo.

Chicas por todos lados, gente que no conozco, mucho alcohol y carcajadas en cada rincón.

Alguien me da una cerveza bien fría, que bebo de un trago, y sigo buscando entre la marabunta a mi amigo. Bajo a la piscina y me encuentro a Chase, Robbie y a otro chico montándose una orgía con cinco o seis chicas. Cierro la puerta y subo hasta la cocina. Allan prepara chupitos de tequila con los vasitos posicionados en fila.

—¿Son todos para ti?

—Esta chica dice que es capaz de beberse diez sin vomitar. —Señala una muchacha menuda, morena y con una cara preciosa, que sonrío a su lado.

—¿Estás segura de querer hacer esto? —Le pregunto, preocupado por su integridad física.

—¿Tú también quieres apostar? —La morena echa la cabeza hacia un lado.

—¿Te has apostado con ella? —Abro los ojos, incrédulo, y regaño a mi amigo.

—Tranquilo. Algo me dice que puede con esto y con más. —La mira—. ¿Estás preparada?

La chica asiente con la cabeza, sonrío y comienza a beberse el líquido de cada vaso hasta llegar al décimo, que coge, levanta, respira y traga hasta bajarlo por la garganta como los anteriores.

Allan ríe y la mira orgulloso, como el que ve graduarse a su hijo en la facultad.

—Me debes doscientos.

—¿Doscientos euros? —Me sorprendo.

—Toma, te mereces más. —Saca cuatro billetes de cien euros y se los ofrece.

—No necesito tu caridad. —Le quita dos de un tirón, se los guarda en el bolsillo trasero del pantalón y sale de la cocina sin decir nada más.

—¿Quién era esa? —Relleno dos de los vasos, que ha utilizado, con

tequila y le doy uno a él.

—La mujer de mis sueños. —Brindamos e inundamos nuestras gargantas con el sabor fuerte y dulzón del licor—. Y ahora, dime. ¿Por qué llevas toda la noche con esa cara de memo?

Levanto una ceja y me bebo otro trago.

—No sé de qué me hablas.

—Has aguantado estoicamente cómo los dos soplapollas de la cena te lamían el culo sin decirles nada. Tú has follado mucho y bien en estas horas para no levantarte, mandarlos a la mierda y largarte de allí.

—He estado con Nerea.

—Lo sabía.

—Entonces, ¿por qué preguntas?

—Acaba de dejar a su marido y tú te vas a Miami dentro de unas semanas. ¿Sabes lo que estás haciendo?

—Solo nos hemos acostado.

Levanta una ceja de manera exagerada y yo me revuelvo el cabello.

—Estoy jodido. —Me descubro. Total, a Allan no puedo ocultarle nada.

Agarra la botella de tequila, me la ofrece y bebo directamente de ella.

—¿Podrás despedirte cuando debas hacerlo?



## APUESTAS PERDIDAS

—Me he acostado con Pablo.

—Ya lo suponíamos, nena. No tenéis edad de jugar al parchís. —Carol se lleva a la boca un trocito de sushi.

—¿No vais a gritarme o a reñirme?

—No. Las dos sabíamos que esto iba a ocurrir tarde o temprano.

—Yo pensé que sería antes de que dejaras a Sebas —esclarece Rocío.

—Cierto. Me debes cincuenta euros.

—¿Qué? ¿Habíais apostado? —Me indigno.

—Fue cosa de esta chalada —la pediatra señala a la actriz—. Me obligó a hacerlo. Yo, en realidad, pensé que quizás nunca te atreverías a dejar a tu marido y jugártela con Pablo.

—Me parece fatal que hablaseis de esto a mis espaldas. Estoy muy enfadada.

—No te pongas así, cariño. Solo barajábamos la posibilidad de que ocurriera. —Acaricia mi mano con ternura—. Y tú, págame los cincuenta euros. —Le pide a la andaluza.

Rocío abre su monedero, saca el billete y salda la deuda ante mi atónita mirada.

Soy yo la que les regaña durante media hora por el hecho de apostar sobre mi vida sentimental, ¿o debería decir sexual? Sea lo que sea, eso no se hace.

Llamo a Cristina por teléfono para pedirle que me acompañe mañana a casa de nuestros padres. Aún no les he informado sobre mi separación, necesitaba estar segura y para ello tenía que dejar pasar un tiempo prudencial. Acostarme con Pablo no es sine qua non de no volver con mi marido (a las pruebas antecesoras me remito), pero ahora simplemente lo sé. No estoy segura de cuál será mi camino, pero no lo recorreré al lado de Sebastian. Aprovecharé el trayecto para contarle a Cristina lo que ha ocurrido con Pablo,

espero no matarnos en un accidente con el coche cuando se convierta en la niña del exorcista.

La mañana del domingo parece el suplemento del dominical concentrado en mi cocina. Café, té, tarta, tostadas, galletas y muchas noticias del corazón de varias revistas digitales. Las comentamos todas y cada una. De un tema pasamos a otro como si ninguno nos importara demasiado. Y es que la vida de un montón de desconocidos ricos y famosos no es que nos quite el sueño por las noches. Vale, a mí me tiene en vilo uno de ellos, pero no nos topamos con ningún artículo que hable de él en el día de hoy. Al final hablamos sobre nuestro movido fin de semana y las locuras realizadas. Le aconsejo a Carol llamar a Andrés y volver con él y los niños, sin embargo, ella aún no lo tiene muy claro y prefiere esperar. Rocío, entre un té y otro, intenta contarnos su experiencia sexual con Allan, pero ambas nos negamos en rotundo a escucharla. Las dejo discutiendo sobre la belleza de Angelina Jolie, a la que hemos visto en una foto de Instagram demasiado delgada, y recojo el teléfono móvil de mi mesita de noche, donde lo dejé cargando. Una sonrisa crece en mi cara hasta casi partírmela en dos cuando veo un mensaje de Pablo en la pantalla.

«Buenos días, ¿parezco desesperado por verte si te invito esta tarde a tomar un café? Bah, me da igual. Me muero por volver a besarte».

Quiero contestarle en ese mismo momento, pero no sé si debo hacerme la interesante y esperar un tiempo prudencial, o creerá que no quiero volver a verlo si no le escribo algo rápido. Soy una inepta en esto de las relaciones (sean del tipo que sean) con el sexo masculino. No se me da bien ligar, o, mejor dicho, he olvidado todo lo concerniente a este tema. Lo de hace tres años rodó solo, no hubo que empujar la rueda, iba ligera y casi sin cargas. Ahora... Hemos huido tanto el uno del otro que tal vez lo único que hagamos sea destrozar lo que queda.

Decido pensar con detenimiento qué contestarle y cierro la aplicación de WhatsApp.

Dejo a mis amigas en el salón de casa, reconvertido en el plató de Sálvame, tumbadas en el sofá con la simple intención de ver la tele y no hacer nada, y me dirijo a recoger a Cristina.

Sube al coche de un salto en cuanto me detengo junto a la acera.

—Hola, hermanita. ¿Preparada para la guerra? —Suelta mientras se abrocha el cinturón de seguridad.

Debería decir «para las guerras», en plural, porque libraré dos: una con ella y otra con mis padres. Ambas por motivos diferentes, pero tan relacionados entre sí que mejor definirlos como dos batallas de una misma guerra.

—Quiero pensar que se lo tomarán bien.

—Papá lo hará. A mamá le dará un ataque y habrá que llevarla al hospital.

—¿Eso crees? —Abro los ojos de par en par.

—Claro que no. Estoy bromeando. Flipará un poco y ya está.

«Como tú cuando te cuente lo de Pablo», pienso.

—Quería darte las gracias por acompañarme y apoyarme.

—Ne, qué pesada eres. Siempre lo hacemos, ¿no? Somos hermanas.

—Somos las mejores hermanas, yo nunca me enfadaría contigo por mucho que metieras la pata. —Allano el camino de nuestra conversación pendiente.

Conduzco mirando la carretera, pero el silencio que se crea tras mi frase me llama la atención y giro la cabeza hacia ella durante un segundo. Me está mirando fijamente con el ceño fruncido.

—¿Qué? —le demando.

—¿Por qué has dicho eso?

—¿Por qué he dicho qué?

—Eso.

—¿El qué?

Bufa.

—Lo de antes.

—No sé.

—¿Qué has hecho?

—¿Yo...? Nada. —Me encojo de hombros y (creo que) disimulo.

—No sabes mentir.

—Eso no es cierto.

—¿Ves? ¡No sabes! —Levanta la palma de una mano, señalándome.

Suspiro.

—Verás... Cristina...

—¿Me va a doler?

—No.

—«No, dedo en el ojo», o «No, patada en las pelotas».

—No tengo pelotas.

—Pues en las tetas. Tú me entiendes. No me líes. ¿Va a doler?  
—¡No! Pero espero que no te molestes.  
—Eso es porque me va a molestar.  
—No tienes por qué.  
—Cuéntamelo y yo lo valoro.  
—Pero piensa que no ha sido premeditado y que... tú has tenido parte de la culpa.  
—¡Dilo ya!  
Cojo aire y me armo de valor.  
—Pablo y yo hemos estado quedando. Como amigos... ya sabes. Pero el viernes después de la discoteca fui a... Fui a buscarlo a su casa.  
—Fuiste a buscarlo a su casa —repite, incrédula.  
—Básicamente, pero es más complicado.  
—¿Y?  
—Pues que... nos acostamos.  
Durante unos segundos ninguna de las dos decimos nada.  
—Os acostasteis.  
—No parece muy sorprendida.  
—Porque no lo estoy.  
—¿Te lo ha dicho?  
—No. No me lo ha dicho, el muy cabronazo.  
—Yo le pedí que no te dijera nada. Quería hacerlo yo.  
—¿Y qué pasa ahora? —pregunta, impertinente y con tono cansado.  
—Nada. Solo quería que lo supieras.  
—¿Para qué? —Vuelve a subirlo.  
—Creí que debías saberlo. Después de todo...  
—Después de todo lo que ocurrió y lo que yo sufrí, quieres que esté preparada para cuando vuelva a ocurrir lo mismo —me corta.  
—¡No! No va a ocurrir nada. Pablo y yo solo... solo... solo...  
—¡Joder, Nerea! ¡Te lo pedí! ¡Te lo dije en Las Vegas! ¡Te pedí que no te entrometieras en su vida!  
—No ha sido del todo así exactamente. Tú me obligaste a pasar tardes enteras con él. ¿Qué creías que ocurriría?  
Se lleva la mano al pecho, indignada.  
—Perdona por pensar que erais dos personas adultas con un pasado en común capaces de mantener una relación cordial. Es cierto, llevas toda la

razón. ¡La culpa es mía! —manifiesta, sarcástica.

—Yo no he dicho eso.

—¡Pues lo ha parecido!

El silencio vuelve a reinar en el interior del coche.

—Venga, Cris. No va a pasar nada.

—¿Estáis juntos?

—No.

—Dime la verdad.

—Te la estoy diciendo.

—¿Sabes? Cuando me dijiste que habías dejado a Sebastian, se me pasó por la cabeza que tomaste la decisión por Pablo, ¡pero me negué a reconocer que pudieras ser tan jodidamente estúpida!

—Primero: No me insultes. Segundo: No he tomado la decisión por Pablo ni por nadie. Solo por mí. No era feliz. Y hasta tú, que has estado viajando los últimos meses, podías verlo. ¡Me lo has llegado a decir! Puedes creerme o no. Pero te estoy siendo muy sincera —explico con firmeza.

—¿Lo quieres?

—¿A quién?

—A Pablo, a quién va a ser.

Pienso si sincerarme del todo con mi hermana pequeña. La considero mi mejor amiga, pero no puedo olvidar que para ella, ese título, lo ostenta la persona de la que hablamos.

—Nunca he dejado de hacerlo. Pero no se lo digas. Ni siquiera sé si volverá a ocurrir.

El timbre de su teléfono suena e interrumpe nuestra conversación.

—Hablando del listillo... Esto va a ser divertido.

—Cristina... —La reprendo con la mirada.

Me ignora, ríe con malicia y se lleva el móvil a la oreja.

—Hola, Pablito... —...—Bien. Cansada de lo del viernes. Estuve todo el día sobando en casa de mi hermana. —...— ¿Si? No lo sabía. ¿Qué hiciste tú? Me pareció raro no recibir alguna de tus llamadas de padre preocupado para comprobar que seguía viva. —...— Claro, claro. Tú también estuviste dormido todo el día. Lo entiendo. ¿Sabes quién no durmió? Nerea. Me fui de su casa a media tarde y aún no había llegado.

—Ya está bien —le pido que termine con el juegucito, dejando escapar la frase entre mis dientes apretados, no obstante, ella sigue.

—No lo sabía —contesta a lo que sea que le haya dicho Pablo—, ya, ya. ¿Y a qué hora dices que fue eso? —...— ¿Antes o después de follarte a mi hermana?

—Vaya telita... —me quejo, a punto de llegar a casa de nuestros padres.

—Sí, ya me lo ha contado —...—. ¿Cómo has podido? —Le pregunta, y me siento incómoda al tener que estar delante de esta conversación. Por fortuna, no escucho la respuesta que, por cierto, dura dos largos minutos—. Prefiero hablar en otro momento. —Cris, por lo visto, coincide conmigo—. Sí, está aquí, a mi lado, vamos a casa de mamá. —...—. Yo que sé, no has preguntado. —...—. No sé a qué hora volveremos. —...—. Vale. Se lo digo. —...—. Lo sé, pesado. —...—. Yo también te quiero. —...—. Que sí, no estoy enfadada. Solo... decepcionada. —...—. Lo entiendo. No pasa nada. —...— Lo prometo.

Cuelga el teléfono y lo guarda donde estaba.

Aparco en la puerta de la casa y apago el motor.

—Dice que lo llames cuando puedas.

—Cristina...

—Lo sé, lo sientes, no ha sido premeditado, ha ocurrido sin más, no me afectará a mí y... No estoy enfadada. —Me suelta el discurso que le habrá soltado él.

—¿Seguro?

—No lo sé. ¿Ha ocurrido sin más?

—No. En eso llevas razón. Las cosas entre nosotros no son tan simples.

—Está bien. Hubiera preferido que no hubiese pasado; sin embargo, te agradezco que me lo hayas dicho.

—Gracias, Cris. Eres muy importante para mí.

—Lo sé... —Suspira—. Anda, vamos. —Abre la puerta—. Ahora viene lo peor.

Y llevaba razón. La primera batalla se saldó sin víctimas de por medio. Todos los compatriotas volvieron con sus familias sanos y salvos; no obstante, la que se libró dentro de la casa, junto a mi tan preciada chimenea, sin llamas y sin vida, fue mucho más cruel y sangrienta, dejando a su paso un reguero de caídos y un par de damnificados. A mi madre casi la tenemos que llevar al hospital, llevando razón Cristina al vaticinar su reacción. Mi padre se preocupó por mí y por mi bienestar, pero nada más, sin embargo, no le dio

tiempo, como a ninguna de nosotras dos, evitar que mi madre llamara a Sebastian para preguntarle qué había ocurrido. Ahí, en ese preciso momento, se libró la batalla final, esa en la que todos los soldados salen a luchar y en la que se utiliza todo el arsenal. Le grité que yo no le importaba, que lo único que quería era ver a su hija casada con el hombre de toda la vida y que nadie pudiera hablar de mí. ¡Vaya tontería!

—¡Tú solo piensas en ti! ¡Nunca te hemos importado lo suficiente! —le vociferé a la cara. Y me arrepentí. Vaya si me arrepentí. Sobre todo porque era mentira. Es mentira. Ella siempre se ha preocupado por nosotras, nos ha cuidado y amado, a su manera, pero no le puedo reprochar nada. Aunque todos cometemos errores, ha sido una buena madre y no se merece que yo se lo haya pagado de esta manera.

Le pedí perdón, pero le recalqué que jamás entenderé sus prioridades. Y salí de allí acompañada por mi hermana, tras darle un abrazo a mi padre y que este me susurrase al oído que corriera todo lo rápido que supiera detrás de la felicidad y que, una vez alcanzada, me aferrase a ella con ganas.

—No ha sido tan malo —comenta Cristina a través de la ventanilla abierta, mientras le echo gasolina al coche. Levanto una ceja y arrugo el labio—. Míralo por el lado bueno. No la has matado de un infarto.

—Nunca podré entenderla. ¿Por qué le importa tanto la opinión de la gente? —Cuelgo la manguera en su sitio, rodeo el coche y me acomodo en el asiento del piloto.

—Es de otra época, Ne, y creció en el pueblo cuando aún era muy pequeño.

Arranco el coche y acelero por el carril que se incorpora a la autopista.

—¿Te dejo en casa?

—No. Lucas me está esperando en Callao. Vamos a tomar algo ¿Te apuntas?

—Estoy un poco cansada.

—Venga, te vendrá bien. Así te despejas.

—Tal vez llevas razón.

—Siempre la llevo.

Aparco en el garaje de mi casa y hacemos el trayecto caminando, dando un paseo. Me gusta el bullicio de Madrid, aunque yo también crecí en ese pueblo

que tanto le preocupa a mi madre. En cuanto tuve edad de venir con amigos, nos escapábamos cada vez que podíamos y, cuando empecé la universidad, me mudé definitivamente. Tiendas, bares, cines, teatros... Toda una variedad de actividades que hacer cualquier día de la semana. Pasamos junto a un banco en el que solía sentarme con mi marido antes de subir a casa cuando en las tardes de verano corría brisa fresca y me entristezco. A pesar de que no quiero volver con él, su ausencia me hace daño, me lastima, como una herida abierta que solo duele de vez en cuando. Mi situación sentimental podría definirse como una montaña rusa que sube y baja en función de factores externos que no controlo. Pero, al contrario que en la verdadera atracción de feria, no sé el momento en que bajaré de ella.

Pienso en el roquero cañón y me recompongo en seguida, sonrío y recuerdo que debería llamarlo antes de que finalice el día.

—¿Te importa que llame a Pablo? Quizás le apetezca acompañarnos. —Le pregunto, mientras cruzamos un paso de peatones junto a treinta personas más.

—Claro. —Explota una pompa de chicle rosa que se dispersa por su cara.

Un tono.

Dos tonos.

Tres...

Descuelga.

—Dime que estás subiendo en el ascensor y que no llevas bragas.

—En realidad, voy desnuda. Si sales al descansillo, me arrodillo y te la chupo.

—Ya estoy en la puerta esperándote.

Nos reímos por nuestra desfachatez.

—Estoy con Cristina en Callao. ¿Te vienes y nos acompañas?

—¿Allí también me la vas a chupar?

—Quién sabe... Tendrás que venir para averiguarlo.

—No puedo —bufa—. Estoy en el estudio. Aún nos queda un rato.

—Vaya... —sueno a decepción.

—Envíame la dirección cuando os sentéis y, si consigo escaparme, voy para allá.

—Vale.

Me dispongo a colgar.

—¿Nerea?

—¿Si?

—Estoy deseando besarte.

Cuelgo con una radiante sonrisa en los labios que ilumina la plaza más que la gran pantalla del cine de la fachada, mientras Cristina me pide que no utilice ese vocabulario soez delante de ella cuando hable con su mejor amigo. Sigue dándole asco imaginándonos en esas condiciones.

—Se me ha quitado hasta el hambre —apostilla.

Nos sentamos en una de las terrazas y observo demasiada gente a nuestro alrededor que podrían agobiar a Pablo en cuanto lo reconozcan. Se lo comunico a Cristina y buscamos un sitio un poco más tranquilo y apartado, aún siendo difícil por esta zona, encontramos algo más retirado.

Ella envía un mensaje a Lucas para indicarle en qué lugar exacto lo esperamos. Y yo hago lo mismo con Pablo, pero añado que, si nos movemos, se lo haré saber. No le revelo las ganas que tengo de verlo y que yo también estoy deseando comérmelo a besos.

Un vino seco.

Una cerveza.

Un cuenco de olivas.

Y muchas risas y confidencias entre hermanas.

Entre risotadas, le indico a Cristina que su amado camina en nuestra dirección a pocos metros, señalándolo con la copa en la mano.

Cris lo mira y la cara se le ilumina, la carcajada se vuelve una sonrisa amplia, de esas imposibles de ocultar. Si fuera un *meme*, le saldrían corazoncitos por los ojos. Por esta razón, por imaginar a mi hermana convertida en un Patricio enamorado de cualquier tontería, no me percató de que alguien acompaña a mi cuñado hasta que no los tenemos a nuestro lado.

—Nerea —dice sin ocultar la sorpresa.

Levanto las cejas y trago el líquido que enfriaba mi boca.

—Hola, Hugo.



## ESTO VA A SER DIVERTIDO

Hemos escogido una mesa de seis, así que Lucas toma asiento frente a mi hermana (después de besarla durante quince segundos seguidos) y Hugo frente a mí, sonriendo por el vergonzoso espectáculo al que hemos asistido. Pedimos otra ronda y nos la tomamos acompañándola con una bolsa de patatas y más risas. Al principio nos reímos los cuatro, pero, no sabría decir cómo, terminamos a carcajadas Hugo y yo, contando historias bochornosas de nuestros hermanos pequeños.

—Lucas no pronunció la erre hasta los ocho años —comenta él.

—Cristina siempre ha sido muy espabilada a la hora de hablar, pero se hizo pis en la cama hasta los diez, por lo menos.

—¡Eso es mentira! —Se queja la aludida.

—No pasa nada, cariño. Les ocurre a muchos niños. —Su esposo le coge la mano con cariño.

—Pero a mí no —refunfuña y se deja dar mimos.

—Cris, sabes que estoy diciendo la verdad. Tampoco sabías beber Coca Cola. Se te salía por la nariz.

—¿En serio? A este le ocurría lo mismo. —Hugo le da un golpe a su hermano en el hombro.

—El destino es sabio y por eso los ha unido. —Le doy un sorbo al vino.

—¡Pues a ti te daba miedo el perro del vecino! —Me señala mi hermanita.

—¡Claro que sí! ¡Era más grande que yo!

—¡Pero si era un perro salchicha! ¡No te llegaba ni a los tobillos!

—¡Me refiero a lo largo, no a lo ancho!

Todos rompemos en carcajadas y seguimos charlando sobre nuestros secretos más inconfesables.

Cristina se levanta para ir al baño y Lucas la acompaña. Los veo entrar en el bar agarrados de la cintura y regalándose arrumacos.

—Son la pareja perfecta —manifiesta Hugo—. Tú hermana me cae bien.

—Están muy enamorados. —Mi mirada se pierde en un punto fijo de la calle, recordando cuando Sebas y yo nos tratábamos así, hace como doscientos mil años.

—¿Quieres otra copa? —Interrumpe mis pensamientos como si supiera lo que ahora mismo me pasa por la cabeza.

—Debería comer algo.

—Podemos ir a cenar, se está haciendo tarde.

—A ver qué dicen los tortolitos cuando vuelvan.

—Esos están entretenidos en el baño... —sonríe pícaro.

—¿Tú crees?

—Aún están de luna de miel. Llevan metiéndose mano desde que nos sentamos. —Volvemos a reír—. ¿Qué dices? Conozco un japonés muy cerca de aquí.

—Me encanta la comida japonesa.

—¿Eso es un sí? —Levanta el brazo para llevarse el botellín a la boca y puedo apreciar que su bíceps está en muy buenas condiciones.

—Yo... —¿Qué debería contestarle? Me apetece comida japonesa y Hugo es una compañía muy agradable. Llevo muerta de la risa desde que se sentó frente a mí y tenemos muchísimas cosas en común, además de que nos acabamos de separar y que nuestro hermanos están haciendo guarradas ahora mismo en el baño. Tal vez no deba descartar la idea de pasar con él un buen rato. Soy una mujer soltera de treinta y siete años que merece reír con más frecuencia que con la que lo hace. Pero... ¿y Pablo?

—Buenas noches. —Pues Pablo nos saluda a los dos con esa voz que se te agarra dentro.

Levanto el mentón y lo encuentro a un metro de nosotros, más cerca de mí que de él, aunque mira a Hugo como si quisiera saltarle encima y arrancarle la cabeza. Lo sé porque no es la primera vez que lo presencio. Quizás en este momento no lo demuestra con tanto ahínco, sin embargo, a mí no me puede ocultar lo que siente aunque esconda media cara detrás de una gorra negra.

—Hola, Pablo. Cristina está dentro con Lucas —contesto—. Supongo que conoces a Hugo. Es hermano de Lucas —parloteo nerviosa.

—Sí. Nos conocemos.

—Hola, Pablo. ¿Qué tal? —Hugo se incorpora y se estrechan la mano.

Durante dos años lunares ninguno dice nada, (vale, quizá solo pasen un par

de segundos, pero a mí me da tiempo a imaginarme a los dos vestidos de caballeros con armaduras de hierro tallado con sus respectivos escudos, sacando las espadas y batiéndose en duelo), hasta que un camarero llega a nuestro lado y nos pregunta si nos falta algo.

—Yo quiero otra cerveza y... una copa de vino —pide mi concuñado—. ¿O prefieres que nos vayamos a cenar? —me consulta a mí.

—Eh... —Atisbo cómo Pablo aprieta la mandíbula y cuadra los hombros de una manera imperceptible para el ojo ajeno, pero no para el mío, que tengo ojo avizor.

—Otra copa, sí —le digo al chico.

—¿Usted quiere algo, señor? —Mira a Pablo.

—Una cerveza. —Habla tras un segundo en el que no ha levantado la vista del hermano de Lucas.

Toma asiento a mi lado y le informamos de lo que creemos que hacen Cristina y su marido en el baño cuando nos pregunta por ellos. A mi parecer, tardan demasiado, pero ¿quién soy yo para presentarme allí e interrumpirlos? Nadie. Aunque sea de lo único que tenga ganas, que conste, porque estar aquí entre Pablo y Hugo me empieza a poner muy nerviosa, tanto que me llevo una uña a la boca y juego con ella, mordiéndola y tirando.

—Entonces... ¿Cuándo empezáis la gira? —Escucho que Hugo le pregunta a Pablo. Han debido iniciar una conversación mientras yo rezaba porque empezara a diluviar y tuviéramos que salir corriendo.

—Hemos terminado hace muy poco. —Le responde, seco.

—Tengo entendido que te vas a Miami durante una temporada. —Juraría que no mantienen una conversación entre amigos.

—Terminamos de grabar allí el nuevo disco, pero no será mucho tiempo. Volveré pronto —termina con una sonrisa tirante que nunca antes le había visto.

Me suena el teléfono móvil y, a pesar del buen ambiente que se respira (ironía modo súper ON), pido disculpas y me alejo para atender a mi amiga Carol y su última emergencia matrimonial.

—He vuelto a casa. Solo quería que lo supieras.

—Por fin alguien con un poco de sentido común.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. —Me masajeo la frente—. Estoy con Pablo y con Hugo y, no sé por qué, no se soportan.

—Claro que lo sabes, nena. Pero, ¿puedes explicarme qué situación te ha llevado a quedar con los dos?

—Las ideas de Cristina.

—Buen título para una novela. —Ríe.

—Muy graciosa ¿Todo bien con Andrés? —Cambio de tema.

—Mejor de lo que esperaba.

—¿Y los niños?

—Los recojo mañana después del colegio. Ya sabes... vamos a aprovechar la reconciliación.

—Vale, pues hale. No pierdas más tiempo hablando con una recién separada amargada. Ya me cuentas mañana.

—No te quejes tanto. Tienes dos para elegir.

Cuelgo, respiro y me giro. Veo a mi hermana y a Lucas sentados alrededor de la mesa y me quedo bastante más tranquila. Camino hasta ellos con el móvil pegado al pecho y observando la escena. Cris habla muy deprisa a su mejor amigo mientras este intenta sonreír sin conseguirlo del todo, al menos no de verdad, no como cuando lo hace y se ilumina todo. Lucas charla con Hugo con verdadera confianza, se nota en los gestos de las manos, hasta que Cris dice algo y llama la atención de todos.

—Vámonos a cenar. Me muero de hambre. —Da un par de palmaditas.

Llego hasta la mesa, cojo mi bolso de la silla y guardo el móvil. Estoy a punto de excusarme y anunciar que me voy a casa cuando Hugo me interrumpe.

—Le acababa de decir a Nerea que por aquí hay un japonés muy bueno y le ha entusiasmado la idea.

Todas las miradas se posan sobre mí.

—Sí, podemos probar —respondo.

—De acuerdo —zanja Cristina—. ¡Camarero, la cuenta!

Nos levantamos y ponemos rumbo al restaurante que se encuentra dos calles más abajo. Vamos los cinco juntos, por fortuna no se hacen grupos ni nos dividimos durante el trayecto... Hasta el final. Mi hermana bromea con Pablo sobre la gorra que le tapa media cara y este se pitorrea de ella por lo mal abrochados que lleva los botones de la camisa.

—¿Follando en el baño de un bar? ¿Una mujer casada? —sonríe, pícaro.

Ella le da un golpe en el hombro, ríe y le rodea el brazo de una manera muy cariñosa.

—Cállate, imbécil. Como si tú nunca lo hubieras hecho.

Hugo y Lucas se detienen a admirar una moto aparcada sobre el acerado y yo sigo de cerca al roquero y a mi hermanita.

—¿Qué hace aquí Hugo?

—Ha venido con Lucas. Por si no lo sabías... Es mi cuñado —le explica a modo de confidencia fingida—. Creí que te caía bien. Por cierto, tú también eres mi cuñado, ¿no? Ahora sales con Nerea. Otra vez —puntualiza.

—No sé lo que somos pero...

—Pero tú no sales con nadie. Ya ya. Ya me conozco tu discurso de roquero con éxito que solo pretende follar y follar.

—No, solo digo...

¿Qué dices?

—Prefiero no saberlo —lo corta.

¡Pero yo sí!

—Mira, debe ser aquí. —Cris señala la fachada del restaurante, interrumpiéndolo.

Pablo abre la puerta y la aguanta con la mano para que entremos las dos, ella primero, después yo. Me roza la cintura con la mano cuando paso por su lado y todos los vellos de la piel se me erizan.

—Me gusta cómo hueles —me susurra al oído y el estómago me burbujea.

Nos sentamos alrededor de una mesa que se ubica junto a la banda por donde pasan los platos. Esta vez Pablo frente a mí y Hugo a mi lado. Pedimos las bebidas y nos indican que podemos coger todo lo que deseemos, siempre y cuando nos lo comamos.

—El pollo con salsa de almendras está exquisito —me dice Hugo de una manera demasiado íntima.

—Nerea es alérgica a las almendras —le contesta Pablo, alto y claro.

Los ojos se me abren sin poder evitarlo, sorprendida porque se acuerde de ese detalle, y lo miro. Él levanta el labio de una forma muy macarra, coge un par de cuencos de arroz y los deja sobre el mantelito color rojo y dorado, quitándole importancia al detalle.

—Oh, lo siento. No lo sabía —se disculpa.

—Está claro —apostilla el roquero.

—No te preocupes —le contesto con una sonrisa amable, al tiempo que me coloco una servilleta de tela en el regazo.

La mayor parte de la cena sucede entre anécdotas que cuentan Lucas y

Cristina de sus viajes. Nosotros nos reímos e intervenimos cuando lo estimamos necesario. A mi hermana hay que pararla algunas veces y evitar que nos haga partícipes de detalles que no deseamos saber. Como por ejemplo, que se tiraron desnudo por una tirolina delante de un montón de turistas chinos.

Pablo trastea con el teléfono móvil, y el mío suena unos segundos después. Lo cojo y le echo un vistazo rápido a la pantalla.

«Me muero por morderte ese labio», reza el primer mensaje.

«Le he compuesto una melodía a tu sonrisa», el segundo.

—Puedo enseñarte la receta de la salsa Tonkatsu —Hugo levanta los palillos y los señala, sacándome de mi mundo de purpurina y confeti en el que Pablo y Nerea vuelan en una nube mientras hacen el amor entre estrellas —. Soy muy bueno en la cocina.

Ignoro los WhatsApp y le respondo.

—Veo que lo de ser un cocinillas viene de familia. Lucas lo hace muy bien.

—Le enseñé yo. Si quieres, puedo darte un par de clases.

—Oh, gracias, pero, aunque me costó, sé cocinar.

—No quería decir eso... Eh... Solo que... me encantaría cocinar para ti algún día.

Vuelve a sonar mi móvil, que guardo en mi regazo.

—No te preocupes. Disculpa. Una amiga tiene un problema. —Me excuso y lo desbloqueo.

Pablo: «Di que vas al cuarto de baño». 22:46

Yo: «Estoy bien así». 22:46 →→

Pablo: «Ve al baño y llámame por teléfono». 22:47

Yo: «¿Qué pretendes?» 22:47 →→

Pablo: «Besarte». 22:48

Pablo. «Porque si no, me ahogo». 22: 49

Guardo el teléfono en el bolso, me lo cuelgo en el hombro a la vez que me levanto e informo a todos que me dirijo al aseo un momentito. Ninguno me hace caso a excepción de Hugo, que me regala una sonrisa y un asentimiento de cabeza.

Entro en el de chicas y marco su número.

—¡Ey, tío?! ....

—Pablo, ¿qué estamos haciendo?

—¡No me jodas! —responde, alterado y pasando de lo que acabo de decirle—. Me encantaría estar ahí contigo, pero no puedo... Espera... —Escucho las patas de la silla de madera arrastrarse por el suelo—. Perdonadme. Salgo fuera a hablar por teléfono. Es importante. —Pi pi pi pi, oigo que me ha colgado. Me quedo mirando la pantalla del teléfono, sintiéndome imbécil perdida. Sin embargo, encuentro explicación en breves instantes.

Pablo entra en el habitáculo y cierra la puerta con pestillo detrás de él. No pregunta si puede besarme, si yo también me muero por hacerlo, solo se abalanza sobre mis labios y los devora. Con una mano tira de mi pelo y con la otra me presiona sobre una nalga. Gimo cuando pega mi pelvis a la suya y noto que la tiene dura como una piedra.

—¿Qué ha sido eso de ahí fuera? —musita sobre mi boca.

—¿El qué?

Me masajea un pecho sobre la ropa.

—A Hugo le gustas —asegura.

—Pero a mí me gusta otro.

—¿Quién?

—... Óscar —digo un nombre al azar.

Le muerdo el labio inferior y tiro.

—Muy graciosa. —Me levanta el vestido hasta casi la cintura y agarra el elástico de mi tanga, jugando con él.

—Dijiste que solo pretendías besarme.

—Te estoy besando.

—Dijiste que no me follarías en los baños de un bar.

—¿Sabes lo que pasa? —Me mordisquea el cuello y baja hasta mis senos —. Que verte tontear con ese tío me ha puesto como un animal en celo. — Tira de la tela de mi ropa interior y la deja hecha girones en el suelo. A continuación, sube la mano, recorriendo mi pierna, hasta llegar a mi sexo y acariciarlo con maestría, abrireme los labios e introducir un dedo en él.

Jadeo y me agarro con fuerza a sus hombros.

—Estamos locos —apunto.

—Lo sé. —Se desabrocha el pantalón con una rapidez abrumadora, se agarra el miembro viril y lo deja en la entrada de mi vagina—. Muy loco. Por ti. —La introduce de una fuerte estocada y grito.

Él me tapa la boca con la mano y sonrío muy perverso, con un semblante de chico malo que me humedece mucho más si cabe.

—Intentemos hacer esto sin que nos echen de aquí. Me gustaría seguir cenando. —Mueve las caderas en círculos y me derrito. Jadeo sobre su dedos —. ¿Crees que podrás hacerlo?

Asiento con la cabeza y retira su mano de mis labios, lugar que se queda mirando embelesado.

De repente, sale y vuelve a entrar sin compasión. Y, de nuevo, se me escapa un chillido fuerte y seco sin poder controlarlo.

—Será mejor que terminemos rápido, o nos van a detener por escándalo público. —Me muerde la mandíbula y enreda su lengua alrededor de la mía, comenzando un baile apresurado y certero, clavándome su cadera, llegando cada vez más al fondo.

Intento no jadear, no gemir, no suspirar, no gritar, no obstante, jadeo, gimo, suspiro y grito. Sus movimientos son tan maravillosamente placenteros que me abstraigo y todo desaparece. Tenerlo dentro, sentirlo tan cerca, notar su humedad mezclándose con la mía, su dureza, sus ganas de mí, lo que le hago sentir... Llega un punto en que a él también se le olvida donde estamos y gime sobre mi boca sin contención, susurrando que le vuelvo loco.

—Loco...

—Pablo... voy a... correrme.

Introduce una mano entre los dos y con el dedo pulgar me masajea el clítoris haciendo círculos sobre él.

Explotamos los dos de una manera bestial y en breves segundos. Todo ha

sido muy rápido, hasta el final. Me apoyo en la pared mientras lo siento salir de mí y su simiente calentarme la piel de los muslos. Nuestras respiraciones, aún aceleradas, es lo único que se escucha en el habitáculo de metro y medio cuadrado. Pablo coge un poco de papel higiénico y me limpia las piernas.

—¿Estás bien? —pregunta mientras lo hace.

—Acaban de follarme en los baños de un japonés. Me siento utilizada — contesto, sin poder ocultar una sonrisa descomunal.

—Mil perdones. No era mi intención. Espero que pueda disculparme, porque pienso volver a utilizarla esta noche.

—Ah, ¿sí? —me finjo herida.

—Sí. —Se guarda la polla y se abrocha los pantalones—. Podríamos ir a mi casa. —Apoya las manos junto a mi cabeza, en la pared, y me regala dulces besos por la cara—. Aunque siempre puedes chupármela en el ascensor. Ya sabes... recordar viejos tiempos.

—O puedes venir tú a la mía. Está mucho más cerca. —Introduzco las manos en los bolsillos traseros de sus pantalones y me siento una quinceañera.

—No puedes esperar, ¿eh?

Le lamo la boca de una manera muy sexi y sucia y le agarro el miembro, que vuelve a estar empalmado.

—Me has convencido —apremia—. Pero vámonos ya, no aguanto como te mira ese tío.

—“Ese tío” se llama Hugo y deberías tratarlo con cordialidad. Es cuñado de tu mejor amiga. Además, aún no nos hemos comido el postre.

—Yo llevo el tuyo aquí preparado. —Se recoloca el paquete—. Y “ese tío” quiere acostarse contigo. —Abre la puerta del baño y nos encontramos a dos mujeres con rasgos japoneses de unos cincuenta años mirándonos con semblante acusador y reprobatorio.

—Lo siento, señoras. ¿Hemos tardado demasiado? A ella le cuesta... — chasquea la lengua— ya saben. Y eso que no se me da nada mal...

Le doy un golpe en el estómago y noto la dureza de esa zona en mis nudillos.

—¿Olvidas que eres mundialmente conocido?

—¿Crees que ellas van a conocer mi música?

—No hace falta. Hay fotos de ti por todas partes. Antes he visto tu cara en las pantallas de una tienda de discos.

- ¿Y salía guapo?  
—Un poco macarra.  
—Pero mojaste las bragas.  
—Eres un guarro.

Tomamos el postre y unas infusiones exquisitas. A nadie le ha extrañado que volvamos a la mesa juntos y riendo. O si les ha parecido raro, ninguno de los presentes ha hecho mención al tema. Hugo se levanta a pagar sin que nadie se dé cuenta e invita a la cena. Sé que a Pablo no le ha hecho gracia el detalle, pero no dice nada al respecto y se comporta tal y como le he pedido, cordial y educado. Bueno, hasta que salimos a la calle y el hermano de Lucas se ofrece a acompañarme a casa. En ese justo momento se le acaban las formalidades, achina los ojos y da un paso al frente, quizás, demasiado agresivo.

—Yo la acompañaré. Me pilla de camino —miente, pero no me importa, aunque podría ser un poco menos provocador.

Hugo me mira a mí, esperando la aprobación, que le doy en un segundo.

—¿Puedo llamarte otro día? —exhorta.

—Claro.

Se acerca a mí y me da un corto beso en la mejilla.

—Espero que nos veamos pronto —susurra antes de separarse, y yo le contesto con una sonrisa amable.

Cristina le da un abrazo a Pablo y luego viene hacia mí.

—Adiós, hermanita. ¿Tu polvo en el baño ha sido tan bueno como el mío?  
—Me guiña un ojo y se aleja muerta de la risa. Parece que alguien sí se ha percatado de nuestro desliz. Dios... (emoticono de monito tapándose la cara con la mano).

Caminamos en direcciones diferentes y los perdemos de vista. Ellos tres hacia Chueca y nosotros hacia Sol. Encontramos las calles semi desiertas y me parece agradable poder pasear por Madrid casi en soledad, acompañada por la persona que consigue que mi corazón bombee con estas ganas. No puedo obviar el hecho de que la poca gente con la que nos cruzamos lo reconoce al instante y cruzan entre ellos miradas de alucine y sorpresa. No obstante, Pablo parece no darse cuenta o finge no hacerlo muy bien.

—Me gusta esta ciudad. —Esperamos a que el semáforo para peatones se

ponga en verde.

—¿La prefieres a Londres? —Me aparto un mechón de pelo de la frente.

—Son diferentes. —Se encoge de hombros con las manos en los bolsillos y comenzamos a caminar de nuevo.

—Supongo que la magia de allí nunca la podrás encontrar aquí.

—¿A qué te refieres? —Detiene el paso en medio de la carretera, sobre el paso de cebra, y me mira. Las luces de los coches alumbran nuestros cuerpos.

—Ya sabes... Tú lugar preferido... Candem... —Paro yo también.

Me mira fijamente y sonrío con dulzura.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada. Ven aquí. —Me agarra de la muñeca, tira y pega mi pecho al suyo.

Sube las manos por mis brazos, hasta llegar a mis mejillas, ahuecar las palmas sobre ellas y acariciarlas con los dos dedos pulgares, muy despacio.

—Madrid tiene algo que no tiene ningún otro sitio. —Roza con sus labios los míos y me estremezco—. Tú. —Me clava esa mirada azulada que brilla más que todo el alumbrado de esta ciudad. Trago con dificultad y una emoción descontrolada sube desde mi estómago hasta la garganta. Poco a poco unimos nuestros labios y nos fundimos como si fuéramos uno. Una estrella solitaria en el firmamento, a millones de años luz de las demás.

Nos besamos durante más de un minuto como si estuviéramos solos en el mundo (y en la calle, para más señas), así que, cuando queremos darnos cuenta, tenemos a una docena de coches pitándonos para que nos quitemos de la calzada. Nos miramos, reímos a carcajadas y corremos con las manos entrelazadas.



## VAMOS A SENTIRNOS

Llegamos a mi casa así, sin soltarnos en ningún momento y regalándonos besos en cada esquina de la ciudad.

Me cuesta introducir la llave en la cerradura del portal, lo logro tras varios intentos desesperados por controlar los nervios que me comen por dentro. Subimos en el ascensor regalándonos miradas cómplices y avergonzadas, en algunos casos. Como dos adolescentes que van a acostarse por primera vez y no saben lo que van a encontrarse ni a qué atenerse.

Abro la puerta de mi piso y le pido que entre. El silencio inunda el lugar y una mezcla de sentimientos se arremolinan alrededor de mí multiplicando mi ansiedad por mil. De repente, veo a Sebastian por todos lados, huelo a su perfume aún sin respirar, lo escucho en la cocina, en el baño, en el dormitorio... Cierro los ojos y muevo la cabeza varias veces, intentando que todos esos recuerdos y sensaciones desaparezcan por completo, sin embargo, es otra cosa la que me hace reaccionar. Cuando los abro, me encuentro a Pablo delante de mí, a una distancia prudencial, preguntándome si estoy bien.

Me adentro en su indescriptible mirada, nado en su océano azul, llego a su corazón y... me siento feliz. Simplemente feliz. Sebas sigue aquí y me doy perfecta cuenta que, de algún modo, siempre estará, pero ya no forma parte de mi vida. No de la que quiero vivir.

—No tenemos que hacer esto si no quieres —musita, amable y sincero.

—Claro que quiero. Tú... ¿no quieres? —pregunto temerosa.

Él forma una pequeña sonrisa ladeada, niega varias veces con la cabeza y termina con los dos pasos que nos separan.

—Nerea... —Acaricia con ternura mi cabello y me agarra de la cintura—. Te deseo... Te deseo tanto o más que la primera vez que te vi. Pero no quiero que nuestros besos se conviertan en malos recuerdos. Dime la verdad, aquí, ahora, no estamos solos tú y yo.

Trato de hablar, pero él me corta.

—Yo quiero que nuestros momentos sean nuestros y de nadie más. No pasa nada, no me importa esperar a que estés preparada.

—Pablo... Mi marido estuvo aquí mucho tiempo, en esta casa, pero aquí —me señaló el corazón— hace mucho que falta, porque... porque otra persona lo ocupó.

Nos quedamos varios segundos en silencio.

—¿Oscar? —bromea con una ceja enarcada.

—Pero... —Abro los ojos y la boca, y le doy un golpe en el pecho con las manos—. ¡Eres imposible!

Ríe a mandíbula abierta y lo imito. Trata de agarrarme los brazos pero yo me muevo, aparentando estar molesta.

—¡Déjame! —le pido.

—¡Ven aquí!

—No. —Niego y dibujo una fina línea recta con los labios.

—Ven.

—¿Cómo puedes ser así?

—Así ¿cómo? —Consigue atraparme por las muñecas, sentarse en el sofá y a mí a horcajadas sobre él.

—Tan insoportable.

—¿Te parezco insoportable? —Achina los ojos.

—Mucho —afirmo rotunda.

—Vaya... —Mira hacia arriba, pensativo—. Pensé que te gustaba.

—¿Y qué te ha hecho pensar eso?

Conecta de nuevo nuestras miradas y convierte su sonrisa en un reflejo de la mía, pero poco a poco cambia el semblante a uno más solemne y sentido, y yo lo hago con él.

Con el dedo anular hace surcos sobre la piel de mi cuello y siento cómo ese roce agita todas y cada una de las células de mi cuerpo.

—Sé que te gusto porque... —Baja, muy despacio, hasta el punto exacto donde bombea mi corazón—. Porque tu corazón palpita igual de fuerte que el mío. Porque cuando te miro, brillas. Porque cuando te toco, vibras. Porque seguimos conectados a pesar de todo. A pesar del tiempo, a pesar de la distancia, a pesar de nosotros. Todo lo que haces te lleva a mí —musita, cada vez más emotivo.

—Pablo...

—¿Qué quieres hacer, Nerea?

—Borrarlo todo... Quiero que mi casa y mis sábanas huelan a ti. Yo también quiero crear nuevos recuerdos. —Le acaricio la frente, la mejilla y los labios mientras me acerco a él y lo beso, despacio, sin prisas, con mucha calma.

Se incorpora conmigo en brazos y me lleva hasta mi habitación, me tumba sobre la cama y él lo hace sobre mí, apoyando los codos a ambos lados de mi cabeza, deteniéndose a mirarme y comprobar que no me he arrepentido. A veces, las mejores conversaciones, se mantienen en el silencio más absoluto, y eso hacemos Pablo y yo, aunque quedan tantas preguntas sin contestar que una bruma espesa y oscura, poco a poco, se apodera de parte del espacio.

—¿Qué estamos haciendo? —Suspiro.

—Sentirnos.

Hacemos el amor de una manera lenta, pasmosa y hasta dolorosa. Me desnuda sin prisas, me besa con pasión y se introduce en mí llegando a rincones que hasta yo misma desconocía. Calando hondo en mis sentimientos, marcando mi corazón, elevando mi alma al séptimo cielo.

El lunes, Joel, hace alusión a mis mejillas sonrosadas, a mi mirada viva y a la sonrisa que llevo tallada en el rostro e imposible de borrar. La misma que me acompaña durante toda la semana. El responsable de mi espléndido estado de ánimo me llama el jueves para disculparse porque esta noche no podremos pasarla juntos como todas las anteriores. No puedo negar que me fastidia y me entristece saber que no vamos a vernos hoy, sin embargo, aprovecho que el roquero cañón no me va a reventar a base de sexo duro y perverso para dormir unas horas seguidas después de tanto desenfreno.

Llamo a las chicas a la hora de comer por si les apetece tomar un café por la tarde y me disculpo por mi ausencia de estos días.

—Nos tienes abandonadas —se queja Carol con una taza de chocolate caliente en una mano.

—Lo siento.

—No te disculpes, nena. Solo somos unas cochinas envidiosas —asegura Rocío, tras darle un sorbo a su té—. Cuéntanos alguna guarrada de las que te hace y te perdonamos por completo.

—Nada que tú no hayas hecho.

—Eso seguro. —Sonríe.

—Me encanta este sitio —observo.

—A mí me recuerda la casa de mi abuela —protesta Rocío.

—¿No te gusta?

—Estas sillas no son funcionales. Estoy hundida en el cojín.

El Café de la Luz es un lugar donde soñar con aquellas tardes en las que merendar pan con Nocilla o con aceite y azúcar era lo mejor que te podía pasar, un premio por hacer las tareas de clase, recoger la habitación y acompañar a tu hermana pequeña a clase de baile. Ro lleva razón, parece el salón de la casa de alguien que ha vivido tanto que guarda en su memoria momentos inolvidables. Sillas desvencijadas (o eso parece), mobiliario antiguo y lámparas *vintage*. Así está decorado uno de los sitios más mágicos de la ciudad.

Se nos pasan las horas cuando estamos juntas y no paro de pensar en qué sería de mi vida sin ellas. Mis amigas son una parte importante, de esas que, si faltan, todo se desestabiliza y puede llegar a caer. ¿Y Pablo? ¿Qué es Pablo? ¿Cuán importante es? ¿Es uno de esos pilares básicos que mantienen mi felicidad y tienen el poder de hacerla desaparecer? La respuesta aparece tan clara delante de mí que hasta me mareo y todo comienza a dar vueltas. Rotundamente sí.

—Cariño, ¿estás bien? —La doctora, haciendo alarde de su profesionalidad (y sus ochenta y nueve años de estudios en medicina) se da cuenta de que estoy al borde de sufrir un ataque de pánico.

—Estás blanca. —Rocío se levanta a toda prisa y pide un poco de agua en la barra.

—Sí, no os preocupéis. Solo hace un poco de calor... —Me abanico con una servilleta y respiro hondo varias veces.

—Aquí tienes. —La andaluza me acerca el agua fría a la boca y bebo pequeños sorbos.

—Estoy bien. No pasa nada.

—¿Estás segura? —insisten.

—Sí sí. Ya se me ha pasado. Ha sido un momento de confusión.

—¿Quieres que salgamos a la calle?

—Sí, paseemos un rato. Tal vez el aire me siente bien.

Pagamos la cuenta y salimos del local, no sin antes ver cómo Rocío se liga al camarero que nos ha cobrado y consigue que le pida el número de teléfono.

—No pierdes oportunidad —le manifiesta Carol.

—Una no sabe cuándo va a volver a encontrarla. Soy una chica que sabe lo que quiere y cuándo lo quiere. —Guarda el trozo de servilleta serigrafiada entre sus senos.

Caminamos sin un rumbo muy cierto, dejando que el aire nos acaricie la cara y mirando los escaparates que nos encontramos. Nos detenemos en un puesto de helados, nos sentamos en un banco de una plaza cualquiera y nos los comemos recordando cómo aprendimos a hacerlos en las clases de cocina, hace ya más de diez años.

—El pene de Carlo es más grande que esto. —Rocío señala el cucurucho, cambiando drásticamente de conversación.

Carol la mira con los ojos como huevos y yo me parto de la risa por sus salidas de tono.

—No me mires así. Y no me digas que la de Andrés es más pequeña...

—Te miro así porque has dicho pene. ¿Te estás reformando?

—Yo soy una chica muy refinada, siempre lo he sido.

—Por favor, ya somos mayorcitas para mantener esta conversación en público. Esa pareja de ancianos no para de observarnos. —Fuerzo una sonrisa mientras miro a los octogenarios.

—¿Cómo la tiene Pablo? Seguro que a ese le cuelgan más de veinte centímetros ahí debajo.

—¡Rocío! —Grito y me río.

Rompemos las tres en carcajadas y nuestros amigos, el señor y la señora «poco disimulados», desaparecen todo lo rápido que sus casi centenarios cuerpos les permiten, como si tuviéramos alguna enfermedad venérea y se la fuéramos a transmitir por el simple hecho de respirar el mismo aire.

—Tengo que contaros algo. —Carol interrumpe las risas—. Se me ha pasado por completo. —Capta toda nuestra atención—. Andrés y yo hemos decidido que lo mejor es que se haga la vasectomía.

—¿Se la va a cortar? —Rocío se asusta y se le cae el helado al albero.

—¿Qué? ¡No! Hemos decidido no tener más hijos y es la mejor opción.

—No lo entiendo. —Se queja.

Carol nos explica cómo es el procedimiento y las razones que les han llevado a ello. No le cuestiono. Si han optado por ese camino, después de todo lo que han pasado, confío que lo han meditado mucho y los dos están de acuerdo con la decisión. Sé que a Andrés le hubiera gustado tener otro hijo, y esto solo demuestra lo enamorado que está de su mujer. A veces, tienes que

poner en una balanza lo que quieres realmente y lo que estás dispuesto a perder para conseguirlo. Sin duda, Carol, Raúl y Manel, pesan para él más que todo el oro del planeta tierra.

—Diva, mira, sales en una revista. —Joel me enseña el último ejemplar de C-Prive, donde Elsa Pataky aparece en bikini en una playa paradisíaca, rodeada de sus hijos y su maravilloso marido, (Thor, para más señas)—. Este brazo no es normal. —Se acerca la revista a la cara para poder observarlo mejor.

—Prefiero los tatuados... —Musito ¡en voz alta!, totalmente abstraída, soñando con el biceps de Pablo.

—¿Qué has dicho? —Sonríe pérfido.

—Nada... —Disimulo y escribo con rapidez sobre el teclado de mi ordenador de la oficina.

—Tu novio tampoco está nada mal. Mira. —Me señala una de las páginas en las que la banda sale a todo color, anunciando que su próximo disco se publicará en el mes de septiembre.

—No es mi novio —contesto sin casi hacerle caso.

—«Se le ha visto últimamente muy bien acompañado... —lee en voz alta —, ¿podemos asegurar que su corazón está ocupado ahora mismo?» —Capta un poco mi atención, que aumenta conforme pasan los segundos y mi ayudante no dice nada—. ¿Quién es Samantha? —Pregunta, a la vez que pone la revista sobre su regazo.

—¿Qué? —Dejo de mecanografiar y le clavo la mirada.

—Samantha. Aquí dice... —Vuelve a leer pero en voz baja.

—¿Qué dice? —Me levanto y le quito el C-Prive de un tirón.

—¡Cómo te pones, reina! —Se incorpora también y se va, sin poder esconder la cara de cínico.

«¿Podemos asegurar que su corazón está ocupado ahora mismo?» Leo.

«Mi corazón está lleno de una preciosa melodía». Contesta.

«Muchos dicen que hace tiempo que no se le veía tan feliz. ¿La música le hace feliz?».

«No me malinterprete, señorita, pero “mí música” me hace feliz».

El suelo comienza a moverse bajo mis pies y se abre un gran cráter justo delante de mí, a pocos centímetros de la punta de mis sandalias azules. Doy un paso hacia atrás y me topo con el filo de la mesa. Apoyo el culo sobre ella,

me agarro con una mano al cristal y dejo la revista sobre la superficie. Esto va demasiado deprisa, no lo nuestro, me refiero a mis sentimientos; no obstante, no sé por qué me extraño, mi amor por Pablo nunca disminuyó, no desapareció, sino todo lo contrario, lo tuve guardado, oculto, bajo un montón de razones inútiles que creía que me harían feliz. Y ¿sabéis qué ha pasado? Que durante todo este tiempo ese amor ha crecido, tanto tanto que no cabe en mi pecho, ni en esta habitación, ni en el mundo entero.

Vuelvo a ahogarme, vuelvo a sentir ese desasosiego. Lo quiero, lo quiero mucho más que antes, con más fuerza y con más ganas. Pero... ¿Qué siente Pablo? ¿Qué está dispuesto a darme?

De momento mucho sexo pervertido y desenfrenado. Llega a mi casa el viernes por la noche con ganas de fiesta, (y no me refiero a irnos de bares y de discotecas). No me da tiempo a decir «hola», cuando abro la puerta, agarra de la cinturilla de mis pantalones, me lleva hacia él y me besa, susurrando sobre mis labios (y sobre todos mis miedos) que me ha echado mucho de menos. Hacemos el amor sobre la alfombra del salón y cenamos pizza escuchando música inglesa de los ochenta. Discutimos sobre qué grupo tuvo más relevancia sobre esa época y llegamos a la conclusión que, sin dudarlo, The Police marcó una década. Se levanta, conecta su iPhone a mi reproductor y la voz de Sting, cantando *Every Breah you Take*, inunda la estancia y pone en marcha todos mis sentidos.

—Esta canción se encuentra entre las cien mejores de todos los tiempos — comenta, sentándose de nuevo a mi lado.

—¿En esa lista no hay ninguna tuya?

—Algún día la habrá —contesta con la voz lánguida.

—Estoy segura. —Me pongo de rodillas justo en frente y lo beso.

Él respira hondo y me mira.

—Every nighth you stay, I'll be waching you —canta muy bajito. (Cada noche que te quedes, te estaré observando).

Trago con dificultad y parpadeo muy despacio.

Pablo...

—Tengo una sorpresa para ti. —Sigue, tras un leve carraspeo. Arrugo la frente—. Es buena, no te asustes —asegura, sabiendo que las odio. Me da un beso en la nariz, se incorpora, se calza las botas y abre la puerta de mi apartamento—. No tardo, espera aquí.

Vuelve unos minutos más tarde con una caja bastante grande en las manos, envuelta en papel plateado lleno de estrellas, y una sonrisa brillante que le ilumina toda la cara.

—Toma. —Me lo ofrece.

Lo cojo con reticencia y mirándolo intrigada.

—¿Qué me has comprado?

—No he comprado nada. —Se encoge de hombros.

Tiro y rompo el papel decorado, observando una caja marrón que no me da pistas fiables de lo que puede contener. Me apremia para que lo abra, sin embargo, no estoy muy segura si quiero ver lo que hay debajo. Cuando me doy cuenta de lo que tengo delante de mis ojos, sostenido con mis manos, se me para el corazón y casi dejo de respirar.

—¿Qué es...? ¿De dónde lo has sacado? —pregunto entre tartamudeos.

—Me lo llevé hace unos días...

—¿Cómo...?

—Busqué a alguien que supiera repararlo.

Me quedo sin nada que decir. Lo único que hago durante más de dos minutos es observarlo y tocarlo sin poder creerme que mi telescopio, con el que miraba las estrellas de pequeña, mi mejor amigo durante aquella época, el que me enseñó a enamorarme del firmamento, esté arreglado y como el día que me lo regalaron, delante de mí.

—Pablo... —musito.

—¿Te gusta?

—Yo, no... No sé como agradecerte lo que has hecho. —Una lágrima avanza furtiva por mi mejilla.

—Soy yo quien tiene que agradecértelo.

—Yo no he hecho nada.

—Claro que sí. —Camina hasta mí, ahueca la mano en mi cuello y me limpia la cara con el dedo pulgar—. Mi música vuelve a sonar y tus ojos brillan más que nunca.

—Será porque soy feliz —me sincero.

Él sonrío de lado y me mira con intensidad, y algo me dice que en su interior se libra una guerra de dimensiones tan grandes como la mía.

—¿Lista para ver las estrellas? —Con esta pregunta la batalla y el miedo deja de tener importancia. ¿Sabéis por qué? Porque sus ojos brillan tanto o más que los míos.



## NUESTRAS ESTRELLAS

Salimos a la calle casi abrazados, con mi mejilla rozando su costado y su brazo rodeando mis hombros. Caminamos hasta una de las calles paralelas en busca de su coche, acompañados por el silencio de la noche, solo interrumpido por el tráfico lejano e intermitente de una de las avenidas.

Pablo huele tan bien que me lo comería.

Soñando con lamerlo entero me hallo cuando él interrumpe mis lujuriosos pensamientos.

—Nos está siguiendo un fotógrafo —advierte.

—¿Cómo? —Me separo unos centímetros, pero él no me suelta.

—Sigue andando y no mires atrás. Está en la otra acera.

Me pongo nerviosa y hago lo que ordena. Noto que su cuerpo se tensa y aligero el paso para poder seguir el suyo. Solo un minuto más tarde, llegamos a su coche y nos guarecemos en él.

—¿Qué vamos a hacer? —Me abrocho el cinturón, mientras él se gira y deja el telescopio en el asiento trasero.

—Perderlo de vista.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Conduciendo más rápido que él.

Acelera y sale del aparcamiento a toda velocidad, tan veloz que me agarro al asiento por miedo a estrellarme contra el cristal si frena de la misma manera.

—Pablo, esto no me parece buena idea —manifiesto. Sin embargo, hace caso omiso a mi sugerencia y sigue concentrado en escapar del periodista. Sujeta el cambio de marchas, reduce y pisa el pedal del acelerador a fondo—. Ve más despacio, por favor.

Gira hacia la derecha, luego a la izquierda, a la derecha otra vez y se incorpora a la autopista, donde, después de conducir durante cinco minutos a más de ciento sesenta kilómetros por hora, reduce, para salir hasta una

carretera secundaria, adentrarnos en un camino de tierra y detenernos delante de un trigal.

Suena *Listen to your heart* de Roxette.

Suelto el aire que contenía almacenado en mis pulmones en cuanto el motor deja de rugir.

—Lamento...

—No era necesario hacer esto. —Interrumpo su disculpa y miro al frente, respirando con dificultad.

—No quería que nos estropeará la noche.

—¿Tu vida es siempre así, verdad? —enuncio, sin poder ocultar la angustia.

—No. Es mucho peor —asegura, sin esconder su pesar.

Hincho el pecho y cierro los ojos. Unos segundos después noto sus dedos acariciándome el cuello.

—¿Estás enfadada?

Niego con la cabeza.

—No... Solo... No entiendo cómo puedes vivir así. —En realidad lo que siento se asemeja mucho más a la pena.

—Nerea... —me llama, y, muy despacio, giro la cara y mis ojos se conectan a los suyos como si de imanes se trataran. La luz de la luna se refleja en nuestros rostros—. Será porque soy feliz. —Repite lo que le dije hace solo una hora.

Muy lentamente deshace el espacio que nos separa y une su boca a la mía, besándome con amor, con mucho amor. ¿Cómo lo sé? Porque ya me ha besado antes así. En realidad, Pablo siempre me ha dado todo en cada caricia.

De repente, una imagen muy nítida se me viene a la cabeza, abro los ojos y me retiro.

—¿Qué ocurre? —Me mira, extrañado.

—Nuestro primer beso.

—Ya te he dicho que no fue en el ascensor.

—Lo sé. Fue una tarde de verano, en la calle; te acompañé a casa, hicimos una apuesta y la ganaste.

Esboza una gran sonrisa.

—Creí que jamás lo recordarías.

—Medías poco más de un metro y llevabas la camiseta llena de helado.

—Tú llevabas un vestido precioso y los labios pintados.

—Eras un mocoso. —Le agarro de la camiseta y lo atraigo hacia mí—. Mi madre me obligó a llevarte a casa.

—Ese día me enamoré de ti. —Noto el calor de su aliento en mis labios, y todo se ralentiza: la caída de sus párpados, nuestras respiraciones, el viento, la música, el tiempo...

—¿Qué hacemos, Pablo? —musito la misma pregunta que ya le he hecho una vez y que yo me repito constantemente.

—Lo único que sabemos. —Pega su frente a la mía, mueve la nariz de lado a lado, haciéndome cosquillas, y terminamos besándonos con ternura.

Entre los dos montamos el telescopio delante del coche, riéndonos por el hecho de ser tan torpes y no conseguirlo a la primera. Él me increpa porque es mío y debería tener práctica, y yo le sermoneo porque no hace caso a mis indicaciones (además de defenderme, ¡hace años que no lo hago!)

Pongo el ojo en el ocular y me cercioro de que está bien posicionado. Observo unas cuantas constelaciones y busco la Osa Mayor para enseñársela.

—No veo nada —se queja, escudriñando el cielo, agachado sobre la especie de mirilla.

—Está delante de ti.

Se incorpora a un palmo de mi cuerpo y alzo el mentón para poder conectar nuestras miradas. Nunca me acostumbraré a la descomunal diferencia de estatura que existe entre nosotros.

—Venga, inténtalo de nuevo —insisto.

—Prefiero mirarte a ti. —Agarra los cuellos de mi chaqueta y tira hacia él.

—No seas patán. —Río.

—Lo digo en serio.

—No puedo creerme que después de estos años no conozcas las estrellas. Yo te las enseñé. Si hasta las tienes en el techo de la habitación.

—Por eso mismo no las aprendí. —Le miro con el ceño fruncido— ¿No lo entiendes, Nerea? Me dolía tanto observarlas que ni siquiera miraba al cielo de madrugada... Y... cuando lo hacía, no las veía. ¿Sabes por qué? —Sus pupilas se dilatan—, porque no brillaban, era como si no existieran, como si no estuvieran ahí.

—Pero... —Me quedo sin nada qué decir—. Pero compraste el piso por nuestras estrellas. Creí que te hacían feliz.

—Esas eran tus estrellas, de nadie más. Y... y solo en esa habitación las

encontraba. —Me aparta un mechón de pelo de la cara y me acaricia los labios con el pulgar.

—¿Ahora las ves?

—Ahora hasta las escucho.

Nos tumbamos sobre el capó del coche y durante la siguiente media hora le explico y le señalo todas los astros visibles. Intento que se aprenda los nombres, y ríe a carcajadas cuando le confieso alguno de los que inventé en mi niñez: Caramelito, Abeja Maya, Pepinillo... Con el paso de los minutos el silencio cada vez se hace menos espaciado, más intenso, pero se salva de ser pesado e incómodo, nos sentimos bien el uno con el otro y pasamos el tiempo alternando confianzas insignificantes y un mutismo elegido y maravilloso.

El jardín de infinitas estrellas me recuerda todas las cosas que vivimos juntos. Fueron muy pocos meses, pero tan intensos que pudieron parecer años. ¿Quién mide el amor por el tiempo trascurrido? Se mide por momentos, sensaciones, intensidad... y por la profundidad del grabado que esa persona deja sobre tu piel.

—¿Por qué sonríes? —Gira la cabeza hacia mí, con los pelos frotando la luna delantera.

—Estaba soñando despierta. —La mía descansa sobre su brazo.

—¿Y qué sueñas?

—Con tenerlo todo.

—Eso no es sueño.

—Entonces... ¿por qué siento que lo que más deseo, aunque no lo parezca, se aleja?

—¿Por qué piensas eso?

Respiro hondo y cojo fuerzas.

—A veces... no estás, Pablo. —Traga y se toca el cabello—. Lo sé. No puedo culparte por ello —sigo.

—Tú tampoco tienes la culpa... Son mis miedos.

—Miedos que yo creé.

Tras varios segundos, rompe la intensidad de nuestras miradas, resbala por la carrocería y se pone de pie. Me tapo la boca y la nariz con las manos pegadas, como en un rezo inconsciente, y respiro.

—Yo también tengo sueños... —habla, mirando hacia el firmamento y de espaldas a mí.

Bajo del capó y me posiciono tras su espalda. El olor de su perfume mezclado con el cuero de su chaqueta, que llevo puesta, me fascina.

—Si hay alguien que puede conseguirlo todo, eres tú —manifiesto.

Mueve la cabeza, como si estuviera tratando de despertar de una pesadilla, se gira y nos deja frente a frente.

—Me das miedo, Nerea. Siento que si no encuentro la forma de bajarte a la tierra todas las estrellas, no podré hacerte feliz.

—Yo no te he pedido nada.

—Pero algún día lo harás, y yo... Yo no sé si estaré preparado para dártelo.

Agacho la cabeza y cierro los ojos.

—Lo estropeé y no tengo derecho a reprocharte nada.

—No es eso. Es solo... —Suspira y me levanta el mentón con un dedo—. Me costó un mundo olvidarte. No sé si estoy preparado para volver a perderte. No quiero pasar de nuevo por eso.

—No quieres nada serio —susurro, sin poder ocultar mi decepción.

—Nerea... mi mundo no es normal... Yo no soy normal, y algo me dice que, algún día, me dejarás de nuevo y no estoy dispuesto a tener que volver a superarte.

—¿Y qué propones?

—Yo no quiero dejar de verte. Pero... sin complicaciones.

—¿Qué somos?

—Llámalo como quieras. Somos amigos que se lo pasan bien y se mueren de gusto follando juntos.

Eso lo he escuchado antes. Hace mucho. Y no me gusta.

—Suena bien. —Fuerzo una sonrisa.

—Pues, si te parece, nos vamos a mi casa y te empotro contra la puerta porque no voy a ser capaz de llegar a la cama.

—Solo me quieres por mi cuerpo. —Medio bromeo, y él se lo traga.

—Yo solo quiero llevarte conmigo al cielo.

—Qué romántico.

—Mucho. Sube al coche y ve quitándote las bragas —me guiña un ojo.

—Pervertido.

—Estoy de acuerdo.

El ambiente dentro del coche se densa nada más entrar en él. Pablo arranca

el motor y en la radio salta *The Reason* de Hoosbastank. Mis sentimientos se encuentran enfrentados en una batalla, que, de momento, gana la excitación, aniquilando todo vestigio de desaliento y decepción. A pesar de la música, noto su agitada respiración, su corazón bombear con fuerza debajo de la camisa y la firmeza de sus piernas presionar sobre el acelerador. Solo recorreremos unos kilómetros sin tocarnos. Aún no hemos vuelto a la carretera principal cuando introduce su mano derecha, muy despacio, entre mis muslos y los acaricia. Primero sobre las rodillas, después subiendo con parsimonia, en un balanceo que me vuelve loca, sin llegar, ninguna de las veces, a tocarme el sexo.

Mis suspiros se convierten en gemidos y le pido que siga.

Suelto un jadeo al notar sus dedos, por fin, rozarme los labios por encima de las bragas.

Pablo suelta un bufido cuando se empapa de mi humedad.

—Abre más las piernas —pide, con voz áspera y sexi.

Trago con dificultad y le dejo espacio suficiente para maniobrar allí abajo, apartar la tela mojada e introducir un dedo dentro de mí. Apoyo la nuca en el reposacabezas con un golpe seco, cierro los ojos y gimo.

—Vamos a matarnos —musito, al sentir un leve frenazo.

—Me da igual. —Mete otro dedo y los mueve.

Los pezones se me endurecen y noto que mi humedad cada vez se hace más intensa. Me excito tanto que yo también quiero un trozo del pastel, así que me incorporo y llevo las dos manos a los botones de su pantalón vaquero.

—¿Qué haces? —Su mirada va de mí a la carretera.

—¿Tú qué crees? —Le retiro los jeans y los slips y su miembro se yergue, impetuoso, delante de mí.

—Esto sí que no es buena idea. —Suspira.

Me muerdo los labios justo antes de llevarlos hasta la punta, abrirlos y saborearla. Él suelta un bufido y se remueve. Sonrío perversa, le rodeo la base con la palma de mi mano y subo y bajo despacio, mientras utilizo la lengua para lamer lo que queda libre.

—Joder... —farfulla.

La trago hasta el fondo y la saco, cubriendo los dientes con mis labios y succionando. Repito el movimiento hasta notar el líquido pre seminal inundarme las papilas gustativas.

—Para... Para... —pide, pero no lo hago.

Por el movimiento repentino de sus piernas y del coche, intuyo que acelera, gira con brusquedad, frena y detiene el coche. Aún así, yo sigo a lo mío, hasta que me agarra de los hombros, me levanta y me besa, mezclándose todos sus sabores en mi boca.

—Sal del coche —ordena, con la mirada oscura.

—¿Qué?

—Que salgas del coche. —Se sube los pantalones, quita la llave del contacto y la guarda en un bolsillo.

—¿Para qué?

—Para poder follarte a base de bien.

Poso los pies sobre arena y me percato de que aún nos rodean inmensas praderas. Nos encontramos en la parte delantera de nuevo, pero de una manera muy diferente. No hay palabras de amor ni besos bañados de ternura. Sin preámbulos, bastantes hemos tenido ya, me agarra del pelo con una mano y estampa su boca contra la mía, devorándome. Con la otra, me sube la falda, me empuja hacia atrás y posa mi trasero sobre el filo del capó. Apoyo los pies donde puedo, introduce una mano entre mis piernas y me baja la ropa interior.

—Va a vernos alguien —musito.

—Me da igual —consigue decir.

Agarra la base de la polla, se hace hueco entre mis piernas y me penetra. Doy un grito de satisfacción y un relámpago de placer me recorre de pies a cabeza.

—Ahhh... —Jadeo sin parar, y me agarro con ansia a su espalda.

Él me sujeta por las nalgas, las aprieta y entra y sale con premura.

Una vez.

Dos veces.

Tres...

Cuatro...

Cinco...

Seis..

Siete...

Gimo.

Me muerde el labio.

Nuestros dientes chocan.

Las lenguas se enredan.

La saliva se mezcla.

Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos cuando noto un orgasmo crecer muy dentro y expandirse desde mi sexo hacia todas las extremidades, electrizando cada una de mis moléculas...

Sin esperármelo, sale de mí; lo miro con muy mala cara, él tuerce la boca en un gesto muy perverso, enseñándome la punta de la lengua; me gira, empuja mi espalda hacia abajo y pega mi pecho al capó.

Con una de sus piernas, le da dos toques a mis tobillos y me obliga a abrirme un poco más.

—Me encanta tu culo... —Lo aprieta.

—¿No pretenderás...? —No es que me niegue, pero prefiero hacerlo en otro lugar.

—Ahora no, quizás más tarde —asegura, con voz áspera.

Siento la punta de su miembro rozar la entrada de mi vagina y abrirse paso con facilidad.

Jadeamos al unísono.

Vuelve a entrar y a salir.

Primero despacio y con golpes secos y rotundos.

Y poco a poco acelera el ritmo hasta hacerlo devastador.

Gritamos.

Suspiramos.

Sudamos.

Solo se escuchan nuestras voces y el sonido de su pelvis chocar contra mis nalgas. Las luces del coche se cuelan entre nuestras piernas y se pierden entre los arbustos. Araño la carrocería, me doy golpes en las rodillas con el guardabarros... pero nada importa, porque el placer que atraviesa todas mis venas bien se merece los cardenales que me van a salir.

Mis jadeos se hacen más agudos, Pablo entiende que voy a correrme en breve y acelera el ritmo y la intensidad.

Grito.

Gimo.

—Nerea, Nerea...

—Pablo... Ohhh...

Nos corremos gritando nuestros nombres y mojándonos por completo.

Él de mí...

Yo de él...

Dejamos el lugar impregnado de olor a sexo.  
Y nos vamos cargados de intimidad.

## MERECE LA PENA LUCHAR

—Sigo creyendo que esto no es buena idea —me quejo, a punto de llegar y revolviéndome en mi asiento.

—Lo hemos hecho decenas de veces. —Pablo no le da importancia, centrado en la carretera.

—No entiendo cómo me has convencido —farfullo.

Él no dice nada y sonrío de medio lado. Dejo pasar que ambos hemos perdido la cabeza.

Aparca el coche junto a la acera y nos bajamos. Los pies se me quedan pegados al suelo y bufo hasta que el roquero llega a mí.

—Venga, no dolerá, te lo prometo. —Me aparta el pelo de la frente.

—Sí lo hará. Y lo sabes. —Arqueo los labios hacia abajo.

—Has estado en el aniversario de mis padres ya antes.

—Solo venía para beber alcohol gratis.

—Tú no bebías alcohol.

—La borrachera que cogí con el ponche de tu padre y dos días vomitando tuvo mucho que ver con eso.

Aún recuerdo a Carol con la cabeza metida en un cubo de basura, llorando a moco tendido porque sus padres la iban a matar si la veían así; y yo no tenía ni la menor idea de dónde había dejado los zapatos. Nos llevamos con resaca más de una semana, y juramos y perjuramos que jamás volveríamos a beber. Yo mantuve la promesa durante muchos más años que ella.

—Nerea, mírame. Siempre has entrado en mi casa, ¿por qué ahora no podrías hacerlo? Somos amigos.

Lo sé.

Amigos.

—¿Y mis padres? —inquiero sobre el problema más peliagudo.

—Tus padres también pueden entrar —bromea, y yo me tapo la cara como consecuencia. Él me las aparta, sonrío y niega con la cabeza—. Eres un caso

perdido.

—No te rías. No conoces a mi madre.

—Claro que la conozco. Siempre me ha tratado como a un hijo.

—Ahora va a odiarte. —Me muerdo el labio.

—¿Cariño?! —grita su madre desde la puerta, a pocos metros de donde nos encontramos.

Nos giramos los dos en su dirección y sonreímos. Él de verdad; yo de manera forzada.

Madre e hijo se funden en un gran abrazo y ella le dice cuánto lo ha echado de menos.

—Vine hace dos semanas. —Se defiende.

—¿Y te parece poco? Cuando seas padre sabrás lo que se sufre con los hijos. —Le aprieta los brazos y luego se dirige a mí.

—Hola, Nerea. —Me saluda con mucho afecto, y también me da un abrazo.

—Hola, Amalia —respondo con la misma ternura.

—Pasad. Tus padres ya han llegado. Están en la parte de atrás.

Cruzamos la casa charlando sobre nada en particular; y cada cuadro, lámpara y pared me despiertan recuerdos casi olvidados. Pasé muchos momentos de mi infancia y juventud aquí, viendo la televisión mientras cuidaba de Pablo y de mi hermana, o cuando Amalia y Jesús nos invitaban a pasar el día o a alguna comida especial. No ha cambiado nada, el mobiliario sigue siendo el mismo y huele a galleta recién hecha.

—¿Estás bien? —susurra Pablo a mi lado a la vez que me coge de la mano. Asiento con la cabeza y me quedo ensimismada en nuestros dedos entrelazados. Reacciono y me suelto justo antes de que mi madre pose sus ojos sobre nosotros.

—¡Nerea! Ya era hora de que llegaras. —Su mirada va de mí a Pablo y de Pablo a mí. Me da dos besos y me pregunta cómo estoy—. No sabía que venías con él —murmura en mi oído.

—¿Cómo estás? —Mi padre hace lo mismo, pero con más afecto. No es que mi progenitora me quiera menos, es que mi padre lo demuestra más.

—Bien. No te preocupes.

Me escudriña con el ceño levemente fruncido y lo deja pasar. Por ahora.

Nos sentamos alrededor de la gran mesa de hierro y cristal y comenzamos a degustar y disfrutar los manjares que Amalia y Jesús han preparado. Toda

clase de pescados, carnes y guarnición de verduras. De postre, una variedad de tartas que asusta, acompañados con té y café.

—Esta no lleva almendras. —Amalia señala una de ellas y demuestra que recuerda mi alergia—. Y esta es una receta inglesa. —Apunta a una cubierta de polvo blanco—. La aprendí hace muchos años. Recién llegamos a Londres.

Merendamos bajo el entoldado blanco y hablamos sobre la carrera de Pablo gran parte del tiempo. No puede negar que no le gusta la conversación y la deriva hacia la próxima jubilación de su padre y el traslado definitivo a España. Logra que nuestros padres se entretengan charlando sobre la futura mudanza y la posible venta de la casa de Reino Unido, y nosotros dos nos levantamos a recoger la mesa y la cocina.

—Déjalo, cariño. —Amalia le pide a su hijo que no se moleste.

—Relájate, mamá. Nosotros nos encargamos —contesta.

Nos perdemos dentro de la cocina, desde donde se ve el patio, y dejamos que ellos charlen y disfruten bajo el sol de uno de los últimos días de primavera.

—No ha sido tan malo. —Mi roquero me da un beso distraído en el hombro, apostado detrás de mí, y yo los encojo como respuesta, sin dejar de enjuagar la vajilla.

No ha sido tan malo, no. Pero no entiendo qué quiere de mí. Algunas veces, o casi todas, sus acciones me desconciertan. Dice que solo somos amigos, que no sabe si está preparado para darme más, y, de pronto, soy el centro de su universo y me trata como si fuéramos pareja. Entiendo que tenga miedo a que vuelva a ocurrir lo de la última vez, pero yo no soy la misma, mi opinión sobre lo nuestro es distinta y estoy dispuesta a arriesgar mucho más.

Sé lo que quiero.

Y es a él.

—Ha estado bien. —Me giro y le acaricio las mejillas con los dedos mojados.

—Está fría —se queja, y mete sus manos bajo mi camiseta.

—Las tuyas arden —observo.

—Tengo ganas de besarte. —Mira mis labios y se acerca muy lentamente.

—No sé... —Dudo con la boquita pequeña, sintiéndolo muy cerca.

—Hola, chicos. —Mi padre entra y nos interrumpe, justo antes de llegar a tocarnos.

Ambos nos separamos tratando de disimular la incomodidad, pero no conseguimos el efecto deseado. Pablo se toca el cabello de manera compulsiva y yo me giro y vuelvo a meter las manos debajo del grifo, demasiado nerviosa y mojándome toda la ropa.

—Pablo. Tu padre quiere hablar contigo —le informa.

—Sí... De acuerdo. —Se disculpa y nos deja solos.

—¿Quieres más café? —pregunto por rellenar el silencio.

—Un descafeinado para tu madre.

Me seco las manos, le echo agua a la cafetera y pulso el botón.

—Hace unos días estuve hablando con Sebastian —comenta sin ningún tono especial—. Me ayuda con las inversiones, ya lo sabes.

—No hablamos demasiado. —Pongo una taza sobre la encimera y cojo una cucharilla.

—Me dijo que sentía lo que estaba pasando.

—Yo también lo siento, papá. No me gusta esta situación —contesto, quizás, demasiado a la defensiva.

—Eh, no te pongas así conmigo. Solo quiero decirte que me da igual Sebastian. Lo aprecio, pero tú eres mi hija. Estaré a tu lado siempre, pase lo que pase, decidas lo que decidas.

—Lo sé. —Hundo los hombros.

Me rodea con sus grandes brazos y me pega a él.

—Estás enamorada de él. —Me mira a los ojos, y no tiene que especificar a quién se refiere.

—Sí. Pero él no me quiere.

—Claro que te quiere. Te mira como si fueras la última flor de la tierra.

—¿Eso crees?

—Cariño, ese muchacho ha suspirado siempre por ti. Todos nos hemos dado cuenta. Una vez, lo pillé mirándote embobado durante más de una hora.

—¿En serio? —Suelto una risita atolondrada.

—Estabas viendo una serie... Esa que te gustaba tanto... De brujas... Que una cantante se llamaba igual...

—Sabrina.

—¡Esa! Estabas tumbada en el sofá. Él se sentó junto al quicio de la puerta de la cocina y apoyó la espalda en la pared. Le pregunté por qué no salía a jugar y me dijo que estaba enfadado con Cristina. Sonreí al ver que ni parpadeaba y supe que sentía algo muy especial por ti.

—Eso fue hace mucho tiempo. —Parpadeo, decepcionada.

—Lo he vuelto a ver hace escasos minutos, ahí fuera, aquí dentro, cuando llegasteis... Y, ¿sabes qué? Que no me sorprende en absoluto. Eres una mujer maravillosa, cualquier hombre suspiraría por ti.

—Lo que hay entre Pablo y yo no es lo que piensas.

—Lo que hay entre Pablo y tú es más grande que lo que queréis que sea. Y, si me permites un consejo de hombre mayor y curtido, no luches contra el destino porque entonces os acabará destrozando.

—Me equivoqué, papá. Y ahora no sé cómo arreglarlo.

—Lo estás haciendo muy bien.

—¿De verdad lo piensas? Estoy completamente enamorada de una persona a la que hice mucho daño; y muerta de miedo porque no sé cómo decírselo. No sé lo que estoy haciendo... —Se me humedecen los ojos.

—Nadie lo sabe, Nerea. Todos fingimos hasta que lo logramos. No te des por vencida tan pronto. Merece la pena luchar por Pablo.

—A veces sigo pensando que no soy buena para él. Nuestras vidas no tienen absolutamente nada que ver. Él es una estrella de rock y yo...

—Y tú una gran mujer —me interrumpe—. Lo conozco desde que era un renacuajo, lo he visto crecer, madurar, triunfar... Y nunca, ni la fama y el dinero lo han cambiado. No hay otra persona más humilde que él.

—No es tan fácil.

—Tú eres una luchadora. —Me anima—. Solo quiero que mi niña sea feliz.

Apoyo la mejilla en su pecho y él me arropa como cuando era una adolescente.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti, hija.

—¿Y mamá...?

—De tu madre me encargo yo. No te preocupes.

Nos despedimos de todos ya en el salón, una brisa fresca se ha levantado al final de la tarde y nos ha obligado a guarecernos dentro de la casa. Mi madre me avisa de que hablaremos pronto sobre lo que está ocurriendo y me preparo psicológicamente para la llamada que me hará en los próximos días. Puedo augurar cuál será su posicionamiento: de cotilla herida.

Pablo me pregunta si me apetece comer algo de camino a su apartamento.

—El frigorífico está vacío.

—Podemos ir a mi casa —musito, abstraída.

—No me apetece cocinar. Y no voy a dejar que lo hagas tú.

—Pues para donde quieras —respondo con una evidente mueca de dejadez.

—¿Te ocurre algo?

No. Solo estoy desorientada. Y asustada.

—Estoy cansada.

Acepta mi respuesta y conduce en silencio. El mismo que transcurre durante la cena. Solo interrumpido por un grupo de jóvenes que se acercan al conocerlo. Observo cómo se hace fotos con los chicos y chicas que sonrían sorprendidos por encontrarse con su estrella favorita de rock en una taberna cualquiera de Madrid.

—¿Nos vamos? —Camina hasta mí, tras pagar la cuenta en la barra, con el ceño levemente fruncido.

Me levanto de la mesa, me pongo la chaqueta y llego a la calle abrochándome los botones.

—¿Puedes dejarme en mi piso?

—¿A qué te refieres? —Pablo se sube la cremallera de la suya.

—Mañana es lunes y ha sido un fin de semana muy largo.

Me clava la mirada durante unos eternos segundos y parece que va a hablar, pero calla, se mete las manos en los bolsillos y lo deja pasar.

Llegamos a mi casa acompañados del mismo mutismo. Aparca el coche en un hueco junto al acerado que da a mi portal y me mira. Tal vez espera que me haya arrepentido y lo invite a pasar.

—Nerea —me llama, al comprobar que nada sale de mí.

Lo miro y espero a que diga algo que cambie todo lo que pienso, que arrase con mis miedos y dé luz a lo que siente y lo que espera de lo que tenemos, sin embargo, no lo hace.

—Me voy a Miami dentro de un par de semanas. Me gustaría pasar contigo todo el tiempo posible.

Sonrío triste.

—Mañana te llamo. —Agarro la manilla de la puerta e intento abrir.

—Nerea, para. ¿Adónde vas?

Lejos de ti.

—Ya te lo he dicho. Necesito dormir. —Giro la cabeza y le ofrezco una

sonrisa displicente.

—¿Adónde. Vas? —repite, recalando cada palabra.

—Me voy a casa. A dormir. Estoy muy cansada —repito, demasiado brusca aunque intento relajarme.

Aprieta la mandíbula, traga con dificultad, abre la boca y después la cierra. Tras unos segundos de incertidumbre, mira hacia delante, rodea el volante con las manos, lo aprieta y los nudillos se vuelven blanquecinos.

—Hasta mañana —se despide, entre condescendiente y enfadado.

Me muevo para salir, pero su mano rodea mi cuello, sin presionar, y me detiene.

—Nerea... —Siento su respiración sobre la mía y espero a que hable—. Yo...

—Hasta mañana, Pablo. —Me despido con resignación al darme cuenta de que no va a salir nada de su boca. Al menos, nada de lo que espero escuchar.

El comienzo de semana no me divierte en exceso, no obstante, el gran volumen de trabajo me entretiene de tal manera que no me permite pensar (demasiado) en Pablo y en nuestra situación. Soy fiel a mi palabra y el lunes lo llamo por teléfono. Quedamos para cenar en su casa, pero me avisa una hora antes y cambia los planes porque un par de *paparazzis* llevan rondando la calle toda la tarde. Lo invito a casa para escuchar cómo rechaza mi oferta y me ofrece otra muy difícil de resistir. Un coche viene a recogerme a las nueve y media y me lleva al hotel Urban, uno de los mejores de la ciudad, donde Pablo me espera con una sonrisa de medio lado que me desarma.

—Tenemos la piscina para nosotros solos. Nadie nos molestará. —No tiene que decir más para derretirme y arrancarme las bragas antes de llegar al ascensor.

Al día siguiente me levanto en la suit y desde allí voy directamente a la oficina. Joel se huele mi noche de pasión y pasa la mañana soltando chascarrillos al respecto. Dicen que hacer hacer el amor mejora las migrañas, así que culpo a mi ayudante y a su pesadez de mi dolor de cabeza.

El resto de la semana pasa más o menos igual. Pablo y yo acostándonos en mi casa, en la suya, en mi oficina, en el garaje... Corriendo de un lado a otro

y corriéndonos en un lado y en otro. Me deja exhausta. Y, por esto, y porque tengo que preparar una boda para el sábado, el viernes me niego a quedar con él. Llamo a mis amigas por si les apetece cenar esta noche, pero Rocío ha quedado con Carlo para hablar, (lo que traducimos como: follar) y Carol tiene a los niños constipados y no quiere dejarlos con la niñera, así que esta última me invita a su casa; a la que voy, amén de que me peguen un resfriado y llevarme en cama varios días.

—Todo preparado, Reina Mora. —Joel me habla por el auricular que llevamos adherido a la oreja y me informa que el novio número uno está preparado para caminar hasta el altar y encontrarse con el novio número dos.

—Comencemos.

Una música preciosa comienza a sonar y veo a Johan vestido con un traje de chaqueta blanco y una sonrisa elegante esperando al amor de su vida. Pelayo, así se llama, llora de emoción cuando sus miradas se encuentran y todo el patio se inunda de amor.

Damos la enhorabuena a los novios al terminar la cena y les informo de que será Joel el que se quede hasta el final. Me piden que me relaje un rato y me tome una copa con ellos. Brindamos con Martini, me dan las gracias por hacer de su día un día especial y reímos por las anécdotas que quedarán en nuestra memoria mientras lo preparábamos y decidíamos los detalles. Pelayo y Johan se disculpan para ir a abrir el baile y mi ayudante y yo los observamos junto a una fuente de piedra y escuchando *Time after time* de Cyndi Lauper.

—Ahora vengo, diva. —Observo cómo se mira con un chico muy atractivo.

—Joel, no.

—Solo voy a recrearme la vista un poquito. —Levanto una ceja—. Vale, tal vez palpe ese pecho. Pero solo por encima de la ropa. —Desparece entre los invitados y decido quedarme un rato y vigilarlo.

Echo un vistazo a mi alrededor y veo una cara muy familiar entre la multitud. Alto, moreno, buen porte, guapo... Hugo charla entre sonrisas con un grupo pequeño de personas y bebe de una copa con un líquido oscuro que mantiene con una mano. En uno de los movimientos para hablar con alguien a su izquierda, sus ojos se encuentran con los míos en la lejanía y se abren

unos milímetros. Su sonrisa se hace más amplia, le dice algo a sus acompañantes y camina decidido hasta donde estoy. Yo doy unos pasos en su dirección y nos encontramos en un punto casi intermedio.

NO MIENTAS A OTRA *QUEEN*

—Hola —me saluda Hugo, a un paso de distancia.

—Hola —respondo entusiasmada.

—¿Invitada de Johan o de Pelayo?

—De ninguno de los dos. Organizo la boda. —Señalo el dispositivo de mi oreja.

—Sea como sea, me alegra que estés aquí.

—Yo también me alegro —contesto sincera.

—¿Eres la artífice de todo este despliegue? —Señala el patio sin despegar sus ojos de los míos—. Pues enhorabuena, creí que me habían teletransportado en el tiempo cuando entré aquí.

El jardín, arreglado con decoración de los ochenta, ha quedado maravilloso.

—Gracias, pero solo he hecho mi trabajo.

—Un muy buen trabajo.

Sonreímos, y me sonrojo.

—¿Quieres bailar? —Me invita.

—Claro.

Los dos miramos las copas que llevamos en las manos y que nos impiden maniobrar y reímos un poco avergonzados por la situación, hasta que él se hace cargo de la mía y deja ambas sobre una mesa cercana.

—¿Puedo? —pregunta, antes de rodearme la cintura con las manos.

Comenzamos a bailar al ritmo de *Total Eclipse of the Heart* de Bonnie Tyler y, sin predecirlo ni esperarlo, empezamos a reír.

—La música es idea de Pelayo, estoy seguro.

—¿No te gusta?

—Me encanta, pero no se lo digas a nadie.

—¿De qué los conoces?

—Son clientes y amigos.

Nunca he sabido muy bien a qué se dedica, así que, sin más preámbulos, se lo pregunto.

—Vendo bienestar. Si tienes una empresa y necesitas algo, yo te lo consigo. Sea lo que sea.

—¿Cómo qué?

—Clientes, más ventas, marketing, inversión... Conecto y uno empresas que se necesitan entre ellas. Se buscan y yo hago que se encuentren antes de desaparecer por alguna mala gestión. Hay buenas ideas sin dinero, y mucho dinero sin ideas. Yo los presento.

—Parece interesante.

—Lo es.

—Si alguna vez necesito un bote salvavidas, te llamaré sin dudar.

—Será un placer ayudarte.

Tomamos asiento en una zona ajardinada, charlamos sobre trabajo durante un largo periodo de tiempo y nos es inevitable tratar el tema de nuestros divorcios. Él lo acaba de firmar, ha sido valiente, y me orienta y me aconseja sobre cómo sobrellevar este periodo de transición. Le agradezco cada palabra de ánimo, y su experiencia me da esperanzas y el empuje que necesito para decidirme a llamar a Sebastian y arreglarlo cuanto antes. Me apunto mentalmente hacerlo la semana que viene.

—«Rey, necesitas una polla más grande para que esta princesa se vaya contigo» —escucho, entre interferencias, a través del pinganillo.

—¿Qué? —grito en voz alta, aturdida, y Hugo se sorprende.

—Si quieres otra copa —responde, extrañado.

—«Quita, leches. Yo no se la chupo a cualquiera» —sigue mi ayudante.

—Joel, apaga el pinganillo... —mascullo.

—«Parece un pepinillo. Y... ¿dónde está el glande?» —sigue.

—Joel... no te tragues ese glande...

—¿Qué has dicho? —inquire Hugo.

Miro hacia arriba y lo encuentro observándome con los ojos abiertos de par en par. Trago con dificultad y le pido a mi mente que reaccione con soltura y genialidad, por una vez en la vida.

—Eh... Que me la traigas en vaso grande —concluyo, hasta aquí ha llegado mi capacidad de reacción.

—¿Todo bien? —Mi acompañante se preocupa.

Me quito el aparato de la oreja de un tirón y lo suelto sobre mi regazo.

—Sí, perfectamente.

Hugo desaparece entre los sofisticados invitados que mueven sus cuerpos al son de música de discoteca de los años noventa. Me masajeo los tobillos con las manos y me quejo entre dientes del dolor que ya acucia a mis pies. En cuanto Joel aparezca le diré que nos marchamos, aunque dudo que haga acto de presencia muy pronto; a saber dónde y con quién estará.

El que también tarda en llegar es mi improvisado acompañante que, cuando lo hace, se disculpa por la tardanza.

—He tenido que saludar a varios clientes. —Me ofrece mi copa y toma asiento a mi lado.

—No te preocupes. Lo entiendo. —Le doy un sorbo y la dejo sobre la mesa—. Lo he pasado muy bien esta noche contigo, pero creo que voy a irme a casa.

—¿Tan pronto?

—Te recuerdo que he venido a trabajar. Ha sido un día muy duro.

—¿Puedo acompañarte?

—Te lo agradezco, pero he venido con mi ayudante. —Me levanto, y él me imita—. Lo he pasado muy bien. Gracias por este rato tan divertido.

—Gracias a ti por aparecer. Estaba harto de hablar de negocios. Has sido mi salvación.

—Vaya, creí que tú eras el salvador.

—Todos necesitamos que nos salven alguna vez.

Nos quedamos en silencio un puñado de segundos, hasta que decido despedirme y digo adiós antes de girarme y comenzar a caminar.

—Nerea. —Miro hacia atrás y arqueo los labios hacia arriba—. Te llamaré esta semana.

Afirmo con la cabeza una vez y me deslizo entre los invitados en busca de Joel. Lo encuentro junto a la barra, con una copa en la mano y manteniendo una conversación de lo más animada con una señora bastante mayor.

—Reina, ella es Valentina, la tía de Johan.

—Encantada.

—Qué monos sois los dos. —Lleva el pelo morado y los labios del mismo color—. ¿Os cuento un secreto? En realidad se llama Juan Antonio.

La despedimos una copa después y, aunque a Joel le encantaría quedarse un rato más, le convengo de dar por finalizada la velada. Aprovecho la vuelta en el coche para regañarle por marcharse con ese chico, para solo conseguir

que se ría por la situación en la que me ha puesto con Hugo cuando la conversación que mantenía se ha colado por el pinganillo.

—¿Con quién flirteabas? —me pregunta.

—No flirteaba con nadie.

—*Queen*, no mientas a otra *queen*.

—Es Hugo. Es hermano de Lucas.

—Ya decía yo que ese *man* me sonaba. —Se peina el flequillo con la mano.

—Lo he pasado bien con él —comento, de alguna manera, apesadumbrada.

—¿Y por qué utilizas ese tono?

—No sé. —Encojo los hombros—. Me siento mal.

—¿Por el roquero? —Acierta de lleno— ¿Estáis saliendo? —consulta, cínico.

—Supongo que no.

—Pues no tienes que guardarle luto.

—Pero tú si tienes que guardárselo a Toni —le reprocho.

—No he hecho nada, diva. Nunca lo hago. Solo me gusta saber que puedo hacerlo, que aún tengo alguna oportunidad.

Lo dejo en su apartamento y conduzco hasta el mío. Aparco en mi plaza de garaje y me sorprendo al ver el coche de Sebas en la de al lado. Subo a casa con un muy mal presentimiento revolviéndome el estómago. Solo tengo que abrir la puerta para darme cuenta de que las luces están encendidas y que su olor vuelve a inundar cada rincón.

Lo veo sentado en el sofá, con la cabeza gacha y las dos manos aguantándola como si pesara una tonelada. La levanta cuando siente mi presencia y me mira, solo me mira, no dice ni hace nada.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, sospechando la respuesta.

—Esta aún sigue siendo mi casa —su tono confirma que no viene a darme buenas noticias.

—Sabes que no me refiero a eso.

—¿A qué te refieres entonces?

—Es muy tarde. Y te fuiste hace un mes. ¿A qué has venido?

Se levanta.

—Yo no me fui. Me echaste —replica con desprecio—. ¿Cuándo piensas llamarme?

—¿Por eso estás aquí? ¿Porque no has tenido noticias mías? Te dije que

necesitaba tiempo.

—Lo que más me molesta es que creas que soy imbécil. —Entrelaza los dedos.

—Jamás pensaría...

—¡Cállate! —me corta—. ¡Sé lo que has estado haciendo! ¡¡Me mentiste!! ¡¡Estás con él!!

—Yo no te mentí... —intento hacerme escuchar, pero no sirve de nada.

—¡¡Te lo pregunté!! ¡Te pregunté si me dejabas por él! ¡Y me dijiste que no! ¡Dijiste que no! ¡¡Y te lo has estado follando por todo Madrid!!

—¡No me hables así!

—¡¡Aún estamos casados!! —ignora mi petición.

—¡No te dejé por él, Sebas! —Arremeto— ¡Te dejé porque no te quiero! ¿Me escuchas? ¡¡No te quiero!! ¡Lo he intentado, pero no puedo!! ¡No puedo! ¡¡No te quiero!!

—¡¡Te odio!! ¡¡Te odio, Nerea!! ¡Has destrozado nuestro matrimonio! ¡Nuestra vida! ¡Y todo... Todo ¿Por qué?! ¡¡Por un niño que se tira a una mujer de la discográfica, a una modelo y a todas las que se le ponen a tiro además de a ti!!

—¡¿Qué has dicho?!

—¡¿Creías que serías la única?!

—¡¿Qué has hecho, Sebas?! ¿¿Nos has estado investigando?? ¿¿Cómo has podido?? —Caigo en la cuenta de que, si sabe tanto de mi vida y de la de Pablo, es porque se ha interesado mucho por ello, hasta tal punto de contratar a alguien que nos vigile.

Su silencio, después de tanto grito, me da la respuesta que necesito.

—¿¿Estás loco?? ¡¿Has perdido completamente la cabeza?!

—¡¡Sí!! ¡¡Tú me has vuelto lo loco!! ¡Llevas mintiéndome tres años! Y lo sabía... ¡Lo sabía! No entiendo cómo he sido tan necio...

—¡No te he mentido! ¡Durante tres años he estado intentado que lo nuestro funcionara!

—¡¡Has estado con él!! ¡¡Me has estado engañando todo este tiempo!!

—¿¿Qué?? —Abro los ojos como platos.

—¡Nunca habéis dejado de veros! ¡¡Deja de mentirme!! ¡¡Deja de mentirme!!

—¡¡Vete a la mierda, Sebastian!! ¡¡Vete a la jodida mierda!! —le bramo en su cara.

Da un par de zancadas hasta mí, se detiene a unos centímetros de mi cara y baña mi piel con su agitada respiración. Mi aún marido se ha convertido en un animal enjaulado, sin salida, acorralado por la situación e, incluso, agresivo. Aún así, no me da miedo, sé a ciencia cierta que jamás me haría daño físico.

—Salir de ella es lo que intento —sisea con la mandíbula apretada.

Unos segundos más tarde, se separa, recoge la chaqueta del sofá, camina hasta la puerta y cierra con fuerza, tanto que el golpe me asusta y pego un pequeño brinco.

Rompo en un llanto demoledor antes de que el ascensor llegue a la planta del sótano y Sebas salga del edificio. Lloro. Lloro porque, a pesar de todo, lo echo de menos, echo de menos un poco de tranquilidad y estabilidad en mi vida. Lloro porque le he hecho daño, porque él está tan destrozado como yo. Lloro porque me hubiese gustado que nada de esto hubiera pasado. Lloro porque estoy desorientada y perdida, porque a pesar de que tengo claro lo que quiero, no sé si algún día lo voy a conseguir. Lloro porque Pablo se va a Miami y porque quizás mi marido lleve razón y no soy la única mujer en su vida.

—No puedo creerme que te dijera eso —comenta Carol, sentada detrás del volante de su monovolumen.

—Me lo tengo merecido. Lleva razón. Le he mentido —manifiesto, mirando a través de la ventana.

—Has hecho lo que creías que era lo mejor. No te martirices.

—Estaba fatal. Y es por mi culpa.

—Algún día se recuperará. No es culpa de nadie. No puedes obligarte a quererlo.

Los niños comienzan a pelearse entre ellos en la parte de atrás del coche y su madre les regaña para que se porten bien el resto del trayecto.

—Ya vamos a llegar —los alienta a que aguanten lo que queda y no nos provoquen dolor de cabeza. No sería la primera vez. Sé por experiencia que pueden llorar durante tres horas seguidas sin atender a razones—. Abre la guantera —me ordena—. Hay piruletas. Dale una a cada uno. Se calmarán.

Hago lo que me pide y Raúl y Manel, tan educados como siempre, me dan las gracias y sonrían.

—Míralos. Parece que no han roto nunca un plato. —Río yo también

mientras vuelvo a mi posición original.

—He dejado de contar las vajillas que he comprado desde que comenzaron a andar. —Se resigna.

Saco mi teléfono del bolso, que suena (por quinta vez en el día de hoy) y miro la pantalla. Leo su nombre, resoplo y lo guardo también por quinta vez.

—¿Por qué no se lo coges? —Intuye lo que ocurre.

—Lo paso bien con él, pero Pablo me hará daño. Lo sé.

—¿Cómo el que tú le hiciste a él?

—Gracias, amiga —respondo, irónica.

—Me refiero a que él hace tres años se arriesgó por vosotros, te abrió su corazón sin saber qué ocurriría y no tuvo miedo a que lo destrozaras.

—Ahora sí que lo tiene, créeme.

—Y lo entiendo perfectamente —replica. Nos quedamos en silencio durante dos manzanas—. Verás, cariño. Es normal que Pablo no se fíe de ti ni de lo vuestro. Ya lo dejaste una vez, ¿quién puede asegurarle que no volverías a hacerlo?

—¿Podrías tú jurarle a Andrés que estarás siempre a su lado?

—No, claro que no. Se trata de confianza. Y Pablo, ahora, no la tiene.

—¿Y qué hago? Nunca me había sentido así.

—Sé sincera con él y deja que pase lo que tenga que pasar. Hay cosas que se nos escapan.

—Ojalá fuera más fácil.

—Si fuera fácil, no merecería la pena.

Al darme cuenta del panorama dentro del ascensor, a punto estoy de pulsar el botón de abrir las puertas y salir allí antes de que los dos diablillos consigan descolgarlo. Carol riñe a sus hijos para que dejen de saltar y yo les informo que el elevador no es una atracción de feria. Comienzan a gritar: «Feria, feria, feria, feria» hasta que salimos de la diminuta caja de metal y me juro y perjuro que jamás volveré a subirme ahí con niños. Después bajaré por las escaleras.

Rocío nos recibe con una sonrisa en la boca y los ojos brillantes como dos faros.

—Acabo de echar un polvo —es su saludo más particular.

Les tapamos los oídos a los niños y le advertimos que tenga más cuidado el resto de la tarde.

Su casa es un loft, no demasiado grande, en el norte de Chamberí, un barrio muy castizo y adornado con la herencia arquitectónica de la aristocracia. Aún así, su piso está decorado de manera muy moderna y funcional. Nada de sillas viejas y *vintage* ni «sofás de abuela», como ella misma los denomina.

—¿Por qué no los has dejado con la niñera? —Nos invita a pasar al salón.

—Hoy es domingo.

—¿Y el padre?

—Tenía que trabajar. Oye, ¿te molestan mis hijos? —pregunta, incómoda.

—Es por ti, nena. Necesitas una tarde de relax —explica.

—Llevas razón. Perdona. —Hace un puchero. Rocío le da un abrazo y le susurra que no se preocupe.

Tomamos café en la terraza mientras los niños ven dibujos en el televisor. Dejamos la cristalera abierta y no perdemos de vista a esos pequeños delincuentes. La temperatura de Madrid en esta época del año es perfecta, aún no hace mucho calor y pasar el día al aire libre se convierte en todo un placer que disfrutar con amigas y un té frío con limón.

—Eres una andaluza rara —pienso en voz alta, sin levantar la vista de mi vaso, mirando a través del cristal.

—¿Por qué?

—No sé. Te gusta el té. Debería gustarte... el gazpacho. —Lo dejo sobre la mesa de Teka.

—Odio el gazpacho.

—¿Ves? Eres rara.

—Vale, soy rara. Pero no por eso. —Se levanta, recoge el toldo y una brisa muy agradable nos acaricia la piel—. Carlo ha vuelto a casa —dice sin más, a la vez que toma asiento.

—Ya lo sé, nena —le aseguro. Me mira con el ceño levantado y me explico—. Nunca tienes la cocina así de recogida y limpia. Eso es cosa del chef. —Abre los ojos al entenderme.

—Yo también me he dado cuenta —apunta la pediatra—. Supongo que por eso nos has invitado a merendar. Para darnos la noticia.

—Sí... Bueno, hay algo más que tengo que contaros.

—Ay, dios... —me asusto.

—A ver qué se te ha ocurrido... —contesta Carol.

—La fama que tengo... —la anfitriona pone los ojos en blanco, resignada.

—La que tú te has creado, cari —replico.

—Me voy a vivir a Nueva York.

—¿Adónde?

—¿Qué?

—Carlo va a abrir allí un restaurante. Nos trasladaremos en enero. —Ve nuestros semblantes de máxima sorpresa y se explica—. Solo serán dos años, como mucho. Después volveremos a Madrid.

—¿Y tu carrera? —me preocupo.

—Creo que es hora de hacer las américas. —Sonríe.

—¿Estás segura?

—Quien no arriesga, no gana.

—En eso llevas razón. —Carol la mira a ella y después a mí, recordándome la conversación de antes en el coche.

Hablamos sobre el cambio tan drástico que le dará a su vida dentro de seis meses y la felicitamos por ser tan valiente y elegir a Carlo como acompañante en el trayecto. Nos informa (sin necesidad) de que seguirán siendo una pareja liberal, pero sin excesos y siempre con el consentimiento de la otra persona. Se me escapa una lagrimilla cuando me doy cuenta que no tendré a mi andaluza preferida cerca cada día.

—No te pongas así, vendré de vez en cuando y hablaremos todos los días.

—Te vamos a echar mucho de menos —me tiembla el labio.

—Y yo a vosotras. —Comienza a llorar—. Anda, venid. —Nos damos un abrazo de grupo—. Aún queda mucho para que me vaya... —la corta un gran estruendo que escuchamos dentro del salón. Pegamos un brinco y giramos la cabeza en dirección del ruido, donde encontramos el televisor de cincuenta pulgadas destrozado en el suelo y a Manel y Raúl mirándolo con cara de susto y culpabilidad.

Entramos en el apartamento corriendo, detrás de la aterrorizada madre, para comprobar que los niños están bien y no ha ocurrido nada grave.

—Yo no he sido —dice Raúl en modo Simpson, con la vista sobre su hermano pequeño.

—Solo quería coger al gato —informa Manel.

—¿Desde cuándo tienes un gato? —pregunto a Rocío, extrañada.

—Yo no tengo ningún gato.

—Está ahí. —El peque señala hacia la derecha.

—¿Qué coño es eso? —Ro abre los ojos de par en par.

Ante nosotros, un bicho negro y peludo bastante grande, se mueve con soltura.

—¡Es una rata! —grita Carol, ya subida a una silla. Ha sido tan rápida que ni me he dado cuenta—. Manel, por dios, ¡no la cojas!

—¿Nos la podemos llevar de mascota? —El pequeño de sus hijos camina hacia ella.

—¡No la toques! Esos animales traen muchas infecciones. ¡Subid aquí!

De pronto todo se convierte en un caos: los niños corren detrás del bicho, el bicho corre por todo el loft, yo trato de pillar a los niños, Carol grita a sus hijos que vuelvan y Rocío intenta matarlo con el palo de una escoba. En este caos, mi móvil comienza a sonar y lo cojo tras comprobar quién llama.

—¡Hola, Pablo! —saludo bastante acelerada.

—¿Has salido a correr?

—Corro detrás de los hijos de Carol, que corren detrás de una rata.

—¿Una rata?

—No sabemos cómo ha llegado hasta aquí.

—¿Necesitáis ayuda?

Un fuerte golpe seco me alerta, estiro el cuello como las jirafas dentro de la suit principal y observo que la ha matado de un certero leñazo en la cabeza.

—Parece que no. Kitty Pryde acaba de impartir justicia —le informo.

—¿Quién?

Sonríó al comprobar que no conoce a la heroína de Marvel.

—Rocío.

Escucho a Carol gritar si los niños están bien y le pido a Pablo que me disculpe unos segundos. Llamo a los hermanos, los llevo con su madre y le pido a mi amiga que baje de la silla

—El velociraptor ha muerto. Puedes dejar de temer por tu vida —bromeo, y ella me devuelve una muy mala cara mientras pone los pies en el suelo.

Me escondo en uno de los cuartos de baño y cierro la puerta.

—¿Pablo?

—Estoy aquí.

—Has llamado en mal momento.

—Me lo imagino. Se escucha como si estuvieras en medio de una guerra. Puedo llamarte más tarde, pero prométeme que me cogerás el teléfono.

—Ya ha pasado todo.

—¿Podemos vernos?

—Estoy con las chicas.

—Puedo ir a recogerte.

—No sé... —dudo.

—Está bien, Nerea. Lo entiendo.

—¿Qué entiendes? —pregunto, contrariada.

—Te he llamado como unas ocho veces a lo largo del día. Supongo que no quieres verme.

—Claro que quiero verte. —En realidad, no pienso en otra cosa—. No es por ti, Pablo. Ayer vino Sebastian a casa y no fue muy agradable.

—¿Te hizo daño? —levanta el tono de voz unos decibelios.

—¡No! Por supuesto que no. Me refiero a que fue duro para los dos.

—Dime dónde estás.

Lo medito durante unos instantes.

¿Quiero estar con él?

Sí.

¿Debo ser sincera y abrirle mi corazón?

Tal vez.

## SIN ELLA

La echo de menos durante todo el fin de semana. No puedo negarlo y no me lo niego. Me repito una y otra vez que Nerea ha entrado en mi vida de manera temporal y que pronto me iré a Miami y podré olvidarme de ella. Pero una voz desde lo más profundo de mi corazón me grita que deje de mentirme y acepte que esa mujer significa más, mucho más. Y lo sé, lo sé como lo supe cuando apenas era un niño, como lo supe cuando, hace tres años, la volví a encontrar y como lo he sabido desde que Cristina nos obligó a cruzar, de nuevo, nuestros destinos. Pero al mismo tiempo que asumo que la amo, tanto o más que el día que ese sentimiento explotó dentro de mí, un millar de miedos se apoderan de mi cuerpo y de mi mente y dejan bajo un manto de desolación ese amor que le profeso.

Morí cuando me dejó.

Dejé de creer cuando desapareció.

Me costó tanto superarla que aún duele.

Tampoco puedo negar que mis sentimientos por Nerea despiertan esa magia que llevo dentro y que convierte mis sensaciones en letras que llegan al alma de todo el mundo.

Tarareo el estribillo de la nueva canción, sentado sobre la cama, a la vez que apunto en una partitura algunas notas y las convierto en una música viva al acariciar las cuerdas de mi guitarra.

—Pablo, ¿estás listo? —Samantha entra en la habitación del chalet de La Finca en la que suelo pernoctar cuando decido quedarme aquí. Dejo el instrumento a un lado, me incorporo y ella se detiene delante de mí, muy cerca—. ¿Una nueva canción? ¿Me dejarás escucharla? —Acaricia mi abdomen por encima de la camiseta, mimosa.

Le agarro la mano y se la retiro sin brusquedad, pero ni aún así me libero de su mirada dolida.

—Sam, ya lo hemos hablado.

—A mí no me importa lo que tengas con esa mujer.

—Pero a mí sí.

—Hace un par de días te fotografiaron con Dayana. ¿Con ella también has terminado?

—No tengo por qué darte explicaciones —contesto, ahora molesto.

—No te pongas así —replica, arrepentida, o eso parece.

—Siempre has sabido lo que había entre nosotros —trato de explicarme—. Nunca hemos tenido una relación más allá de la amistad.

—Lo sé —musita—; pero creí que podríamos... ya sabes... —vuelve a poner sus manos sobre mi cuerpo, esta vez rodeando mi cuello—. Pensé que seguiríamos pasándolo bien —acerca su boca a la mía.

Allan aparece y nos interrumpe, justo antes de que la empuje y la separe de mí.

—Estamos esperando —nos avisa mi amigo, con una ceja levantada.

La fiesta en la casa de La Finca se alarga hasta bien entrada la madrugada. Terminamos en la piscina, algunos con menos ropa de la que el protocolo aconseja, y decido acostarme cuando la luz del sol incide con fuerza a través de las grandes ventanas. Al entrar en mi dormitorio, me encuentro a Chase y Robbie esnifando coca junto a tres chicas en ropa interior. Les pido amablemente que se vayan y una de ellas me invita a pasarlo bien con el polvo blanco. Chase y Robbie se miran entre ellos y luego posan sus ojos sobre mí. Durante un segundo, solo un segundo, me planteo olvidarme de todo durante unas horas y sumergirme en una fantasía propia, no obstante, niego con la cabeza y les repito, esta vez mucho más rudo, que desaparezcan de mi vista.

El sábado por la tarde voy a un programa de radio en el que me tratan genial. Conozco a los chicos que lo conducen y me invitan a cenar después. La prensa nos sigue hasta el bar en cuestión, nos acosa tanto que salgo del local y les pido que nos dejen en paz. Poco caso me hacen; comienzan a hacer preguntas y a conjeturar sobre mi vida. Mila, una de las presentadoras, sale a ayudarme y, aunque le agradezco la intención, empeora la situación.

—¿Es tu nueva novia?

—¿Sabe tu historia con Dayana?

—Señorita Cepeda, ¿desde cuándo salen juntos?

—Déjenos tranquilos —les pido, rodeando a Mila por el hombro y resguardándonos dentro.

El broche final a la noche se lo pone la tan aclamada Dayana que, como venganza porque en la última llamada le dije que no quería saber nada más de ella, me tira un vaso de champán sobre la camiseta en medio de una discoteca en la que quedamos con la banda.

Decido irme a mi apartamento y descansar después del intenso fin de semana. Duermo poco, no puedo parar de pensar en Nerea y en lo diferente que me siento y que es mi vida cuando ella anda cerca.

Me despierta el sonido del timbre, demasiado temprano si contamos las horas de sueño desde que conseguí adentrarme en la profunda oscuridad. No me da tiempo a levantarme de la cama y abrir; me encuentro a mis padres en el salón de mi casa, con bolsas de un supermercado muy conocido en las manos.

—Pero qué mala cara tienes, hijo. —Mi madre se acerca a mí y me acaricia la mejilla.

—He dormido poco. ¿Por qué no llamáis antes de entrar? —les regaño de alguna manera.

—¿Estás con alguien? Si lo prefieres, dejamos esto y nos vamos. Estoy segura que tienes el frigorífico vacío.

—Estoy solo, pero prefiero que me avises antes de venir. —Tomo asiento sobre el sofá y cierro los ojos.

—Bebiste anoche. —Me regaña.

—Solo un poco —replico, molesto.

—Pablo, confiamos en ti.

—Pues no lo parece. ¿Venís a ver si estoy drogado? ¿Te meo en un vaso? —Tiro de humor negro.

—No me hace gracia. —Pone los ojos en blanco y suspira—. Venimos a invitarte a comer.

Mi padre sale de la cocina, donde ha entrado a dejar la compra.

—No puedo. He quedado. —Informo, con la intención de llamar a Nerea y verla.

—Espero que sea con Nerea.

Me encojo de hombros.

—Te darás una ducha antes de verla —avisa.

—Sí, mamá.

—¿Sabe que te vas a Miami?

La miro y asiento.

—¿Y qué vais a hacer? —sigue con el interrogatorio.

—No lo sé, mamá. —Odio cuando se pone tan pesada—. No estamos saliendo. Es solo una amiga.

—¡Qué ignorante sois los hombres!

—Cariño, estoy aquí —le avisa mi padre, ante el descarado insulto.

—Nerea es especial y, si no te das cuenta pronto, la vas a perder. ¡Va a volver con su marido, o se va a ir con otro!

Suspiro.

—¿Y qué crees que tengo que hacer? —Me revuelvo el pelo.

—Casarte con ella.

Suelto una risa seca.

—¡Has perdido la cabeza! ¡Estás loca!

—No me hables así. —Me da un colleja—. Soy tu madre.

—¡Ay! —Me rasco la zona afectada.

—¿No estás harto de luchar contra tus sentimientos?

No respondo a su pregunta y me quedo embobado en un punto fijo en la pared.

—Cariño. Piensa bien lo que quieres y lucha por ello. No dejes que tus miedos te impidan vivir la vida que te mereces.

Mi madre me conoce mejor que nadie.

—Ella es muy importante para mí.

—Pues díselo hoy. Mañana puede ser demasiado tarde.

—Estoy atemorizado. ¿Qué pasa si vuelve a ocurrir?

—Ay, mi niño. No conozco a nadie más terco que tú.

Los convengo para que vayan a comer sin mí y llamo a Nerea varias veces sin conseguir ponerme en contacto con ella. Insisto a lo largo del día, hasta que al finalizar la tarde (tras haber perdido toda esperanza y fe) decide atenderme.

—¡Hola, Pablo! —me saluda, bastante alterada.

—¿Has salido a correr? —Parece que viene de hacer ejercicio. O de follar, pero la sola idea de que se haya acostado con otro me come por dentro y la aparto de mi mente.

—Corro detrás de los hijos de Carol, que corren detrás de una rata. —Me extraño por su respuesta, no obstante, me alivia saber que no acaba de practicar sexo con nadie.

—¿Una rata?

—Sí, no sabemos cómo ha llegado hasta aquí.

—¿Necesitáis ayuda? —Por el ruido, da la sensación que luchan contra un oso.

—Parece que no. Kitty Pryde acaba de impartir justicia —me comunica.

—¿Quién?

—Rocío. —Se escuchan voces de fondo—. Disculpa un momento.

Tarda unos segundos en volver a hablar conmigo.

—¿Pablo?

—Estoy aquí.

—Has llamado en mal momento.

—Me lo imagino. Se escucha como si estuvieras en medio de una guerra. Puedo llamarte más tarde, pero prométeme que me cogerás el teléfono.

—Ya ha pasado todo.

—¿Podemos vernos?

—Estoy con las chicas.

—Puedo ir a recogerte.

—No sé...

Respiro con fuerza y me toco el cabello.

—Está bien, Nerea. Lo entiendo —me resigno.

—¿Qué entiendes?

—Te he llamado como unas cien veces a lo largo del día. Supongo que no quieres verme.

—Claro que quiero verte. No es por ti, Pablo. Ayer vino Sebastian a casa y no fue muy agradable.

—¿Te hizo daño? —De repente, la sangre me hierve en las venas.

—¡No! Por supuesto que no. Me refiero a que fue duro para los dos.

—Dime dónde estás. —Las ganas de verla y protegerla se multiplican por un millar—. Nerea... déjame cuidar de ti.

—Estoy en casa de Rocío, en Chamberí.

—Tardo unos veinte minutos.

—Te mando ubicación.

Llego sin problemas, el tráfico de Madrid me da una tregua y se alía con mis ganas de verla y mi necesidad de tenerla cerca. La veo al girar la calle, mira hacia el otro lado y la brisa le mueve el cabello. Lleva unos vaqueros ajustados y una americana amarilla. Detengo el coche frente a ella y me quedo embobado, observando su menudo cuerpo y cómo se aparta el pelo de la cara. En ese simple movimiento, nuestras miradas se encuentran y sonreímos.

—Hola —me saluda, tras tomar asiento a mi lado.

—Hola. —Nos quedamos mirándonos—. Dame un beso —le pido, y nos acercamos.

—¿Por qué?

—Porque lo necesito —musito, ya rozando sus labios.

La necesito.

A ella.

Y se lo he dicho.

—Nerea...

Me calla con sus dedos sobre mi boca y me pide, bajo un susurro desesperado:

—Llévame a tu cama.

Hacer el amor con ella no es un acto apresurado, por mucha prisa que nos demos en devorarnos, siempre se convierte en un proceso intenso y duradero. Sentir su calor y su humedad me transporta a las estrellas, pero es ella, ella y su sonrisa, la que consigue mantenerme ahí, suspendido en un mar de sensaciones a miles de kilómetros del suelo. Nerea es como una droga: me mata pero me hace feliz, aunque solo sea durante el instante que me permito soñar con un bonito final para los dos, juntos.

—Arggg. —Me corro dentro, después de empujar entre sus piernas durante más de hora y media. El sudor de mi frente cae sobre la almohada y junto a su cabeza, mientras termino de moverme dentro de su cuerpo.

Ella gime sobre mi boca con los ojos cerrados y vuelve a ponérseme dura en unos segundos.

—Dame una tregua —dice entre suspiros.

—De eso nada. Dentro de poco me iré y tardaré mucho tiempo en volver a tenerte así. —Le beso el cuello y la clavícula.

—Pablo... —Me empuja hacia atrás, despacio, con un reconocible cambio

en el tono de la voz. Se pone mi camiseta, que tiramos a un lado de la cama, y se incorpora—. Necesito un cigarrillo.

Me toco el pelo y lo revuelvo, acto reflejo de mi frustración. Debo ser idiota, porque no me entero de nada. Algo he tenido que decir o hacer para que Nerea salga huyendo así de mí. Porque eso es lo que acaba de pasar.

Abro el grifo y decido ducharme mientras le concedo tiempo y espacio, pero no demasiado. No me gustaría que se diera cuenta de lo rematadamente gilipollas que soy y salga corriendo antes incluso de que nuestros caminos se separen de nuevo.

Con un pantalón de chándal y una camiseta negra la busco por toda la casa. La encuentro en la terraza con la luz encendida y un cigarrillo entre dos dedos. Echa el humo por la boca, de pie, con la mirada sobre la ciudad, que se prepara para descansar y afrontar un nuevo día.

Pulso el interruptor y nos quedamos a oscuras. La abrazo desde atrás y pego mi mejilla a la suya.

—Es mejor así. Un fotógrafo puede andar cerca —justifico mi acción.

—No lo he pensado —contesta, apesadumbrada.

Poso mis labios sobre la piel de su cuello y la escucho suspirar.

—Hoy el cielo está lleno de estrellas —miro el firmamento—. Parece que se han multiplicado desde que volviste a mí.

—¿Eso crees? ¿Que volví a ti? —musita.

—En realidad creo que jamás te fuiste.

—Sí que me fui... —Su voz pierde fuerza conforme habla.

Le doy medio giro y la dejo frente a mí.

—¿Crees en el destino? —pregunto.

—Tal vez... No lo sé.

—Yo no creo que el destino esté escrito. Prefiero pensar que tenemos la libertad de elegir nuestro sino. De luchar por lo que queremos.

—No sé adónde quieres llegar.

Clavo mis ojos en los suyos y los veo sonreír.

—A ti, Nerea. Siempre he querido llegar a ti.

El lunes por la tarde, comienzo, junto a la banda, con los preparativos para el viaje. Sam nos informa de la hora exacta de salida y mi ansiedad se multiplica cuando sé a ciencia cierta las horas que me quedan junto a Nerea: unas noventa. El viernes tomamos rumbo a Miami, ciudad en la que

pasaremos un par de meses, tal vez se alarguen a tres; todo dependerá de cómo vaya la grabación y el tiempo de promoción por Estados Unidos. El primer concierto lo daremos en Madrid el nueve de octubre, una semana después de que el disco salga a la venta. Muy arriesgado, todos lo sabemos, pero nos gusta apostar fuerte por lo que amamos.

Llego a casa de Nerea agotado, sin embargo, cuando la veo, la sangre comienza a bombear con fuerza a través de mis venas.

Justo antes de que el sueño pueda con nosotros, después de follármela contra la puerta y sobre la encimera del lavabo, le prometo que esta semana será especial.

—Contigo todos los días son especiales... —balbucea, entre mis brazos, medio dormida.

—Mañana lo será más... —le beso la sien y le acaricio el pelo con la nariz. Huele a jabón y a felicidad plena.

Y acierto, el martes no se nos olvidará a ninguno de los dos.

Al día siguiente la espero en la puerta de su oficina, ilusionado como un niño pequeño. Bajo del coche cuando la veo salir y camino hasta ella con una sonrisa idiota en los labios. Rodeo su cuello con mis dos manos y atraigo su boca hasta la mía.

—Sabes a chicle de melón —susurro sobre su boca, y ella sonrío.

—Tú sabes a cerveza.

—Se me hacen eternos los días sin ti.

—A mí también.

Suspiro con fuerza y le pido que nos vayamos.

Le preparo un picnic (con manta incluida) junto al Templo de Debod, una construcción arquitectónica de piedras, cuadrada con unos arcos separados por varios metros de la capilla principal y con la misma forma. Cierran el parque por completo para nosotros dos. La cena no la hago yo, aunque fue mi primera opción. Llamé a Allan para que me ayudara y, aunque en principio se negó en rotundo, lo convencí y se presentó en mi casa (delantal en mano). Pronto nos dimos cuenta de que lo mejor sería encargar la comida y así no mataríamos a Nerea de una indigestión.

La recojo poco después de las ocho, y vemos anochecer tumbados sobre el

césped con los dedos entrelazados, justo después de cenar. La luz amarilla que alumbra las piedras del monumento egipcio, y se refleja sobre el agua del lago artificial que lo rodean, bañan el lugar con una magia inaudita.

No disfruto del momento idílico porque lo único en lo que puedo pensar es en que dentro de tres días me iré y tendré que alejarme de ella.

—¿Crees que lo nuestro podría funcionar? —pregunto, franco.

—Pablo...

—Dime la verdad. ¿Lo crees?

—Me encantaría. Pero... Te vas... Tu vida está muy lejos. Y yo... Yo la tengo en Madrid.

Observo sus labios, su nariz, su mentón, sus ojos, su pelo sobre la manta azul...

—Este templo no siempre ha estado aquí.

Me mira con extrañeza y sigo con la explicación.

—Fue un regalo de Egipto a la ciudad de Madrid. Iba a ser sepultado por la construcción de una presa y desaparecería bajo el agua para siempre. Fue transportado y reconstruido piedra a piedra... Incluso se mantuvo la orientación de su lugar de origen: de este a oeste.

—Yo también lo he visitado alguna vez. Me gusta ver la ciudad de noche desde aquí.

Muevo mi cuerpo y lo pongo sobre el de ella, sin dejarme caer del todo y aplastarla. Apoyo las manos junto a su cabeza.

—A veces tenemos que movernos para no desaparecer. Adaptarnos a la nueva situación para sobrevivir y no morirnos bajo un montón de miedos. Podemos ser feliz en cualquier sitio si estamos con la persona que convierte nuestro mundo en especial, aunque no la tengamos a nuestro lado constantemente. —Me acaricia los costados por dentro de la chaqueta, hasta que detiene el movimiento para llevarse las manos al cuello.

—Pablo... —carraspea y su tez blanca me indica que algo no va bien—. Pablo... No puedo respirar.

—¿Qué? —Me incorporo con rapidez y la dejo sentada a mi lado. Ella intenta tragar sin conseguirlo y se tira de la camiseta hacia abajo—. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —Comienzo a ponerme nervioso al ver sus labios colorearse de un tono morado.

—No puedo... no puedo respirar... —Las pulsaciones se me disparan y no sé qué hacer, ni siquiera consigo manejar mis manos—. La... La

comida... ¿Llevaba... almendras?

—¿Qué? ¡No! Creo... Creo que no... La pedí para alérgenos, como no estabas... ¿Han podido cometer tal equivocación? —Me toco el pelo, frenético.

—Llévame... Llévame al hospital... —farfulla, justo antes de desmayarse entre mis brazos.

No sé cómo llego a urgencias. No recuerdo semáforos ni coches ni calles de un único sentido ni paso de peatones. No freno en los pocos kilómetros que conduzco, asustado y muerto de miedo porque el cuerpo de mi chica ni se mueve, tumbado en el asiento de atrás.

Una enfermera aparece con una camilla en cuanto me ve entrar con Nerea desvanecida sobre mi pecho, la dejo sobre ella y, de pronto, varios médicos la rodean.

Un zumbido comienza a golpearme la sien y un rayo la atraviesa de lado a lado.

—Señor, señor, ¿qué ha ocurrido?

Alguien con bata blanca y estetoscopio me mira y espera mi contestación.

—Es... Es alérgica a las almendras. Puede... Puede que haya comido... — Todo comienza a dar vueltas.

—Esta bien. —Sigue a la camilla, que ya rueda a unos metros de nosotros, y comienza a dar órdenes a todos.

Pongo los brazos en jarra, me toco el cabello, miro hacia todos lados, me tapo la cara con las manos... Al final, tomo asiento en una de las incómodas sillas de hierro verde y espero. Diez minutos después, le pregunto a una enfermera por Nerea, y me responde que pronto saldrá el médico a informarme. No le grito por educación y respeto. Estoy desesperado por saber si se encuentra bien. Si le pasara algo, jamás me lo perdonaría.

Apoyo los codos en las rodillas y la cabeza entre los dedos, y me repito, una y otra vez, que no le va a ocurrir nada malo, se pondrá bien y esto quedará en un mal recuerdo.

—Disculpe... —me llaman. Levanto el mentón y me topo con la enfermera de antes—. ¿Es usted familia de Nerea González?

Lo pienso durante unos instantes.

—Soy su novio. ¿Está bien?

—Sí, no se preocupe. Ahora saldrá el doctor a informarle. Estas son sus

cosas. La paciente necesita descansar y su móvil no paraba de sonar.

Miro a la chica y al bolso de Nerea varias veces. Debí dejarlo en la camilla junto a ella. No me acuerdo. Las imágenes de la última hora se difuminan antes de que pueda darles forma a ninguna. Lo cojo y me lo quedo observando. Unos segundos tarda el teléfono en volver a sonar. Decido sacarlo y atender la llamada. Imposible que nadie sepa lo que ha ocurrido, sin embargo, los medios de comunicación han podido seguirnos y la noticia correr como la pólvora, así que decido sacarlo y ver quién llama.

Me pongo rígido cuando leo el nombre de Hugo en la pantalla y dos llamadas perdidas de esta misma persona. Aprieto la mandíbula y cierro con fuerza mis dedos alrededor del infernal aparato. No puedo evitarlo, me cabreo al no entender qué cojones hace llamando a Nerea a estas horas de la noche. Esta bien. No es el hecho de que pasen las once lo que hace que me convierta en un jodido gilipollas egoísta, sino que la llame y punto. Me planteo hablar con el hermano de Lucas y decirle que la deje en paz, pero me obligo a tranquilizarme y pensarlo mejor y no entrometerme en su vida como si fuera dueño de ella. En realidad no soy nadie para decidir sobre su presente ni sobre su futuro. Me doy cuenta que no sé nada, quizás sale con Hugo además de conmigo. Tal vez no soy el único con el que se acuesta.

Qué iluso...

El médico me informa que ha tenido un shock anafiláctico y que ya está controlado, pero que su tensión arterial ha bajado bastante y la tendrán en observación durante varias horas.

—¿Puedo estar con ella? —pregunto, aún asustado, y olvidando mi cabreo.

—Puede entrar a verla, pero solo durante unos minutos.

Encontrarme con su cuerpo menudo, dormido y desprotegido sobre esa cama me resquebraja el corazón dentro del pecho. Tiene los ojos cerrados, el pelo colocado hacia un lado y un camisón blanco del hospital. Me siento a su lado y le tomo de la mano. Agacho la cabeza y pongo la frente sobre ella.

—Eh... —me llama en un susurro y la miro.

—Vaya susto me has dado...

—No ha sido nada —susurra.

—No reaccionabas... No sabía qué hacer... —Me altero un poco al recordar lo ocurrido.

—Solo ha sido una reacción alérgica.

—Es culpa mía.

—Tú no tienes la culpa.

—Debí tener más cuidado.

—Estas cosas pasan. No es la primera vez.

—¿Te ha ocurrido antes?

Asiente con la cabeza y me regala una sonrisa para tranquilizarme.

—Creí que te perdía. —Sonrío yo también.

—Eres muy dramático. Te llevarías bien con Joel.

—Lo digo en serio. No vuelvas a asustarme así. O... o dime qué tengo que hacer cuando ocurra.

De repente, poco a poco, ambos perdemos la sonrisa y una mueca de tristeza se nos borda en el semblante. Una realidad, la realidad, nos salpica la cara y nos despierta.

—Pronto te irás, y no estarás a mi lado. —Me suelta la mano y la deja sobre su vientre.

—No me voy al fin del mundo. Volveré.

—Y después volverás a irte.

—Señor, tiene que salir. —La voz de una mujer me avisa de que ha terminado el tiempo de visita.

—Estaré fuera. —Le beso la frente.

—Vete a casa. Estoy bien —repite.

—Prefiero llegar a casa contigo.

Vuelvo a mi silla de hierro y veo su bolso sobre ella. Por fortuna, la sala de espera está vacía y nadie se ha percatado de que lo he dejado olvidado. Podrían haberlo robado y, con mi despiste, ni me hubiera dado cuenta. Le escribo un mensaje a Cristina, que al final borro y no envío, para contarle lo ocurrido, pero decido que mejor hacerlo mañana cuando vea que su hermana se encuentra bien. Apoyo la cabeza en la pared y asumo que voy a pasar la noche en una silla de tortura, cuando suena el móvil de Nerea de nuevo. Lo saco y leo en la pantalla:

Hugo: «Dime que te has dejado el teléfono en casa y por eso no consigo contactar contigo. Me encantaría volver a verte pronto. Lo pasamos bien juntos. Un beso».

Lo estamparía contra la pared... Al móvil y a él.

## CUANDO TIENES MIEDO

Me dan el alta por la mañana y salgo de observación bastante recuperada, pero arrastrando los pies del cansancio. Se duerme poco en una sala en la que otros pacientes tosen, las máquinas pitan y los trabajadores del hospital hablan entre ellos. Pablo me espera fuera, sentado en una silla, con bastante mala cara.

—Te dije que te marcharas —susurro ya sobre su pecho.

—Jamás te hubiera dejado aquí sola —me asegura, con sus brazos alrededor de mi cuerpo.

—¿Estás mejor?

—Un poco cansada.

Hacemos el trayecto casi en silencio, con una dulce melodía de fondo y el murmullo del trasiego de la ciudad amortiguado por los cristales del coche.

Lo escucho suspirar y redirijo mi mirada hacia él.

—No pasa nada, Pablo. No tiene importancia —insisto en que se deshaga de la culpa que lo ahoga.

—Podrías haber muerto. —Traga con dificultad.

—Jamás lo hubieras permitido. —Pongo mi mano sobre la suya, que descansa sobre su pierna derecha, y la aprieto, a la vez que le sonrío con esperanzas. Él me devuelve el gesto, sin embargo, solo le dura un segundo. Aparta su piel de la mía y agarra el volante.

—No puedo quedarme contigo ahora —cambia de tema—. Tengo una entrevista con los chicos.

—Vale...

—He llamado a Cristina para que te cuide. Tiene que estar a punto de llegar.

—Gracias por todo. No tenías por qué quedarte a pasar la noche.

No hay rastro de Pablo, y su ausencia se hace notar. El roquero simpático, guasón, amable y cariñoso nada perdido entre un montón de olas. Lo sé

porque yo, una vez, me asfixié en ese temporal.

—No estás preocupado. No es eso lo que te pasa —caigo en la cuenta. No contesta e insisto—. Pablo.

Para frente a mi casa y no apaga el motor.

—No es nada. Después te llamo. —Me despacha, mirando al frente y sin despedirse con un beso, cosa que me extraña sobremanera.

—No me trates como si fuera idiota —le pido.

—Acabas de pasar la noche en el hospital.

—Pero no estoy enferma. ¿Qué ocurre? —Insisto, y espero a que hable, pero nada sale de su boca—. ¿Sabes qué? Si no está el Pablo sincero, prefiero no hablar con nadie. —Salgo del coche y camino unos pasos sobre el acerado en dirección a mi portal.

—¡Espera! —Llega a mí y se posiciona justo en frente—. Llevas razón. Estoy enfadado. —Se toca el arco de la nariz con dos dedos, respira y me mira con intensidad—. Hugo te ha llamado unas cuatro veces.

—¿Has mirado mi teléfono? —Frunzo el ceño.

—Vi las llamadas en la pantalla. También te ha enviado un mensaje.

—¿Has leído mis mensajes? Pero ¿cómo te atreves? —Levanto las manos, incrédula.

—¿Sales con él? —pregunta, y se queda tan pancho—. ¿Sales conmigo y con Hugo? —Abro los ojos de par en par. ¿Cómo?

—Tú y yo no salimos. —Resumo la larguísima respuesta que me gustaría darle—. Y no cambies de tema. No tenías derecho a entrometerte en mi intimidad.

—Este no es buen momento para hablar de esto. Has tenido un shock. —Se arrepiente de sus preguntas.

—¿Hablar de qué? Creía que las cosas estaban muy claras —ironizo—. Somos amigos que se lo pasan bien. Es lo que siempre hemos sido.

—¿Eso piensas? Después de todo, ¿eso es lo que piensas? ¿Tú me escuchas cuando hablo?

—Te pregunté qué éramos. Y tu respuesta no dejó lugar a dudas. Amigos. —Incido sobre la última palabra—. Amigos que se acuestan.

—Entonces, ¿sales con Hugo? —trata de contenerse, pero apenas lo consigue. Le molesta, y mucho.

—Yo no he dicho eso —aclaro.

—Contesta a la pregunta.

—¿Sales tú con Sam, Dayana... y otras veinte mujeres?

—No —niega, sin titubear, honesto.

—¿Te acuestas con ellas? —Modifico la cuestión.

—No desde que lo hago contigo. —Niega—. Aún no me has contestado.

—¿Y qué si lo hago? No debería importarte.

—¡Pues resulta que me importa! —Levanta los brazos y la voz—. ¡Me importa! ¡Me importa que folles con otro!

—¡Yo no follo con nadie! ¿Quién te crees que soy? —Me siento insultada. Recapacita.

—No quería decir eso. —Se masajea la frente.

—Sé muy bien lo que has querido decir. Está claro. Pero te pediría que dijeras en voz alta lo que te callas para ti. Ahorraríamos mucho tiempo.

—¿Qué quieres que te diga?

—Si tienes que preguntármelo, prefiero que no digas nada. —Giro sobre mis pies para marcharme.

—Te quiero —escucho a mi espalda. Me vuelvo hacia él y no encuentro en su mirada lo que esperaba—. Nunca he dejado de quererte... —Levanta el cuello, pone los brazos en jarra y mira hacia el cielo.

—Pero... —lo insto a seguir.

Me clava la mirada.

—Pero me aterrorizas. Y me aterroriza convertirme en la persona que dejaste cuando te fuiste.

Respiro con fuerza, a la espera de que siga hablando, pero no lo hace.

—¿Sabes lo que significa para mí escucharte decir eso? —Silencio—. Vete a esa reunión, vas a llegar tarde. —Me doy por vencida. Pablo no está dispuesto a arriesgar y yo no voy a obligarlo.

Saco la llave y abro el portal.

—Perdóname, Nerea. Yo no estoy preparado p...

—No hay nada que perdonar. —Empujo la puerta y escucho a Cristina llegar y saludar a su amigo.

Espero a que terminen de hablar con la mano aguantando la puerta y toda mi fuerza conteniendo mis lágrimas.

—Luego te llamo —me informa Pablo.

—Te agradezco que cuidaras hoy de mí, pero no me llames. Quizás nos veamos cuando vuelvas.

—Nerea...

Dejo que mi hermana entre en el edificio y cierro la puerta sin dejarle lugar a réplica.

Le cuento a Cristina todo lo ocurrido con dos tazas de café como testigos, y me quedo dormida sobre el sofá en cuanto los créditos de la película comienzan a rodar. En lo que dura mi siesta mañanera, la escucho hablar por teléfono con mi madre y con Pablo. Sí, con Pablo. La llama más de una vez para preocuparse por mi estado de salud. Me dan ganas de quitarle el teléfono de las manos a mi querida hermana y hacerle saber al roquero que mi salud física, por fortuna, se encuentra bien, pero que la mental pasa por muy malos momentos al no entender su forma de actuar. Me quiere, lo dice y lo demuestra, no obstante, soy su mayor pesadilla, o eso parece.

Duele.

—Deberías cambiar la decoración —me aconseja mi hermana con un trozo de pizza en la boca.

—¿Eso crees?

—Es un poco seria.

—¿No me representa?

—Ese jarrón no me gusta, como tú ahora mismo.

Me muerdo el labio inferior y evito preguntarle a qué se refiere, de todas formas, ella solita me lo va a aclarar.

—¿No ves que estás tirando tu vida por el retrete de nuevo?

—Bonita forma de decirlo —ironizo.

—Solo te falta cagar encima y tirar de la cisterna. Te estás boicoteando tú misma.

—No vayas por ahí.

—Alguien tiene que decirte que te equivocas.

—Pablo no quiere una relación seria.

—¿Y tú sí? Acabas de separarte.

—Yo tengo casi cuarenta años y me gustaría mantener una relación con alguien que busque lo mismo que yo y al que no le importe hablar de compromiso y futuro sin que le tiemble todo el cuerpo.

—¿Por eso vas a dejar que se vaya? Pablo te haría feliz. Las dos lo sabemos.

—Sí, lo se. Pero no quiere.

—Claro que quiere. ¡Solo está muerto de miedo!

—¿Y qué tengo que hacer? ¿Persuadirlo? Ya somos mayorcitos. Y no soy su madre.

—Tú no estuviste a su lado cuando todo ocurrió. ¡Yo sí! Sé lo que significa para él enfrentarse a ti y a todo lo que representas.

—¿Soy el demonio? ¡Porque hablas como si lo fuera! ¡Como él!

—Nerea, tú no lo has visto desmayado en el suelo, puesto de coca hasta el culo. Más de una vez, de dos y de tres tuve que llamar a emergencias. ¿No lo entiendes?

—¡Claro que lo entiendo! Pero nada cambia el hecho de que Pablo se aleja en cuanto llega demasiado cerca de mí. ¡Y no puedo hacer nada para cambiar eso!

—¡Sois lo dos exactamente iguales! ¡Iguales! ¡Y por eso seréis desdichados para siempre! —vocifera.

Me levanto como un resorte, me alejo de ella y del almuerzo y convierto mi dormitorio en un refugio inexpugnable e improvisado. Cristina, que me conoce, me deja tiempo para tranquilizarme. Por la tarde salgo de la habitación y la invito a merendar fuera, con la condición de no hablar más del tema.

Los siguientes dos días los paso reteniendo las ganas de llamarlo y pedirle que me quiera como yo necesito que lo haga, arriesgando su juicio; pero tomo conciencia de la situación y me abstengo de pulsar su nombre sobre el teclado de mi móvil.

Joel y Toni me invitan a comer en Manolitos el viernes a mediodía y tratan de animarme con un vino muy caro.

—Deberías salir con otro. Un clavo quita a otro clavo —me aconseja mi ayudante.

—No le digas eso, cariño. Aún no se ha ido y ya le estás buscando sustituto —le regaña su pareja—. Diva Elsa —se dirige ahora a mí—, tú puedes conseguir lo que te propongas. Estoy seguro.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —pido, tras dar un sorbo a la copa.

Les agradezco la compañía y vuelvo a la oficina obviando las diversas llamadas de Cristina. Sé lo que va a decir y no me apetece tener que escucharla. Pablo se va esta tarde, dentro de pocas horas cruza el charco y se

alejara miles de kil6metros de m3, pero 3qu3 importa? En realidad, no se ha acercado el tiempo suficiente durante estos tres meses para hacerme creer que se quedara a mi lado para siempre.

Pablo. Mi Pablo. 3D3nde est3s?

Al no tener noticias de m3, a mi hermana se le ocurre la gran idea de pasarse por mi despacho con el pretexto de que pasaba por aqu3. Eso no se lo cree nadie. Trata de convencerme para que vaya a buscarlo, sin embargo, terminamos la conversaci3n grit3ndonos y concursando en lo que podr3 denominarse «3Qui3n quiere ser gilipollas?».

—3Se acab3! 33No s3 ni por qu3 lo intento!! 33No me escuch3is!!

El plural me hace sospechar que esta charla la ha mantenido tambi3n con la otra parte.

—33Lo has hablado con 3l?! 33Has intentado convencerlo!?

—33No tengo que convencerlo de nada!! 33Solo intento que las dos personas a las que m3s quiero en mi vida se den cuenta de que est3n hechos el uno para el otro!!

—3S3? 3Y c3mo sabes eso? 3C3mo sabes que somos la persona correcta?

—3Lo s3!

—3Esa respuesta no me vale!

Saca su tel3fono m3vil del bolso, teclea sobre la pantalla, pulsa el play de un audio de WhatsApp y la voz de Pablo comienza a hablar.

—«P3talo, he escrito una nueva canci3n. 3Quieres escucharla? Bueno, te la voy a cantar de todas formas. No es triste, aunque lo parezca. Se llama El Templo de Debod. Espero que te guste. —Comienzan a escucharse los acordes de una guitarra.

«Si t3 quisieras y mis miedos no existieran.

Si tus piezas pudieran moverse al comp3s de mi sonrisa.

Antes que el oc3ano nos ahogue.

Antes de que el sol nos derrita.

Si t3 quisieras y mis miedos no existieran.

D3jame quererte con mi m3sica.

D3jame desnudarte con mis ganas.

D3jame vestirte con mis besos.

D3jame expresarme sin palabras.

Solo quiero eso.

Entrelazar nuestros dedos.  
Sentir que mi mundo se completa.  
Tú eres, nena.  
Tú eres mi chica imperfecta.  
Si tú quisieras y mis miedos no existieran».

Unos segundos de sus dedos sobre las cuerdas y se detiene. Mis ojos, sin embargo, inundados de lágrimas, no pueden parar de emocionarse.

—«Tengo que cambiar algunos acordes, pero en esencia quedará tal cual está. Quiero que sea real, como ella. No seas muy dura conmigo. Te quiero. Te llamo pronto».

—¿Te vale con esa? —Cristina cierra la aplicación y me mira.

—¿Cuándo te ha enviado el mensaje? —Me limpio la cara.

—Anoche de madrugada.

Cojo el bolso, me lo cuelgo al hombro y salgo disparada.

—¿Adónde vas, Reina Mora? —pregunta Joel cuando paso por su lado como una bala.

—¡A por mi vida! —grito, y bajo las escaleras con Cristina pisándome los talones.

—¿Tienes el coche aquí?

—A dos calles.

—¿Qué hora es?

—Pablo debe estar ya en el aeropuerto —contesta, a sabiendas de mis pretensiones.

Por una vez en la vida, me alegro de que mi hermanita conduzca un Fiat 500. Nos colamos por callejuelas imposibles de transitar con mi todoterreno y acertamos camino adelantando coches por espacios muy pequeños. Ponemos nuestra integridad física en grave peligro por llegar a tiempo y hablar con Pablo. Ni siquiera sé qué voy a decirle. «Pablo, yo también te quiero. Sé que eres el hombre de mi vida y me gustaría luchar por lo que tenemos. Por favor, dame una oportunidad», sería un buen comienzo.

—Vamos a matarnos —apunto, agarrada al salpicadero y con todo el cuerpo en tensión, mientras mi hermana, alias «Niki Lauda», zigzaguea entre el tráfico.

—Un poco más de fe. —Da un frenazo y nos paramos en seco.

Pita a una moto y llama de todo al conductor a través de la ventana. Comienza una trifulca dialéctica en la que se entretienen casi un minuto. Le arengo para que pise el acelerador al ver que el motero se baja y camina hasta nosotras con la intención de estampar el casco contra el cristal.

—Un día te van a pegar —le aviso.

Ella hace caso omiso y sigue conduciendo como si de un circuito de velocidad se tratara. Vemos el aeropuerto desde la autopista y le pregunto a qué hora exacta sale el vuelo.

—Van en el jet privado de la productora, pero tenían el despegue a las siete y treinta y cinco.

Detiene el coche en la zona sur y me desea suerte.

—¿Adónde voy? —le grito a través del hueco que ha dejado la ventanilla bajada.

—¡Pregunta por la Terminal Ejecutiva! ¡Venga, date prisa, quedan diez minutos!

Las puertas automáticas se abren delante de mí, las cruzo y corro como no lo hacía desde que era niña.

Corro.

Corro mucho.

Un montón de imágenes comienzan a aparecer en mi mente y sonrío. Debo parecer una loca.

Pablo mirándome.

Pablo desnudo a mi lado.

Pablo diciéndome que me quiere.

Pablo de pequeño, con la cara llena de helado.

Pablo abrazando a mi hermana.

Pablo cantando en Las Vegas.

Pablo mirando las estrellas.

Pablo y sus besos. Muchos besos. Nuestro primer beso.

Pablo con una pelota.

Pablo riendo.

Pablo y su olor.

Pablo y su magia.

Pablo y su voz.

Giro en una esquina con la pulsaciones a doscientos y veo algunas caras

conocidas. Allan y Peter charlan con unas gafas de sol puestas. Muy cerca, Arthur, le da ordenes a una azafata, y Chase y Robbie parece que duermen sobre unos sofás. No encuentro a Pablo a primera vista.

—Disculpe, señora. ¿Adónde cree que va? —Un seguridad se interpone en mi camino y me frena en seco—. Esta zona es privada.

—Los conozco. —Señalo a los chicos.

—Eso decís todas. Por favor, váyase y no me obligue a tener que echarla.

—No le estoy mintiendo. Tengo que hablar con... ellos. —Los señalo—. Usted no lo entiende —insisto—. Soy la novia de Pablo Aragón.

—Ya... —Me clava la mirada y me señala la salida.

Suspiro, lo pienso durante unos segundos y giro sobre mis tacones para irme. Sin embargo, cuando observo que se relaja y su atención se desvía hacia otro lado, esprinto y me vuelo en la sala en la que la banda espera.



## CERRANDO ETAPAS

—¡Allan! —lo llamo, con el guardaespaldas corriendo detrás de mí.

El guitarrista me mira y se extraña.

—¿Nerea?

Llego hasta él y trato de hablar, pero el aire no me llega a los pulmones. Me agarro de la cintura y me encojo.

—Lo siento, señor. Se ha colado. —El vigilante me agarra del brazo y tira.

—No se preocupe. —Allan me sujeta y me pega a él—. Es una amiga. Puede marcharse.

—Hola, chicos... —Peter me mira con una amplia sonrisa—. ¿Dónde... Dónde está Pablo?

Se le corta el gesto y Allan se quita las gafas y me pide que lo acompañe a una esquina.

—Pablo no está.

—¿A qué te refieres?

—Se fue esta mañana.

No puedo ocultar mi cara de decepción.

—¿Te ha dicho algo?

—¿A qué has venido? —contesta con otra pregunta.

—A buscarlo. Los dos hemos cometidos muchos errores, pero podemos enmendarlo. Necesito decirle que le quiero.

—Lo sabe, Nerea. —Trago con dificultad.

—Tú lo conoces, Allan, dime qué tengo que hacer para llegar a él.

—Has hecho todo lo que has podido. Ahora... Necesita tiempo.

—Prométeme que lo cuidarás.

—Te lo prometo.

Me abraza y me da un beso en la mejilla. Arthur lo llama para embarcar y Peter se acerca a despedirse.

—No le digas que he venido —le pido, cuando volvemos a quedarnos

solos.

—Reaccionará, estoy seguro.

Yo no lo tengo tan claro.

Mi hermana me espera con la espalda apoyada en una columna y trasteando con el móvil.

—¿Qué tal ha ido todo? —pregunta cuando me ve llegar. El semblante se le transforma al darse cuenta del mío.

—Se ha ido.

—¿No has llegado a tiempo? ¡Te dije que corrieras!

—No me entiendes. Se fue esta mañana. No quiere saber nada de mí. — Tomo asiento, derrotada, en una especie de banco de piedra.

—No se puede ser más tonto.

—Me lo merezco. —Cierro los ojos y me masajeo la sien.

—Él sí que se merece una buena patada en los cojones. No los iba a poder utilizar durante semanas.

—Vámonos. Aquí no hacemos nada.

En el trayecto de vuelta le pido que no le cuente a su amigo nuestra pequeña aventura. Prefiero que no sepa lo que ha ocurrido. Me promete que no dirá nada y me deja en la puerta de mi casa.

Dos semanas más tarde celebramos el cumpleaños de Rocío, como siempre, viendo películas de un alto contenido erótico y tragando como gorrinas cantidades ingentes de comida basura. Entro en su casa con una queja clara en la boca: no me apetece excitarme si no voy a tener al lado un hombre que termine la faena. La andaluza me explica, con todo lujo de detalles, cómo puedo darme placer yo solita y le tiro un paquete de tabaco a la cara para que cierre el pico. Antes de marcharnos nos recuerda que somos invitadas de honor al estreno de su segunda película y que debemos ir vestidas de Diva. Al evento asistirán personajes famosos y actores muy conocidos. Me agobio al pensar que ellas estarán acompañadas por sus parejas y que yo pasearé por la alfombra roja sin nadie a mi lado. Se me pasa por la cabeza pedirle a Cristina que me acompañe, pero no me gustaría hacer el ridículo cuando, con total seguridad, vea a Mario Casas y se le tire encima.

Joel viene a mi apartamento a aconsejarme el *outfit* que debo llevar, sin embargo, termina gritando a lo «divina desquiciada» que mi armario parece un estercolero en el que solo guardo basura. Se pone la riñonera de lentejuelas (sí, una riñonera, cosas de la moda), peina su recién estrenado flequillo hacia atrás y me pide que lo lleve a la calle Serrano antes de que le salga sarpullido con tanta felpa.

Me compro un vestido espectacular, color negro, escote *palabra de honor*, largo y corte princesa. Mi ayudante vuelve a casa más tranquilo, tras verme gastarme un pastizal en Chanel e invitarlo a un par de copas de vino en El Callejón de Serrano.

Andrés me llama al día siguiente para darme buenas noticias, o no, no sabría concretarlo. Me encuentro en uno de esos momentos en los que me da miedo dar un paso en falso y volver a equivocarme. Sin embargo, en cuanto cuelgo, me doy cuenta de que separarme de Sebastian es de lo único que estoy realmente segura. Quedamos la próxima semana en su despacho para firmar los papeles y zanjar el tema. Paso unos días regulares, a la espera de hacer oficial el fracaso de mi matrimonio. Me apoyo en mi familia y en mis amigas. Hasta mi madre acepta mi decisión y viene a la ciudad a verme y pasar el día conmigo. Mi padre llega a la hora de merendar y los llevo a tomar café al Salón des Fleurs. Quedan encantados con el sitio y les prometo que volveremos pronto con más tranquilidad. Quiero relajarme con un baño de sales y prepararme para lo que me espera mañana en el despacho de mi abogado.

Andrés me saluda nada más entrar en su oficina y me ofrece un café, (sugiere que sea descafeinado y yo se lo acepto). Me informa de que Sebastian llegará en seguida y me asegura que todo saldrá bien. Mi aún marido aparece poco tiempo después, perfectamente trajeado y peinado, oliendo a su perfume favorito (que yo siempre le regalaba) y el semblante muy serio. No me saluda, solo les pide que nos dejen a solas un momento. Mi abogado, como buen profesional, me pregunta si estoy de acuerdo, y se marcha al verme asentir con la cabeza.

—Quiero pedirte disculpas. —Habla, y parece sincero—. Lo siento, Nerea. Me porté como un energúmeno la última vez que nos vimos. Cuando me enteré que volvías a estar con él, me volví loco. No tengo derecho a

presentarme en casa de madrugada y decirte todo lo que dije.

—Me hiciste mucho daño. No soy la culpable de que lo nuestro terminara. Nadie la tiene. Ni siquiera él.

—Lo sé. Solo... Dame tiempo para aceptarlo.

—Sebas, nunca quise que pasara esto. Lo he intentado, te lo prometo, pero debo pensar un poco en mí. Debo luchar por ser feliz.

—¿Conmigo no lo has sido?

—Lo fui durante muchos años, pero... ya no. —Lo veo tragar con dificultad.

—Está bien. Terminemos con esto de una vez. —Pide, en un tono neutro.

—Para mí también es difícil de digerir. No creas que está siendo fácil olvidarte.

—Creí que ya lo habías hecho.

—Nunca te olvidaré. Has sido la persona más importante de mi vida durante casi trece años. —Una lágrima furtiva rueda por mi mejilla.

Suspira y cierra los ojos.

Es curioso cómo el divorcio se convierte en un mero trámite empresarial. El fin de la reunión: disolver la sociedad de gananciales. No se hace pesado ni tedioso. Su coche para él. Mi coche para mí. Yo me quedo con la casa y le doy la mitad del valor de la finca a él. De la hipoteca de mis oficinas en la calle Marqués de Cuba también me encargo, ya que es mi empresa y mi trabajo. Nada de esto me preocupa, por fortuna tengo bastante dinero ahorrado y Eventos GonBa cada día se hace más rentable. En realidad siempre hemos tenido cuentas separadas, así que esto soluciona gran parte del problema. Firmamos los papeles y tema zanjado. Al menos, en lo que a la parte legal se refiere. Una bola de ansiedad me aprisiona la garganta y me despido de los tres antes de empezar a llorar delante de todos. Lo curioso es que no lloro cuando me quedo sola, al contrario, cuando salgo a la calle me siento liberada. La sensación de ahogo desaparece y una tranquilidad infinita se apodera de todo mi ser. Ya está, lo he hecho. Después de tres años dándole vueltas a la cabeza, de sentirme mal por mis decisiones, de no dormir por la noche pensando en mis equivocaciones... Por fin, comienzo a ser dueña de mi vida.

La felicidad y la euforia que me inculcan las endorfinas me duran dos días. Paso otros dos o tres con un principio de depresión que no llega a serlo del todo. No sé explicarlo. Hablo con las chicas sobre el tema, con mi hermana y

con Joel, pero ninguno de ellos me entiende, o, al menos, no siento que lo hagan, así que se me ocurre llamar a Hugo y tomar un café con él. Tal vez sepa darle nombre a lo que me pasa.

No se sorprende de mi llamada y quedamos en una cafetería del centro esa misma tarde. Yo llego primero, tomo asiento en una de las sillas de hierro blanco y cojín estampado y pido un zumo de naranja, me apetece algo fresquito.

Lo veo atravesar la puerta unos segundos después, con unos vaqueros y una camiseta blanca con el logo de Levi's en grande en el pecho. La ropa informal lo hacen parecer mucho más joven. Se quita las gafas de sol y una sonrisa le ilumina la cara cuando me ve.

—Hola. —Se sienta frente a mí—. Perdona el retraso. No encontraba el sitio.

—No te preocupes, acabo de llegar.

Una camarera se acerca a nosotros, deja mi zumo sobre la mesa y le pregunta a él qué desea.

—Un café americano. Y un vaso ancho con hielo, por favor.

—Me alegra que hayas podido venir.

—¿Por qué no iba a poder?

—Pensé que tendrías que salvar a alguna empresa esta tarde.

—Esta mañana ya salvé a tres.

Nos reímos y me doy cuenta de lo cómoda que estoy.

—Venga, dime. ¿Por qué me has llamado? No es que me queje, pero ya me he dado cuenta de que eres una persona difícil de acceder. —Comenta, sin acritud, como una mera información.

—No he pasado un buen día y creí que tú podrías ayudarme.

Le cuento lo ocurrido durante los últimos días, cómo me siento desde que firmé los papeles del divorcio y la montaña rusa en la que va subido mi estado de ánimo.

—No me arrepiento, es más, me alegro de haber tomado la decisión y haberlo hecho; sin embargo... hay días que no puedo evitar sentirme triste. Es como si hubiera ganado una batalla que debería haber perdido.

—Todo lo que sientes es normal, Nerea. No tienes que intentar darle explicación a lo que te ocurre. Pasarás por varias fases que no podrás evitar, pero, poco a poco, con el tiempo, lo superarás. Estoy seguro.

—Espero que lleves razón.

—Te digo esto por experiencia propia. Todavía la echo de menos.

—¿Aún la quieres?

—No la echo de menos a ella, sino a la vida que teníamos. Todo es más fácil con una compañera de viajes. Al menos, casi siempre. —Su frase me impacta de una manera descomunal, ya que esto lo he sentido en dos ocasiones. La primera hace tres años, cuando Sebas y yo nos separamos durante unos meses; y la segunda, ahora, durante estos últimos días.

Hablamos durante más de dos horas. Nos damos cuenta de todas las cosas que tenemos en común. Le gusta el helado de melón, las películas de ficción y estudió empresariales. Nos sorprendemos ante el hecho de que coincidimos en la facultad al menos dos años y quizás compartimos clases y profesores. Reímos recordando las manías de alguno de ellos y el tiempo pasa tan rápido que la hora de la cena se nos echa encima. No me deja pagar en la cafetería y salimos a la calle con las risas que no han dejado de acompañarnos durante casi toda la velada.

—Lo he pasado muy bien. Gracias por venir a salvarme.

—Tenía que salvar a alguien por la tarde, no puedo perder el ritmo. —Cuelga sus gafas en el cuello de la camiseta—. Es la hora de cenar. ¿Te apetece que vayamos a comer algo por aquí cerca?

—Solo si me dejas invitarte.

Hugo casi consigue que me olvide de que Pablo se fue a Miami sin despedirse y lleva un mes sin ponerse en contacto conmigo. Vale, yo le pedí que nos diera tiempo y que ya veríamos cuando volviera; pero fui a buscarlo, fui a buscarlo de nuevo y se había marchado. Estoy cansada de tirar de ese hilo que me une a él sin encontrar a nadie al otro lado.

Se ofrece a acompañarme a casa dando un paseo cuando le digo que vivo muy cerca, y caminamos bajo la luz de las farolas y los focos de los pocos coches que circulan a la una de madrugada por la avenida. Huele a verano, que se mezcla con su perfume cuando se acerca a mí.

—Es aquí —anuncio.

—No vivimos demasiado lejos.

—De todas formas, hay una parada de taxi al girar en esa esquina.

—Me apetece caminar. Hace una temperatura perfecta.

—Gracias... —Le reitero mi agradecimiento—. Ha sido justo como

esperaba.

—Para mí ha sido mucho mejor.

Nos quedamos en silencio unos segundos, dedicados solo a observar la mirada del otro.

—Gracias a ti por esta tarde maravillosa —sigue—. Pero será mejor que me vaya antes de que amanezca. —Sonreímos sin saber muy bien qué hacer.

Se mueve unos milímetros hacia delante y hacia atrás y al final se gira, musitando un «nos vemos otro día».

—¡Hugo! —lo insto a detenerse.

—¿Si? —Me mira, y su irresistible atractivo me golpea en el pecho.

—¿Te gustaría acompañarme al estreno de una película? Mi amiga Rocío es una de las actrices protagonistas y no me apetece ir sola —le pido, como la mujer segura e independiente que soy.

—Me encantaría.

Las chicas se alegran de que Hugo me acompañe al evento y se enorgullecen de que maneje las riendas de mi vida con tal maestría. Saben lo difícil que está siendo para mí no levantar el teléfono y llamar a Pablo, no obstante, me aplauden el hecho de que me mantenga en mis trece y le dé el tiempo que necesita, aunque signifique que se olvide de mí. Lo que no saben (porque parece que me he convertido en una magnífica actriz) que hay noches que me quedo en vela pensando en sus besos, en su sonrisa y en su voz, susurrándome al oído que me quiere.

Cristina y Joel vienen en mi auxilio para ayudarme a vestirme de gala. Mi ayudante me hace un pequeño recogido en el pelo, muy moderno pero formal; y entre los dos me ponen el aparatoso vestido (cancán incluido). Mi hermana se queja de no haber sido invitada al estreno y maldice a Rocío.

—Ojalá se quede calva —masculla, cruzándose de brazos y enfurruñada.

—No juegues con eso, niña. —Joel se toca el pelo, preocupado por si hubiera perdido algún pelo.

—Tenía un número limitado de invitaciones, Cris —la disculpo.

—Pues ya podías haberme invitado tú.

—Déjala que vaya con Hugo. Necesita divertirse.

—Tuve que aceptar que te acostabas con mi mejor amigo y ahora tengo que hacerlo con mi cuñado. ¿No puedes tirarte a alguien que no tenga nada

que ver conmigo?

—No me tiro a Hugo. Solo somos amigos.

—Eso dijiste de Pablo.

—¿Podemos dejar de hablar de él?

—¿De Hugo o de Pablo? —pregunta, a sabiendas de a quién me refiero.

Pongo los ojos en blanco y ella sigue:

—¿Vas a obligarme a morderme la lengua en tu presencia durante otros tres años?

—No —contesto segura—. Lo único que te pido es que me apoyes. Hugo me cae bien. Es un buen hombre.

—Lo sé. —Respira y cambia de cara—. Venga, ponte los zapatos de tacón. Pareces un tapón de alberca. —Se mofa de mi estatura.

—Puedo que yo mida un metro y medio, pero esta noche voy a cenar rodeada de famosos e iré de fiesta gratis.

—Te odio. Eres una mala persona. —Cruza los brazos, levanta el mentón y tuerce la cabeza hacia un lado.

Hugo me espera junto a una limusina blanca y me hace una pequeña reverencia cuando llego hasta él.

—¿Y esto? —la señalo.

—¿Me he pasado?

Niego con la cabeza y sonrío.

—Me encanta.

—Fue idea de Cristina. Tiene un talento especial para convencer a la gente. Debería contratarla.

—Jamás conseguirías que se ajustara a un horario. Es una hippie de corazón.

—Está usted espectacular. —Me coge la mano y la besa.

—Gracias. Lo mismo digo —me agarro el vestido y agacho el cuerpo hacia delante en un saludo de la Edad Media, siguiendo su juego.

Lleva un traje de chaqueta negro con pajarita del mismo color y blusa blanca. Huele a Armani desde aquí.

Me abre la puerta de atrás y señala el interior.

—Las princesas primero.

—Es usted todo un caballero.

Intento sentarme, pero el vuelo del vestido y el cancán no me dejan

lograrlo. Me remuevo sobre mí misma y bufo subiendo la tela unos centímetros. Hugo me mira nada más acomodarse y, tras varios manotazos al modelito y pelearme conmigo misma, ambos rompemos en carcajadas.

Una nube de fotógrafos se apostan delante de nosotros. Veo a Rocío y a Carlo muy sonrientes ante las cámaras y Hugo y yo pasamos desapercibidos ante tanto despliegue de actores y conocidos. Saludo a Carol y a Andrés que esperan dentro con una copa de cava en las manos. Mi amiga ya ha avisado a su marido de que yo vendría acompañada y las presentaciones transcurren con normalidad y mucha educación.

La película es muy entretenida y el estreno todo un éxito. Damos la enhorabuena a Rocío al salir y la dejamos disfrutar de su tan merecido triunfo junto a otros compañeros. La esperamos en el recinto donde se celebra la cena y nos sentamos alrededor de una mesa a disfrutar de otra velada muy amena y divertida.

No puedo negar la complicidad que existe entre Hugo y yo. Hasta Carol se percata y me lo hace saber en el baño de señoras. Me pide que disfrute del momento y deje atrás el pasado. Estoy segura de que, con esto, no solo se refiere a mi ex marido, sino a ese roquero cañón que aparece en mis sueños cada noche.

Después de la cena, los invitados comienzan a bailar. Suena *More Than Words* de Extreme, y mi acompañante alarga el brazo y me pide que baile con él. Llegamos al centro de la sala agarrados de las manos y nos envolvemos en una especie de abrazo. Movemos el cuerpo al son de la maravillosa melodía y, sin darnos cuenta y de manera casual, los dos comenzamos a tararear la canción. Sonreímos de oreja a oreja y puedo asegurar, sin mirarme a un espejo, que me sonrojo.

La limusina se detiene en mi calle pasadas las cuatro de la madrugada. Hugo, como el caballero que ha demostrado ser, baja de ella y me abre la puerta de una manera muy ceremoniosa. Por desgracia, mi forma de bajar, la definiría como torpe y escandalosa. El vestido se engancha a algo que sobresale y tengo que zarandearme para soltarlo. Él me ofrece la mano, la agarro y tira de mí. Caigo sobre su pecho y me sostiene. Cuando miro hacia arriba, sus ojos observan mis labios, obnubilados.

—Ha sido una noche maravillosa —musita.

—Hugo... —suspiro, justo antes de que sus labios rocen los míos y dejen sobre ellos un beso lento y sensual, pero que a mí no me llena como debería; y él se da cuenta—. Yo... —Trato de excusarme.

—Lo entiendo. No estás en esa fase —dice, afligido, pero seguro.

—No. No es eso —le rebato, dispuesta a ser sincera—. Yo... Lo siento. Debí habértelo dicho. Pero... estoy enamorada de otra persona.

Abre los ojos unos milímetros y, aunque parece que ha sumado dos más dos, no hace alusión al total de la operación.

Se retira un palmo y dibuja una mueca triste en su cara.

—Vaya. No puedo negarte que esperaba algo muy diferente de nosotros.

Miro hacia abajo, abatida, sin embargo, él me levanta el mentón con un dedo y me asegura que no tengo nada de lo que preocuparme.

—Tú haces todo por mí y mira cómo te lo pago.

—Lo hago porque me caes bien, y me gustas, no puedo negarlo. Pero que no quieras estar conmigo, no significa que no podamos ser amigos.

Amigos.

Tengo muchos.

Se supone que Pablo es uno de ellos.

—Gracias.

—Deja de dárme las, y prométeme que me llamarás siempre que lo necesites.

—Te lo prometo. —Le doy un corto beso en la mejilla y me despido de él, viendo cómo desaparece dentro de la limusina.

Una sonrisa agradable me acompaña en el corto trayecto desde el filo de la calzada a la puerta de mi edificio, gesto que se me corta en cuanto su perfume me perfora cada poro atravesándome la piel sin permiso. Solo tengo que mirar hacia un lado para encontrarlo.

A ÉL.

A Pablo.



## AÚN NO HE TERMINADO CONTIGO

Pablo...

Tiene la espalda y una pierna, arqueada, apoyadas en la pared, las manos en los bolsillos y la mandíbula apretada. Lleva unos jeans desgastados, sus habituales botas y una camiseta verde oscura. Sus ojos no dejan de mirarme, brillantes, aún en la oscuridad, y su semblante atormentado y sombrío me indica que ha sido testigo mudo de lo que acaba de ocurrir con Hugo.

Pasan millones de segundos hasta que rompo el silencio, tiempo suficiente para leer a través de sus ojos el dolor que le he causado.

—¿Qué... qué haces aquí?

Sigue taladrándome con la mirada...

Sigue sin decir nada...

Cierra los ojos, se tira del pelo... Y se impulsa hacia delante, nervioso.

—¿Qué cojones era eso? ¿Qué haces besando a ese tío?

¿Para eso ha venido? ¿Eso es lo único que tiene que decirme?

—No tengo por qué darte explicaciones —le aseguro, y abro el bolso y saco la llave de mi portal, decepcionada.

—¿En serio? ¡Llevo más de diez horas en un avión solo para verte! ¡Y cuando llego, te veo con ese cabrón!

Me giro y me preparo para enfrentarme a él.

—No insultes a Hugo —trato de no perder los nervios.

—¿Lo defiendes? ¡¡Te estaba besando!! ¡¡Estaba besando a mi novia!!

—¡¡Yo no soy tu novia!! ¡Saliste huyendo a diez mil kilómetros! ¿Recuerdas? ¡¡Y yo no te he pedido que vinieras!!

—¡Es cierto! —Traga—. ¡Tú nunca pides nada! ¡¡Nada!! ¡Pero después lo esperas todo! —grita a pocos centímetros de mi cara.

—¡¡Vete!! ¿Me oyes? ¡¡Vete y no vuelvas!! ¡No quiero saber nada de ti!

—¡¿Eso quieres?! ¡¿Desaparezco?!

—¡Siempre lo haces! ¡Es lo que mejor se te da! ¡¡Desaparecer!! ¡¡Te da

igual lo que yo quiera!! ¡¡Sigues siendo un niño engreído que cree que puede hacer lo que le dé la gana!! ¡Te fuiste! ¡Y yo... Yo solo trato de ser feliz! —vocifero—. ¡No creo pedir demasiado!

Nuestras respiraciones se escuchan en el mutismo de la noche y resaltan cuando los dos callamos después de gritarnos con las narices casi pegadas.

Camina de un lado a otro, nervioso, hasta que respira varias veces y detiene el paso delante de mí.

—¿Y lo eres? —pregunta un tono más calmado, pero aún excitado—. ¿Eres feliz sin mí? Porque si es así, me iré y no volveré a molestarte.

Medito si ser sincera con él; hasta ahora, ni ser honestos el uno con el otro nos ha llevado a buen puerto.

—Aún no lo he logrado —concluyo.

Sus ojos viajan de mi boca a mis labios en destinos de ida y vuelta. De repente, acorta los centímetros que nos separan, me agarra del pelo y estampa su boca contra la mía. Me besa con pasión, su boca inunda la mía y mis manos se aferran a su cuello con ganas. Me empuja hacia atrás y pega mi espalda al cristal de la puerta sin dejar de devorarme. Abrimos entre manotazos e irrumpimos en el portal dando tumbos sin poder dejar de tocarnos. Entramos en el ascensor de la misma manera y, cuando llegamos a mi piso, ya me he deshecho de su camiseta y admiro todos y cada uno de sus tatuajes.

—¿Qué cojones es esto? —pregunta, al levantar mi vestido y encontrarse con el aparatoso canchán.

Me da la vuelta y baja la cremallera de mi espalda a la velocidad del rayo. Agarra la prenda y me la saca por la cabeza, haciendo lo mismo con la enagua. Me observa de arriba abajo con el semblante libidinoso y admira mi cuerpo, solo cubierto con ropa interior color champán.

Me cubre los glúteos con las dos palmas, me insta a que lo rodee con las piernas y me lleva en volandas hasta la cama, en la que me tumba. Riega cada centímetro de mi piel con sus besos y me doy cuenta que lo he echado de menos mucho más de lo que pensaba, cosa que me resultaba casi imposible. Me estremezco ante sus caricias y me retuerzo sobre mí misma cuando muerde mi sexo por encima de las bragas. Agarra el encaje por los lados y la baja despacio, demasiado, si tenemos en cuenta el ritmo que llevábamos. Me abre las piernas y lame desde mi tobillo derecho hasta llegar a mis labios vaginales, abrirlos y adentrarse allí, catapultándome a un orgasmo

desenfrenado.

Me aferro a las sábanas y grito su nombre sin poder contenerme. Se limpia la boca con el antebrazo, se baja de la cama, posa los pies en el suelo y se baja los pantalones y los slíps. Su imponente miembro se yergue delante de mí y vuelvo a excitarme de manera desmesurada. Se arrodilla entre mis piernas, une su pecho al mío y me besa, de nuevo, con una sed inaudita.

—Ponte un condón —le pido, al notar su polla rozar mi entrada.

—No me he acostado con nadie desde que lo hice contigo —me muerde un pezón y jadeo—. ¿Y tú? —Conecta nuestras miradas y noto que deja de respirar un segundo.

Niego con la cabeza y un brillo fugaz le cruza los ojos.

Empuja hacia mí y la noto entrar y hacerse hueco.

Gemimos al unísono cuando llega al final y choca contra lo más profundo.

—Joder... —masculla—. Te he echado mucho de menos.

Comienza a entrar y salir sin contención, sin cuidado y con mucha premura. No duramos demasiado. Me corro gritando y él lo hace casi al mismo tiempo, llenándome por completo.

Se retira al terminar de empalarme y tumba su cuerpo a mi lado, con la respiración todavía a mil por hora.

—Ha sido rápido —digo, entre jadeos.

—Aún no he terminado contigo. —Me coge en brazos y me folla en la ducha.

No hablamos demasiado.

En realidad, no cruzamos más de siete palabras.

Caemos exhaustos sobre el colchón y el profundo sueño nos visita justo al cerrar los ojos.

Me despierto relajada y con un dolor reconfortante acuciando todos los músculos de mi cuerpo. Huelo a sexo sin abrir los párpados y los recuerdos de la noche pasada me dibujan una sonrisa de felicidad en la cara. El sonido de la ducha llega a mis oídos como una preciosa melodía y abro los ojos satisfecha y emocionada por tener a Pablo a mi lado.

Me incorporo y un pequeño mareo me obliga a tomarme el momento con más calma, pero son tantas las ganas de abrazarlo y besarlo, que me levanto de un salto y camino hasta el baño haciendo de cada paso el trayecto hasta mi futuro. Abro la mampara y veo cómo el agua resbala por su colorida espalda.

Le rodeo la cintura con los brazos y poso las palmas sobre su vientre. Lo noto contraerse, se gira y me mira. Me mira como si hubiese encontrado lo que buscaba. Me besa con ternura y, en contra de lo que esperaba, (básicamente que me empotrara contra los azulejos), me suelta y me susurra que me espera fuera. No me considero adivina y no tengo ese sexto sentido que se aprecia en la mayoría de las mujeres. Tal vez porque nunca lo he necesitado. Sea como sea, mi cerebro me chilla que algo no va bien, y salgo sin ni siquiera mojarme el pelo. Lo veo recoger su ropa y vestirse junto a la cómoda.

—¿Te vas? —pregunto, contrariada. Él no responde y se pone la camiseta —. Pablo. —Me ignora y sale al salón.

Rodeo mi cuerpo desnudo con la sabana blanca y lo sigo.

—Pablo —lo llamo y me mira.

—Anoche estabas besando a Hugo.

—No significó nada. Es solo un amigo.

Un segundo.

Respira.

Dos segundos.

Respira.

Tres segundos.

Explota.

—¡Me voy dos putos meses, Nerea! ¡Dos! ¡Y te enrollas con otro!

—¡Yo no sé qué has estado haciendo durante todo este tiempo! ¡Ni siquiera sabía si volverías! —contesto, enfadada.

—¡Claro que volvería! ¡Siempre vuelvo a ti! ¡Siempre! ¿No lo ves? ¿No ves que me convierto en una jodida mierda sin ti?

—¡Lo dices como si te pesara!

—¡Porque lo hace, Nerea! ¡¡Lo haces!! —Me señala con un dedo—. ¡Tienes el poder de destruirme!

—¿Para qué has venido? —formulo. No dice nada e insisto—. ¡Dime! ¡¿Para qué has venido!?

—¿No lo sabes? ¿De verdad tengo que explicártelo?

—¡Tal y como yo veo las cosas, has hecho miles de kilómetros para follarme y volver a dejarme tirada!

Rodea con las dos manos su cuello y se mueve como un mono enjaulado.

—¡¿Follarte?! ¡¡Vengo a buscar a la mujer de mi vida y la encuentro saliendo con otro!!

—¡Yo no salgo con nadie!! —bramo—. ¡Esto es lo que siempre va a ocurrir!, ¿no? Tú te irás de gira, de conciertos, de promoción... y yo me quedaré aquí, esperando a que te acuerdes de mí, ¡a que se te antoje venir a visitarme! ¿No es así? ¿Me equivoco? —Doy un paso hacia él y levanto el mentón—. Pues no estoy dispuesta a compartirte, ¡ni a compartirme! ¡Esa no es la vida que busco! ¡Así nunca lograré ser feliz! ¡¡Me merezco más!! ¡¡Los dos nos merecemos más!! ¡¡Mucho más!!

Me doy cuenta de que llevaba razón anoche cuando dije que yo lo quería todo. TODO.

—Nerea... —se aplaca—. Yo... A veces, cuando te digo que te quiero, siento que estoy mintiendo, porque lo que siento aquí —se señala el corazón— no se puede definir, pero me aterroriza que no funcione, me da pánico convertirme en la persona que un día fui y no me gustaría que me vieras en esas condiciones. Me odiarías, me detestarías y eso sí que jamás lo superaría. —Sé que se refiere a drogado y perdido.

—Algunas veces hay que apostararlo todo, aún a sabiendas de que lo perderías. —Respiro varias veces y sigo, al ver que no está dispuesto a arriesgar por nosotros—. Vete, Pablo. No quiero discutir más contigo. Vete y no vuelvas si no es para dárme todo. —Me agarro con fuerzas a la sábana y me giro, para dejar de mirarlo. El dolor que me acucia el pecho está a punto de dejarme sin respiración.

—¿Qué quieres? ¿Qué quieres de mí? —La voz le tiembla.

—Quiero mis estrellas. —Entro en mi dormitorio y cierro la puerta de un fuerte golpe.

Espero a que salga de mi apartamento para derramar cientos de lágrimas sobre la almohada. Algunas veces esperamos tanto de otras personas que la decepción, al no recibir lo que esperamos, nos aplasta como el lodo que cae por una montaña empujado por un gran temporal. Pablo se va. Se va de mi vida tal y como llegó hace tres años, sin esperarlo y con la fuerza de un huracán, dejando un reguero de desolación a su paso.

Los siguientes días no mejoran al primero de su partida. Mi vida se convierte en un desierto desolador en el que no encuentro cobijo ni cordura. Mis amigos y familia me animan, prometiendo que todo mejorará, que el tiempo curará mis heridas y que el sol volverá a brillar. Yo dudo que eso llegue a ocurrir, porque la huella de un amor tan grande no se puede borrar. Y

es su huella, la de Pablo, la que se graba a fuego en mi alma; y no la de mi marido, con el que pasé gran parte de mi vida. El amor no se mide en tiempo, no; y esto me lo recuerda a base de dejarme las carnes abiertas.

Dos semanas no son suficientes para aprender a respirar sola, y más con la noticia de que The Fox' Lair dará el primer concierto de su gira de otoño en Madrid, dentro de un par de días. Esto me hunde más, y no es solo el hecho de saberlo tan cerca y no poder besarlo, sino el bombardeo de noticias en la televisión y revistas en los kioscos de todas las esquinas. Los chicos salen en las portadas de todos los noticieros y periódicos, bombardeando a bombo y platillo el estreno de su nuevo disco.

Carol me llama el viernes nueve de octubre para salir por la noche a tomar un par de copas. «Venga, hazlo por mí, que llevo una semana trabajando en turnos de dieciséis horas», lloriquea.

—Hoy no es buen momento, de verdad —me lamento, con la vista puesta a través de la ventana de mi oficina, al recordar que Pablo y la banda cantarán en el Wanda Metropolitano.

—Nena, hoy es el día perfecto para volver a ser feliz.

Yo hoy me quiero morir.

—Te recojo a las ocho —insiste.

—Es muy temprano.

—Es una hora perfecta para tomar un buen vino. Ponte guapa. Y maquíllate, quiero ver a mi amiga de siempre. No a la ermitaña sin depilar en la que te has convertido.

—Los pelos abrigan.

—Hace veinticinco grados.

Subo al coche de la pediatra a la hora indicada. Rocío me da un beso desde el asiento delantero y hace alusión a mi ropa casual.

Me repaso con la mirada y no le encuentro fallo a mi elección para salir de tapas. Vaqueros, camiseta blanca de cuello ancho y botas a la altura de los tobillos color camel, con abertura en los dedos y flecos en los laterales.

—Vas estupenda —me piropea Carol.

Nos hacemos un hueco en un local muy conocido de Madrid y pedimos una botella de vino blanco. En la segunda copa, veo a mi hermana caminar hasta nosotros.

—¿Qué haces tú aquí? —Me extraño de su presencia, ya que la suponía en el concierto de su amigo, en primera fila y cantando a voz en grito todas sus canciones.

—Cenar con mi hermana y sus amigas. ¿Por qué? ¿Dónde debería estar? —pregunta con inquina.

Me atuso el pelo y la ignoro.

Se sienta a mi lado y pide una Andechs Doppelbock Dunkel. Así, como suena. (Vale, como suena con la pronunciación alemana de Cristina). Nos cuenta que conoció esta cerveza negra en su viaje por el mundo junto a Lucas y terminamos escuchando anécdotas de los miles de kilómetros que hizo antes de casarse. Hablamos también sobre el próximo traslado de Rocío a Nueva York y nos hace partícipes de la idea de visitar a su hermana antes de marcharse. Pagamos la cuenta entre todas y volvemos a subir al coche, esta vez las cuatro; Cristina en la parte de atrás a mi lado.

Carol pulsa el botón de la radio para poner algo de música y la voz de Pablo inunda, de repente, toda la estancia, acariciando mi piel (en mi contra) y provocando un nudo en mi garganta.

—Quítala —pido, después de conseguir tragarlo.

Veo que mis dos amigas se miran, cómplices y preocupadas, y mi hermana pierde la mirada por la ventana.

—¿Qué? —Arqueo una ceja, oliendo a quemado (metafóricamente hablando).

—Nada. Ha sido sin querer. No pensé... —La pediatra tartamudea.

—Olvidémoslo y vamos a tomar esas copas —la corta la andaluza y cambia de tema.

Recorremos varios kilómetros escuchando a Cyndi Lauper cantar *Time After Time*.

Rocío sube el volumen y grita que le encanta esta canción.

—A veces olvido que sois de otra época —bromea mi hermana.

—Muy graciosa. —Simulo una sonrisa tirante durante un segundo y tuerzo el gesto. Miro hacia delante y mis ojos topan con algo que no me gusta en absoluto.

Pero...

—¿Qué es eso? —Me incorporo hacia delante. Ninguna dice nada—. ¿Adónde vamos? —Levanto el tono, incrédula, con el Wanda Metropolitano frente a nosotras—. ¿Adónde me lleváis? —inquiero, cada vez más alarmada

—. Para —ordenó, pero Carol me ignora y sigue conduciendo, echando miraditas a las cómplices—. ¡Para o me tiro! —Cojo la manilla de la puerta y Cristina me agarra de la cintura.

—¡Suéltame!

—De eso nada. Vamos a ver el concierto. No pienso perdérmelo por nada del mundo.

—Me parece perfecto, ¡pero yo no pienso entrar ahí!

—Claro que sí.

—¡Por supuesto que no! ¡No podéis obligarme!

—¿Qué te apuestas?

Forcejeo con mi hermana, hasta que el coche se detiene, e intento escapar. Consigo abrir la puerta y salir, sin embargo, justo cuando voy a comenzar a correr, un brazo fuerte me agarra de las manos y tira de mí.

Me choco con el semblante culpable y comprometido de Lucas.

—¿Qué es esto? —Abro los ojos de par en par.

—Lo siento. Tu hermana me ha amenazado con mandarme a dormir en el sofá hasta Navidad, y para eso quedan más de dos meses.

Mis queridísimas amigas y la impresentable de mi hermana se detienen delante de nosotros.

—¿Habéis perdido el juicio? ¿Queréis decirme qué os proponéis?

—Queremos ver el concierto y nos pareció oportuno que tú también vinieras —habla Cristina.

—¿En serio? ¿A quién le pareció buena idea?

Todos la miran a ella, que sonrío de oreja a oreja, sin sentirse culpable.

—Vas por tu propio pie, o Lucas te lleva en brazos. Elije.

—Os odio. —Me suelto—. A ti también —le digo a mi cuñado, y comienzo a caminar.

Casi todo el mundo está dentro. Más de sesenta mil personas han pagado una entrada a un precio desorbitado para ver al grupo del momento. Nosotros entramos por una pequeña puerta lateral, tras esperar a mi hermana y verla hablar con uno de los vigilantes de seguridad. Este se toca la oreja y mueve la boca. Deduzco que se comunica con alguien a través del pinganillo. Unos minutos más tarde, nos acompañan hasta la zona vip, a un metro del escenario, y todos nos emocionamos (hasta yo) al observar la inmensidad y grandeza del recinto que nos rodea. Una grada dividida en tres niveles,

formando tres anillos continuos a excepción de la grada alta del lateral oeste. No cabe un alfiler, cada hueco lo ocupa alguno de sus millones de seguidores. El barullo que se forma es ensordecedor y Cristina tiene que gritarme para decirme que va con Lucas a por unas cervezas.

—Esto es impresionante. —Se desgañita Rocío, con la mirada puesta en el escenario.

Una plataforma de más de cuatrocientos metros cuadrados, a dos metros del suelo. Una inmensa pantalla que la rodea de punta a punta y docenas de altavoces gigantes por todas partes. Dos pantallas más en los dos lados, de unos veinte metros de altura cada una y focos enormes apuntando aquí y allá.

—Y querías perdértelo —sigue a voces, y saltando de alegría.

Lucas reparte las bebidas y trato de entender por qué mi hermanita, esa que me adora, desea hacerme pasar por este mal rato. No encuentro explicación a sus ideas de pacotilla y me repito a mí misma que voy a pasarlo bien, como en un concierto más, y bailaré en todo momento (en todo los momentos que no desee subirme a un altavoz y ahorcarme con un cable).

—¿Y Cristina? —No ha vuelto con él.

—Ha ido a ver a Pablo.

¿Por qué pregunto?

Termino con la cerveza de un trago y abro la boca simulando una arcada.

¿Por qué bebo cerveza si no me gusta?

Le pido otra a mi cuñado.



## ESTRELLAS

Todo el mundo comienza a gritar en cuanto las luces se apagan y una nota de música da el pistoletazo de salida al espectáculo. La guitarra eléctrica comienza a sonar con garra, el teclado le acompaña, la batería se une... Y la voz de Pablo remueve los cimientos de todo el estadio y de mi corazón. Un foco lo ilumina solo a él, y su cuerpo se mueve al ritmo de una música muy cañera. Comienza fuerte. El público enloquece cuando lo ve aparecer y levantan las manos inundados de euforia.

Se le ve concentrado. Sonríe, interactúa con su público y se lo pasa bien. Un sentimiento de felicidad me inunda por completo al comprender que Pablo rebosa una inusitada alegría.

Sin poder evitarlo, llega la tan esperada canción. «Sin ti mi música no suena». En los primeros acordes trato de escabullirme, pero mi hermana aparece de la nada, me agarra de la muñeca y me pide que aguante un poco más. Suspiro y le indico que sí con un gesto de cabeza.

Vuelve a hacerme daño, esta canción siempre lo hace. Plasmó sobre ella todo el dolor que sintió cuando lo abandoné y supo devolvérmelo en forma de una preciosa melodía.

Por primera vez, la escucho entera.

«Odio este pequeño trozo de papel  
porque es él y no tú quién está ahora entre mis manos.  
Odio esta guitarra,  
porque es a ella y no a ti a quién puedo acariciar.  
Odio al mundo  
porque él te tiene ahora y no yo.  
Me odio a mí mismo  
porque destrocé aquello por lo que tanto luché.

Memorias y deseos de cosas  
que dejaron de existir.  
Un murmullo de desconfianza en toda alma  
que un día creyó en mí.

Solo fuimos deformes siluetas  
intentando dar vida a un amor  
que quizás nunca debió llevarse a cabo,  
seres imposibles de comprender  
por miedo a expresar sus sentimientos  
sin malos ojos que los miren.  
Dos personas que se aman con locura  
y que jamás olvidarán ese perfume que les hizo estremecer.

¿Recuerdas?  
Tú me enseñaste cuál es la Osa Mayor y la Osa Menor,  
aunque esta última jamás logré encontrarla.  
Tal vez porque estaba distraído  
observando la inmensa luz serena  
que desprendían tus maravillosos ojos mirando al infinito.

Fue tal el miedo y la soledad al perderte,  
que hasta un piano tocado por mil almas verdaderas  
no me parecía una sinfonía sincera  
para dos corazones enamorados...  
Por qué será que sin ti mi música no suena.

Una estatua intentando ser modelada,  
confundida y desesperada  
por el solo motivo de la falta de tu ser.  
Siento que floto en una niebla que va a la deriva,  
que estoy solo y confundido, pido auxilio y nadie me escucha...  
Solo quiero volver a sentir tu piel.

Oír flotando el miedo, la desesperación,

no poder decirle al mundo que te sigo amando...  
una impotencia indefinible al no besar más tus labios.

Tal vez vuelva la locura que un día nos unió,  
tal vez se vaya la razón que un día, sin quererlo, nos separó.

Ahora solo intento sobrevivir.  
Conformarme con recordar que me moría con tus besos.  
Menos mal que existen los recuerdos,  
así jamás podré olvidarme de ti».

—Ha cambiado la letra —asegura Cristina, al terminar la canción y durante el segundo que el complejo se queda en silencio antes de estallar en una gran ovación.

—¡Buenas noches, Madrid! —brama Pablo.

El estadio al completo se levanta y a punto están de echarlo abajo.

—Me hace muy feliz estar aquí hoy y compartir esto con la tierra que me vio nacer. —Aplausos—. Hoy estoy nervioso —«Nooooo»—, porque... Tengo que contaros algo. Creo que debo contaros algo. —Se limpia el sudor de la frente con un trapo que le acercan y lo tira al suelo—. Veréis... Esta noche me gustaría ser sincero. Con vosotros, que siempre me acompañáis; conmigo, me lo debo; y con alguien muy especial e importante para mí. Por esa persona escribí esta canción y, aunque le agradezco la inspiración, lo hice por el motivo equivocado.

—Nooooo. Wooooow...

—Sí, me equivoqué, y lo reconozco. ¿Qué os parece si la hago subir y le pido perdón como se merece?

—Síííí, sííííí. Síííííííííí—el griterío es atronador, y le acompañan aplausos y silbidos.

—Estoy de acuerdo con vosotros. Y nunca he estado tan seguro de algo en toda mi vida. —Agacha la mirada y apunta a nuestra zona—. ¡Nerea! ¿Serías tan amable de venir y acompañarme?

¿Qué?

¿Qué?

¿Nerea?

¿Quién es Nerea?

¿Yo?

¿¿¿Quéééééé???

Las manos empiezan a temblarme y la cerveza se me cae al suelo. Por fortuna casi la había acabado y solo me salpica un poco los dedos. Carol y Rocío me miran con una sonrisa enorme en la cara y yo solo tengo ganas de darles bofetadas hasta en el cielo de la boca.

—Venga, sube. ¿A qué esperas? —me anima Cristina.

—¡No! —Me quedo clavada en el suelo.

—¡Venga!

—Vamos, nena.

—Sí, cariño.

—¡Que no!

—O subes tú, o subo yo y le cuento al millón de personas que tienes tres pezones —amenaza mi hermanita.

—¡Yo no tengo tres pezones!

Se cruza de brazos, encoge los hombros y tuerce la boca en un gesto muy malvado.

Bufo varias veces y repaso a los cuatro con una mirada asesina.

Un vigilante de seguridad se planta a mi lado y me pide que le acompañe. Lo miro con reticencia y pasan unos segundos hasta que accedo.

—¡Vamos a animar a Nerea. Parece que le da un poco de vergüenza! — Escucho al roquero, que asesinaré luego, por los altavoces.

Subo por unas escaleras de la parte trasera y camino sobre la plataforma como si mis piernas se hubieran convertido en plastilina. Achino los ojos cuando un gran haz de luz me apunta y pongo la mano sobre mis cejas a modo de sombrilla. No veo ni por dónde piso.

De pronto, el foco, se posiciona encima, sin encadilarme y me percató de lo inmenso del lugar y del poder de convocatoria del grupo de rock. Miles de ojos puestos sobre mí convierten mi nerviosismo en una ansiedad incontrolada, sensación que no mengua cuando Pablo llega a mi lado, me agarra de la mano, me mira y sonrío.

—Voy a matarte —mascullo entre dientes, entre enfadada y frenética.

—Lo hiciste el día que me enamoré de ti —susurra solo para nosotros dos. Se acerca el micrófono a la boca y sigue—. ¡Os presento a Nerea. La mujer de mi vida!

—Ohhhhhhh, ohhhhhhh, ohhhhh —replican todos al unísono.

—Veréis... Esta canción habla de nuestra historia de amor y de todo lo que siento por ella. A veces he querido odiarla, pero nunca lo he conseguido. — Eso podía habérselo ahorrado. Ahora sus fans querrán convertirme en papilla —. Los dos, sin darnos cuenta, nos hemos hecho mucho daño. —Por favor, no salgo viva de aquí—. Y yo he estado haciendo el imbécil durante más tiempo del que me gustaría. ¡Pero se acabó! —«Wooooooow, wooooow»—. He aprendido de mis errores y ELLA —me aprieta con sus dedos— me ha enseñado que juntos podemos lograr lo que deseemos y, aunque sé que soy muy egoísta al quererla solo para mí, no puedo hacer otra cosa que luchar por nuestro futuro e intentar mantenerla siempre a mi lado. —Se gira y se arrodilla. SE ARRODILLA. Me tambaleo de la emoción y él espera para soltarme. Deja el micrófono en el suelo y me pregunta si estoy bien. Saca de su bolsillo una cajita plateada, la abre, y aparece ante mí un anillo con un diamante incoloro y transparente, engarzado en una estrella de platino.

Me tapo la boca con las manos.

Vuelve a agarrar el micro.

No se escucha nada en las gradas.

El público se ha quedado mudo.

—No estoy seguro de tu respuesta, no sé si aún me amas, no sé qué será de nosotros después de esta noche... Solo sé que, lo que venga, quiero vivirlo a tu lado. Lo que siento por ti lo supera todo, incluso esto. Si me pides que lo deje, lo dejaré. Ni mi carrera es tan importante como tus besos.

—Woooooww. Noooo. Nooooo. Buuuuhhhh —el estadio enloquece.

—Si me perdonas y me eliges, prometo dártelo todo —sigue.

El gentío comienza a gritar y se escuchan voces de lamentos y enfados. Definitivamente, voy a morir aplastada por la masa humana.

—Tu también me enseñaste que a veces hay que arriesgar, aunque no sepas si ganarás la partida... Nerea... ¿quieres casarte conmigo? —pregunta sonriente, y el flequillo cayéndole sobre la frente.

—¿Te has vuelto loco? —le imito en el gesto—. No era esto a lo que me refería. —Disimulo para que nadie se entere.

—Lo sé —musita para él y para mí—, pero estoy harto de dar pasitos contigo sin llegar a ningún sitio. Tú me enseñaste a pisar con fuerza para no desestabilizarme y caer.

—¿Y crees que esta es la mejor solución a nuestros problemas? Acabo de divorciarme —expongo, sin creerme lo que digo.

«¡Pídemelo a mí!», «¡Yo me caso contigo!», «¡Te doy diez hijos». «¡Te lo cambio por mi marido!», son algunas de las peticiones que nos llegan desde el gentío.

—Y yo acabo de desprenderme de mis miedos. —Escucho el latido de su corazón—. Si me dices que no, me caigo muerto. —Se lleva la mano al pecho.

Miro el anillo y lo miro a él. Y me digo a mí misma que le transmita la respuesta que sé desde que hincó las rodillas en la plataforma.

—Sí, por supuesto que sí —respondo, sin el más mínimo atisbo de duda.

En su cara se pinta la sonrisa más feliz que haya visto jamás. Se levanta, desliza el anillo por mi dedo y nos miramos como si fuese la primera vez.

Se despega unos milímetros y grita a través del micro:

—¡Ha dicho que sí!

—Woowooow, woowooow, woowooow —todos los presentes claman a voz en grito.

Vitores.

Más aplausos.

Más silbidos.

Entrelaza sus dedos entre los míos y nos pone de frente a las gradas. Quiero que el escenario se abra y esconderme debajo.

—Para esta mujer, mi futura esposa. —Levanta nuestras manos para señalar el anillo ya en mi dedo y todos los presentes gritan. Nos miramos y sonreímos a mandíbula batiente—. Para ella, las estrellas, son imprescindibles para ser feliz. Los astros siempre nos han mantenido, de alguna manera, unidos. De cualquier forma, yo acabo de prometerle todo, y quiero empezar hoy. ¡Ahora! ¿Queréis ayudarme?

—Síiiii, síiiii... —La multitud se levanta.

—Ok, ok... —La aplaca con una mano—. ¿Qué os parece si convertimos esto en un improvisado firmamento? Ya sabéis cómo hacerlo. —Una milésima de segundo después, las luces de los focos se apagan y todo se llena de destellos blancos que cobran vida al son de una nueva melodía muy bajita. Todos sus fans encienden las linternas de sus móviles y apuntan hacia nosotros. Desde el tejado comienzan a descender estrellas colgantes, las mismas que salpican la pantalla de medidas descomunales. Mire donde mire solo hay estrellas, pero a mí solo me importa una.

Y es una estrella de rock.

Tira de mi brazo, se mete el micrófono en el bolsillo trasero y une nuestros pechos, sin soltarnos de las manos.

—Aquí tienes tus estrellas —musita a pocos centímetros de mi boca.

Le rodeo el cuello con la manos y me pongo de puntillas para llegar con soltura a él.

—Eres increíble, pero tú eres mi estrella, Pablo. La única que ilumina mis días y que necesito para ser feliz.

—Te amo —roza con su nariz mi nariz.

—Te amo —respondo, olvidando dónde estamos y de que, casi setenta mil personas, son testigos directos de nuestro momento íntimo.

—Y ahora te voy a besar —asegura.

—¿Por qué?

—Porque sin ti, LA MÚSICA, no suena. —Por fin, unimos nuestros labios y todo explota en un gran festival. Una música muy potente comienza a sonar y los asistentes al concierto se vuelven locos. Luces de fuegos artificiales colorean el cielo y el estadio, y un millón de papeles plateados vuelan alrededor.

Pablo me coge en volandas y empieza a dar vueltas sobre nosotros mismos, riendo a carcajadas y rebosando felicidad.

FELICIDAD, qué bonita eres.

Detiene el movimiento un rato después y me deja sobre el suelo sin soltarme.

—Termino el concierto y te dedico el resto de mi vida.

Nos besamos con pasión y los silbidos vuelan hasta nosotros. Sonreímos, avergonzados, y me acompaña hasta detrás, desde dónde veo el resto del espectáculo, a la espera de que finalice de contar las historias que compone, para empezar la nuestra propia.

Porque este no es el FIN, sino solo el PRINCIPIO.

Esta vez de verdad, con madurez, sin miedos y muchas ganas de que salga bien.

Luchando.

Pase lo que pase.

Juntos.



## EPÍLOGO

*15 de diciembre.*

*Candem Town.*

—Tengo frío. Ya podías haber elegido para casarte una isla del Pacífico — mi hermana se queja, con un abrigo de pelo sintético burdeos y sacando un cigarrillo del paquete de tabaco.

Solo una carpa blanca, de unos diez metros cuadrados, nos cobija.

—Este lugar es especial. ¿No hueles a magia? —Sale vaho de nuestras bocas mientras hablamos. Estoy casi segura de que estamos a menos de cero grados.

—No huelo a nada. Tengo la nariz congelada.

—Dame un cigarro —le pido, a la que se ha vuelto fumadora social.

—No puedes —me regaña.

—Es el último. Esta noche se lo diré y me quedaré más tranquila.

—Por favor, por favor, por favor, déjame estar presente para verle la cara.

—Une las palmas de las manos en «modo rezo», y suplica.

—¿Tan mal crees que le sentará?

—Le van a salir las pelotas por la boca. Me gustaría, si no es mucho pedir, hacerle también una foto. Me forraré con ella. —Tuerce el gesto, divertida.

Me muerdo el labio inferior y vuelco los ojos.

Nos fumamos el cigarro esperando a mi padre, perdido entre el laberinto de callejuelas. Mi madre ha bajado ya tres veces preguntado por su informal marido. La culpa es mía, lo he enviado a por una botella de agua y se habrá desorientado.

Lo vemos llegar unos minutos más tarde con Joel y Toni a cada lado.

—He encontrado al padrino.

—Lo siento, cariño. Todas las calles son iguales —mi progenitor se disculpa.

—Hoy eres, más que nunca, una Diva. —Toni me da un abrazo, interrumpido por las prisas de su novio por comenzar con la ceremonia—. Te esperamos arriba.

—¿Estás preparada?

Nunca jamás lo he estado tanto.

Rodeo el brazo de mi padre con el mío, salimos de la carpa y veo el callejón de piedra, solitario, alumbrado por una única farola, de hierro y con luz amarilla. Aquella entrada a ese lugar mágico que Pablo me enseñó hace casi cuatro años me espera para recorrerla y guiarme hasta Mi Estrella.

Caminamos en dirección a la escalera, en la que me detengo un momento para agarrarme el vestido, levantarlo unos centímetros y subir escalón a escalón sin tropezarme y estampar mi cara contra el hierro.

Llevo un modelo digno de un cuento de hadas. Blanco, con piedras preciosas que brillan hasta en la oscuridad pegadas por toda la falda. Mangas largas de encaje y cuello en forma de corazón. Firmado por el diseñador Julie Vino. Y un abrigo blanco largo con gorro, muy al estilo Caperucita Roja.

Cuando llego arriba, veo a todas las personas que nos quieren. Carol, Rocío, Andrés, Carlo, mis padres, los suyos, mi hermana, Lucas, Mía, Joel, Toni, Allan, Chase, Robbie, Peter, Marcella, Britany y su marido, Arthur y nuestros familiares más cercanos. Hemos decidido hacer una boda íntima. Así que el número de invitados no superan los cincuenta. Hay dos filas de sillas blancas de hierro, con cojines, flores y globos del mismo color.

Paseo sobre el empedrado de la plaza en la que pasé uno de los momentos que me han mantenido cuerda mientras no lo tenía a mi lado y veo a Pablo sonriente, con los brazos a cada costado y el mismo brillo que yo en los ojos. Sujeto con fuerza mi ramo de rosas rojas, mis preferidas, y me contengo de aligerar el paso y llegar hasta él.

Suena *Every Brath you Take* de The Police. Canción elegida por Pablo, por ser especial para nosotros. Yo quería una de él, pero se negó. No le pedí explicación por su decisión.

El padrino y yo nos detenemos delante del novio y de las miles de lucecitas que adornan el arco de encima de su cabeza. Mi padre alarga el brazo para ofrecer mi mano y, antes de soltarme y dejar que Pablo la agarre con fuerza, le dice:

—Cuídala, Pablito. Sé dónde vives.

—Se lo prometo, señor. —Asiente con la cabeza en una corta y leve reverencia.

La ceremonia no se hace demasiado larga, sobre todo porque no queremos asesinar por congelación extrema a nuestros familiares y amigos. ¿La razón

de celebrarla aquí en esta época del año? No queríamos esperar más, deseábamos a las estrellas como testigos y que la magia lo inundara todo.

Este es su lugar favorito.

Y ahora también es el mío.

El maestro de ceremonia termina con el típico «podéis besaros» y mi ya marido me agarra de la cintura, me levanta unos centímetros y susurra sobre mi boca:

—Estaba deseando que llegara este momento. —Nuestros labios se rozan unos milímetros, hasta que desatamos nuestras ganas de saborearnos y nos besamos con pasión.

Todos comienzan a gritar y a jalearnos y sonreímos sin separarnos ni dejar de mirarnos.

—Tengo una sorpresa para ti —me indica.

—Yo también tengo que decirte algo.

—Primero yo. Escucha, mira, canta a voz en grito y disfruta.

Suenan los primeros acordes de *Hymn For The Weedend* en acústico y, de repente, un telón negro apostado delante de nosotros y detrás del arco de luces, cae al suelo, dejando al descubierto a la banda al completo de Coldplay, en carne y hueso, a dos metros de nosotros.

Miro a Pablo con la boca abierta y él se encoge de hombros.

—¿Pero cómo...?

—Chris es un buen tío...

Cantamos la canción a coro y, antes del final, comienza a nevar y me pongo frente a él, regalándole mi mirada más emotiva.

—Bésame —le pido, esta vez yo a él.

—¿Por qué? —realiza la pregunta que yo le he hecho incontables veces.

—Porque me apetece, y hace mucho, alguien me dijo, que los besos nunca sobran.

—A ti no te van a faltar.

—Eso espero.

Nos besamos de nuevo, con la yema de sus dedos acariciando mis mejillas y los copos de nieve cayendo sobre nosotros.

—Vas a tener que conformarte con esto —señala la nevisca.

Arrugo el entrecejo sin entender a qué se refiere y él sigue hablando.

—Una vez me confesaste que deseabas ver a Coldplay en concierto y

cantar hasta quedarte sin voz. También ser el universo de alguien y que te besaran bajo la lluvia. Eres mi universo, pero aún no tengo poderes para controlar el clima. Espero que te sirva la nieve.

—¿Cómo puedes acordarte de eso?

—Jamás olvidaré ni un segundo de los pasados contigo. —Nos abrazamos—. Y ahora, ¿qué es eso que querías decirme? —Me mira.

—Estoy embarazada —suelto sin más.

Él se queda rígido y pasmado.

—Estoy embarazada de gemelos.

Parpadea varias veces y se tambalea, blanco como la nevada que se acumula en el suelo.

Un flash nos deslumbra y veo a Cristina tirar una foto.

—¡La tengo! ¡La tengo! ¡A esa cara me refería!—grita, triunfal, con la cámara en las manos.

—Pablo, ¿estás bien? —pregunto, apretándole la mano.

—Sí... claro que... sí. —Se repone en segundos.

—¿No estás contento? —El miedo a su respuesta se refleja en mi cara.

Tira de mí y me pega a él.

—Creí que ya era feliz por tenerte a mi lado, pero acabas de llevar mi dicha hasta el infinito. ¿Vamos a ser padres?

Asiento con la cabeza, me abraza y me levanta. De fondo sigue sonando, en directo, mi grupo preferido, después de The Fox' Lair, por supuesto; y todos se acercan a darnos la enhorabuena.

*Cuatro años después...*

*En una carretera cerca de Los Ángeles, California.*

Miro a través de la ventana y me entretengo admirando el paisaje semi desértico. Hace mucho tiempo que aprendí a valorar los momentos fugaces en los que me puedo relajar, que no son muchos. Nuestro ritmo de vida es una locura. Una locura elegida y que nos hace feliz, aunque nos gustaría dar a nuestros hijos un poco de más estabilidad y tranquilidad. También tratamos de estar juntos la mayor parte del año, pero no siempre lo conseguimos. La sede de mi empresa sigue estando en Madrid y Pablo tiene muchos compromisos profesionales que no puede eludir. En más de una ocasión ha pensado dejar el grupo y dedicarse a componer para otros, sin embargo, le he quitado la idea de la cabeza. Este, la música, es su mundo; y yo, nosotros, ya formamos parte de él. Normalmente viajamos en avión mientras que el resto del equipo lo hace en este autobús, pero esta vez el trayecto no era demasiado largo y decidimos acompañarlos. Además, a las niñas les encanta estar con Allan y los chicos, y les pareció una idea magnífica pasar la mañana aquí dentro. Saltaron de alegría cuando se enteraron.

Oliver, nuestro bebé de nueve meses, duerme sobre mi pecho después de haber desayunado y pasado una mala noche. Ya le han salido ocho dientes y no lo está pasando muy bien. Mis ojeras son el reflejo perfecto de que a mí también me está afectando no poder dormir más de dos horas seguidas, pero no me quejo (demasiado), tengo lo que siempre soñé, me siento plena.

Escucho unos pasitos rápidos por el pasillo, junto al pequeño salón, y veo a Kiah correr por él. Sé adónde va. Milo, el conductor, la tiene ganada a base de caramelos y, a pesar de que no me hace gracia que coma azúcar a todas horas, no puedo evitar que le pida más.

Me incorporo y me tambaleo por el movimiento del vehículo. Chase llega a mi lado con rapidez y coge el bebé, preocupado. Le doy las gracias por el gesto y le pido, a sabiendas de que está deseando pasar un rato con el peque, que se ocupe de él mientras voy a hablar con Pablo. Toma asiento delante de mí y le hace carantoñas y arrumacos. Juraría que se le ha despertado el instinto paternal, y, creedme, me extraña excesivamente. Él sigue viviendo al límite y cada noche nos presenta a una chica nueva. Robbie sigue su estela y

hace lo mismo. No los critico ni los envidio. Cada cual encuentra la felicidad a su manera.

Camino hasta la parte de atrás y, antes de llegar, escucho a Pablo discutir con Yvaine, la más grande de las dos gemelas. Nació unos minutos antes que su hermana. Padre e hija siempre están como el perro y el gato, pero sé por qué ocurre esto; son exactamente iguales y sus personalidades colisionan a cada minuto. Observo a Allan reírse y chocar su gran mano con la de mi pequeña, como si hubieran ganado un juego importante. Están sentados en un sofá rojo muy grande.

—Pablo, ¿queréis dejar de pelearos? —le pido.

—¡Ha empezado ella!

Sí, señores y señoras. Pablo, mi marido, con casi treinta y cinco años, padre de la criatura, la que se supone una persona madura y responsable, ha respondido con «¡Ha empezado ella!» cuando le he pedido un poco de paciencia y sensatez ante una niña pequeña.

A veces parece que tengo cuatro hijos en vez de tres, porque el roquero cañón se porta como un niño pequeño en muchas situaciones. En otras no, y he de admitir que esto forma parte de su encanto. Porque él siempre será ese niño que me perseguía con un balón y al que se le derretía el helado en la mano mientras me observaba. Aún lo hace, y lo admiro por ello.

—Pablo. Que tiene tres años. —Pongo un brazo en jarra—. Ven, cariño. —Le pido a la niña que me siga—. Vamos a tomar un zumo.

—Yo quiero con papi. —Se tira encima de él y le rodea el cuello con los bracitos.

A pesar de que discuten a cada momento, no pueden estar el uno sin el otro, y a Kiah le ocurre lo mismo.

—Allan, por favor, ¿puedes traer a Kiah para que coma algo?

—Por supuesto. —Pasa por mi lado y me da un beso en la mejilla.

—Eh, ¡no sobes a mi mi mujer —declara, sin ningún tipo de acritud, sino todo lo contrario—. Ven aquí. —Mi marido me señala el hueco de su lado.

Me siento y apoyo la espalda en su brazo, que me rodea los hombros y me acaricia la piel.

—Estás muy guapa cuando te enfadas.

—Tengo cara de zombi. No he dormido nada.

—Estás perfecta. Eres perfecta. —Me da un beso en la nariz.

—Yo *quero* oto beso —pide Yvaine, agarrando su cara.

Pablo le besa la nariz y sigue por los ojos, hasta morderle el cuello y provocar las risas de la niña.

Allan llega con Kiah en los brazos. Rectifico: Allan llega con Kiah boca abajo, agarrada por los pies y sus pelitos rubios cayendo hacia el suelo. La risa de esta también nos llega como música celestial.

—Aquí traigo un paquete. —La mueve de lado a lado e Yvaine comienza a gritar que ella también quiere.

—Antes tenéis que desayunar. Después el tío Allan sigue jugando con vosotras. —La deja sobre el suelo.

—*Pometiste* que nos llevarías a Disneyland Park —recuerda Kiah.

—Iremos esta semana. Pero solo si os portáis bien.

—Papi, también viene. ¿A que sí, papi? —inquiere Yvaine.

Voy a la cocina a por los zumos de las pequeñas y los dejo charlar sobre el día que pasarán en el parque de atracciones.

—¡Nerea! ¡Tú teléfono está sonando! —Escucho a Robbie gritar y a Chase reprocharle que va a despertar al niño.

Cojo el teléfono y me alegro al comprobar quién llama.

—¡Hola, Dani! —Saludo, y agunto el teléfono entre el hombro derecho y la oreja para exprimir la naranja mientras hablamos.

—¡Hola, Nerea! ¿Qué tal todo?

—Muy bien, gracias. ¿Y tú qué tal?

—Todo perfecto. Escucha, supongo que no andas bien de tiempo. Un amigo necesita tu ayuda para el aniversario de su galería. —Acierta de lleno. Me pilla en muy mal momento.

—Por supuesto. ¿Cuándo quiere celebrar el evento?

—Dentro de un par de meses —anuncia, tras unos segundos.

—De acuerdo. Llego a España en tres semanas. Llama a Joel y él se encargará de todo mientras tanto.

—Muchísimas gracias. Llámame cuando estés por aquí, hace mucho que no nos vemos.

—Claro. Tengo muchas ganas de verte. Un beso. —Dejo el móvil junto a la cafetera.

Unos brazos me rodean la cintura y me besan bajo el lóbulo de la oreja.

—Tengo ganas de ti —susurra muy cerca, y todos mis vellos se erizan. Mete una mano debajo de mi vestido y me toca la parte interior de los muslos.

—Cariño, este no es un buen momento.

—Te necesito —lloriquea, guasón.

—Y yo a ti. —Dejo las naranjas sobre la encimera, me vuelvo y lo miro—. Te prometo que esta noche la tendremos para nosotros.

—Esta noche no puedo. Tenemos prueba de sonido.

—Te esperaré despierta.

—¿Lo prometes? —Se le iluminan los ojos.

—Lo prometo. —Le doy un pequeño beso sobre los labios, pero él se pega a mí y lo hace largo e intenso.

—Buah, ¡qué asco! ¡Papi y mami se comen *ota* vez! —comenta Kiah, señalando hacia nosotros con el dedito.

Yvaine nos mira muy seria, de pie, a su lado.

Son exactamente iguales. Algunas veces, hasta a mí me cuesta diferenciarlas.

Le doy los vasos con las cañitas a Pablo, que se las lleva atrás y se encarga de que se lo tomen todo. Yo vuelvo a por Oliver, que comienza a llorar y a quejarse en los brazos de tío Chase, como quiere que lo llame.

Llegamos al hotel y una horda de periodistas y fotógrafos nos esperan en la puerta, cámara en mano. Nunca llegaré a acostumbrarme a levantar tanto revuelo a nuestro alrededor, aún así, no me molestan demasiado y nos dejan, a mí y a los pequeños, bastante espacio. Desde que Pablo les pidió un poco de respeto hacia nosotros, tras una disputa con un reportero en un parque infantil, suelen llevar a cabo el contrato tácito: el roquero famoso les atiende y a nosotros nos dejan en paz.

Me acuesto al comprobar que pasan las doce de la noche y mi marido aún no ha llegado desde la cinco de la tarde. Los niños duermen y aprovecho para hacer unas gestiones de GonBa a través de la red. Envío algunos correos y hablo con Joel sobre el encuentro que acaba de tener hoy con el amigo de Dani, por lo visto un hombre muy atractivo y educado; todo en palabras (o letras, porque ha sido por mensaje) de Joel. Leo también dos emails de las chicas. Carol me recuerda que el próximo mes cumple años Raúl, y le prometió a sus amigos que su tío Pablo, el cantante de The Fox' Lair, estaría en la celebración. Rocío me escribe desde Japón, donde rueda su última película junto a Antonio Banderas y Dwayne Johson (más conocido como

The Rock). Mi amiga conquistó América y al mundo entero, convirtiéndose en una de las actrices más cotizadas. Me informa de que viajará a Los Ángeles (donde tiene su residencia principal ahora) porque su hijo Roma (llamado así por la ciudad en la que lo engendraron) de dos años, se ha tenido que someter a una operación de urgencia al caerse y romperse la clavícula, y que no nos ha dicho nada porque fue inesperado y muy rápido. Me tranquilizo al seguir leyendo y comprobar que todo ha salido bien. Estaba con Carlo cuando ocurrió y ella viaja hasta aquí para encontrarse con ellos. El chef abrió un restaurante en esta ciudad para poder pasar el mayor tiempo posible con mi amiga.

Como se entenderá, hace ya tres años que convertí a Joel en mi socio; se lo merecía y yo no podía llevar adelante la empresa desde la distancia, y me negaba a cerrarla y olvidarme de ella. Así que ese fue mi regalo de agradecimiento por cuidar de mí tan bien durante tantos años. ¿La consecuencia? Ha vuelto a quedarse sin pelo. Dice que se lo provoca el estrés. Yo creo que es imposible luchar contra el destino escrito en el ADN. Y en el suyo se leía en mayúsculas y en negrita que iba a quedarse calvo.

El cuerpo de Pablo hunde la cama y, entre sueños, huelo su perfume y reacciono. Siento sus cálidos labios besar mi mejilla.

—Duérmete, nena. Es muy tarde.

—No. Estoy despierta. —Intento abrir los ojos y girarme hacia él.

—No pasa nada. Yo solo necesito esto. —Lleva su nariz a mi pelo y aspira —. Hueles bonito.

—No mientas, huelo a leche agria. Oliver me ha vomitado encima.

Sonreímos en la oscuridad.

—Leche agria. Mi olor favorito —me lame el cuello y me revuelvo.

—¡Pablo! —lo empujo—. Soy un desastre. Hace días que no me peino.

—No digas tonterías. Cada día estás más guapa.

Refunfuño, y él alarga el brazo y enciende la luz de la mesita.

—Venga, dime qué te pasa —me pide, sin perder la sonrisa.

—Te prometí que te esperaría despierta. —Me siento decepcionada conmigo misma.

—Nena, ha sido culpa mía. Es normal que estés cansada. No paras en todo el día.

Pongo los labios en una fina línea y me tapo la cara con las manos, con los

codos sobre las rodillas.

Pablo se arrodilla delante de mí, sobre el colchón, me agarra de las muñecas y me despeja el semblante, instándome a que lo mire.

—Nerea. Cariño. Llevamos unos meses muy intensos. Las niñas cada día corren más y Oliver no para de llorar. Vamos de una ciudad a otra, de concierto en concierto sin descanso. No puedes estar todo el día pendiente de todo el mundo, incluso de la banda, y pretender tener fuerzas de hacer el amor de madrugada. Es normal que te sientas superada, a veces ocurre, solo hay que reconocerlo. No pasa nada si pides un poco de ayuda.

—Necesito ayuda. —Admito.

—¿Ves? No ha sido tan difícil. —Se agacha, me agarra de las nalgas y tira hacia él de un golpe, con mis piernas a cada lado de su cuerpo y mi sexo a pocos centímetros del suyo—. ¿Sabes qué vamos a hacer? Voy a empezar por deleitarte con dos o tres orgasmos, ¿te parece? —me giña un ojo.

—No sé si podré. —Finjo hacerme la dura.

—No me subestimes. —Levanta mi camisón y se fija en mis braguitas de encaje blanco—. Tengo una amplia experiencia en el tema.

Le doy un manotazo en el pecho y nos reímos.

Él me agarra la mano, la aparta hacia un lado y dibuja besos por mi mandíbula, mis labios y mi cuello. Suspiro cuando llega a los pechos y los lame sobre la camisola de seda beis. Sigue por mi costado, el vientre y... muerde mi monte de venus...

Jadeo.

Esto es lo que necesito... Un momento de intimidad con el amor de mi vida.

De repente, escuchamos a lo lejos el llanto de Oliver y, aunque intentamos ignorarlo, terminamos por desconcentrarnos y reírnos de la situación. Dos segundos más tarde, aparecen las gemelas sin llamar a la puerta como dos torbellinos y se tiran sobre la cama sin avisar.

—¿Qué hacéis aquí? —les pregunta Pablo, con las dos encima y relajado, a pesar de que han interrumpido nuestro conato de orgasmos múltiples.

—Yvaine me ha *despetado*. —Kiah se frota los ojos caramelo y apoya la mejilla en el pecho de su padre.

Su hermana bosteza y la imita, cerrando los ojos en la misma posición y coloreando nuestra cama con sus pelitos rubios.

—Voy a ver qué le ocurre a Oliver. —Me levanto, lo cojo de la cuna y

vuelvo unos segundos más tarde. Las niñas duermen agarradas a su padre y el niño cierra los ojos en el momento exacto en el que lo tumbo sobre el colchón. Por fortuna, la cama mide más de dos metros de ancho.

Pablo lo mira, agarra su manita y la acaricia. Apago la luz con la sensación de que todo lo que deseo y necesito está en este par de metros cuadrados.

Cierro los ojos con la cabeza sobre la almohada y suspiro. Poco a poco, el silencio, se hace más grande, y en el hueco que deja la noche solo se escuchan las respiraciones de los cinco acompañarse.

—A esto me refería.

—¿Mmm...? —Pregunto, medio dormida.

—Esta es la música que he querido crear siempre. Vosotros sois mi más increíble melodía.

FIN.

## Versos originales

Odio este pequeño trozo de papel  
porque es él y no tú quien está ahora entre mis manos.

Odio este insignificante lápiz  
porque es a él y no a ti a quien puedo acariciar.

Odio al mundo  
porque él te tiene ahora y no yo.

Me odio a mí misma  
porque destrocé aquello por lo que tanto luché.

Memorias y deseos de cosas que dejaron de existir,  
un murmullo de desconfianza en toda alma  
que un día creyó en mí.

Solo fuimos deformes siluetas  
intentando dar vida a un amor  
que jamás debió llevarse a cabo.

Seres imposibles de comprender  
por miedo a expresar sus sentimientos  
sin malos ojos que los miren.

Dos personas que con locura un día se amaron  
y que jamás olvidarán ese perfume que les hizo estremecer.

¿Recuerdas? Tu me enseñaste cuál era la Osa Mayor y la Osa Menor,  
aunque esta última jamás logré encontrarla.

Tal vez porque estaba distraída  
observando la inmensa luz serena  
que desprendían tus maravillosos ojos mirando al infinito.

Era tal el miedo a perderte  
que hasta un piano  
tocado por mil almas verdaderas  
no me parecía una sinfonía sincera  
para dos corazones enamorados.

Una estatua intentando ser modelada,  
confundida y desesperada  
por el solo motivo de la falta de tu ser.

Sentir que flotas en una niebla que va a la deriva,  
que estás sola y confundida,  
pides auxilio y nadie te escucha.  
Solo quieres volver a sentir su piel.

Ese ansia de gozos que se desliza por mi ánima  
y llega hasta lo más profundo de mi ser.  
Oír flotando el miedo, la desesperación  
no poder decirle al mundo que te sigo amando,  
una impotencia indefinible  
al no besar más tus labios.

Un ramo de rosas negras con pétalos entumecidos,  
dos corazones inocentes intentando olvidar lo vivido.

Ahora solo intento sobrevivir,  
conformarme con recordar  
que me fundía con tus besos,  
ojalá no existieran los recuerdos,  
sería más fácil olvidarse de ti.

Solo una invisible brisa  
que jugando riza  
el brillo de tu pelo

consigue hacerme reír.

Tal vez vuelva la locura que un día nos unió,  
Tal vez se vaya la razón que un día, sin quererlo, nos separó.  
Quizá el sol jamás vuelva a dar luz a esta vida sin sentido,  
que pueda deshacerme de ese amor que deseo dejar en el olvido.

Y aunque la última gota se derrame del vaso  
Mi corazón seguirá luchando.  
Porque de nada vale rendirse  
Cuando se ama tanto.  
Y no diré nunca que agotadas están nuestras almas  
pues permanecen muchos recuerdos  
que no quedarán en la nada.

*Estrella Correa.*

*Chucena, 1997.*

# AGRADECIMIENTOS

En el proceso de escritura de una novela son muchas las personas que ayudan e influyen a crearla. Desde la familia más cercana, hasta esa persona desconocida que viste en un parque y te inspiró, pasando por los amigos que te aguantan y opinan, y por los lectores que te animan a seguir creando nuevas historias que emocionen. Por todo ello, tengo una lista infinita agradeciendo tanto apoyo y confianza:

Dani, mi marido, por ser los cimientos de mi todo.

Ari, mi niña, por ser la fuerza y el hormigón de esos cimientos que me sostienen.

Antonio, mi padre, por su sabiduría.

Pepi, mi madre, por enseñarme tanto.

Almudena, Bella y Rocío, mis mosqueteras, por sus valoraciones y por estar siempre.

Johan Varó, mi amigo, por robarme sonrisas a través del teléfono.

Laura Cárdenas y Elisabeth Bermúdez, por encontrarme, por encontrarlas, por todo lo que me aportan y por mucho más.

Belén, mi lectora cero, por su ayuda y sus correcciones.

Vero y Javi, de Group Edition World, por hacer realidad mis sueños.

Mis lectoras y lectores, mi tesoro más preciado, por darme una oportunidad y amar mis letras como yo a vosotros.

Millones de gracias, estrellas y gin-tonics.

Os quiero.



Estrella Correa nace en Chucena, realiza estudios de Derecho y Secretariado de Dirección Bilingüe en Huelva. Casada y con una hija. Actualmente reside en Punta Umbría. Desde sus primeros pasos dedica gran tiempo a la lectura de obras clásicas y de actualidad e incluso se atreve a elaborar relatos, bien por deber académico, bien por puro entretenimiento. Después de la excelente aceptación de su trilogía: «Un gin-tonic, por favor» (febrero 2017) y la primera parte de la bilogía Las Estrellas: «Nerea y las Estrellas» (junio 2018), publica la segunda parte: «La Estrella de Nerea» (noviembre 2018).

